Los inquietos

LINN ULLMANN

gatopardo ediciones

Los inquietos

LINN ULLMANN

gatopardo ediciones

Los inquietos

Los inquietos

LINN ULLMANN

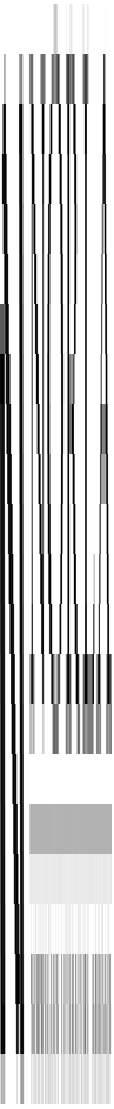
Traducción de Ana Flecha Marco

gatopardo ediciones

Título original: *De Urolige*

Copyright © 2015, Linn Ullmann
All rights reserved

Esta traducción ha recibido la ayuda de
NORLA, *Norwegian Literature Abroad*



© de la traducción: Ana Flecha Marco, 2021
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

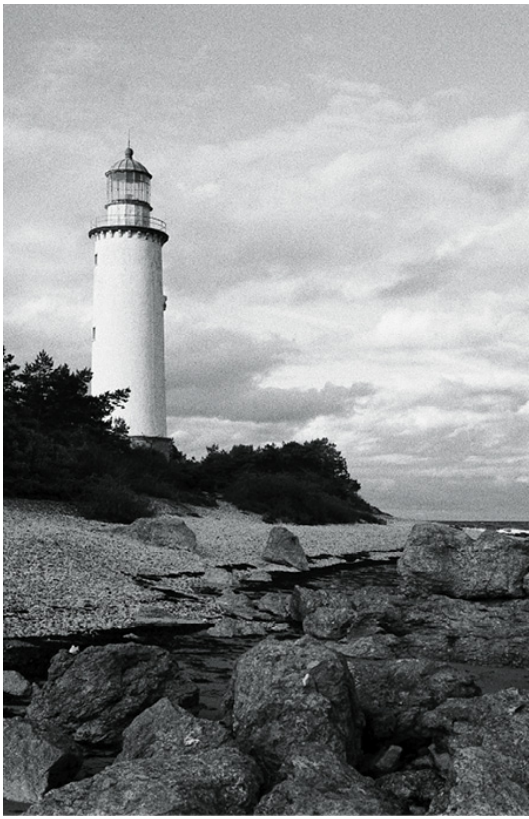
Primera edición: octubre de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó
Diseño de la imagen de portada: Anna Juvé Baldomà

Imagen de la solapa: © Kristin Svanæs-Soot (2020)
Imagen de interior: Isla de Fårö © Axelode (2013)

eISBN: 978-84-123021-9-6
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Isla de Fårö, provincia de Gotland, Suecia.

Índice

Portada

Presentación

I. El preludio de Hammars.
Un mapa de la isla
II. Bobinas
III. A Múnich
IV. Apiádate de mí
V. Tu hermano en la noche
VI. Giga

Linn Ullmann

Otros títulos publicados en Gatopardo

Para Hanna

I

El preludio de Hammars. Un mapa de la isla

Solo podía utilizar mapas imaginarios
o sus recuerdos de los mapas reales,
pero eso era suficiente.

John Cheever, «El nadador»

Ver, recordar, comprender. Todo depende de dónde te encuentres. La primera vez que vine a Hammars, apenas tenía un año y no sabía nada del amor grande y revolucionario que me había llevado hasta allí.

De hecho había tres amores.

Si existiera un telescopio que se pudiera enfocar hacia el pasado, podría haber dicho: Mira, ahí estamos, así fue como sucedió. Y cada vez que dudásemos de si lo que recuerdo es cierto o de si lo que tú recuerdas es cierto o de si lo que sucedió sucedió de verdad o de si nosotros existíamos, podríamos juntarnos y mirar.

Numero, ordeno y catalogo. Digo: Había tres amores. Ahora tengo la misma edad que tenía mi padre cuando yo nací. Cuarenta y ocho años. Mi madre tenía veintisiete. Aparentaba muchos más y a la vez parecía mucho más joven de lo que era.

No sé cuál de los tres amores llegó primero. Pero comenzaré con el que se despertó entre mi madre y mi padre en 1965 y que terminó antes de que yo tuviera la edad suficiente para recordarlo.

He visto fotos y he leído cartas y los he oído hablar del tiempo que pasaron juntos y he oído los relatos de otras personas, pero la verdad es que no se puede saber mucho de la vida de otros, especialmente de los propios padres y, sobre todo, si los padres se han dedicado a convertir su vida en historias que desde entonces relatan con la naturalidad de no preocuparse en absoluto de lo que es cierto y de lo que no lo es.

El segundo amor es una prolongación del primero, y trata de una pareja de novios que fueron padres y de la niña que fue su hija. Amaba a mis padres sin reparo, daba por hecho su existencia como una da por hecho las estaciones o los días o las horas, eran como la noche y el día, uno acababa donde empezaba el otro, yo era hija de ella y de él, pero si tenemos en cuenta que ellos también querían ser niños, a menudo todo se complicaba un poco. Y hay una cosa más. Yo era hija de él y de ella, pero no era hija de los dos. Nunca fuimos tres. Cuando paso los montones de fotos que tengo delante en la mesa no encuentro ninguna fotografía de nosotros tres juntos. Ella y él y yo.

Esa constelación no existe.

Yo quería ser adulta lo antes posible, no me gustaba ser una niña, me daban miedo los demás niños, su ingenio, su imprevisibilidad, sus juegos, y para expiar mi propia infantilidad solía imaginarme que era capaz de dividirme y transformarme en muchas personas a la vez, convertirme en un ejército liliputiense, y teníamos mucha fuerza: éramos pequeños, pero éramos muchos. Me dividía y desfilaba de uno al otro, de mi padre a mi madre y de mi madre a mi padre, tenía muchos ojos y muchas orejas, muchos cuerpos delgados, muchas voces agudas y muchas coreografías.

El tercer amor. El lugar. Hammars, o Djaupadal, como se llamaba antiguamente. Era de él, no de

ella, no de las demás mujeres, no de los hijos, no de los nietos. Durante un tiempo sentí que encajábamos allí, que era nuestro sitio. Si es cierto que todo el mundo tiene su sitio, y si no lo es, pero si lo fuera, ese sería el mío, en cualquier caso más mío que el nombre que me pusieron. Pasear por Hammars no me angustiaba como me angustiaba pasear por mi nombre. Reconocía el olor del aire y del mar y de las rocas y cómo se doblaban los árboles al viento.

Nombrar. Dar y tomar y tener y vivir y morir con un nombre. Me habría gustado escribir un libro sin nombre. O un libro con muchos nombres. O un libro en el que todos los demás nombres fueran tan comunes que se olvidaran enseguida o que sonaran de una forma tan similar que resultara imposible distinguirlos unos de otros. Mis padres (después de mucho si y mucho pero) me dieron un nombre, pero a mí nunca me ha gustado ese nombre. No me reconozco en él. De hecho, cuando alguien pronuncia mi nombre me sobresalto como si hubiera olvidado vestirme y solamente me diera cuenta una vez en el exterior y rodeada de gente.

En otoño de 2006 sucedió algo que en retrospectiva he entendido como un eclipse, un oscurecimiento.

La astrónoma Aglaonike o Aganice de Tesalia, como también se la conoce, vivió mucho antes de que se inventara el telescopio, pero sin más ayuda que sus ojos era capaz de calcular con precisión cuándo tendrían lugar los eclipses lunares.

«Puedo atraer la luna hacia mí», decía.

Sabía adónde ir y dónde situarse. Sabía lo que sucedería y cuándo. Extendía los brazos hacia el cielo y el cielo se volvía negro.

En *Preceptos conyugales*, Plutarco advertía sobre lo que él llamaba brujas, como Aglaonike, y animaba a los recién casados a leer, aprender y mantenerse informados. Una mujer que domine la geometría, escribía, no se sentirá tentada de bailar. Una mujer leída no se deja engañar por la insensatez. Una mujer sensata y con conocimientos de astronomía se reirá con ganas si otra mujer trata de convencerla de que es capaz de atraer la luna hacia sí.

Nadie sabe con exactitud cuándo vivió Aglaonike. Lo que sí sabemos y Plutarco reconoció, por muy condescendiente que fuera su relato sobre ella, es que era capaz de predecir de manera precisa cuándo y dónde se produciría un eclipse de luna.

Yo recuerdo con precisión dónde estaba, pero carezco de la capacidad de predecir nada. Mi padre era un hombre puntual. Cuando yo era pequeña, mi padre abrió el reloj de mi abuelo, que estaba en el salón, y me enseñó sus entrañas. El péndulo. Los pesos de latón. Se exigía puntualidad a sí mismo y se la exigía a todos los demás.

En otoño de 2006 le quedaba un año escaso de vida, pero yo por entonces no lo sabía. Él tampoco. Yo lo estaba esperando de pie junto al granero de piedra caliza blanca con la puerta de color rojo óxido. El granero se había reconvertido en un cine y estaba rodeado de fincas, de muros de piedra y de algunas casas. Un poco más allá estaba el lago de Dämba, con su riquísima diversidad aviar: avetoros, grullas, garzas, zarapitos reales.

Íbamos a ver una película. Cada día que pasaba con mi padre, salvo el domingo, era un día en el que veíamos películas. Intento recordar qué película íbamos a ver ese día. Tal vez el *Orfeo* de Cocteau, con sus poderosas imágenes oníricas. No lo sé.

«Cuando hago una película —escribió Jean Cocteau— es como un sueño, y en el sueño, sueño yo. Lo único que tiene sentido son las personas y los lugares del sueño.»

He pensado una y otra vez en qué película era, pero no me viene a la memoria. Los ojos tardan minutos en acostumbrarse a la oscuridad, solía decir mi padre. Varios minutos. Por eso habíamos

quedado en vernos a las tres menos diez.

Ese día no llegó hasta las tres y siete minutos, es decir, diecisiete minutos tarde.

No hubo ninguna señal. El cielo no se oscureció. El viento no sacudió las ramas de los árboles. No se levantó ninguna tormenta y las hojas no revolotearon en el aire. Un trepador azul sobrevoló los campos grises en dirección al pantano. Por lo demás, todo estaba tranquilo y nublado. Las ovejas —que en la isla se llamaban corderos, fuera cual fuera su edad— balaban un poco más allá, como habían hecho siempre. Cuando me vuelvo y miro a mi alrededor, todo está como de costumbre.

Papá era muy puntual y su puntualidad vivía en mí. Si creces en una casa junto a las vías del tren y todas las mañanas te despierta el tren que pasa a toda velocidad junto a tu ventana y sacude las paredes, la cama y la propia ventana, siempre te despertarás, aunque ya no vivas en esa casa junto a las vías, con el tren vibrando dentro de ti.

No fue el *Orfeo* de Cocteau. Tal vez fuera una película muda. Solíamos sentarnos cada uno en una butaca verde y dejar que las imágenes, no acompañadas por la música de un piano, flotaran por la enorme pantalla. Me decía que cuando desapareció el cine mudo, se perdió todo un idioma. ¿Tal vez fuera *La carreta fantasma*, de Victor Sjöström? Era su película preferida. «Para él, un solo día equivale a cien años en la Tierra. Debe deambular día y noche para atender los asuntos de su amo.» Si fuera *La carreta fantasma* lo recordaría. Lo único que recuerdo de ese día en Dämba, además del trepador azul que sobrevolaba los campos, es que mi padre llegó tarde. Me resultaba tan difícil de comprender como a los seguidores de Aglaonike que desapareciera la luna. Como a las mujeres que, según Plutarco, no sabían de astronomía y se dejaban engañar. Aglaonike dijo: «Atraigo la luna hacia mí y el cielo se queda a oscuras». Mi padre llegó diecisiete minutos tarde y todo era como siempre y nada era como antes. Atrajo la luna hacia sí y el tiempo se descoyuntó. Habíamos quedado a las tres menos diez y cuando llegó en su coche al granero eran las tres y siete. Tenía un *jeep* de color rojo. Le gustaba conducir deprisa y hacer mucho ruido. Tenía unas gafas grandes y oscuras de murciélago. No puso ninguna excusa. No era consciente de que llegaba tarde. Vimos la película como si nada hubiera pasado. Esa fue la última vez que vimos una película juntos.

*

Mi padre llegó a Hammars en 1965, tenía cuarenta y siete años, y decidió hacerse una casa allí. El lugar del que se había enamorado era una playa desierta de piedras, con unos cuantos pinos torcidos. Se sintió identificado con el lugar desde el principio, supo que era su sitio. Encajaba con su idea más profunda de las formas, las proporciones, los colores, la luz y los horizontes. También había algo con los sonidos. Como dijo Albert Schweitzer, en su obra en dos tomos sobre Bach, hay mucha gente que cree que ve un cuadro cuando en realidad lo está escuchando. Lo que mi padre vio y oyó ese día en la playa no hay forma de saberlo, pero allí fue donde empezó todo; bueno, no empezó en ese momento, él ya había estado en la isla cinco años antes, tal vez empezara entonces, quién sabe cuándo comienza y cuándo termina algo, pero por poner un poco de orden, digámoslo así: ahí fue donde empezó todo.

Rodaron una película en la isla, era la segunda que mi padre rodaba allí, y la que sería mi madre interpretaba uno de los dos papeles femeninos protagonistas. En la película se llamaba Elisabet. A lo largo de las diez películas que hicieron juntos, él le puso muchos nombres. Elisabet, Eva, Alma, Anna, Maria, Marianne, Jenny, Manuela (Manuela fue cuando hicieron una película juntos en Alemania), y más tarde Eva otra vez, y Marianne de nuevo.

Pero esta es la primera película que mis padres hicieron juntos y se enamoraron casi de inmediato.

Al contrario que mi madre, Elisabet es una mujer que deja de hablar. Doce minutos después de que empiece la película aparece acostada en la cama y, a causa de su inexplicable mutismo, está al cuidado de su hermana Alma. La cama está en medio de una habitación de hospital. La estancia aparece parcamente amueblada. Una ventana, una cama, una mesita. Es de noche y la hermana Alma está con ella y pone la radio, el *Concierto para violín en mi mayor* de Bach. Alma sale de la habitación y Elisabet se queda sola en la cama.

En mitad del segundo movimiento del concierto para violín, la cámara busca el rostro de Elisabet y se mantiene allí casi durante un minuto y medio. La imagen se va oscureciendo, pero lo hace tan despacio que casi no te das cuenta, hasta que está tan oscura que apenas se intuye el rostro en la pantalla, pero entonces ya lo has mirado durante tanto tiempo que está impreso en tus retinas. Es tu rostro. Solo entonces, después de un minuto y medio, ella te da la espalda, exhala y se cubre la cara con las manos.

Al principio, me fijo en la boca, en las terminaciones nerviosas de los labios y del espacio que los rodea y después, como está acostada, inclino la cabeza para ver todo su rostro. Y cuando lo hago es como si me acostara a su lado en la almohada. Es muy joven y muy guapa. Me imagino que soy mi padre y que la miro. Me imagino que soy mi madre y que me están mirando. Y aunque poco a poco oscurezca, es como si su cara brillase, ardiese, se disolviese justo frente a mis ojos.

Es un alivio cuando por fin se da la vuelta y se lleva las manos a la cara.

Las manos de mi madre son largas y frías.

*

Una noche, mi padre se llevó a su fotógrafo a un lugar que había encontrado. Tal vez podría hacerme una casa aquí, le dijo, o algo parecido. Sí, pero espera, le respondió el fotógrafo, ven conmigo un poco más allá y te enseñaré un lugar aún más bonito. Si uno se pasea por la playa, como hicieron entonces, en 1965, no es que se llegue al final del camino, no hay ningún cabo, ninguna colina, ningún claro, ningún barranco, ninguna formación geográfica o geológica que indique un cambio en el paisaje; hay una playa de piedras que se extiende hasta donde alcanza la vista. Nada empieza ni termina. Solo continúa. Si ese lugar hubiera estado en un bosque en vez de en una playa, se podría decir que a mi padre lo llevaron a un lugar en mitad del bosque y que allí, justo allí, decidió quedarse a vivir. Los dos hombres permanecieron en ese lugar un buen rato. ¿Cuánto tiempo? El suficiente para que mi padre, según cuenta la historia, tomara una decisión.

«Si nos ponemos formales, se podría decir que había encontrado mi hogar —dijo él—, y si nos ponemos jocosos, se podría decir que fue amor a primera vista.»

He vivido toda mi vida con ese relato del hogar y el amor.

Mi padre llegó a un lugar y se lo adjudicó, lo reclamó como propio.

Pero la lengua se interponía en su camino cada vez que intentaba explicar por qué ocurrieron así las cosas, y siempre acababa diciendo lo mismo: «Si nos ponemos formales, se podría decir que había encontrado mi hogar. Si nos ponemos jocosos, se podría decir que fue amor a primera vista».

Pero ¿y si hablamos con normalidad? Ni demasiado alto ni demasiado bajo ni para convencer ni para seducir ni para burlarnos ni para emocionar. ¿Qué palabras habría escogido entonces?

¿Cuánto tiempo estuvo allí? ¿Entre lo formal y lo jocoso, entre el hogar y el amor? Si hubiera estado allí de pie durante mucho tiempo y hubiera sido consciente de su propio asombro, si hubiera sido consciente de que le había puesto nombre —hogar, amor—, enseguida habría sentido la necesidad de sacudir la cabeza y seguir caminando. «Me repugnan el chapoteo emocional y el teatro malo.» Si el tiempo que había permanecido allí de pie hubiera sido demasiado escaso, lo más seguro es que ese lugar no le hubiera causado ninguna impresión y no habría pasado a formar parte de su vida. Unos minutos, tal vez. Los suficientes para oír el viento entre los pinos ya torcidos, el viento en los oídos, el viento contra las perneras del pantalón, las piedras bajo los pies, la mano que jugueteaba

con unas monedas en el bolsillo de la cazadora de cuero, el graznido estridente de los ostreros que recordaba al código morse *piiip, piiip, piiip, piiip*. Me imagino que mi padre se vuelve hacia el fotógrafo y le dice: «Escucha qué silencio hay aquí».

Primero el amor. Una certeza intuitiva. Después un plan. No se debe improvisar. No. Nunca hay que improvisar. Hay que planear hasta el más mínimo detalle. Quien habría de ser mi madre es parte del plan. Él construiría una casa y ella viviría en esa casa con él. Él la lleva a ese sitio y le muestra y le indica. Se sientan en una roca. Creo, de hecho, que es ella quien dice «Escucha qué silencio hay aquí». Él no lo habría dicho, no se lo habría dicho a ella ni tampoco al fotógrafo. Había miles de sonidos en la isla. En lugar de eso se vuelve hacia la mujer que más adelante sería mi madre y dice: «Estamos dolorosamente conectados». A ella le parece que suena bien. Y que es un poco incómodo. Y confuso. Y cierto. Y tal vez algo cursi. Él tenía cuarenta y siete años y ella era más de veinte años más joven. Al cabo de un tiempo, ella se queda embarazada. Ya hace mucho que ha terminado el rodaje. La construcción de la casa está en marcha. En las cartas que él le escribe, muestra su preocupación por la gran diferencia de edad que los separa.

Nací fuera del matrimonio y, en 1966, eso era algo que aún estaba mal visto. Una hija espuria. Bastarda. Adulterina. Ilegítima. Daba lo mismo. A mí no me importaba. Yo era un fardo en brazos de mi madre. A mi padre tampoco le preocupaba. Un hijo más o uno menos. Ya tenía ocho y fama de director diabólico (fuera lo que fuera eso) y de mujeriego (que está bastante claro lo que significa). Yo era la novena. Éramos nueve. Mi hermano mayor murió de leucemia muchos años más tarde, pero en ese momento éramos nueve.

A quien miraban por encima del hombro era a mi madre. Lo hacían porque era mujer. Le preocupaba bastante lo que dijera la gente. Adoraba a su hija. Eso es lo que hacen las madres. Se hinchó y me trajo al mundo. Una hija bastarda. Pero también se avergonzaba. Recibía cartas de desconocidos. «Tu hija arderá en el infierno.»

El primer marido de mi madre estaba presente cuando nací yo. Era médico y según sus compañeros de trabajo tenía «un carácter alegre, enérgico y contagioso». Mi madre me ha contado que no le pareció que parir fuera doloroso, pero que gritó porque es lo que había que hacer y él, es decir, el médico, se inclinó hacia ella y le acarició el pelo y le dijo «Ya pasó, ya pasó, ya pasó». Él sabía que el bebé no era suyo, tanto mi madre como él habían encontrado otras parejas, pero aún no habían encontrado el momento para divorciarse. Por lo tanto, según la ley de Noruega, yo era su hija. Yo —2,8 kilos, 50 centímetros y nacida en martes— era la hija del médico, y durante varios meses ese bebé —que era yo— llevó el apellido Lund. En las fotos es mofletudo. No sé mucho de ese bebé. Aún no tenía nombre. Vivía en Oslo con su madre en el pequeño apartamento de Drammensveien 91 que esta había compartido con su marido y que se quedaría su abuela unos años más tarde. Muchas de las cartas de mi padre están dirigidas a Drammensveien 91. En una de ellas, escrita en un papel amarillo del Stadshotellet de Växjö dice:

> MARTES POR LA NOCHE
> Una carta gris-negra
> El hotel está bien y todo el mundo es amable y siento una soledad cósmica…
>
> MIÉRCOLES POR LA MAÑANA
> Ahora es de día y hay un árbol otoñal al otro lado de la ventana y todo es mejor hoy… La sensación de parálisis se ha disipado. Si vamos a escribir sobre todos nuestros pensamientos, tengo que contarte uno muy negro que he tenido esta noche. Tiene que ver principalmente con mi parte física. De alguna manera, estoy bastante agotado como persona. He trabajado mucho en mi oficio y las consecuencias empiezan a hacerse tangibles. No hay muchos días seguidos en los que me encuentre en forma. Lo que

más me asusta y angustia es la sensación de mareo, los síntomas de debilidad, un círculo de sensaciones de malestar que culminan en la fiebre y la depresión. Supongo que la histeria tiene mucho que ver con esto... Es ridículo, pero me siento abrumado y avergonzado por estas molestias con las que apenas puedo hacer nada. Creo que tienen que ver con el asunto hombre mayor – mujer joven.

Un día, la madre, el padre y el médico tuvieron que citarse en el juzgado y solucionar lo de la paternidad. Todos se llevaron estupendamente. El ambiente era tan agradable que la sesión en el juzgado podría haberse confundido con una pequeña fiesta. El único que se resistía, según el padre, era el juez noruego de cara larga y boca estrecha, que requería que se le aclarasen una y otra vez las circunstancias. ¿Quién había mantenido relaciones con la madre de la criatura? ¿Y cuándo? Y después de un largo día en el juzgado la madre pensó que convenía brindar con una copa de champán. Pero no. El padre de la criatura tenía que volver enseguida al teatro en Estocolmo y el primer marido tenía guardia en el hospital. ¿Una copa de vino, pues? ¿Es que no se la habían ganado? Ella sí, en cualquier caso. Esperar a que se haga de noche y confiar en que el bebé duerma toda la noche. Acostarse al lado de la niña en la cama del apartamento de Drammensveien 91 y confiar en que no se despierte y se ponga a chillar. A veces el bebé llora toda la noche y entonces ella no sabe qué hacer, no sabe qué le pasa. ¿Le dolerá algo? ¿Estará enferma? ¿Se morirá? ¿Puede llamar a alguien? ¿Podría alguien levantarse de la cama y salir a la nieve y a la oscuridad de la noche y presentarse en su casa? Por la mañana viene la niñera, lleva un delantal y una especie de cofia y tiene una mirada juzgona, opina la madre, que teme llegar tarde al trabajo y teme ofender a la niñera, que tiene cosas de las que le gustaría hablar. «Estoy agotada. Llego tarde. ¿Lo hablamos luego? Tengo que irme.» Pasarán dos años más hasta que bauticen a la niña, pero ese día en el juzgado le ponen el apellido de la madre, y cuando la madre y el padre se ven, o cuando hablan por teléfono, la llaman «la bebita» y «el fruto de nuestro amor» y palabras en sueco y en noruego que describen cosas suaves y tiernas: nata, hoja de arce, lino, lana.

La madre y el padre fueron novios durante cinco años. La mayor parte de ese tiempo lo pasaron en Hammars. La casa ya estaba terminada. A la hija la cuidaban dos mujeres: una se llamaba Rosa y la otra se llamaba Siri. Una era gorda, la otra delgada. Una tenía una huerta con manzanos, la otra un marido que se ponía a cuatro patas y dejaba que la niña cabalgara en su espalda mientras cantaba canciones de piratas. En 1969, la madre se fue de Hammars y se llevó consigo a la niña. Cuatro años más tarde, un día de verano, a finales de junio, la niña regresó. Iba a visitar al padre. No le hacía gracia apartarse de su madre, pero la madre había prometido que la llamaría todos los días.

Nada había cambiado, con la excepción de que quien vivía allí entonces era Ingrid. Todo seguía igual que estaba cuando la madre y la hija se fueron, el reloj del abuelo hacía tictac y daba las campanadas a las medias y a las enteras, una luz dorada se colaba entre los pinos y dibujaba líneas en el suelo. El padre se acuclilló frente a la niña y le dijo con dulzura: «Mamá es la única que tiene derecho a tocarte».

Era pequeña y delgada y todos los veranos llegaba a Hammars con dos maletas grandes que se quedaban afuera hasta que alguien las metía en la casa. Salía del coche y corriendo por el césped entraba en su habitación y volvía a salir al césped. Llevaba un vestido azul de verano que le cubría la parte superior del muslo. El padre le preguntaba: ¿Qué llevas en las maletas? ¿Cómo es posible que una niña tan pequeña tenga dos maletas tan grandes?

La casa medía cincuenta metros de longitud y cada vez era más larga. Se tardaba mucho en ir de un extremo a otro. Dentro no estaba permitido correr. El padre la amueblaba y extendía un poco más cada año, la casa crecía en longitud, nunca en altura. No tenía sótano, ni desván ni escaleras. Ella pasaría allí todo el mes de julio.

Él temía su llegada, buenos días, buenos días, hay una niña corriendo por el césped con las piernas como limpiapipas y las rodillas huesudas o bailando un baile, esta niña casi siempre está inmersa

en una coreografía, si se quiere tener una conversación con ella, en lugar de responder a lo que se le pregunta, se pone a bailar o se le planta delante, como si quisiera desafiarlo, y entonces él sonríe, ¿y ahora qué? ¿Qué se dice? ¿Qué se hace? La niña teme estar lejos de la madre, pero le gusta visitar al padre, todo lo que es este sitio, la casa, la isla, su habitación con su papel pintado de flores, la comida que prepara Ingrid, los espacios abiertos y la playa de piedras y el mar que se extiende verde y gris entre la isla del padre y la Unión Soviética (si uno se pierde y acaba allí, nunca podrá volver a casa), y todo está justo como ha estado siempre o como siempre lo estará. El padre tiene reglas. Ella las entiende. Las reglas son un alfabeto que ella se aprende antes de aprenderse el alfabeto de verdad, la A es la A y la B es la B, no le hace falta preguntar, y la Z está donde siempre ha estado la Z, sabe dónde está la Z, su padre casi nunca se enfada con ella. Puede enfadarse mucho, «menudo carácter tiene», dice la madre, puede perder los estribos y gritar, pero la niña sabe dónde se encuentra esa rabia y la evita. Es delgada. Delgada como un carrete de cinta, dice el padre.

La madre habla con el padre por teléfono y está disgustada porque él no deja que la niña beba leche. Cree que la leche es mala para el estómago. El padre cree que muchas cosas son malas para el estómago. Pero sobre todo la leche. La madre considera que la leche y los niños son dos cosas inseparables. Eso lo sabe todo el mundo. Lo que opina el padre sobre la leche contradice todos los conocimientos básicos sobre lo que es importante para los niños. Y además, dice la madre, el padre normalmente no se preocupa demasiado por la crianza de la niña, pero de la leche, justo de la leche, tiene una opinión. La voz de la madre suena más aguda que antes, todos los niños tienen que beber leche, especialmente una niña tan delgada… Que yo sepa, esta es la única discusión que tienen el padre y la madre sobre la crianza de la niña.

Cambios. Molestias. «Buenos días, buenos días. A ver, deja que te mire. Has crecido. Estás muy guapa.» Y entonces él junta los pulgares con los índices de la mano contraria y hace un rectángulo y la mira a través de él. Guiña un ojo y la mira con el otro. Hace una foto. La encuadra con los dedos. Ella se queda quieta y mira muy seria el rectángulo. No es una cámara de verdad, si llega a ser una cámara de verdad ella se habría retorcido y se habría preguntado cómo saldría en la foto.

Que una niña te distraiga de tus ocupaciones. No poder dedicarte tranquilamente a tu trabajo, a escribir. Pero solo ahora, en el preciso instante en que llega con las maletas, después de un año sin verse, él se distrae de su trabajo. Ella baila por el jardín. Él dibuja una cámara con las manos y mira a través de ella con un ojo abierto. No sé quién mete las maletas en casa. Ni quién las deshace. Quién cuelga los vestidos y las camisas y las camisetas en el armario de la habitación. Seguro que es Ingrid. Enseguida él puede volver a su estudio (que está en un extremo de la casa, la habitación de ella está en el otro) y seguir trabajando.

La madre de la niña, que es responsable de la niña todos los meses del año salvo en julio y que opina que a los niños les conviene beber leche, también quiere encerrarse en una habitación y estar en paz, ella también quiere escribir, ella también quiere tener reglas y un alfabeto, igual que el padre de la niña. Pero no puede. El alfabeto de la madre cambia todo el rato. A la niña le resulta imposible aprendérselo, por mucho que lo intente. La A puede transformarse en L de repente. Es incomprensible. La A era la A y de repente se convirtió en L o en X o en U. La madre ha intentado sentarse sola en todas las estancias de la casa, pero no ha servido de nada. Hay distracciones por todas partes.

«Se me crispan los nervios», suele decir.

Cuando a la madre se le crispan los nervios lo mejor es quedarse en completo silencio.

La madre y la niña viven en una casa grande en Strømmen, a las afueras de Oslo. También viven en muchos otros sitios. Pero al principio viven en una casa grande en Strømmen, a las afueras de Oslo. En el jardín hay una casa de muñecas. En las paredes de la casa de muñecas, la niña ha grabado su nombre. Se encuentre en la habitación en la que se encuentre la madre, la niña siempre entra a pedir algo. Quiere dibujar. Quiere preguntarle algo. Quiere enseñarle una cosa. Quiere montar en bici. Quiere cepillarle el pelo. Quiere bailar. Quiere sentarse en silencio y no decir nada, «te lo prometo, te lo prometo, ni una palabra». Quiere bailar más. Al final ya no hay un sitio en toda la casa donde la madre pueda trabajar en paz, y entonces amuebla una habitación en

el sótano. (La casa de Strømmen, al contrario que la casa de Hammars, crecía en profundidad y no en longitud.) Pero la niña la encuentra allí también. Mamá subterránea. La madre quiere escribir un libro, pero no lo consigue. La niña la encuentra allá donde vaya y entonces la madre se desconcentra. Y cuando una se desconcentra, explica la madre, es casi imposible volver a concentrarse.

Con la madre todo era mucho más impredecible que con el padre. Tenía que ver con las circunstancias de la vida. El padre se moriría antes, era muy triste, claro, pero bastante previsible, como era tan mayor, la muerte del padre era algo esperable, de esto eran conscientes tanto el padre como la niña, y por eso las despedidas al final del verano eran tan emotivas. Se les daba bien despedirse. Despedirse de la madre era algo muy distinto. La niña chillaba y la madre la abrazaba fuerte, «no llores, tienes que ser una niña mayor y no llorar», la madre abrazaba fuerte a la niña, miraba a su alrededor, intentaba soltarse de las manos de la niña que se aferraba a distintas partes de su cuerpo. «¿Quién nos mira?» La madre siempre está atenta a lo que ven y piensan los demás. Esta niña que grita. Esta niña escuálida que alberga tanta estridencia en su interior.

El padre solía decirle a la madre que ella era su Stradivarius. Es decir: un instrumento de la mejor clase con un sonido potente y rotundo. La madre se llevaba esas palabras al pecho y las repetía: «Decía que era su Stradivarius».

Ella es mi violín.

Yo soy su violín.

Este es un ejemplo de que tanto la madre como el padre se dejaban seducir por las metáforas. A ninguno le importaba y ninguno de los dos sabía que hay varios estudios que desvelan que un Stradivarius, en realidad, no suena mejor que otros violines similares.

Por otra parte, ¿qué se podría decir sobre este tipo de estudios? Siempre hay alguien en el público que susurra: «Ya sé cómo lo hace, es un truco, ese de ahí no es un mago de verdad».

¿Pero qué han creado el padre y la madre? ¡Atención! ¡Es la niña! No es un Stradivarius, eso está claro. Un organillo desafinado tal vez, que chirría porque la madre tiene que marcharse. Y todos esos abrazos, ¿qué es eso? Tal vez la niña no esté bien. ¿Y qué tipo de madre es esa que se va del lado de su hija una y otra vez? (Era a la madre a quien acusaban con la mirada, nunca al padre.) A la madre le preocupaba lo que veía y pensaba la gente, pero a la niña le daba lo mismo. No se fijaba en las miradas. Se agarraba a la madre. La idea de no volver a verla se le hacía insoportable. Fantaseaba con distintas maneras de morir. Con la muerte de la madre, más que nada. Y su propia muerte como consecuencia natural de la muerte de la madre. Podría ocurrir en cualquier momento, la madre podría morir de una enfermedad o en un accidente de coche o de avión o podría ser víctima de un asesinato. Su madre, que viajaba por todo el mundo, podría perderse en un país en guerra y morir de un disparo. La niña no podría cavar un hoyo en su interior del tamaño suficiente para desaparecer en él si muriera la madre. Amaba a la madre por encima de todo. No es que pensara en el amor, en la palabra y en su significado. Si alguien le hubiera preguntado sobre el amor, tal vez habría respondido que amaba a la madre, a la abuela y a Jesús (porque la madre y la abuela le decían que Jesús la amaba a ella) y a los gatos, pero que amaba a su madre por encima de todo. Echaba de menos a la madre todo el rato, hasta cuando la madre estaba en la misma habitación que ella. El amor de la hija era más que el que la madre podía soportar. Tener hijos era más difícil de lo que la madre se había imaginado. Brazos y piernas y dientes grandes y estridencia. Lo que más le gustaba era cuando la niña dormía. Mi niñita preciosa. Pero cuando todos estaban despiertos era demasiado. Niña pegajosa. Amor pegajoso. Era como si la niña quisiera volver a meterse dentro de ella. La madre nunca admitiría que esa dependencia de la niña la ponía de los nervios. Ella misma estaba llena de nostalgia y de anhelo, de preguntas sobre quién estaba destinada a ser y quién era y qué era el amor y qué debería ser. Su anhelo más profundo tal vez fuera que la amasen de manera incondicional y, al mismo tiempo, quería que la dejaran en paz. Gruesos tabiques separaban todos los espacios de la madre, sus estancias oscuras y doradas.

*

Nada cambió en Hammars. O los cambios se desarrollaron de una forma tan gradual que resultaban imperceptibles, y, durante mucho tiempo —hasta que el padre llegó diecisiete minutos tarde sin siquiera darse cuenta y de esa manera anunció que todo había terminado—, la niña vivió con la sensación de que justo como son las cosas ahora es como siempre lo habían sido. Orden y puntualidad. Las sillas estaban donde siempre habían estado. Los cuadros estaban colgados donde siempre lo habían estado. Los pinos que se veían por la ventana estaban igual de torcidos. Ingrid tenía una trenza larga y castaña que se movía de un lado a otro de su espalda cuando caminaba por la casa y pasaba el polvo o mullía los cojines.

Con el tiempo, Daniel y Maria empezaron a llegar a Hammars, a la vez que la niña. Eran mayores que ella, pero aún eran niños. Llegaban en verano. Y así era: día y noche en la casa chata y alargada rodeada de mar, rocas, cardos, amapolas y terrenos baldíos que recordaban a la sabana africana. Cada verano era igual que el siguiente. Todas las tardes, a las seis, la niña y la familia de Hammars cenaban en la cocina. La comida la hacía Ingrid y siempre estaba muy rica. Después de cenar todos se sentaban un rato en el banco marrón desde el que se veía un camino de grava. Allí había un coche, más tarde dos y después también un *jeep* de color rojo. Más allá del cobertizo de las bicicletas había un bosque con tres caminos. Allí, todos los días, apoyada contra el poste marrón que sujetaba el tejado del porche, Ingrid se encendía su cigarrillo diario.

El banco marrón era cálido y un poco basto. Si lo frotabas, se te clavaban astillas en la palma de la mano. La casa era de piedra y de madera, rodeada de un muro de piedra. Cuando los adultos leían el periódico de noche, la niña bajaba sola hasta el mar. La playa de piedras esculpidas por las olas estaba en cuesta y cuando había avanzado lo suficiente para tocar el agua, se daba la vuelta y miraba hacia la casa y hacia el muro de piedra. Entonces casi no había nada, había desaparecido todo bajo una neblina de luz grisácea, de piedra y cielo, todo palidecía con el sol del verano, el tiempo, el día, como si alguien lo hubiera cubierto con una capa de invisibilidad, aunque no todo era invisible: los marcos de la puerta y de las ventanas eran azules como el aciano y se veían, se veía que allí había una casa, que no se podía ocultar del todo.

De vez en cuando alguien decía: ¿Por qué no nos sentamos en el lado bonito de la casa, el lado con las vistas al mar y la luz que va cambiando en el horizonte? Pero aun así se sentaban en la parte delantera de la casa, en el banco marrón, mientras Ingrid fumaba apoyada contra el poste. Era como si todos fumaran juntos ese mismo cigarrillo.

El padre tenía un estudio en el que se sentaba a escribir todo el día, «de lo único que puedo presumir es de haber sido diligente», decía. La niña llamaba al estudio «despacho», y por las noches el despacho se convertía en un cine. El padre sacaba un lienzo blanco de una maleta negra, apagaba las luces y la película podía empezar. La maleta negra era tan larga que cuando estaba cerrada recordaba a un ataúd, un ataúd para una persona muy delgada, un monigote hecho con palitos. La maleta tenía cierres metálicos y un asa como las de una maleta o un bolso corrientes y estaba en un soporte especial en el estudio.

Cuando el padre abría la maleta, el ataúd se convertía en una pantalla de cine blanca como la leche y tan grande que cubría toda la pared como una vela tensa de barco.

En una pequeña estancia, separada del despacho por una pared con un panel de vidrio, estaban los proyectores. Los primeros años era el padre quien ponía las películas, pero con el tiempo enseñó a su hijo Daniel, a quien pagaba diez coronas por sesión. La niña no tenía permiso para tocar los proyectores, estaba más prohibido que hacer ruido a la hora de la siesta de los mayores, más prohibido que dejar abiertas las puertas de Hammars o sentarse en medio de una corriente de aire, casi igual de prohibido que llegar tarde. Nadie llegaba tarde en Hammars.

Aunque se fuera puntual y se llegara a una cita a la hora acordada, siempre había que decir: «Siento llegar tarde». Ese era el saludo típico de Hammars, tan reconocible como los graznidos de las gaviotas en verano: «Siento llegar tarde». Y si, en contra de lo previsible, se acudía a una cita con algunos segundos de retraso, había que decir lo siguiente: «Discúlpame por llegar tarde. ¿Podrás perdonarme? ¡No tengo ninguna excusa!». Pero eso no sucedía casi nunca.

Los primeros años, la niña tenía su propia sesión a las seis y media. Se sentaba en el sillón grande y ajado con las piernas apoyadas en un escabel. La vieja maleta se abría y se tensaba la pantalla. La niña era delgada como una ramita. Tenía el pelo largo y despeinado y dientes de conejo. El padre apagaba la luz, cerraba la puerta y se situaba afuera.

—¿Todo bien? —exclamaba desde el otro lado de la puerta.

—Todo bien —respondía la niña.

—Las ventanas están cerradas. Todo está a oscuras y en silencio.

—¿Hay corriente?

—No.

—Entonces ¡arrancamos!

Pero más tarde, cuando ya hacía años que la niña había empezado a ver películas con los adultos, el padre decidió renovar el viejo granero que estaba detrás del seto de lilas, en Dämba. El verano en que la niña cumplió nueve años, el cinematógrafo estaba listo, pero nadie lo llamaba así, lo llamaban cine y tenía una puerta pesada de color rojo óxido con una enorme cerradura por la que pasaba la luz. El cine tenía cinco asientos —unas butacas suaves, verde musgo— y dos proyectores modernísimos, verdes como el mar, que ronroneaban en la oscuridad tras una ventanita de cristal.

En la casa de Hammars había un pequeño recibidor con tres puertas. La primera era la entrada principal, y conducía directamente al banco marrón; la segunda conducía al interior de la casa; y la tercera al jardín, que estaba rodeado de un muro de piedra. En el jardín había una casita para invitados, una sala para la colada, un rosal y una piscina.

Los primeros veranos en Hammars, a la niña le encantaba meterse en el armario secador de la sala de la colada. Era estrecho y estaba calentito y en el suelo había un espacio en el que podía acurrucarse. En ese armario estaba la ropa recién lavada de Ingrid y del padre, que o bien goteaba o bien estaba húmeda. El padre tenía pijamas, camisas de franela y pantalones marrones de pana. Su ropa era la que más espacio ocupaba. Ingrid era menuda y delgada y no tenía demasiada ropa: un par de faldas y de blusas. De vez en cuando, el vestido azul de la niña colgaba de un extremo de las varillas.

La niña nadaba muy bien y podía pasarse horas en la piscina, decía el padre, que era un exagerado. Horas no, decía la niña. Algunas veces él salía al jardín y decía: «Se te han puesto morados los labios, tienes que salir enseguida». Le daba miedo que la niña se resfriara y se lo contagiara y por eso interrumpía su jornada laboral para sacar a la niña del agua.

Todas las ventanas de la casa tenían que estar cerradas, incluso en los mejores días de verano. El padre tenía miedo de las moscas y de las corrientes. Las conversaciones con el padre por lo general empezaban así:

—¿Hay corriente?

—No.

—¿Segura?

—Sí.

—No quiero que te resfríes.

—No estoy resfriada.

—Ya lo sé, pero no quiero que te resfríes.

No obstante, la niña podía bañarse todo lo que quisiera. El padre se sentaba a trabajar en el despacho, Ingrid se ocupaba de la casa y Daniel, en su habitación, hacía las cosas que hacen los

chicos mayores —la niña no tenía especial interés—. Y cuando terminaba de bañarse en la piscina, se metía en el armario secador. Era mejor cuando no estaba lleno de ropa, porque cuando había ropa colgada casi no quedaba sitio para la niña, y cuanta más ropa había, más calor hacía allí dentro, y no solo hacía calor, también humedad, como en una jungla. Cuando el armario estaba lleno tenía que arrastrarse, sí, casi luchar por abrirse paso, y si la ropa seguía húmeda, las mangas de las camisas, las perneras de los pantalones, los bajos de los vestidos le golpeaban la cara y todo el cuerpo, como si fueran lenguas enormes de animales que la lamían entera.

Un día, Ingrid abrió la puerta y la sacó de allí. Dijo que era peligroso sentarse en el armario secador. Ingrid tenía un pelo precioso. Casi siempre lo llevaba recogido en una trenza, pero los días de fiesta se ponía rulos por la mañana para soltárselo por la noche. Entonces le caía ondulado por la espalda.

Muchas cosas eran peligrosas. Todas las cosas corrientes, naturalmente, como ponerse una bolsa de plástico en la cabeza (muerte por asfixia), pasearse por ahí con la ropa interior, el bañador o la parte de abajo del bikini mojados (muerte por cistitis), arrancarse mal una garrapata (muerte por septicemia), nadar antes de que haya pasado al menos una hora desde la comida (muerte por corte de digestión), subirse al coche de un desconocido (muerte por secuestro, violación, asesinato), pero también había peligros que eran específicos de Hammars: no había que tocar las cosas que traía el mar a la playa, frente a la casa: botellas de bebidas alcohólicas, cajetillas de tabaco, botellas de champú, latas de conservas con etiquetas en idiomas extranjeros, letras extranjeras, no tocar, no oler, por Dios, no beber (muerte por envenenamiento), no sentarse en medio de una corriente (muerte por resfriado), no resfriarse (muerte por destierro de Hammars), no sentarse en el armario secador (muerte por ahogamiento, posiblemente por electrocución), no llegar tarde (si llegabas tarde, la muerte era un alivio, la muerte era, en todo caso, la única excusa posible para la falta de puntualidad). Dale a la niña un mapa y ella lo seguirá, y no incumplirá ninguna de las reglas, salvo la de no sentarse en el armario secador. Ingrid se lo había advertido varias veces, pero la niña se colaba dentro de todos modos, para rodearse de calor. Hasta el día en que apareció una hoja amarilla de papel rayado pegada a la puerta del armario secador, en la que decía lo siguiente, con las mayúsculas grandes del padre:

ADVERTENCIA: PROHIBIDO QUE LOS NIÑOS QUE SE BAÑAN SE METAN EN EL ARMARIO SECADOR.

El padre hablaba un sueco precioso y a menudo tenía la costumbre de dirigirse a la niña en tercera persona. «¿Cómo está mi hija hoy?» No usaba palabras inglesas salvo para referirse a su piscina, de la que estaba realmente orgulloso. *Swimming pool*. Allí estaba, tendida en el césped como una señora mayor enjoyada y vestida de azul turquesa. La piscina medía seis metros de largo y cubría tres metros en la parte más profunda. Era rectangular y, sí, azul turquesa, y olía a cloro, y por la noche caían avispas —que o bien se hundían hasta el fondo o bien se quedaban luchando en la superficie— y arañas y escarabajos y mariquitas y piñas de los árboles y de vez en cuando pájaros. Por las mañanas había que recoger con una red lo que se hubiera caído en ella. A Daniel también le dan diez coronas por hacer esta tarea. Por la mañana, muy temprano, la señora mayor está ahí tendida y resplandece llena de bichos que la recorren por la superficie y en el fondo, rodeada de hierbas altas y altos pinos, una mancha celeste y brillante en el mapa.

He oído a mi padre hablar inglés con periodistas y estudiantes de cine británicos y americanos, y lo hacía con un acento muy marcado, medio sueco, medio alemán, un sonido como de *jazz* que no me recuerda a nada que haya oído antes y que no se parece en nada a él —*yes, yes, as Faulkner once said, the stories you tell, you never write*—. El noruego le parecía un idioma bonito, y a menudo repetía la palabra inventada *buskedrasse*, que confundía con la palabra para decir «traje de chaqueta»: *buksedrakt*.

Todas las mañanas, él —el padre de la niña— se daba un baño en la piscina. La niña lo miraba desde detrás del rosal. Le parecía que el padre era demasiado mayor para bañarse desnudo, demasiado mayor para bañarse en realidad. ¡En serio! ¡Chapoteaba en el agua como un escarabajo gigante! Siempre se bañaba solo. Por la mañana temprano. Antes de desayunar. Antes de desaparecer en su estudio. La niña no sabía a lo que se dedicaba ahí dentro. Escribía —eso sí lo sabía— en cuartillas rayadas de color amarillo.

En verano escribía. El resto del año hacía películas o trabajaba en el teatro.

De vez en cuando se sentaba en el cuarto de invitados con una señora y cortaba cintas. En aquellos tiempos se cortaban y pegaban los trozos de celuloide. Se pasó un verano entero cortando *La flauta mágica*, y el sonido del libreto de Emanuel Schikaneder y la música de Mozart salían volando por la ventana. Ese fue el único verano en que las ventanas estuvieron abiertas de par en par y todo Hammars prestaba atención. Tamino cantaba sobre su querida Pamina y preguntaba: «¿Cuándo encontrarán mis ojos la luz?», y el coro respondía: «¡Pronto, pronto, joven, o nunca!».

Pero cuando no cortaba películas, el padre se sentaba a escribir, y por las tardes le entregaba las cuartillas rayadas de color a amarillo a Ingrid. Ella entendía su letra, casi nadie más la entendía, y lo pasaba todo a limpio con la máquina de escribir. Cuando el padre se sentaba a escribir, no se le podía molestar bajo ninguna circunstancia. Eso lo sabía muy bien la niña, «menudo temperamento tiene», dijo la madre antes de mandarla a la casa que se construyó para que ella viviera allí. Qué es temperamento, preguntó la niña; que a veces se enfada mucho, dijo la madre; ¿es grave?, preguntó la niña; no, respondió la madre, y titubeó un poco, o sí, si se hace daño a los demás, pero si uno nunca muestra que está enfadado o que está harto o que tiene angustia, le puede salir un nudo en el estómago y eso también es grave. ¿Papá tiene un nudo en el estómago?, preguntó la niña. No, respondió la madre, no tiene un nudo en el estómago, de vez en cuando se enfada y dice cosas que no piensa..., y ruge y grita..., y entonces puede que a los demás les salga un nudo en el estómago... Eso es a lo que me refiero con lo de su temperamento..., tiene la mecha corta... ¿La mecha corta?, preguntó la niña, ¿qué es eso? La madre suspiró. Significa que... enciendes una cerilla y de repente toda la casa está en llamas. Ah, sí, dijo la niña, que sabía bien que no tenía que molestar al padre, pero algunas veces lo molestaba de todas formas. Llamaba a la puerta del despacho y le decía que tenía que ir con ella: había una araña en su cuarto que tenía que sacar de allí. Ella no se atrevía a entrar si no iba su padre enseguida a sacarla. O un escarabajo. O una avispa. Él no se ponía a gritar. No se irritaba. Solo suspiraba un poco y se levantaba y cruzaba tras ella el salón y la cocina y entraba en su habitación. Ella estaba muy delgada. Como si los insectos fueran parientes suyos. Y a él le gustaban las palabras noruegas que ella iba soltando. *Øyenstikker.* Libélula. A la niña le gustaba la palabra sueca. *Trollslända*. Y no le daban miedo. Le daban miedo los tábanos. *Broms*. Y los mosquitos patilargos. *Harkrank*.

Cuando la niña se hizo mayor y hablaba sueco con fluidez, él le pidió que hablara en noruego. Al menos con él. Le decía que cuando hablaba sueco, su voz subía de tono y se volvía más clara y más aguda, como cuando era pequeña, y ahora que era adulta debería mantenerse en un tono más grave. Más elegante. Y ese tono más grave solo lo tenía cuando hablaba noruego.

Pero hubo un tiempo en que medía 113 centímetros y podía esconderse tras un rosal sin que la vieran y podía molestar al padre si había un milpiés del que ocuparse en su habitación. Un milpiés. O un zapatero. O una araña patilarga.

Tal vez deba ponerle un nombre. A la niña. También lo puedo dejar estar. Cuando el padre cumplió sesenta años invitó a sus nueve hijos a Hammars para celebrar su cumpleaños. Fue en el verano de 1978, el verano en que la niña cumplió doce años. No recuerdo cómo se le presentó eso de la gran fiesta —la primera de muchas—, ni siquiera era consciente de que tuviera tantos hermanos, o tal vez fuera consciente de la misma manera que sabía que Noruega tenía muchos condados. Acababa de terminar quinto y se iba a mudar a Estados Unidos con su madre e iría allí al colegio. El profesor de geografía noruega se apellidaba Jørgensen. La niña no lo iba a echar de menos. Se le daba bien la geografía. Los mapas eran su especialidad. Y sí, sabía que eran nueve hermanos de la misma manera que sabía que nueve de las cataratas más grandes del mundo se

encontraban en Noruega. Había apuntado sus nombres: Mardalsfossen, Mongefossen, Vedalsfossen, Opo, Langfossen, Skykkjedalsfossen, Ramnefjellsfossen, Ormalifossen, Sundifoss. Aparte de Daniel y Maria, a quienes conocía de antes, solo había visto a sus hermanos en fotos. Mucha gente cree que Vøringsfossen es una de las cataratas más grandes del país, pero no es así. Nada más lejos. No se puede estar más confundido, solía decir Jørgensen. Era la víspera de la gran fiesta de cumpleaños, el padre cumplía el 14 de julio, el día nacional de Francia, y por fin ella los iba a conocer a todos. Los ocho en un día. Se sentó a esperar en el banco marrón que estaba delante de la casa. De vez en cuando se levantaba, iba al bosque y cogía fresas silvestres que enhebraba en un trozo de paja. Entonces se volvía a sentar. Quería guardar los collares de fresas silvestres y dárselos a una de sus hermanas. Tenía cuatro, pero el tiempo pasaba y no venía nadie, así que se los comió todos ella sola. El vestido azul de verano recién lavado le llegaba justo por debajo del culo. Tenía picaduras de mosquito en los muslos y en las manos. No había un lugar tan silencioso como Hammars cuando se sentaba sola en el banco y observaba cómo se despertaban los saltamontes en el muro de piedra. Si venía un coche, se oía desde lejos. Normalmente, cuando oía coches, corría por el camino hacia la verja, que según el padre marcaba el límite de sus tierras, y agitaba los brazos para que el coche se diera la vuelta y se alejara de allí. No querían gente en la finca. Pero, esa vez, ella no corrió hacia el camino para espantar a la gente. Seguro que el padre se arrepentía de la maldita fiesta. Había sido una buena idea y muy divertida cuando se le ocurrió en su momento. Todos sus hijos celebrando juntos su aniversario. Pero uno debe guardarse de sus propias buenas ideas, escribió Aksel Sandemose, a quien el padre citaba de vez en cuando. Uno puede implicarse tanto en la idea que se olvide de todo lo demás. Sandemose se refería a la escritura, pero sus palabras también sirven para cuando alguien organiza una fiesta. Y además la niña sospechaba que la fiesta no era solo idea del padre, sino también de Ingrid. Si todos los hijos del padre podían venir a Hammars, los hijos de ella también tendrían permiso para hacerlo. No solo Maria, la pequeña, sino también los otros tres. Ingrid había dejado a sus hijos cuando se casó con el padre de la niña y ahora los echaba de menos todo el rato, pero su nuevo marido quería que estuvieran solos los dos. Sin hijos. Se habían esperado el uno al otro durante mucho tiempo, a lo largo de los múltiples matrimonios y relaciones con mujeres de él y del matrimonio de ella con el barón. ¿O era conde? Así es el amor. Sentada en el banco marrón, alguien ha dicho: «Así es el amor». La madre de la niña agita la cabeza cuando oye hablar de las mujeres del padre. No quiere saber nada de la esposa número cinco y no quiere saber nada de la esposa número cuatro, «no quiero saber nada de ellas», casi nunca se quiere saber nada de quienes nos preceden y de quien viene justo después de nosotros. A la madre no le gustaba ser la que estaba entre la número cuatro y la número cinco. ¿Qué era entonces? ¿El cuatro y medio?

El padre solía decir que cuando cumpliera setenta invitaría también a todas las esposas y a las madres y a las mujeres que no eran ni esposas ni madres, pero que de una manera u otra habían estado implicadas en su vida. ¿Cómo se refiere uno a ellas? Pero ahora tenía sesenta, no setenta, y la niña estaba sentada en el banco marrón, esperando a sus hermanos, y al día siguiente, el gran día, el padre se haría fotos con una corona de flores en el pelo, rodeado de Ingrid y de los niños, en las escaleras de Dämba. La niña se volvió hacia el camino y se rascó el muslo. El padre solía decir que la primera picadura de mosquito es agradable, aparece en algún lugar del cuerpo y es blanca y nueva y un poco rosa y pide a gritos: «Ráscame, ráscame». Cuando se tienen muchas picaduras de mosquito, ya deja de ser agradable, la piel está irritada, las picaduras ya no piden nada a gritos, ya no emiten sonidos, y los picores no te dejan dormir. Cuando oyó el primer coche, la niña se levantó y se volvió a sentar igual de rápido. Ya vienen. «¡Ya vienen!» Miró a su alrededor. ¿Dónde está todo el mundo? «¡Papá! ¡Ingrid! ¡Daniel! ¡Maria! ¡Venid! ¡Ya vienen!» Sí, y entonces llegó primero un coche, que giró hacia el camino de grava, y después otro y después otro más, y de los coches salieron mujeres y hombres jóvenes, los hermanos de la niña y sus parejas y maletas y pañuelos de seda y labios rojos y risas y pantalones anchos y pelo y voces. ¿Dónde estaba el padre? ¿Estaba en alguna parte cuando llegó todo el mundo o había buscado refugio en su despacho? No importaba demasiado. Era un señor mayor que siempre tenía dolor de estómago y rehuía las visitas. «¡Mira! ¡Ahí viene mi pequeña familia!» Cada vez había más gente ahí afuera. La niña se echó a reír. ¡No

era una familia pequeña! Era una familia grande. Mira, allí está Jan. Es el mayor y el más listo y tiene mujer e hijos. Y allí, allí está la que vive en Londres y sonríe como una estrella de cine. Y allí está el piloto. La niña sabía que uno de sus hermanos era piloto de avión y que, todas las semanas, volaba de una orilla a otra del océano Atlántico. Era el más alto de todos, ella lo reconoció nada más verlo, él dio una vuelta y cuando la vio, dejó a un lado la maleta y extendió los brazos. Era alto como la copa de un árbol y delgado y el hombre más guapo que la niña había visto en toda su vida, y a pesar de su temprana edad había visto ya unos cuantos, y corrió hacia él y él la levantó tan alto y le dio vueltas tan rápido que ella casi pierde el aliento, pero en lugar de eso abrió los ojos, despacio, como si estuviera bajo el agua y allí arriba, en sus brazos, no solo vio Hammars con sus llanuras, sus ovejas —que los isleños llamaban corderos, ya fueran recién nacidas o adultas—, las antiguas granjas de piedra caliza, sino todo Fårö, desde la cantera de piedra caliza de Norsholmen hasta el cementerio inglés al sur de Dämba y las dunas de arena de Ullahau donde la niña había oído decir que se podía ir en trineo en invierno y el supermercado que estaba un poco más abajo de la iglesia y las playas de Sudersand, Ekeviken y Norsta Aurar, hasta los *raukar*, las formaciones de piedra caliza de Langhammars y Digerhuvud, y justo cuando creía que la volvería a dejar en el suelo, los brazos de él se extendieron aún más hacia arriba en el aire y entonces vio todo el mar y el horizonte y el telón de acero a lo lejos del que no se podía regresar si se tenía la mala suerte de perderse allí.

Medio hermanos, como si no fueran hermanos de verdad. Medio nacidos, medio vivos, medio recordados, medio olvidados, niños de sombra que desaparecían entre los setos de lilas y que se escurrían entre los postes de la valla. Por la noche hubo fiesta en Dämba y la niña bailó un baile a toda velocidad girando y girando y girando hasta que casi no le quedaba ropa en el cuerpo.

El padre le dio un cuaderno de color verde de hojas rayadas; le dijo que tenía que escribir un diario. Su hermana mayor, Maria, escribía un diario todos los días, lo hacía desde que era más pequeña que la niña. Si la niña no escribía un diario, dijo el padre, iba a olvidarse de todo. Pero la niña no quería escribir un diario. En lugar de eso se inventó un idioma secreto y llenó el cuaderno verde de tablas y palabras secretas: *Ivoefo qqjttfsS j tåmb*. También dibujaba mapas. Cientos de mapas. Muchos eran de Fårö. Las medidas no eran demasiado precisas; los límites eran mucho más importantes. Más allá del banco marrón estaba el cobertizo de las bicicletas, y más allá del cobertizo de las bicicletas estaba el bosque con los tres caminos. Un camino conducía hasta el mar, otro hasta una cabañita en el bosque verde y el tercero hasta un claro o un prado donde el padre más adelante construyó una nueva casa.

El plan del padre para la nueva casa —todas las casas tenían un nombre, y la casa nueva se llamaría Ängen, que significa «el prado»— consistía en vivir allí con Ingrid cuando se hicieran mayores. Vivirían en Hammars en verano y en Ängen en invierno. De vez en cuando, decía él, el viento soplaba tan fuerte desde el mar que resultaba imposible dormir en Hammars. Entonces quería dormir en otro sitio. Ingrid también. Pero Ingrid murió y dejó al padre destrozado.

Algunos veranos eran fríos, se decía que eran los más fríos de la historia. Al padre le gustaba más cuando llovía. Decía que todas sus peores pesadillas tenían lugar cuando brillaba un sol cegador. Cuando la niña era pequeña, no le dejaban entrar en la habitación de Ingrid y del padre hasta que el hombre de la radio hubiera leído las previsiones meteorológicas para toda Suecia. Cuando el hombre de la radio decía «Visby, diecisiete grados», ya tenía vía libre. Entonces la niña podía levantarse y entrar en el cuarto de los mayores y despertarlos. Los hermanos adultos se turnaban para vivir en Ängen con sus parejas, con sus cónyuges y con sus hijos. La niña ya no era la más pequeña de la familia. Había una casa junto a Sudersand, Karlberga, que más tarde se vendió, y también estaba la cabaña junto al mar, un corto paseo desde la casa de Hammars, donde los hermanos se quedaban con sus novias.

Como a la mayoría de los niños, a la niña le gustaba hacer listas y contar cosas, y si alguien le preguntaba por el padre respondía, por ejemplo: mi padre tiene cuatro casas, dos coches, cinco

mujeres, una piscina, nueve hijos y un cine.

Papá e Ingrid nunca vivieron en la casa de Ängen, pero Ingrid, antes de morir, la decoró a su gusto.

Jan pasó allí varios veranos con sus hijos. Al principio era conductor de tren y después se hizo director de teatro. *El rey Lear* no trata de un hombre que se convierte en rey, sino de un rey que ha de convertirse en hombre. Y eso, dijo Jan, y levantó la mano, es lo más difícil de todo. ¡Cualquiera puede ser rey! Jan era el cabecilla del grupo de hermanos. Un verano propuso montar una tienda de campaña en la finca que se extendía entre la casa de Hammars y la de Ängen. Así, la familia, que cada vez era más numerosa, tendría sitio en los días previos a la fiesta de cumpleaños. El padre dijo: Ni de coña voy a poner una tienda de campaña en la finca, ni de puta coña, lo que me faltaba, no pienso permitir que la gente venga aquí y se piense que puede hacer lo que le dé la gana.

La niña vivió un tiempo en Estados Unidos y después regresó a Noruega, que era su país. Se casó y tuvo un hijo. Le pusieron el nombre de su padre, Olav, pero lo llamaban Ola. La niña ya no era una niña, pero aún conservaba sus mapas. En verano vivía en Ängen. Por las tardes, Ola jugaba al fútbol en el césped, junto a la casa.

El arte de contar una historia sin palabras ¿dónde ha quedado?, preguntaba el padre, y ponía películas mudas en el cine de tarde. «Esta es tu formación —le decía a la niña cuando aún era una niña—. Mira y aprende.» Por entonces era Åke quien proyectaba las películas. Más tarde llegó Cecilia. Se ponía de pie, descalza, detrás del cristal, alta, morena y guapa, y esperaba la señal del padre. El brazo levantado. Un guiño sutil. Se apaga la luz. Empieza la película. *Ariane*. Estaba Jan. Estaban varias de las hijas del padre. Un verano, Käbi se mudó a la casa principal de Dämba y después de eso volvía cada verano. El padre y ella estuvieron casados hace mucho tiempo, tuvieron a Daniel y ahora eran amigos y cenaban juntos todos los domingos y después de cenar ella tocaba el piano para él. Cuando Käbi iba a ver una película, venía por la explanada con un sombrero grande y un vestido, como en esa fotografía de Françoise Gilot en la playa, en la que Picasso corría detrás de ella con un parasol en la mano. El padre no corría detrás de Käbi con un parasol, pero la esperaba y la llamaba señora y hacía la vista gorda cuando ella, en mitad de la película, hacía ruido con la botella y los frutos secos que traía en una cesta. Nadie más tenía una cesta con frutos secos y una botella, nadie más hacía ruido. Nunca habría pasado inadvertido. Algunos iban y venían, así eran las cosas por las tardes, y otros estaban siempre allí. Antes de entrar y buscar su sitio, se sentaban un rato en el banco de fuera. Había que acostumbrar el oído, decía el padre. Y también la vista. No se podía entrar corriendo y ya está. Y a mediados de julio, justo el quince, el día después de su cumpleaños, los zarapitos reales sobrevolaban Dämba. Volaban bajo y en bandada.

—¡Mirad! —dijo el padre, señalando la alfombra voladora negra de picos y plumas que serpenteaba sobre ellos—. Se van de Dämba y comienzan el viaje hacia el sur —sonrió—. ¿No es increíble? Justo el mismo día todos los años.

Era un hombre puntual y valoraba la puntualidad en los demás, también en los pájaros, y tenía un talento especial para las despedidas.

La niña se divorció del padre de su hijo y un año más tarde conoció a otro hombre. Te va a hacer muy infeliz, le dijo el padre. Un poco dramático. El hombre era guapo y ella estaba enamorada.

Una noche de invierno, la niña habló por teléfono con su hermano Jan. Él le preguntó qué tal le iba con el hombre nuevo y la niña le contó que la había dejado, y entonces Jan le dijo que el tipo de leucemia que padecía tenía un elevado pronóstico de supervivencia, tal vez tan elevado como un ochenta por ciento, pero que las últimas noches habían sido una pesadilla; qué raro se me hace pensar que tal vez solo llegue a los cincuenta y cuatro años, añadió.

*

El hombre nuevo volvió con la niña y volvieron a ser novios. Cuando se casaron les faltaba el aliento a los dos, como si hubieran ido corriendo a la iglesia. Más tarde tuvieron una hija. La llamaron Eva. En verano viajaban a Hammars y vivían en Ängen. Sobre la mesa de la cocina había una lámpara, tenía pliegues amarillos y rotos que iban creciendo cada año.

*

Todos los días el padre iba y venía en su *jeep* rojo de Hammars a Dämba. Se tardaban diez minutos en llegar de un lado a otro. A las tres era la sesión de tarde del cine. Pero la hora de encuentro era las tres menos diez. Una vez él dijo que le gustaría construir un tren de Hammars a Dämba para ir y volver del cine en una locomotora de vapor.

También iba en coche a Fårösund para comprar los periódicos de la mañana. Lo hacía por la tarde, después del cine. Para ir de Fårö a Fårösund hay que coger uno de los dos ferris amarillos. Tardan cinco minutos en cruzar el estrecho. En verano hay una lanzadera, más o menos cada quince minutos, pero en otoño y en invierno solo pasa una vez cada hora. El ferri es puntual. Imagínate que eres la única persona que quiere cruzar el estrecho. A finales de octubre. Imagínate que llegas en coche a toda velocidad. El camino hacia el muelle del ferri es largo y recto y la tripulación puede divisarte desde lejos. Dejas atrás la iglesia, los campos, los corderos, los pinos y un viejo molino de viento. Te ven, pero llegas demasiado tarde y allí no se espera a nadie. Bajan la barrera, suena un estrépito que oyes a través de las ventanillas cerradas, elevan la pasarela y emprenden el viaje hacia Fårösund.

*

Se hizo mayor. Viejo. Decía que le desaparecían las cosas.

—¿Qué cosas?

—Palabras. Recuerdos.

Ella no pensaba mucho en ello. La memoria del padre era mejor que la suya. Nada había cambiado tanto. Él recordaba nombres, fechas, acontecimientos históricos, películas, escenas, piezas musicales. Contaba las mismas historias una y otra vez, pero así había sido siempre, formaba parte del repertorio de verano. Tal vez el tiempo que pasaba entre la primera vez que contaba una historia y la siguiente fuese más corto que antes, pero no había ningún signo visible de que así fuera.

Una nota adhesiva de color amarillo en la mesa de la cocina de Ängen, sin fecha, en sueco:

> ¡Queridísima
> Hija Pequeña!
> Recibe la más cálida bienvenida posible junto con el pequeño Ola (¿Olav?) y tus queridos amigos.
> Tú que llegas con el verano (haga el tiempo que haga).
> Un abrazo enorme,
> tu padre.

Le gustaba que el *jeep* rojo hiciera ruido. Quería que lo oyeran, quería que le oyeran llegar. La niña, que ya no es una niña, sino una mujer adulta, madre de dos hijos, ve un puntito rojo y un montón de polvo a través del bosque. ¡Mira cuánto ruido hago! ¡Mira lo alto que me levanto del suelo! Entonces en la última curva del camino, va deprisa, muy deprisa, los frenos chirrían, acelera una

última vez, solo porque le divierte, y después apaga el motor. Abre la puerta, agarra el bastón y hace una especie de intento de apearse de un salto.

Son justo las tres menos diez.

—¿Qué palabras desaparecen?

—Pues... no sé. Estoy en el *jeep*. He apagado el motor, casi no hay otros coches en el ferri, saludo al capitán y él me devuelve el saludo. Creo que lleva cuarenta años trabajando en el ferri. El verano por fin ha terminado. Ha vuelto la luz gris. Hay una chica junto a la barandilla, tiene veinticinco años, vuelve la cara. Voy de camino a Fårösund para comprar los periódicos. De repente se abre el cielo y cae una tromba de agua. La chica levanta la vista hacia el cielo, pero no se mueve. El ferri retumba. Llueve a cántaros y pongo el... ¿sabes lo que te digo? Y para. Empieza a llover, la chica levanta la vista hacia el cielo y yo pongo el..., ¿Cómo se llama eso? Lo que pones en el coche cuando llueve y se mueve de un lado al otro y hace flis, flis, flis.

—¿Limpiaparabrisas?

—¡Eso es! ¡Limpiaparabrisas!

—¿Se te había olvidado que se llama limpiaparabrisas?

—Como una mancha blanca en el cerebro, olvidado, desaparecido. Me pasa continuamente. Se me olvidan cosas.

Se necesitan varios minutos para que los ojos se acostumbren a la oscuridad. No vale con entrar y salir a toda prisa. Eso se repite cada año. Algunos veranos, él se deja crecer el pelo y la barba; otros, se afeita las dos cosas. Un lunar en la mejilla derecha, cada año crece un poco más que el anterior, y unas gafas de sol grandes, de color marrón oscuro. Está un poco más delgado. Y yo soy más alta que él.

—Bueno, buenas tardes —dice, y se baja con torpeza del *jeep*—. Sentémonos un ratito en el banco antes de entrar.

*

En otoño de 2006 fuimos a Hammars en coche. Conducía mi marido. Nos llevamos a nuestra hija y nos fuimos para allá. No había visto a mi padre desde principios de agosto. Habíamos quedado en vernos delante del cine.

Unos días antes hablé con él por teléfono. No fue una conversación larga.

—¿Qué vamos a ver?

—Ya lo verás cuando vengas.

—Tengo muchas ganas.

—Yo también. Ya sabes que siempre eres bienvenida.

—¿Nos vemos a la hora de siempre?

—A la hora de siempre.

Estoy de pie con Cecilia esperando. Hace mal tiempo. Cecilia era de Dalarna. Tenía el pelo largo y oscuro y llevaba un anorak grande. En verano iba descalza. Se había ocupado de todas las cosas prácticas desde que murió Ingrid. Por las tardes se encargaba de proyectar la película. Era la única que tenía permiso para tocar los proyectores, que él amaba por encima de todo en el mundo. «Son unas antiguallas maravillosas —decía él—. Se conservan muy bien. A la mierda con toda esa basura digital.»

De vez en cuando recibe visitas fuera de la temporada de verano, pero la mayor parte del tiempo está solo.

Miro el reloj y levanto la vista. Son las tres menos ocho minutos. No hay nadie en la carretera.

Me vuelvo hacia Cecilia.

—Llega tarde.

—Sí, a veces pasa.

—¿Qué?

Se mete las manos en los bolsillos.

—A veces pasa... No es tan raro.

—¿Qué quieres decir con que no es tan raro? —Miro el reloj—. Son las tres menos cinco.

—Sí, ¿y? Empezamos a las tres.

No me mira.

—Cecilia. Llega tarde... Mi padre llega tarde. Tendría que haber estado aquí a menos diez. ¿No estás inquieta? Yo sí.

Ella suspira y me mira.

—La primera vez que ocurrió me inquieté, fue el invierno pasado, lo esperé durante seis o siete minutos y como no aparecía fui a buscarlo. Se había salido de la carretera, abrió la puerta, intentó salir del *jeep*, se tropezó y se cayó. Lo encontré tirado en la cuneta.

—Entonces... ¡Tenemos que salir a buscarlo!

—Vete a buscarlo si quieres, pero desde aquella vez ha llegado tarde a menudo, y no porque se haya quedado tirado en la cuneta. Ya verás como aparece enseguida. Si se retrasa mucho más, iré a buscarlo.

Nos quedamos quietas sin decir nada. Vuelvo a mirar el reloj. Son las tres y cinco. Un trepador azul sobrevuela los campos grises y se dirige hacia el pantano. Y después nada. Quiero que todo sea como antes. Este paisaje nunca cambia. Pero esté donde esté o vaya donde vaya, diga lo que diga o piense lo que piense, mire donde mire, en el reloj ya ha pasado la hora acordada —las tres menos diez— hace tiempo. Y entonces oigo el *jeep*. Está llegando. Se acerca a toda velocidad por la carretera. El ruido del motor ahoga el canto del pájaro. Lleva unas gafas de sol tan grandes que le tapan toda la cara. Parece un animal nocturno. Frena en seco, abre la puerta y agarra el bastón. Son las tres y siete. Diecisiete minutos de retraso. Se quita las gafas de sol y extiende los brazos hacia mí.

No dice: «Perdón por llegar tarde». Ni: «Discúlpame, llego tarde».

Papá me rodea con los brazos y nos dirigimos hacia la puerta.

Me pego a él.

—¡Mira! ¡Aquí estás! ¡Bienvenida! —dice—. ¿Has tenido un buen viaje, cariño? Ven, ven, vamos a sentarnos un ratito en el banco antes de entrar a ver la película.

II

Bobinas

¿Has avanzado con tus memorias? ¿Has probado la grabadora?

Samuel Beckett
en una carta a Thomas MacGreevy

Tengo una curvatura en la línea que va del hueso de la cadera hasta el cuello. No es visible para nadie más que para mí. Creo que es por el bolso. Meto cosas y me olvido de sacarlas. A menudo, cuando quiero sacar algo, me pincho con alguna cosa, un imperdible roto, por ejemplo, o una aguja. No sé por qué llevo agujas en el bolso. No sé coser y no coso desde que era pequeña e iba a quinto de primaria y tenía que coser un cojín. Me llevó una eternidad acabar el cojín, tenía terror a las clases de costura, no avanzaba, nunca acababa el cojín, nunca me quedaba bien. El resto de la clase terminó sus cojines, pero yo seguía con el mío. Llegó el invierno y nevó varios días seguidos, era de noche cuando empezaba la jornada escolar y de noche cuando terminaba. Y pasaron las semanas. Cuando por fin terminé el cojín, me recordaba a una nube roja, con sus puntadas bastas y el relleno asomando por todos los huecos, pero a la maestra de costura, que sufría de migrañas, no le parecía que mi cojín se asemejara a una nube roja. ¡No lo has cerrado bien!, exclamó, y su voz retumbó por las escaleras de piedra y salió al patio donde los montones de nieve sucia de las esquinas se estaban empezando a derretir. La maestra tenía un peculiar aliento lechoso que no camuflaban las pastillas de regaliz que chupaba sin descanso. Emanaba de sus poros, creo que era cansancio y es posible que yo percibiera, aunque no lo habría dicho con estas palabras entonces, que ella se reconocía en ese cojín, que por mucho que se cosiera no conseguía cerrarse.

Yo nunca me he pinchado con el huso de una rueca, nunca me he quedado dormida durante cien años. Me he quedado dormida, sí, pero no durante cien años. Rara vez duermo más de cuatro horas seguidas, cinco si tengo suerte. Una vez me pinché el dedo con una aguja de abeto. Era verano y llevaba restos del árbol de Navidad del año anterior en el bolso. No sé cómo acabaron allí, bajo el móvil y la cartera y el espejo. Me he pinchado con palitos, tallos, una piña. En mi bolso hay un bosque: hojas secas, dientes de león, milenrama y hierba.

Mi hija me da flores, brillo de labios, gomas del pelo, hojas que tengo que guardar. Una vez me dio un dibujo de un árbol. Era alto y verde y tenía un tronco grueso y marrón y dos ramas grandes que se extendían hacia el cielo. Esto ocurrió cuando aún la iba a buscar al colegio. Ahora va y vuelve con sus amigos de clase.

La idea era sacar el dibujo y colgarlo en la puerta de la nevera, pero se quedó olvidado en el bolso. «Era para ti. ¿No lo quieres?» Mi hija y yo usamos el mismo cepillo del pelo. Lo llevo en el bolso y a menudo ella se cepilla con tanta fuerza que deja algún pelo enredado en él.

Durante muchos años llevé a mi padre, o lo que me quedaba de él, en el bolso. Murió en el verano de 2007, y durante años estuvo moviéndose de un lado a otro con el resto de mis cosas.

Lo que me quedaba de él eran seis cintas de audio de sus últimos años de vida. Su voz. Y el silencio. Y mi voz. Y todos los sonidos que no sé muy bien qué son y que captó el micrófono y que de manera imprecisa pueden llamarse ruido. Las grabaciones se hicieron con una grabadora gris del tamaño de un dedo grueso. Sabía que tenía que tratarlas de otra forma. Me refiero a las grabaciones. Tenía que escucharlas. Era mi padre. Estaba en el bolso. Seguro que había mejores lugares donde conservarlo. En una caja fuerte, por ejemplo, o en un archivo, o en un cofre.

Decía que le desaparecían cosas. Decía que le desaparecían las palabras. Si hubiera sido más joven, habría escrito un libro sobre hacerse mayor. Pero ahora que era mayor no era capaz de hacerlo. Le faltaban las fuerzas que tenía de joven. Este razonamiento llevó a que uno de los dos, no recuerdo quién, tuviera la idea de que escribiéramos un libro juntos. Yo haría las preguntas y él las respondería, yo transcribiría las conversaciones y después las editaríamos en un libro basado en el material del que dispusiéramos. Cuando terminásemos y se publicara el libro, podríamos coger el *jeep* e irnos de gira para presentarlo.

Tenía ochenta y siete años cuando surgió la idea del libro. De vez en cuando se le olvidaban las palabras o mezclaba unas con otras, pero su memoria era mejor que la mía. Tener un plan. Esa es la divisa familiar. Tengo una gran familia. Una familia por parte de madre y una por parte de padre. Mi padre tuvo nueve hijos con seis mujeres distintas. Recuerdo que pensé que tenía que hablar con él de ese tema. Si escribíamos un libro. No creo que tener nueve hijos con seis mujeres distintas formara parte de sus planes. Yo no era una hija planeada. Mi madre me ha contado que llevaba la píldora en el bolso pero que, o bien se olvidó de tomarla, o bien la dejó de tomar a propósito, no estoy segura, la historia cambia cada vez que me la cuenta. Mi padre me ha contado que la conversación sobre el aborto fue corta y poco dramática y que terminó cuando llegaron al acuerdo de que proseguirían con el embarazo. La felicidad es encontrarse en medio de la fase de planificación. Todo es posible y se tiene que afianzar, pero nada está decidido. Un plan es más tangible que la esperanza, es un tiempo que se reserva. «Nos decimos que nunca sabemos cuándo llegará la hora de nuestra muerte —escribe Proust en la descripción de los últimos días de vida de la amada abuela (aunque en realidad escribía sobre su madre)—, pero cuando lo decimos nos imaginamos ese momento en una habitación vaga y lejana, no pensamos en que pueda tener ninguna conexión con el día que ya ha comenzado, y que la muerte —o su primera conquista inicial sobre nosotros— pueda tener lugar hoy mismo, en esta tarde tan clara e inequívoca y cuyas horas se han reservado de antemano.» Mi padre y yo trazamos un plan sin tener en cuenta que la conquista de la muerte sobre nosotros ya estaba en marcha. En dos años, con todo el tiempo del mundo, hicimos planes para un libro que trataría sobre hacerse mayor.

The readiness is all.

¿Cómo titularíamos el libro?

¿Cómo lo armaríamos?

¿Qué cosas le preguntaría?

Él me dijo que podía preguntarle lo que quisiera, pero yo dudaba que fuera cierto. Le dije: No lo creo, y él me dijo: Ya, pero lo digo en serio, lo que quieras, y yo le dije: Vale, ya veremos.

Tardamos dos años en planificar el libro. Lo comentábamos cuando hablábamos por teléfono. A mi padre le gustaba hablar por teléfono, tenía opiniones sobre cuál debería ser el saludo de mi contestador automático, el suyo era muy corto y muy divertido. Hablábamos del libro cada vez que nos veíamos. Yo lo visitaba en Hammars, sobre todo en verano, pero también en primavera y en otoño. También hablábamos de otras cosas. Pero cuando no hablábamos de otras cosas, hablábamos del libro.

De vez en cuando decía algo que me hacía pensar: tenemos que volver sobre esto, lo debería anotar ya. No lo anotaba. Recuerdo que decía que hacerse mayor era un trabajo y que todas las mañanas hacía una lista de sus achaques (rigidez en la cadera, una mala noche, dolor de estómago, dolor inconsolable por la muerte de Ingrid, pesadez en el cuerpo, intranquilidad por el día que tenía por delante, dolor de muelas, etc.), y si eran ocho o menos, se levantaba. Si eran más de ocho, se quedaba en la cama. Pero eso casi nunca sucedía.

—¿Por qué ocho?

—Bueno, porque tengo más de ochenta años. Me permito un achaque por década.

Dedicábamos mucho tiempo a hablar de los horarios. Mi padre era un hombre puntual.

A ver: ¿Cuándo deberían tener lugar esas grabaciones?

¿De once a una?

¿De diez y media a una?

¿Un día sí y otro no?

¿Todos los días?

Yo votaba por los periodos cortos y él votaba por los largos. Antes era distinto. De pequeña, a veces me dejaba entrar en su despacho y sentarme en el sillón y conversar. Él lo llamaba hacer una sentada. Recuerdo que yo no quería que las sentadas terminaran.

—¿Hacemos una sentada mañana? —solía decirme cuando era pequeña—. ¿A las once, por ejemplo?

—Vale.

Ingrid en la cocina.

—Te está esperando. Pasa.

Papá en el despacho.

—¡Bueno! ¿Qué tal está hoy mi hija pequeña?

—Bien.

—¿Bien? ¿Y eso qué quiere decir? No quiero un comunicado.

—¿Qué es un comunicado?

—No quiero palabras vacías. Bien, bien. Quiero que me cuentes cómo estás de verdad.

Nos sentábamos el uno frente al otro. Yo solo ocupaba una pequeña parte de mi asiento. Compartíamos un reposapiés. Él llevaba calcetines de lana finos de color marrón claro, y yo llevaba, por ejemplo, un calcetín azul en un pie y uno blanco en el otro. No estaban limpios del todo, me habría gustado encontrar dos iguales y limpios, pero entonces habría llegado tarde. Él extendía

una manta para taparnos los pies.

—¿Hay corriente? ¿Tienes frío?

Una vez estornudé. No fue un estornudo fuerte, sino uno pequeñito, producido por el polvo de la sala.

Mi padre se quedó en silencio.

—¿Estás resfriada?

—No, no.

—Has pasado demasiado tiempo en la piscina. Lo sabía. Te has bañado durante demasiado rato.

—No, papá, te lo prometo. No estoy resfriada.

—Bueno, de todas formas ya es hora de que lo dejemos. Creo que no te deberías bañar más por hoy. Tal vez deberías acostarte, ¿no? Le diré a Ingrid que no te encuentras del todo bien y que vas a descansar un poco.

Verano de 2006. Seguimos planeando el libro y todo lo que tenemos por delante. El libro se llevará a cabo en muchas fases. Hay que conversar, transcribir, editar, compilar. Mucho trabajo.

Una mujer con un vestido rojo se muda a la casa de invitados de Hammars. Es periodista y trabaja en la radio y en la televisión. La llamo Ana por la madame húngara Ana Cumpanas. Un día está en la cocina haciendo albóndigas. Llego en bicicleta y veo su vestido rojo por la ventana. Otro día está sentada con mi padre en el banco marrón. Se ríen. Un tercer día hace planes de ir a un concierto en la iglesia. Insisto en acompañarlos. Nos apretujamos en el *jeep*. Papá conduce rápido. Cuando llegamos, Ana y yo nos agarramos cada una de un brazo del enclenque anciano, como si necesitara apoyo por ambos lados, lo cual no es cierto. Sale a pasear solo todos los días sin más apoyo que el bastón, pero hoy entra en la iglesia apoyado en Ana por un lado y en mí por el otro, y sonríe.

Finales del verano de 2006. Suena el teléfono. Estoy en Ängen. Él está en Hammars. A pesar de que estamos a unos minutos de distancia a pie, nos llamamos mucho más que nos vemos.

—¡Estoy prometido!

—Vale.

—¿No me crees?

—No.

Hace una pausa dramática.

—Veo que estás celosa.

—No estoy celosa. Soy tu hija.

—Estás celosa.

—No estoy celosa. No soy una de tus mujeres. Soy tu hija. Me parece fenomenal que te cases.

Otoño de 2006. Suena el teléfono. Estoy en Oslo. Él está en Hammars.

—He pensado en lo de nuestro libro.

—¿Y bien?

—He pensado en la parte técnica.

—Papá, todo va a salir bien.

—No, escucha. Tengo una idea. ¿Y si se lo decimos a Ana?

—No.

—Es periodista y tiene acceso a equipo técnico de primera categoría.

—No tengo ninguna duda.

—Me había parecido buena idea que trajera su equipo técnico y viniera a Hammars..., quiero decir, que se ocupara de la grabación de las conversaciones.

—¿No crees que bastará con una grabadora?

—Estoy pensando en la calidad del sonido.

—Iba a comprar una grabadora.

—¿Ahora?

—No, ahora mismo no. Pero pronto.

—Ah.

—Papá, este es nuestro libro.

—Vale, vale, no te enfades.

—No estoy enfadada.

—Sí, te lo noto en la voz. Estás enfadada.

Primavera de 2007. Muchos pequeños derrames, dice el médico.

Busco derrame en Google. «Parada temporal del aporte sanguíneo al cerebro.» El término médico de la enfermedad es accidente isquémico transitorio (AIT). Los cambios son graduales, pero algo le está pasando en la memoria y a su destreza de separar lo que es real de lo que no lo es. Con real y no real me refiero a que no distingue entre los sueños (no sé si sueños es la palabra correcta) y la realidad (tampoco sé si es la palabra adecuada).

Tiene todas las ventanas del cerebro abiertas de par en par.

Beckett escribió: «¿No tienes claro lo que es real y —cómo referirse a lo contrario—? No importa. Ese viejo tándem».

Mi padre dice:

—Te voy a contar un poco cómo transcurren mis días. Todos los días, a la una, me llevan a la cocina y me sirven una tortilla.

Se ríe con la boca cerrada.

Antes se reía con la boca abierta, pero desde que le ha salido una úlcera en la boca que le dificulta hablar se ríe con la boca cerrada. Y entonces dice:

—*Tortilla a la una*. Tal vez ese sea un buen título para nuestro libro, ¿no crees?

Lo llamábamos trabajo. O el proyecto. O el libro. Es difícil saber cómo llamar a las cosas. En una nota amarilla sin fecha escribe:

> Queridísima hija:
> He intentado en vano llamarte para decirte que estoy preparado y disponible para «nuestro proyecto» cuando tú quieras y te venga bien.
> Un abrazo,
> tu anciano padre.

Hay una mancha de grasa en la nota. Es una mancha grande y redonda con otra más pequeña y ovalada debajo. Si en vez de una mancha de grasa fuera el dibujo de un niño, habría pensado que se trataba de un globo aerostático con una cesta para los pasajeros. Debo de haber apoyado algo sobre la nota, una taza de café o una copa de vino.

La mancha de grasa destaca algunas de las palabras de la nota. Hija, en vano, preparado.

Últimamente creo que me ocurre muy a menudo: veo una cara y pienso en otra. No sé cómo llamarlo. Contornos que desaparecen.

Durante un tiempo no recordaba nada de mi padre, leía las notas que me escribía. Miraba sus fotos, pero no recordaba nada, y con recordar me refiero a que no era capaz de visualizarlo, de imaginármelo, imaginarme lo que habría dicho o hecho en una situación dada, recordar su voz. Preocuparse por alguien es recordarlo. Yo no conseguía hacer ninguna de las dos cosas, ni preocuparme ni recordar. Caminaba a ciegas, no veía ni a los vivos ni a los muertos. Mi marido escribió en un poema: «Has desaparecido en la casa de tu padre».

Ya en vida, un archivo y una fundación recibieron el nombre de mi padre. Con el tiempo fueron tres fundaciones. Una estaba dedicada a sus manuscritos, sus cartas y sus fotografías; otra a sus casas; y otra a la isla que él consideraba suya. Tras su muerte, su rostro ilustra un sello y un billete. También tiene una calle con su nombre. Camino de arriba abajo en la lluvia. La calle está en el centro de Estocolmo, cerca del Dramaten. Es más una callejuela que una calle. Cuento los pasos, de arriba abajo, pero cada vez obtengo un número distinto. Al final de la calle, que desemboca en una plaza que también lleva su nombre, hay un montón de bicicletas aparcadas. Las cadenas —negras y plateadas— se enredan en las ruedas. Una de las bicis se ha volcado y está a punto de arrastrar al resto con ella.

«Háblame de tu padre.»

Niego con la cabeza.

No puedo decir que no recuerdo nada.

Un día hojeo un libro que trata sobre la artista estadounidense Georgia O'Keeffe. Cuando se hizo mayor, se fue a vivir a Nuevo México y pintó lo que veía a su alrededor. Sus montañas son de un cálido color rojo óxido, terracota, ocre, como grandes membranas, y las llanuras y el cielo apenas se distinguen. En el libro dice que combina dos planos, de manera que yo, cuando miro sus cuadros, me encuentro muy cerca y, al mismo tiempo, muy lejos de lo que miro. La propia O'Keeffe llamaba a ese plano combinado «*faraway nearby*».

A principios de los años ochenta, el fotógrafo Ansel Adams le hizo una foto. Ansel Adams y Georgia O'Keeffe eran amigos y buscaban los mismos paisajes. Él era más joven que ella, pero murió un año antes, no mucho después de hacer esa foto. En la fotografía, ella tiene más de noventa años, noventa y dos, creo, una toalla blanca en la cabeza, una camisa blanca y una chaqueta negra. En el cuello lleva una joya que parece algo que ella misma haya hecho con tierra y luz y arena. Tiene una cara sobria. La piel, más que arrugada o avejentada, como el perfil de una montaña o un cráter lunar o un hueso desteñido por el sol. La frente es ancha; la mirada, seria; la nariz, larga como una rama gruesa y desnuda; la boca, fina y tensa. Mi padre tenía ese mismo aspecto en los últimos años. La frente, la nariz, la boca. Sentía que lo había olvidado todo, pero ahora tenía la fotografía que Ansel Adams le había hecho a Georgia O'Keeffe. Miré la cara de ella y pensé en la de él.

—¿Podemos ir a Nuevo México? —le pregunté a mi marido.

—¿No podemos quedarnos un poco aquí? —me preguntó él, y apoyó su mano sobre la mía.

El chico que me atendió tenía unos dieciocho años, era alto, delgado, con el pelo largo y la cara pálida llena de granos. Se movía despacio y con cuidado por la tienda. Era una tienda grande, con móviles y gps en una sección, audio y televisión en otra, hogar y menaje en otra, electrodomésticos en la cuarta, informática en la quinta, y foto y vídeo en la sexta. Me fijé en sus dedos, finos, largos, como si los usara para tantear el camino. A veces me pongo a hablar con desconocidos. Les doy explicaciones. Le dije al chico que necesitaba una grabadora de casetes, que iba a entrevistar a mi padre, que mi padre tenía ochenta y ocho años, casi ochenta y nueve, que necesitaba la mejor grabadora de casetes del mercado, que no quería estar en una isla desierta con mi anciano padre y preocuparme por si el aspecto técnico no funcionaba bien.

—Ya no se llaman grabadoras de casetes —dijo el chico, y bajó la vista.

Traté de mirarle a los ojos.

—No, claro, ya lo sé, pero entiendes a qué me refiero, ¿verdad? Sabes lo que necesito. ¿Me puedes ayudar?

Era escuálido como un insecto. Llevaba una etiqueta con su nombre en la que ponía Sander. No era capaz de decidir si era torpe o elegante. Parecía que siempre estaba a punto de chocarse con algo. Parecía un baile con una delicada coreografía en el que casi se chocaba con las cosas y aun así nunca lo hacía.

En la primavera de 2007 fuimos a Hammars en coche. Yo llevaba la grabadora nueva en el bolso. Conducía mi marido. Nuestra hija, Eva, estaba en el asiento trasero viendo los dibujos en el ordenador. Tenía unos cascos nuevos de color azul claro. De vez en cuando, mi marido paraba el coche y apoyaba la cabeza en el volante. Le pregunté si le pasaba algo y me respondió que no le pasaba nada. Los cascos de Eva eran grandes como medusas.

Llevaba meses sin ver a mi padre y solo había hablado con él por teléfono un par de veces. Estaba sentado a la mesa de la cocina, con una tortilla y una copa de vino. Levantó la vista cuando entré y me puse frente a él. No fijaba la mirada. ¿No me reconocía? Me preguntó si venía del Palacio Real.

Y con un gesto de la mano me invitó a sentarme.

—¿Quieres tortilla?

Me senté, traté de mirarle a los ojos, pero él no quería mirarme. Dijo que estaba listo para retomar sus obligaciones como cochero real y que podíamos irnos en cuanto acabara de comer.

—Papá. Soy yo.

Él siguió comiendo, sin levantar la vista del plato.

—¿Papá?

Las mujeres se turnaban para cuidarlo. Iban y venían. Primero fue Cecilia y después llegó Maja. Cecilia se ocupaba de las cosas prácticas; Maja, de la casa. Más adelante llegaron otras. El último verano conté seis mujeres en Hammars. Así lo quería él. «Cuidado con lo que deseas», solía decir.

Sufrir un duelo no es necesariamente lo mismo que sumirse en la desesperación. Cuando murió Ingrid, mi padre estaba roto de dolor. Estaba desesperado. Decía que quería morirse, pero que era demasiado cobarde para quitarse la vida. «Soy un viejo de setenta y cuatro años y Dios ha esperado

hasta este momento para echarme del cuarto de jugar», decía. Mi padre también había perdido a un hijo, había perdido a Jan. Si yo perdiera a un hijo, «desesperación» sería una palabra demasiado débil. Estaría «rota de dolor». Me imagino que no podría haber seguido adelante. Él sí pudo hacerlo. Jan murió y él siguió adelante. Los hijos no eran lo más importante para él. Aún sigo con mis mapas y mis tablas —importantes, intrascendentes, preferidos, menos preferidos—, aunque sé que no conducen a ninguna parte. De hecho, creo que he estado de luto por mis padres toda la vida. Van cambiando ante mis ojos igual que cambian mis hijos ante mis ojos, y no tengo muy claro quién era yo antes de ellos.

¿Puedo sentir duelo por personas que aún viven?

Por la noche sigo el mapa y bajo hasta el mar. Estoy en un lugar nuevo, es muy bonito, es invierno y el mar está cubierto por una fina capa de hielo.

Recuerdo que mi suegro solía decir: «No monto a caballo el día que lo ensillo».

Mi abuela materna solía decir: «Hombres, cambio y corto».

Mi madre también solía decir: «Hombres, cambio y corto».

Y mi padre solía decir: «Cuidado con lo que deseas».

También solía decir: «Las palabras se las lleva el viento».

Era hijo de un pastor protestante, así que le resultaba natural citar a Lutero. Era importante no olvidar la limpieza, el control de los sentimientos, el orden y la puntualidad.

Hablaba del enfado, de un enfado que creía que habían heredado sus hijos.

¿Estás enfadada, corazón?

Nunca me vio enfadada.

¿No tenemos ningún malentendido que aclarar tú y yo?

No, papá.

¿Algo que te moleste?

No, para nada.

Qué bien, eso me parecía.

Un enfado que él llamaba ira asesina. O ¿cómo llamarlo? Mecha corta. Temperamento. Dificultades respiratorias. Falta de respeto. Desprecio. *Estoy destrozado y nadie quiere consolarme*. La rabia es una forma de glotonería. La ira te come por dentro y tú te comes la ira una y otra y otra vez.

Si se tiene la mala suerte de tener tanta ira, decía, era importante mantenerla a raya. Él lo había aprendido temprano en la vida gracias a hombres mayores y más sabios que él, y le gustaba transmitir ese consejo. Decía: «Hay quienes tienen un oído perfecto, que oyen zumbar a las abejas y dicen "¿Lo oyes? ¡Es un la mayor!". Hay quienes son tacaños. Quienes saben bailar. Quienes sienten ira. El cuerpo se compone en su mayor parte de agua; el corazón, de ira. Una ira semejante puede tensar la mandíbula y hacer que uno se haga pedazos las muelas y se ponga en situaciones embarazosas. ¿Entiendes? En la vida laboral es una catástrofe. No hay espacio para la torpeza emocional en el lugar de trabajo; si uno deja que la ira se haga cargo de la situación y se sacuda como una salchicha venenosa, se pierde un tiempo muy valioso y uno echa a perder lo que quiere hacer y además hay que andar llamando a todo el mundo para disculparse. Es bochornoso y lleva mucho tiempo. Puede que se hayan dicho cosas hirientes que no se puedan excusar ni retirar. Ya están dichas. Que es lo contrario de no haberlas dicho. "Las palabras que han volado del nido no se pueden agarrar por el ala." Recuérdalo, corazón. Sirve para la vida laboral, pero también para las relaciones amorosas. Uno se cree que es rico, que el capital amoroso dura para siempre, pero si no se tiene cuidado, de repente se vacía. Bancarrota. Hay que desempeñar nuestro papel con cuidado. Un ataque de ira aislado y pedagógico en una representación teatral o un rodaje puede ser útil, pero, en cualquier caso, ha de ser profesional y no guiado por los sentimientos».

—No, papá. No vengo del Palacio Real. Vengo de Oslo. Voy a entrevistarte, ¿recuerdas? Vamos a trabajar.

No digo «habíamos quedado» o «vamos a sentarnos a charlar un rato», digo «vamos a trabajar», porque «trabajar» es una palabra mágica. Nada debe interponerse en el camino del

trabajo, no faltamos al trabajo, mentimos y engañamos y nos despertamos por la noche y tenemos miedo y lloramos y miramos el reloj. Se hace de día y la mesita de noche está llena de palabras. Pero a las seis nos levantamos y vamos a trabajar.

Papá y yo vamos a escribir un libro. Empezamos mañana.

Maja limpia la encimera de la cocina. Habla con mi padre en tercera persona. ¿Quiere él un poco más de vino? ¿Quiere él un poco más de pan con la tortilla? Habla despacio y demasiado alto. Escurre el trapo en el fregadero, el agua sale gris, lo cuelga en un ganchito de la pared.

—¿Le parece a él agradable que su hija menor haya venido de visitarlo? —dice, y asiente con entusiasmo como se hace para que la persona a la que uno se dirige asienta también.

—Claro que sí —contesta mi padre, y no le corresponde con el gesto—. Claro que me lo parece.

Me mira y me guiña un ojo.

Ya no le desaparecían palabras sueltas. Puede que fueran la mitad. Las palabras olvidadas formaban un camino largo y sinuoso que se extendía desde la playa de guijarros, a través del bosque y hasta las habitaciones de Hammars. Cuando salió la luna y él estaba fuera buscándolas, los pájaros ya habían estado allí primero. Un batiburrillo de imágenes y sonidos. Pensé: si ya no está en sus cabales no podemos hacer las entrevistas, es demasiado tarde, pero en retrospectiva me pregunto si la expresión «estar en sus cabales» no resulta engañosa. Tras los cristales de las gafas, el padre veía un poco por un ojo y nada por el otro. En el diario que estaba en el escritorio había anotado que tenía cita en el hospital de Visby el 18 de junio para operarse con láser. Esa operación le devolvería la vista. Tenía un oído en buena forma. De vez en cuando no me quedaba más remedio que gritar, pero solo si me olvidaba y me ponía en el lado malo y le hablaba al oído sordo. Era mi responsabilidad recordar a qué oído tenía que hablarle. Seguro que el sentido del tacto lo tenía siete veces más desarrollado. Al mínimo roce, daba un respingo, como si tuviera la piel en carne viva. Ya no le ponía la mano en la mejilla tan a menudo como solía. Se abría y se cerraba sin cesar. Es todo un trabajo ponerse en marcha cada mañana, sobre todo a los ochenta y nueve años, y de vez en cuando la opción más evidente es volverse a dormir o no llegar a despertarse del todo. ¿Qué es lo que escribe Pessoa en el *Libro del desasosiego*? «Me había levantado temprano y tardaba en prepararme para existir.» De vez en cuando, antes aparecía Pessoa en las conversaciones, mientras planificábamos nuestro libro. Tal vez podríamos robar o darle una vuelta al título de Pessoa. ¿O resultaría pretencioso? No deberíamos pasarnos con las pretensiones, es un arte saber dónde está el límite de la pretenciosidad, pero como título provisional no estaba mal. Tal vez encontráramos otro título al terminar el libro, cuando ya estuviera listo para publicar, pero entonces él ya se había olvidado de Pessoa.

El chico de la tienda encontró un pequeño dispositivo gris plateado de la marca Sony. Era alargado y me cabía en la mano. Un libro sobre hacerse viejo.

> Hacerse viejo es un trabajo. Levantarse es un trabajo. Asearse es un trabajo, vestirse es un trabajo, salir a tomar el aire es un trabajo, quedar con otras personas es un trabajo. Nadie habla del trabajo.

—Siento como si esto fuera el epílogo —dijo.

Estábamos sentados en el *jeep*, de camino al cine. Hacía un año, tal vez dos, que habíamos empezado a planear el libro. De repente… (¡ay, esa maldita expresión! De repente esto y de repente lo otro. Pero a veces no hay ninguna palabra que describa ese de repente mejor que esa misma expresión, y esta era una de esas veces). De repente pisó el acelerador y condujo tan rápido que tuve que agarrarme fuerte al asiento. Dio un volantazo y se salió de la carretera y se metió en el bosque y siguió el camino que conduce al mar y frenó en seco en el borde del acantilado. Se volvió y me miró, con una amplia sonrisa.

—¿Te has asustado?

—Sí.

—Ja, ja, ja.

—No deberías conducir así.

—Es divertido. Este vejestorio que cada vez es más viejo y tiene menos memoria también se tiene que divertir un poco.

—Tienes mejor memoria que yo.

—¿Escribimos ese libro entonces?

—Vale, pero conduce como es debido. No quiero morirme todavía.

—Podemos llamarlo *El epílogo* —dijo.

—Mmm.

—¿No es un buen título?

Hicimos las grabaciones en mayo; él murió a finales de julio, a las cuatro de la madrugada. Esa misma noche, después de un largo día, saqué la grabadora. La llevaba en el bolso. Me senté en el borde de la cama de uno de los dormitorios del piso de arriba de Ängen. Abajo, en el salón, estaba toda la familia. Mi marido había hecho sopa para todos. De vez en cuando apoyaba sus manos en mis hombros y las dejaba allí un rato. Todos daban buena cuenta de la sopa. Zanahoria con jengibre. Caliente. Reconfortante. Una sopa perfecta para la ocasión, dijo una de mis hermanas, creo que fue Ingmarie. Mis hermanas se fijaban en todo, hasta en algo tan insignificante (dadas las circunstancias) como la sopa. Habíamos decidido reunirnos en Ängen para cenar juntos y tal vez organizar lo que estaba por venir. La esquela, el entierro, esas cosas.

Miré la grabadora. Me cabía en la mano. Cuando grabábamos le dije que las cosas técnicas estaban bajo control; le dije que lo había escuchado todo y que había empezado a transcribir las conversaciones. Era mentira. Cada vez que iba a grabar, acababa casi tan cansada como él. Déjame tranquila, les decía a mi marido y a Eva. No podía con ellos. Mi padre ocupaba todo el espacio. Así que se fueron a Norsholmen, al norte de la isla, a recoger juncos y conchas.

Miré el reloj y calculé que llevaba muerto dieciséis horas. Pulsé *play*.

¿Esto era todo lo que tenía? La calidad del sonido era espantosa. Crujía y crepitaba como si hubiera hecho una hoguera y nos hubiera situado entre las llamas. Las voces se ahogaban, la suya se hundía, la mía era estridente, no conseguía distinguir una palabra de otra. Cinco minutos más tarde, pulsé el botón de *stop* y volví a guardar la grabadora en el bolso. Un fiasco infinito. Tendría que haber usado un micrófono externo. Un micrófono enganchado al cuello de su camisa, aunque habría sido imposible. No le habría gustado que le toqueteara el cuello de la camisa. Se habría resistido. Siempre llevaba una camisa de cuadros de franela descolorida. Franela gruesa. De colores que hacían juego con Hammars: verde pálido, gris, rojo, marrón, naranja otoñal. Encontró su estilo de vestir cuando era muy joven y nunca lo cambió. El último verano le ayudaban a vestirse. Si mi padre fuera un árbol, su camisa de franela desteñida sería la corteza. No quería punzarla con aparatos tecnológicos. La camisa era la misma, la piel era tan vieja que era nueva. Llevaba el botón de arriba desabrochado y recuerdo que me fijé en un pliegue fino y suelto de piel, sobre la nuez, frágil como una cáscara de huevo. Un micrófono en el cuello de la camisa habría perturbado lo imperturbable.

En definitiva, lo que quiero decir es que cuando iba a Hammars para entrevistarlo no tenía ni el conocimiento técnico ni los medios que tal vez habría que tener en esas situaciones, y mis evidentes carencias tuvieron como resultado seis grabaciones lamentables.

Aunque no escuché las grabaciones —sí, y aunque la grabadora desapareció y pensé que la había perdido para siempre—, pensaba en ellas a menudo. Los cinco minutos que había escuchado la noche del día en que murió crecían en tamaño y en longitud desconsolada en mi cabeza. El micrófono de la grabadora había captado todos los sonidos de la habitación, incluidas nuestras voces, y había compuesto su propia cacofonía sibilante, palpitante, crepitante, susurrante y resquebrajada. ¿Y por qué no había tomado notas? Tendría que haber dejado constancia de todo cuanto sucedía. No solo lo que veíamos, sino todo lo demás. El tiempo que hacía, por ejemplo. Y lo que llevábamos puesto. Qué vestidos elegí. Por una vieja costumbre, no iba al despacho de mi padre en pantalones. Todo el rato pasaban cosas. Los pinos se combaban ligeramente con el viento

al otro lado de la ventana. Nada de eso se oía en la cinta. Solo se podía ver. La casa de Hammars estaba construida de tal forma que los ruidos de fuera no entraban adentro. A veces veía las copas de los pinos mecerse en el viento. ¿Por qué no escribí sobre eso? ¿O sobre sus manos? ¿O sobre la luz?

Mi padre estaba muerto, yo estaba sentada en el borde de la cama de la habitación de la casa de Ängen, el sol de la tarde lo iluminaba todo. La grabadora estaba en la cama. Pequeña, alargada, cerrada.

Abajo, en la casa de Hammars, él estaba tendido, como si estuviera vivo, esperando que vinieran a buscarlo. Habíamos decidido que lo dejaríamos allí veinticuatro horas para que sus hijos y sus nietos, los que quisieran hacerlo, pudieran venir a Hammars a despedirse. No todos quisieron o pudieron. Esa noche, una de mis hermanas durmió en la casa, en la habitación contigua a la de él. No debería estar solo, dijo, en su primera noche como muerto.

Lo que sí tenía era la grabación de todos los ruidos de la habitación y, sobre todo, el sonido insoportable de mi propia voz.

¿Qué habría dicho él si se hubiera sentado conmigo en el borde de la cama a escuchar las grabaciones? «Lo más importante es el oído.» Se habría quejado de la calidad del sonido. De la técnica. De la artesanía. «¿Qué mierda de bobinas son estas?» Y entonces habría dicho: «Tu voz, corazón, tan fina y clara y dulce, como la de una damisela en su alcoba. Ya te he dicho que tienes que hablar noruego cuando hables conmigo». Y después habría dicho: «Tenemos que repetirlo».

¿Quién es la mujer que le grita al viejo?

¿CÓMO ESTÁ HOY PAPAÍTO?

Pulso el botón de *stop*.

Y entonces vuelvo a pulsar el *play*. Tal vez no sea tan malo como pensaba.

¿CÓMO ESTÁ HOY PAPAÍTO?

Pulso *stop* y guardo la grabadora en el bolso. Me levanto de la cama y trazo un nuevo plan.

Baja con los demás.

Tómate una sopa.

Acuéstate y levántate y acuéstate y levántate y acuéstate y levántate.

Afronta los días de uno en uno.

Primero entiérralo, luego llora por él y después, cuando haya pasado un tiempo, escucha las cintas.

Cuando la grabadora llevaba tres años en el bolso, la saqué y la guardé en un cajón del escritorio y entonces todo se volvió algo borroso. Mi marido perdió a su padre un año después que yo al mío. Ahora somos dos personas sin padre. Por las noches viene un gato sarnoso y hace sus necesidades en el parquecito de arena de nuestra hija. Huele a pis de gato dentro y fuera por mucho que intentemos limpiarlo. Mi marido se enamoró de una chica con el pelo largo y oscuro y muñecas finas. Nos mudamos a Fårö y nos quedamos allí durante un año. Él le mandaba canciones por correo electrónico. Cuando le pregunté por qué, me dijo que porque ella no era yo. Nos volvimos a mudar. Durante muchos años no supe dónde estaba la grabadora.

Siete años después de que muera mi padre, aparece la grabadora en una caja del desván. La encuentra mi marido. Llamo a mi hijo, Ola. Tiene veinticuatro años.

—La calidad del sonido es malísima —le digo—. No sé por qué. El chico que me la vendió me dijo que era la mejor que se podía encontrar en el mercado.

—Ha pasado mucho tiempo de eso.

—Siete años…

—Eso es mucho para una grabadora digital.

—Sí, pero si escuchas las grabaciones parece que tengan cien años.

—¿Las has escuchado?

—No, todavía no. Ya fue lo bastante terrible aquella vez. No pude escuchar más de cinco o diez minutos… —Tomo aire—. Así que me preguntaba si podrías ayudarme. Había pensado que tal vez podríamos pasar las grabaciones a un Mac y que igual existe un programa o herramienta que pueda limpiar el sonido… ¿Conoces a un buen técnico de sonido?

Ola está en medio de una mudanza. Se va a ir a vivir con su pareja y no tiene tiempo de hablar conmigo ahora. Le pregunto si le puedo mandar una foto de la grabadora. Si ve qué tipo de grabadora es tal vez pueda decirme qué puedo hacer para salvar el sonido.

—Entonces, ¿no vas a probar a escuchar las grabaciones?

—¡Es imposible! Chirría demasiado.

—A lo mejor es el altavoz, que no funciona bien. La grabadora es pequeña y lleva siete años guardada.

Tiene una paciencia infinita. ¿Desde cuándo tiene esa voz? Un hombre adulto que habla con una niña pequeña que no sabe nada de la vida.

—No lo sé —le digo.

—Mamá, escucha. Creo que deberías conectar unos auriculares y ver si el sonido mejora.

—Vale.

—Y si no mejora, si no se oye lo que decías, me mandas un sms, ¿vale?

—Vale.

—Ahora me tengo que ir, ¿vale?

—Vale.

Saco unos cascos grandes y me siento en el sofá del salón. Es muy temprano, aún es de noche. Mi marido y mi hija duermen en el piso de arriba. Pulso *play*. Es como bucear.

Hay ruido, pausas vacilantes en busca de palabras. Mis manos toquetean algo y generan aún más ruido. El ruido del toqueteo es estridente, de vez en cuando ahoga nuestras voces. La grabadora estaba en una mesita de madera entre su silla de ruedas y mi asiento. La cogí para ver si funcionaba, se la acerqué cuando él hablaba en voz baja, siempre con miedo de no oír lo que él decía, y cada vez que mis manos se acercan al micrófono, un sonido retumba en mis oídos.

Me gustaría decirle a la que está toqueteando la grabadora: ¡Deja de toquetearlo todo! ¡Ponte las manos en el regazo! Concéntrate en ese señor mayor. En unas semanas estará muerto. ¡Qué vergüenza! Pero no lo apago. No pulso el botón de *stop*. Su voz suena más clara de lo que recuerdo y mi voz menos estridente. Lo hacemos lo mejor que podemos. Pero el toqueteo me pone de los

nervios. Nunca he pensado en mis manos como creadoras de sonido. Evidentemente sé chasquear los dedos, dar palmas, aplaudir, pero mis manos normalmente están quietas, mis gestos son sordos. El toqueteo también, o eso creía yo. Es confuso y vergonzoso tener dos bocas, escribe la poeta Anne Carson. Describe un grupo de estatuas de terracota del año 300 a. C. que representan cuerpos de mujer que no consisten en «casi nada más que sus dos bocas». Es aún más confuso y vergonzoso tener dos bocas en sitios donde una no sabía que estaban, comprobar que incluso lo que una pensaba que no hacía ruido es tremendamente ruidoso. El micrófono lo capta todo y no distingue entre lo importante y lo superfluo. Por otra parte, no tiene sentido hablar de categorías como importante y superfluo. No tiene sentido hablar de categorías. Gasto demasiado tiempo en diferenciar una cosa de la otra, «los ángeles (se dice) a menudo no saben si se mueven entre los vivos o entre los muertos», escribe Rilke.

Más tarde pienso que el sonido de los toqueteos me da la misma vergüenza que verme en una fotografía. Si alguien hace una foto, cierro los ojos, arrugo la frente y encojo el cuello asustada, como si hubiera un tubo en el que pudiera esconderme. Tengo el cuello largo y fino, pero cada vez más arrugado a medida que me hago mayor. Lo que se ve en la foto son dos rayas donde deberían estar los ojos en una cara que no ha decidido qué tipo de cara tendría que ser.

Seis grabaciones. Si mi padre estuviera vivo, le habría preguntado por las pausas. Silencio. Espacios en blanco. ¿Cómo reproducirlos? ¿Cómo lo habría hecho él?

ELLA: Sí, lo llevamos planeando mucho tiempo.

ÉL: Lo llevamos planeando mucho tiempo.

ELLA: Sí.

ÉL: Pero esta noche no tenía nada claro que…

ELLA: ¿Ah, sí?

ÉL: Sí, he estado despierto, dándole vueltas.

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: ¿Cómo?

ELLA: ¿Por qué?

(Largo silencio.)

ÉL: He probado unas nuevas pastillas para dormir.

ELLA: ¿Ah, sí?

ÉL: He consumido muchas pastillas para dormir durante toda mi vida… Flunitrazepam, cosas fuertes, dos al día, y también diazepam, un par de pastillas por la noche y otro par por la mañana.

ELLA: ¿Por la mañana?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Temprano? ¿Para dormir un poco más?

ÉL: Sí.

ELLA: Entonces, ¿eso quiere decir que has dormido bastante bien esta noche?

ÉL: He dormido bien esta noche, sí. No he dormido bastante bien, he dormido excepcionalmente bien toda la noche.

ELLA: Pero… Eso está bien, ¿no?

ÉL: Sí…, y ahora estamos aquí… Ahora estamos en mi estudio… diseñado por un arquitecto con conocimientos de acústica, y todo está diseñado para escuchar música… Este es mi cuarto.

ELLA: Sí.

ÉL: Sí.

ELLA: Pero has empezado diciendo que te has pasado la noche despierto y que no estabas nada convencido del proyecto y que en un momento dado te has despertado y has pensado que no…

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Has pensado que no y te ha entrado inseguridad con todo este tema?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Qué has pensado entonces?

ÉL: *(Carraspea.)* He pensado que debería estar más preparado. He pensado que tendríamos que haber tenido una charla de preparación de la que poder partir.

ELLA: Mmm.

ÉL: O algo así. Ha sido difuso.

(Pausa. Él carraspea.)

ÉL: Porque cuanto más se acercaba la mañana, más miedo tenía.

Hay seis grabaciones en total. Cada una dura un poco más de dos horas. Cuando ya habíamos llegado a sentarnos en el estudio con la grabadora entre nosotros, ambos estábamos muy inseguros. Lo recuerdo y se percibe en nuestro tono de voz. Tímido. Como si estuviéramos en una ciudad desconocida y tuviéramos que hablar un idioma extranjero. En la cinta, el silencio no es silencioso, sino que chirría, crepita, escarba, tantea. A veces su voz es más clara que otras. A veces mi voz es más clara que otras. No sé si la palabra clara es adecuada, como si fuera una cuestión de luz y aire.

ELLA: Tienes este despacho desde hace muchos años.

ÉL: Muchos años.

ELLA: ¿Desde mil novecientos sesenta y siete?

ÉL: ¿Sí? No lo sé.

ELLA: Mil novecientos sesenta y siete tiene que ser. Construiste esta casa cuando estabas con mi madre.

ÉL: ¿En el sesenta y siete?

ELLA: Sí, yo nací en el sesenta y seis y la casa estaba terminada el verano del sesenta y siete.

ÉL: Mmm, sí…

(Larga pausa.)

ÉL: ¿Naciste en el sesenta y siete?

ELLA: No. En el sesenta y seis.

ÉL: ¿En el sesenta y seis?

ELLA: Sí.

ÉL: Madre mía.

ELLA: ¿Pero tú…?

ÉL: *(Me interrumpe.)* ¡Qué alegría verte!

ELLA: Yo también me alegro de verte a ti.

ÉL: *(Duda.)* ¿Cuántos años tienes entonces?

ELLA: Cuarenta.

ÉL: ¿Cuarenta? ¡Ay, madre! ¿Eres tan mayor?

Trato de imaginármelo, pero no lo consigo del todo. O sí. Si me sitúo en el estrecho camino del bosque, el de las verjas, veo a un hombre mayor con una bicicleta de paseo grande y roja. La bicicleta la veo con mayor claridad que al hombre. Un toque de color rojo en un paisaje por lo demás gris verdoso. Nada destaca (salvo el rojo de la bicicleta roja). Así era. Ordenado. Serio. El hombre de la bicicleta no tiene rostro.

Tengo una foto suya en la que está inclinado sobre su escritorio mirando fotografías con una lupa. En la foto, lleva un jersey fino de lana marrón encima de una camisa de cuadros de franela. Está delgado.

Está sentado en el sillín, con la espalda recta y pedalea a un ritmo pausado; el bosque a un lado, el mar al otro. La bicicleta tiene una rejilla para el equipaje, ruedas grandes y cuadro fino; él mismo es larguirucho y delgado, lleva pantalones marrones de pana, una chaqueta verde de punto, un gorro verde también de punto y unos calcetines finos de lana de Múnich en los zapatos.

Fue Ingrid quien le remendó los calcetines. En su estudio tenía los carretes de hilo ordenados y apilados en un costurero.

Papá e Ingrid tenían un estudio cada uno, separado por un pasillo y por un archivo alargado. Ingrid usaba su estudio para pasar a limpio los manuscritos de él, hacer las cuentas, responder correspondencia, escribir un diario.

Los hilos del remiendo eran del mismo color que los calcetines, tal vez un poco más claros, como si el sol se hubiera colado con su luz en los sitios que había cosido ella. Cuando él trabajaba, Ingrid iba de un lado a otro de la casa. Solo de vez en cuando se sentaba en silencio, inclinada sobre la labor (calcetines, camisas, ropa de cama). Yo dormía entre las sábanas con trocitos rugosos que Ingrid había zurcido. Tenía veintiséis años cuando ella enfermó de cáncer de estómago. Cuando murió, temí que a mi padre el duelo pudiera romperle el corazón en pedazos.

El anciano de la bicicleta parece un cardo. Alto y delgado y verde. Encaja tan bien en el paisaje que casi no se le ve. Solo se ve la bicicleta. En el borde de los caminos de Hammars, alrededor de las vallas y en las planicies, crecen los cardos.

Cuando era pequeña, él me leía en la cama. Cuando terminaba el capítulo —el capítulo que habíamos elegido para que me leyera antes de apagar la luz y de que yo tuviera que irme a dormir —, levantaba la vista del libro y decía: «¿Otro? ¿Leemos otro más?». Me leía a Astrid Lindgren, a Maria Gripe, a Tove Jansson. De vez en cuando leía poemas o fragmentos de un poema. Decía que no le gustaba la poesía, pero en el bolsillo del pantalón a menudo llevaba una hoja amarilla doblada con algunos versos o estrofas que había sacado de un libro y copiado en ella.

Yo me incorporaba, él se sentaba en el borde de la cama y mirábamos un papel que desdoblaba. Desdoblar una hoja doblada lleva su tiempo. Guardábamos silencio mientras lo hacía. En la mesita había una lámpara encendida. Yo tenía el pelo largo y fino. Quería tenerlo aún más largo y que brillara. Mi abuela materna me decía que brillaría si me lo cepillaba cien veces por las mañanas y cien veces por las noches. En la silla había un vestido de verano azul claro que se me

había ido quedando pequeño a lo lar go del verano.

—¿Estás preparada? —pregunta papá, que ha desdoblado la hoja.

—Sí —respondo.

—¿Seguro que estás preparada?

—Sí.

—¿De verdad?

—¡Que sí, papá!

Escucho mi corazón
mi corazón es
escucho mi corazón
cuando sé que mi corazón
que las estrellas estallaron
escucho mi corazón
mi corazón es.

—Ya está.

—Mmm.

—¿Te lo leo otra vez?

—No hace falta, en realidad.

—¿Te ha parecido bonito?

—No estoy segura.

El paisaje es llano. Los árboles están torcidos. El camino serpentea con suavidad. El mar es de color gris, pálido, verde, en calma. El mar se muere por falta de oxígeno. De vez en cuando, el mar se cubre de algas venenosas, las algas son blandas, como una moqueta vieja que va de pared a pared. La bicicleta es roja, las piedrecitas crujen bajo las ruedas. La bicicleta es tan roja que cuando busco compararla con algo —amapolas, por ejemplo, que también crecen al borde de los caminos de Hammars— no lo consigo. La bicicleta es más roja que todo aquello que se me ocurre y que es rojo también. Hago una lista de cosas rojas, pero nada es lo suficientemente rojo. Incluso después de que papá esté muerto y enterrado —ya no puedo describir su rostro—, incluso entonces el rojo de la bicicleta destaca en el recuerdo.

Siempre se nos ha dado mejor despedirnos que encontrarnos. Papá era mayor cuando yo nací, tenía cuarenta y ocho años, los mismos que yo tengo ahora, siempre ha sido cuarenta y ocho años mayor que yo. Siempre que nos despedíamos, yo pensaba que sería la última vez.

No recuerdo la edad que tengo cuando empiezo a arreglarme para él: una pulserita en la muñeca que se me resbala y se pierde porque mi muñeca es más pequeña todavía (paso mucho tiempo buscando joyas que se me han caído o soltado y perdido), el pelo fuera de la cara y recogido en una coleta tirante. «No te tapes la cara.» Siete años, tal vez. Dice que no vamos a despedirnos, que despedirse le impide dormir, le entra miedo y dolor de estómago, su pista de despegue y de aterrizaje es larga, los saludos y las despedidas no ocurren de repente, tenemos que hacer como si nada, hablar de cosas pequeñas con voz normal. Estamos sentados en el banco marrón, fuera de casa, el coche —el que me llevará al aeropuerto de Visby— espera. Es hora de marcharse. Y entonces me besa en la frente y me abraza y dice: «Ahora no nos decimos adiós».

Pasa en Hammars todo el tiempo que puede, pero en un momento dado tiene que subirse al coche con Ingrid y marcharse. Cuando llega la nieve, la casa se queda vacía. Ingrid ha aspirado y fregado cada rincón, pero después de unas semanas es evidente que ya no vive nadie allí. El polvo se acumula en las esquinas y debajo de las camas, hay moscas muertas en los marcos de las ventanas. Las moscas entran a pesar de la norma de que en verano las puertas y las ventanas tienen que estar cerradas. La casa es lo que es, hundida en gris e impertérrita ante todos los que vienen y van, y llena de sonido. La casa ha esperado el invierno y se despliega en la luz brillante y silenciosa del mar. Es este lugar, esta casa lo que anhela cuando está en Estocolmo, en el piso de Karlaplan. El invierno en Fårö no aparenta nada, es lo que es. El verano es para otros, exigente e insistente, claro y coqueto: «Mira lo hermoso que soy, mira mis amapolas rojas y el alto cielo azul y mis llanuras que recuerdan a la sabana africana».

Y entonces volvemos a sentarnos en el banco y nos decimos adiós. O mejor dicho: no nos decimos adiós. El banco siempre está a la sombra y bastante resguardado del viento. El otro lado de la casa es más bonito, con vistas al mar. Pero casi nunca nos sentamos allí.

Pienso en las mujeres de mi familia y en sus bolsos y en las cosas que llevaban con ellas. Mi abuela materna, por ejemplo, llevaba las cenizas de su abuelo materno en el bolso. Mi abuela tenía las mejillas sonrosadas y era rechoncha, de vez en cuando se arreglaba y se ponía tacones. Durante la guerra vivió con mi abuelo y sus dos hijas en Toronto. Mi abuelo era instructor del campo de entrenamiento del Ejército del Aire, conocido también como Little Norway, en Centre Island, al sur del puerto de Toronto. El objetivo del campo de entrenamiento era entrenar a las fuerzas noruegas para que pudieran luchar en el norte del país. Un día, en el campo de aviación, una hélice le golpeó la cabeza. Murió unos años más tarde en un hospital de Nueva York. Tumor cerebral. Nunca he sabido si existió una relación entre la hélice y el tumor o si fueron dos sucesos aislados. Sus hijas eran rubias, pálidas, delgadas. He leído que las niñas pequeñas se parecen tanto entre ellas —las niñas rubias se parecen a otras niñas rubias, las niñas morenas se parecen a otras niñas morenas— que es casi imposible diferenciarlas. Lo dijo un policía estadounidense en relación con un caso de desaparición. En otoño de 2007, se encontró una niña pequeña en las aguas de la bahía de Galveston, en Texas. Estaba en una caja de plástico donde llevaba al menos dos semanas. «Nuestra vida es nombrar», escribió el poeta Gunnar Björling. Recuerdo que el policía estadounidense que estaba al frente de la investigación llamó a la niña Baby Grace y que dijo que la investigación se había complicado porque todas las niñas pequeñas se parecen entre sí.

Pero las niñas pequeñas no miran a otras niñas pequeñas y piensan que se parecen a ellas. Piensan que nadie se parece a ellas, ellas son las únicas que son como ellas.

Mi abuela materna vino bien cargada cuando acabó la guerra y ella y sus hijas subieron a bordo del primer barco con destino a Noruega. Llevaba consigo su duelo y unas naranjas y a las niñas y las maletas y el bolso teñido de negro con un asa curvada y un cierre que hacía clic cada vez que lo abría y lo cerraba y la urna con las cenizas. Cuando llegaron al puerto de Bergen, las dos niñas tiraron naranjas a todos los que habían ido a recibir el barco que venía de América.

ÉL: Solo tengo un ojo y ni siquiera con ese veo demasiado bien. En unos meses iré al hospital de Visby a que me operen. Dicen que puedo recuperar la vista. Mientras tanto no puedo hacer mucho más que sentarme aquí y escuchar música. Es maravilloso, sabes, que durante todos estos años haya coleccionado todo esto..., todos estos libros..., música..., todos estos discos en mis estanterías.

Con gran dificultad se levanta de la silla de ruedas, que está a un brazo de distancia de las estanterías con el tocadiscos y la colección de discos, y con la mano temblorosa levanta la aguja y la pone en el disco. Imagino que hace eso. No tengo recuerdos de ese episodio. No tomé notas. Solo tengo la grabación. Susurros, suspiros, crujidos y un leve gemido suyo y después mi voz que pregunta: «¿Te ayudo?». Y él responde: «¡No!... ¡No!... ¡Te he dicho que no!».

ÉL: Todo empezó cuando era pequeño y me dieron permiso para ir a la Ópera.

ELLA: ¿Quién te llevó a la Ópera?

ÉL: ¿Cómo?

ELLA: ¿Quién te llevó a la Ópera?

ÉL: Mi tía Anna von Sydow. Tenía un sombrero gigante y era rica.

(Silencio.)

ÉL: Recuerdo... Tenía diez o doce años y la primera fue *Tannhäuser*..., el *Tannhäuser* de Wagner..., y lo viví con una especie de fiebre..., tuve fiebre esa noche..., fue gracioso, la verdad... No sé qué año sería.

ELLA: Entonces sería como en mil novecientos veintiocho, si tenías diez años, en Estocolmo, ¿no?

ÉL: Sí, puede que sí.

ELLA: Cuéntame más de esa noche, cuando llegaste a casa.

ÉL: Me puse enfermo, con fiebre.

ELLA: ¿Tenías miedo?

ÉL: No.

ELLA: ¿Todavía te conmueven las cosas de esa manera, como aquella vez?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Con la misma intensidad?

ÉL: Sí..., pero Wagner se ha quedado en un segundo plano... Quiero que oigas... A ver cómo funciona esto.

(Tantea, le cuesta poner un disco, se enciende la radio a todo volumen, una voz de mujer dice algo sobre Vivaldi.)

ÉL: No funciona.

ELLA: Acabas de poner la radio.

(La apaga, sigue tanteando, ella intenta ayudar, pero él le pide que se retire y pone el disco. Es el Concierto para piano n.º 4 en sol mayor *de Beethoven.)*

ÉL: No hay nada más grande que esto, a excepción, tal vez, de Bach.

(Durante un buen rato, solo suena la música. Ella dice algo en la cinta, pero no es posible oír el qué. Él la interrumpe.)

ÉL: *(En voz alta.)* No quiero hablar. Preferiría no hablar por encima de Beethoven. No quiero interrumpir a Beethoven.

ELLA: Perdón. No diré nada. Podemos escuchar el disco.

(La música se para de golpe.)

ÉL: Podemos escucharlo en otro momento *(impaciente)*, y entonces lo escucharemos entero... Dura unos treinta y cinco minutos.

ELLA: Sí, hagamos eso..., escucharlo entero... sin decir nada.

ÉL: Sí, o puedes comprarte el disco si no.

(Ella no responde.)

ÉL: Bueno, ¿por dónde íbamos?

Pienso en todos los tonos de azul que le cubrieron las manos y los pies y partes de la cara cuando solo le quedaban días u horas de vida. Jaspeado azul, se llama. Se transformó en algo nuevo incluso cuando estaba dejando de existir. Con el jaspeado se mezclan dos o más colores en un patrón y transforman una superficie —piedra, papel, madera, piel— en algo distinto de lo que es o de lo que era. No estoy segura de si debo usar el presente o el pasado. En la antología de textos de Su Yijian *Los cuatro tesoros del estudio*, de finales del siglo x, se encuentra la que posiblemente sea la primera referencia al jaspeado de papel: un tipo de papel decorativo que se describe como «arena ondulada». Cuando levanté el edredón y vi los pies jaspeados de mi padre, no pensé en nada de eso. No pensé en el color azul ni en el papel ni en la arena ondulada que tanto abunda en Fårö. Pensé en lo que mi madre le solía decir a mi padre: si tienes dudas de que esta niña sea tuya, mírale los pies. Son idénticos a los tuyos. Las piernas también. Largas y delgadas.

ÉL: Salgo a dar un paseo y a mi lado camina una persona que no sé quién es. Es una persona anónima. Un instante más tarde le digo a esa persona: «En cualquier caso, esta de aquí es una casa fabulosa». Y entonces el sujeto responde: «Sí, debes de estar tremendamente orgulloso».

(Se inclina hacia delante como si quisiera confiarle algo a ella.)

ÉL: *(Susurra.)* Pero la casa no la he construido yo. (*Se reclina hacia atrás, eleva la voz.)* Le digo al sujeto: «¡La casa no la he construido yo!». ¿Y sabes qué ocurre entonces?

ELLA: No.

ÉL: El desconocido me mira atónito y dice: «¡Por supuesto que la has construido tú!».

(Silencio.)

ÉL: Y en muchas situaciones…, sueños…, el hombre desconocido se vuelve hacia mí y dice: «Sí, eres tú quien ha hecho todo esto. Esta es tu casa».

(Larga pausa.)

ÉL: Me cago de miedo.

(La úlcera le dificulta pronunciar ciertas palabras y expresiones, sobre todo las compuestas y las de varias sílabas como «sexualidad», «constructor» o «la Ópera de Estocolmo». Las palabras se le enredan entre la lengua, la úlcera y los labios.)

ELLA: ¿Por qué pasas tanto miedo?

ÉL: Es un disparate. No tiene sentido. El hombre dice: «Y pensar que lo has conseguido», y entonces yo le respondo: «Han sido el arquitecto y… y… el cons…constructor quienes lo han hecho todo».

ELLA: ¿Y qué es lo que no tiene sentido?

ÉL: No tiene sentido que diga cosas sin… sin que sean verdad. No he hecho nada en esta casa.

ELLA: Pero la casa es una expresión de lo que eres. Has vivido aquí durante más de cuarenta años y has decidido qué aspecto debería tener.

ÉL: Sí, eso sí. He decidido qué aspecto debería tener. La he amueblado y he colgado cuadros…, eso sí…, pero eso no es arquitectura. He sido indescriptiblemente pasivo en lo que respecta a esta casa. Ni te lo imaginas. Me asusta y me pasma.

*

ÉL: Llevo encamado desde el doce de agosto del año pasado. Una mañana me empezó a sangrar la nariz. Sangraba como un hipopótamo. Me incliné sobre el lavabo y la sangre brotaba.

(Largo silencio.)

ÉL: Llamé al médico y me dijo: No pasa nada, esto les pasa a los señores mayores, y lo has gestionado bastante bien. Pero entonces, unos días más tarde, después de la hemorragia, creo que fue el veinte de agosto, me tiré a la piscina y, para mi sorpresa, me hundí hasta el fondo.

ELLA: ¿Te hundiste?

ÉL: Me hundí y no era capaz de salir a la superficie. Chapoteé, pero no era capaz de salir.

(Silencio.)

ÉL: Después de un rato conseguí agarrarme a la pared..., al borde..., y... y... al final pude arrastrarme hasta el césped. Por primera vez experimenté lo desagradable que es la muerte. Nunca antes lo había sentido.

ELLA: ¿Tuviste miedo a morir?

ÉL: Sí, mucho. Pero después se me pasó.

ELLA: Ya.

ÉL: Pero entonces, unos días más tarde, me volví a caer a la piscina y me hundí como una piedra.

(Él la mira con el ojo bueno.)

ÉL: Conseguí... ¡Sí!... Conseguí llegar hasta las escaleras pero me pareció raro..., me pareció raro que me hundiera y no volviera a salir a la superficie, así que llamé al médico, al mismo médico al que llamé cuando me sangraba la nariz..., y esta vez tenía un tono completamente distinto: Haz el favor de venir enseguida para que te hagamos una exploración. Lo que te está pasando podría ser fatal. Haz el favor de venir ahora mismo... Y bueno... Me fui a Estocolmo y me exploró y me hizo todas las pruebas que te puedas imaginar y se comprobó que mi enfermedad era tanto peculiar como banal.

(Silencio.)

ELLA: ¿Qué tipo de enfermedad era?

ÉL: ¿Qué?

ELLA: ¿Qué tipo de enfermedad?

ÉL: ¿Qué?

ELLA: ¿Qué diagnóstico te dio el médico?

(Silencio.)

ÉL: Soñaba muchas cosas, poco interesantes, como imágenes de *flopticon*...

Dice *flopticon*, pero quiere decir *balopticon*. Diapositivas.

ÉL: ... como diapositivas antiguas que podía sentarme a mirar.

ELLA: ¿Por la noche mientras dormías?

ÉL: Las imágenes aparecían durante el día también. Cuando estaba despierto. De noche y de día.

(Silencio.)

ÉL: Entonces pillé una neumonía. Y cuando se me pasó llegaron los problemas de equilibrio. Caminaba y me caía, en cualquier momento, en cualquier camino, caminaba y me caía. Me salieron cardenales por todo el cuerpo... y me hacía gracia..., he estado pensando en ello, en la gracia que me hacía... De pequeño me divertía ir al circo, me llevaba mi tía Anna von Sydow con su pamela... y... y... salían los payasos y se caían de culo y rodaban de un lado a otro y se chocaban los unos contra los otros y me hacía muchísima gracia. Me da la impresión de que cuando me caigo así lo asocio con eso. Cuando me caigo..., sabes cuando se cae una persona de un metro ochenta y dos y se da un golpe o se choca contra un mueble... o lo que sea..., resulta cómico. Eso lo ha pensado todo el mundo en todas las épocas..., me caigo..., caigo..., y ahora me hago más daño que antes.

ELLA: Pobre papá.

ÉL: Y luego están los sueños.

ELLA: ¿Los sueños?

ÉL: Sueño que el hombre se vuelve hacia mí y dice: «Es maravillosa esta casa que te has construido». Y yo le digo: «Pero yo no he construido esta casa, no sé quién vive en esta casa», y entonces el hombre dice: «Pero si el que vive en esta casa eres tú».

ELLA: ¿Y es desagradable?

ÉL: Así lo siento, sí.

ELLA: Pero ¿qué es lo que es desagradable?

ÉL: Tengo la sensación de que todo esto es una broma peculiar..., un acuerdo entre muchas personas.

(Silencio.)

Aquí creo que él levanta la vista y la mira.

ÉL: ¡Bueno! ¡Así es! Este es el entretenimiento que he tenido este último año... ¿Tienes frío?
ELLA: No.
(Silencio.)
ÉL: Por entonces aún escribía en mi diario. Ya no lo hago.
ELLA: Tú y yo escribimos en tu diario..., en tu agenda..., los días que nos vamos a ver en tu estudio a las once.
ÉL: Sí, pero eso es distinto.
ELLA: Perdón. Te he interrumpido. Ibas a decir algo.
ÉL: Iba a decir que escribí en el diario que me sangraba la nariz. Escribí: «Aquí empieza mi confusión, aquí irrumpen mis sueños y visiones en la realidad de una forma aterradora».

En realidad, lo que dijo fue: «Aquí termina mi confusión», pero creo que quería decir: «Aquí empieza mi confusión». Esa primavera confundía las palabras y a menudo decía lo contrario de lo que quería decir. Tendría sentido que con «termina» quisiera decir «empieza», pero puede que me equivoque.

Cuando mamá y papá eran novios en los sesenta, la cara de mamá estaba tan desnuda que apenas era una cara. Se deshacía sin parar y volvía a componerse. Se ha dicho y se ha escrito mucho sobre la cara de mamá, sus ojos, sus labios, su pelo, su vulnerabilidad desgarradora y cómo las mejores actrices canalizan todos los sentimientos hacia la parte interior y de alrededor de la boca, pero nadie ha dicho nada sobre sus orejas. De pequeña me gustaba acurrucarme contra su cuerpo y pasarle la mano por el pelo. Era tan pequeña que aún no tenía palabras para la belleza o para el amor. Como la mayoría de los niños pequeños, estaba centrada en lo que era grande y lo que era pequeño, y mamá tenía los pies grandes y las orejas grandes. Estábamos tumbadas en su cama de matrimonio, con patas doradas y sábanas de flores, y me dejaba que le acariciara el pelo mientras ella por ejemplo leía un libro o hablaba por teléfono. A menudo acababa la conversación con las palabras: «Hombres, cambio y corto». Lo decía, un poco al aire, después de colgar el teléfono. «Hombres, cambio y corto.» La abuela también decía: «Hombres, cambio y corto». Una vez oí a la tía Billy decir: «Hombres, cambio y corto», y yo siempre me fijaba en lo que decía la tía Billy. La tía Billy tenía rizos pelirrojos, un abrigo de piel hasta los pies (colgado al fondo del armario de la entrada de la casa de Trondheim y que casi nunca usaba), cinco hijos y un marido y trabajaba de encargada en una tienda. Fumaba unos dos paquetes de tabaco al día y leía un libro nuevo cada semana. Mamá tuvo muchos novios, pero no creo que le gustaran. Como Penélope, esperaba que llegara a casa el novio correcto. En la mesita de noche había un teléfono Cobra de color blanco. Era el que más usaba. Donde más le gustaba estar era en el dormitorio, vestida con camisones de seda. Cuando me acurrucaba contra su cuerpo y le retiraba el pelo de la cara, asomaban sus orejas. Las orejas de mamá eran grandes como caracolas y si llego a pegar mi oreja a la suya habría oído el susurro del mar. En el salón también teníamos un teléfono. Era un Cobra de color rojo. Sonaba sin parar. Cuando mamá no soportaba el sonido desenchufaba los teléfonos y metía los dos, el rojo y el blanco, en el congelador.

ELLA: ¿Puedes hablarme de mamá?

ÉL Pienso en cómo Beethoven llega a las personas, directo a los sentimientos..., los sentimientos...

ELLA: ¿Y bien?

ÉL: Había un ensayo de orquesta en Malmö y Käbi iba a ser solista... Era el *Concierto en sol mayor*. Era la primera vez que veía a Käbi.

ELLA: ¿Ah, sí?

ÉL: Lo que tal vez no sepas es que en los ensayos generales los solistas y la orquesta tocan juntos, puede que por primera vez, con el director... Estamos hablando de ciento cuarenta personas..., es una orquesta grande... El Stadsteatern de Malmö es grande... Yo estaba solo en medio del gran salón y entonces salió Käbi a escena, llevaba un vestido rojo y pensé que más guapa..., que una mujer más guapa no la había visto en mi vida. Yo estaba en la décima o decimoquinta fila, no sé muy bien, y entonces empezó el ensayo. Käbi estaba sentada al piano con su vestido rojo, y su entusiasmo y su pasión iluminaron a toda la orquesta y la gigantesca sala.

(Silencio.)

ÉL: Sí, y entonces pararon para comer y el director se me acercó y me dijo: ¿Te gustaría conocer a esta chica?... La chica tenía poco más de veinte años y yo ya me había enamorado de ella sin que ella lo supiera, sin que lo supiera yo. Me puse tímido como un campesino y dije que no, que no, qué va, y entonces el director me dijo: Muy bien, como quieras, estamos en la cafetería, comeremos algo sencillo, y entonces le respondí: Vale, voy con vosotros... Y entonces hablamos. Tenían unos bocadillos muy ricos en esa cafetería... y nos enamoramos claramente el uno del otro. No nos llevó mucho tiempo. Sí, así fue, mi baile con Käbi.

ELLA: ¿Y qué hay de mamá?

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Te he preguntado si puedes hablarme de mamá. Käbi es la madre de Daniel.

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Käbi es la madre de Daniel. Me preguntaba si podrías hablarme de mi madre.

(Largo silencio.)

ÉL: Viajaba por todas partes y yo seguí su carrera o, mejor dicho, sus viajes. Después de un tiempo empezamos a escribirnos cartas. Nos escribimos muchísimas cartas..., tiene que haber un montón enorme de cartas. Y un día..., esto tal vez no lo sepas, pero yo tenía un estudio de una habitación en Grev Turegatan, en Estocolmo.

ELLA: Sí, lo sé.

ÉL: ¿Ah, sí? ¿Lo sabías?

ELLA: Mamá me ha contado que me concebisteis en ese estudio.

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Mamá.

ÉL: ¿Sí?...

ELLA: Insiste en que me concebisteis en el estudio de Grev Turegatan.

ÉL: ¿Ah, sí?... Anda... Bueno... Fuera cuando fuera, nos vimos muchas veces en ese apartamento... y entonces, pum... Era un pisito maravilloso, con cocina, baño, armario,

cama... Sí, puede que fuera así. Y todo empezó con el *Concierto en sol mayor* de Beethoven.
(Él la mira.)

ÉL: No paras de hacerme preguntas sobre la música.

ELLA: Sí, y también te he preguntado por el amor.

(Él la mira un buen rato.)

ÉL: Eso del amor es otra cosa. No creo que quiera entrar en eso y hablar del amor. Está claro que el amor ha tenido algo que ver con esto, por ejemplo. Escucha.

Quita el disco de Beethoven del tocadiscos y lo guarda en la funda. Cada vez que se estira en la silla de ruedas para coger otro disco o dejar el anterior me viene la imagen de un conductor que se asoma por la ventanilla del coche para pagar el peaje de una autopista.

Pone el *Viaje de invierno* de Schubert. Oímos la última de las veinticuatro canciones. Después se vuelve a inclinar hacia delante, levanta la aguja y se hace el silencio.

ÉL: La voz es clarísima, eso es a lo que me refiero. Desde los primeros acordes...

(Se calla. Mira el tocadiscos.)

ELLA: *(Con delicadeza.)* ¿Puedes decirme algo más sobre eso?

ÉL: Está viva. Es como si te dieran un chute de vida al escuchar esta música. En ciertas situaciones cuando estoy solo en el estudio me echo a llorar. Y no soy ningún llorica, ya lo sabes. No lo soy. Pero cuando estoy aquí sentado escuchando mis discos se me saltan las lágrimas. Se me despierta una sensación aumentada de lo que es estar vivo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Mamá era mucho más joven que papá cuando se conocieron. Tenía veintisiete años y era muy guapa.

Me ha contado que cuando nací papá vino en avión desde Estocolmo y trajo consigo un anillo verde, una esmeralda, que le regaló al borde de la cama. Después de darle el anillo y mirar un poco a su hija recién nacida —amarilla y ruidosa— cogió el vuelo de vuelta a Estocolmo.

Tras una noche en el hospital, mamá tuvo que trasladarse a una habitación individual porque las otras madres la miraban mal, y cuando tenía al bebé con ella no se atrevía a leer ni a dormir ni a mirar al techo o por la ventana. No hacía nada más que mirar a quien había traído al mundo. Era aburrido estar en la cama mirando, pero las enfermeras (que iban y venían e iban y venían) jamás habrían creído que ella pensara en otra cosa que no fuera el amor que sentía por su bebé; nadie tenía derecho a pensar que ahí estaba una mala madre que no debería haberse quedado embarazada de alguien que no fuera su marido.

No sé si alguien le habló del llanto que llega a la vez que la leche. Creo que tal vez se avergonzó de llorar. Ella, que debería estar feliz. La vergüenza por la inquietud que la invadía constantemente y de la que no quería saber nada, la vaga sospecha de que nada era como debería ser o como ella se lo había imaginado.

La madre y el padre no eran capaces de decidir cómo la llamarían. El tiempo pasaba. Se tomaron otras decisiones. Cuando la niña tenía unas semanas de edad, el padre decidió que la madre tenía que dejar de darle el pecho, guardarse el pecho en su sitio dentro de la blusa y devolvérselo a él para que pudieran viajar juntos a Roma.

La madre quería ponerle el nombre de una muñeca que tuvo de niña. Su muñeca preferida, Beate. Yo no sé nada sobre la muñeca. ¿Tenía el pelo claro u oscuro? Cuando la madre era niña, jugaba con tesón y seriedad con sus muñecas, las vestía y las desvestía, les cantaba hasta que se quedaban dormidas por la noche y las despertaba por la mañana y, cuando las declaraba muertas, una tras otra, se escabullía de noche y las enterraba en el cementerio y lloraba.

El padre la quería llamar Karin, como su madre, la abuela de la niña, de cabello y ojos oscuros. Era enfermera de formación, pero no tardó en tomar el papel de esposa del sacerdote y madre de tres hijos. Karin escribió en un diario todos los días durante treinta años. Escribía sobre sus hijos, las tareas domésticas, sus amistades, su marido, la congregación, el paso de las estaciones, los festivos, los días de diario, la enfermedad y la muerte.

Cuando murió, el padre descubrió que, además del diario corriente, también tenía un diario secreto. En el diario secreto había escrito:

> Cada vez es más evidente que mi historia es la historia de toda la familia.

La niña tenía dos años cuando la bautizaron y entró andando en la iglesia. En una carta a la niña, enviada a Svingen 3, Strømmen, Noruega, el padre escribe:

EL BAUTIZO DE MI HIJA
Miércoles, 5 de junio de 1968

> Esto es una carta.
>
> Mi queridísima hija pequeña. Hoy, en el día de tu bautizo, estoy pensando en ti más de lo habitual y me inquieta que sientas miedo e impaciencia por la ceremonia; por eso te escribo. Por ahora te has criado con tu madre y todo lo demás te resulta interesante, pero incomprensible. Pero puedo contarte que hace unos meses, pequeña y mocosa, te acercaste a mis piernas y pensaste que a pesar de todo era papá… En las fotos pareces fuerte y vital y de vez en cuando recuerdas a un general que acaba de dar una orden. Me gusta tu aspecto físico porque ya pareces una persona y no solo un bebé borroso. Tengo la sensación de que en el futuro nos entenderemos. Tendremos algo en común que aún no puedo definir, pero creo que te enfrentarás a la vida con bastante resistencia, y eso está muy bien.

La niña no soportaba escuchar las historias de la madre sobre lo difícil que era encontrar un sacerdote dispuesto a oficiar. Aún soportaba menos escuchar las historias sobre lo bueno y lo amable que era el sacerdote, el que dijo que sí cuando todos los demás decían que no.

La niña las escuchaba con poco entusiasmo, pero me imagino que sería más o menos así: La

madre estaba allí, la abuela materna también, arreglada y con las mejillas sonrosadas y zapatos de tacón. El sacerdote estaba allí, el que dijo que sí cuando todos decían que no, y fue muy amable. La niña entró por su propio pie a la iglesia. Y llevaba el traje típico.

El nombre que le pusieron fue Karin Beate. Dos nombres de mujer. El padre eligió uno, la madre eligió el otro. Pero nunca usaron esos nombres en la vida cotidiana, nadie la llamaba Karin, nadie la llamaba Beate, nadie la llamaba Karin Beate. De adulta, solo usaba ese nombre en ocasiones formales, por ejemplo para el matrimonio o para el divorcio, como si fuera la vajilla fina. A diario la llaman con otro nombre.

ÉL: ¿Funciona la grabadora?

ELLA: Sí, funciona.

ÉL: *(Escéptico.)* ¿De verdad?

ELLA: Funciona como es debido.

ÉL: ¿Ah, sí?

ELLA: Se supone que es buenísima, ¿sabes? Me lo dijo el dependiente.

ÉL: ¿Buenísima?

ELLA: Sí. Y sensible.

ÉL: Ya.

ELLA: Un aparatito muy fino.

ÉL: Mira tú.

ELLA: Pero ya tenemos todas las grabaciones, lo he comprobado *(miente ella)* y poco a poco las iré transcribiendo. Y entonces tenemos que hablar de cómo proseguiremos.

ÉL: ¿Qué has dicho?

ELLA: Cómo proseguiremos.

ÉL: Eso es.

ELLA: ¿Cómo estás hoy?

ÉL: Acabo de despertarme de un sueño maravilloso... Estaba sentado en el estudio escuchando música y me entró sueño y entonces les pregunté a las chicas..., a las que trabajan aquí..., van y vienen, ya sabes..., si sabían de un sitio donde pudiera acostarme y me dijeron que podía acostarme en mi cama. Me quitaron los zapatos y me taparon con una manta y corrieron las cortinas. Me dormí enseguida. Y ahora estoy aquí.

ELLA: Pareces descansado.

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Pareces descansado.

ÉL: Sí, así me siento...

ELLA: ¿Nos vamos de fiesta?

(Ambos ríen.)

ÉL: No, pero creo que por ahora las conversaciones han sido muy divertidas... ¿Quieres una pastilla?

(Sacude una caja de pastillas para la tos.)

ÉL: *(Titubea.)* ¿Está bien que estemos aquí sentados y...?

ELLA: ¿Que estemos aquí sentados y qué?

ÉL: ¿Que estemos aquí sentados cada uno con su pastilla?

ELLA: Podemos hacer lo que queramos.

ÉL: No, no podemos.

ELLA: ¿Crees que no podemos hacer lo que queramos?

ÉL: Sí, tú puedes hacer lo que quieras, pero yo no.

ELLA: ¿Tú no puedes hacer lo que quieras?

ÉL: No, yo he..., yo tengo que comportarme. Soy el entrevistado.

ELLA: Sí, eso es cierto. Tendrás que comportarte entonces.

ÉL: *(La toma de la mano.)* Tienes las manos frías.

ELLA: Sí, tengo las manos frías.

ÉL: ¿No te estarás resfriando?

ELLA: No, claro que no. Me acabo de lavar las manos y el agua del grifo estaba fría.

(Silencio.)

ELLA: Además, cuando se está resfriado se tienen las manos calientes. Cuando se está enfermo, quiero decir.

ÉL: También se puede estar enfermo y tener las manos frías.

ELLA: Sí, claro.

ÉL: Mmm.

ELLA: Pero el caso es que no estoy enferma.

(Él se inclina hacia delante y apoya la frente en la de ella.)

ÉL: Tienes la nariz caliente.

ELLA: Ayer tú tenías la nariz fría.

ÉL: ¿De qué estábamos hablando?

ELLA: De hacerse mayor. Quería preguntarte si tiene alguna ventaja hacerse...

ÉL: ... ¿viejo?

ELLA: Sí, viejo.

(Él se ríe.)

ELLA: ¿Algo que se pueda esperar con emoción?

ÉL: No, no podría afirmar tal cosa. No se me ocurre ninguna ventaja.

ELLA: ¿Tienes frío? ¿Quieres el jersey?

ÉL: Qué va, hace una temperatura muy agradable aquí dentro. No, creo que ciertas partes de la vida han sido insoportables y cuando uno se hace mayor parte de todo lo insoportable —o de lo que antes uno definía como insoportable— se diluye y se hunde muy hondo como trapos mojados hasta que se disuelve y de cierta manera uno queda libre de esas partes de la vida que antes lo molestaban, pero entonces hay muchas otras cosas que uno se pierde, de eso no hay duda. Creía que tal vez me preocuparían más esas cosas. Pero no, ya no me preocupo por cosas que he dejado de hacer y que antes eran importantes. Por ejemplo, desaparece la sex... sexu... *(Imita el ruido de una trompeta.)* Sexualidad. Por completo, en realidad. Y... y ni siquiera me duele. Se disuelve, sin más. De vez en cuando las chicas, algunas chicas, chicas guapas, chicas atractivas, muestran interés en mí y no puedo evitar pensar que no estaría nada mal..., pero entonces pienso, quiero decir cuando llega el momento en cuestión, pienso *pero vamos a ver, qué estoy haciendo..., no, no, no, no...*, aunque sea bonito pensarlo..., así que sí, la sexualidad es un asunto aparte, en realidad. Colores distintos, formas distintas. Y las chicas, las mujeres, las señoras me han resultado atractivas. ¿Cómo decirlo? Hay muchas cosas que desaparecen cuando uno se hace mayor, que desaparecen con calma y en silencio y sin que uno se preocupe por que ya no estén. Al menos yo no me preocupo... y he tenido un interés colosal por las mujeres. No es por fardar, pero... No llevo chaqueta. ¿Dónde está mi chaqueta de punto?

ELLA: ¿Quieres ponértela?

ÉL: No, pónmela por encima de los hombros.

ELLA: ¿Así?

ÉL: Así. Sí. Por favor, continúa. ¿De qué estábamos hablando?

ELLA: Hablábamos de las mujeres.

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Hablábamos de las mujeres, de tu colosal interés por ellas.

ÉL: Creo que una gran parte de mi profesión ha consistido en que tengo un colosal interés en las mujeres.

ELLA: ¿En qué manera han influido las mujeres...?

(Él la interrumpe y se inclina hacia delante.)

ÉL: En todas las que te puedas imaginar, corazón.

Karin, mi abuela paterna, llevaba mucho tiempo preocupada por si el matrimonio de su hijo con Käbi, su cuarto matrimonio, estaba en crisis. Sus historias con las mujeres no tenían fin y una noche pudo confirmar sus peores sospechas. Había una mujer nueva y otro bebé en camino: el noveno.

Leo el diario de mi abuela paterna y encuentro una primera señal de mi existencia:

8 de marzo de 1966

> Ingmar ha llamado esta noche, había estado trabajando hasta tarde en el teatro y me pidió que fuera a verlo y hemos estado hablando un par de horas, y todo, todo lo que yo había intuido era cierto. Espero que sobrevivan a estos tiempos difíciles. Si Dios quiere.

La nueva mujer está embarazada de casi cuatro meses. No son buenas noticias. Karin tiene el corazón débil, a menudo le duele, siente pinchazos. Muere cinco días más tarde, de un infarto. Erik, su marido, está ingresado en el hospital, y a pesar de que el tumor resulta ser benigno, todo el mundo cuenta con que él sea el primero en morir. Así que tiene muchas cosas de las que preocuparse en sus últimos días de vida. Ella sabe que tiene el corazón débil, pero cuenta con vivir un poco más. Está cansada, pero hay muchas cosas que no están claras. Y ahora, además de todo eso, viene su hijo menor y le dice que ha dejado embarazada a otra mujer.

A partir de la entrada del diario de Karin del 8 de marzo de 1966 es natural imaginarse que mi padre le habló de mí la noche que le pidió que fuera al teatro. Que le contó que yo estaba en camino. Un feto de cuatro meses. Mis latidos se oían perfectamente. Papá y Karin se sentaron a hablar un par de horas, y «todo, todo lo que yo había intuido era cierto», según escribió ella en su diario.

Encuentro una especie de alivio en todo esto. Una voz en la oscuridad. *Todo, todo. Intuido. Cierto.* Yo soy algo o alguien que va a existir y que crece y que ellos se pueden imaginar. *Intuir.*

Pero la noticia de que estoy en camino no la tranquiliza. Para Karin no hay ningún alivio en lo que su hijo le cuenta esa tarde. Hay que tener en cuenta los ocho hijos y las cuatro mujeres que tenía de antes. Además de la pensión compensatoria y la de alimentos. La economía de todo esto es una historia en sí misma, y no es precisamente insignificante.

Me gustaría creer que mi madre y yo estamos incluidas en ese plural de «sobrevivan» cuando Karin escribe: «Espero que sobrevivan a estos tiempos difíciles».

El día siguiente, el 9 de marzo, cuatro días antes de morir, escribe:

> Esta noche Ingmar me ha dado una azalea enorme y estupenda, que me trajo Lenn. Y después el propio Ingmar me llamó para darme las gracias por el día anterior. ¿Hice bien en sentarme en silencio a escuchar todo lo que tenía que contarme? Al mismo tiempo sabía que el más mínimo reproche por mi parte levantaría un muro entre nosotros. Y él sabe que mis oraciones y mi corazón luchan con él, para que haga lo correcto.

La azalea *(Rhododendron simsii)* es un arbusto perenne que puede llegar a medir un metro y medio de altura. Tiene las hojas de color verde oscuro. Las flores pueden ser grandes o pequeñas, simples o compuestas. Pueden ser de color rojo, rosa, salmón, lila, blanco, y algunas son de dos colores. Prosperan en lugares con sombra. Son venenosas. Al igual que el pino, la azalea se ha inmortalizado en la obra del poeta chino Du Fu.

Karin escribe: «Sabe que mis oraciones y mi corazón luchan con él, para que haga lo correcto». Su corazón siguió latiendo durante cuatro días después de escribir esto. Mi abuela paterna creía en Dios, así que elijo pensar que sus oraciones lucharon durante más tiempo que su corazón.

El arte de hacer lo correcto. ¿A qué se refería? ¿Qué es hacer lo correcto? ¿Quería decir que papá tenía que quedarse con Käbi y con Daniel? Es probable. Pero, al mismo tiempo, tiene que haber pensado que hacer lo correcto es hacerse responsable de la nueva mujer y de la criatura que aún no había nacido. El hijo se encontraba (según lo veía su madre) en una situación imposible. Käbi y Daniel por un lado, mamá y la criatura que aún no había nacido por el otro. Y después estaban todas las otras mujeres, niños, cargas económicas. ¿Sería capaz de considerar todas las posibilidades? Daniel solo tenía tres años cuando la niña estaba en camino. Cuando Karin visitaba a su hijo y a su nuera, Käbi se sentaba al piano y le hablaba entusiasmada de las piezas que tocaba. Karin admiraba la bonita casa de su hijo y de Käbi, el jardín grande, las habitaciones luminosas.

El 16 de diciembre de 1962, unos años antes de que concibieran a la niña, la abuela escribe:

> Hoy hemos estado en casa de Ingmar, en el bautizo de su pequeño Daniel Sebastian. La sala de música estaba preciosa, con un bonito abeto bien alto e iluminado junto a la mesa del bautizo. Durante el brindis, Erik le dedicó unas palabras al pequeño Daniel, que lo miraba fijamente con los ojos muy abiertos. Todo estaba tan bonito y nos cayeron tan bien los padres de Käbi, su hermana y su cuñado que todo salió perfecto. Käbi tiene mejor aspecto ahora y los dos están muy contentos con su preciosa casa. Todo estaba cubierto de nieve.

ELLA: ¿Desaparece algo más al hacerse mayor?

ÉL: ¿Al hacerse mayor?

ELLA: Sí. Una vez dijiste que las palabras y los recuerdos desaparecen cuando uno se hace mayor. Me pregunto si desaparece algo más, si hay algo que eches de menos o todo lo contrario.

ÉL: ¿Si echo algo de menos o todo lo contrario? No lo sé. Antes lo más importante eran las cosas cotidianas, pero ahora ya no lo son.

(Hay un largo silencio. La cinta cruje.)

ÉL: *(Emocionado.)* Pero ahora siento que estoy improvisando. Que tengo que improvisar una respuesta a tu pregunta. No me resulta verosímil.

ELLA: ¿Quieres que nos saltemos la pregunta?

ÉL: Sí.

ELLA: Vale, pero entonces seguimos avanzando. Una vez dijiste que hacerse viejo es un trabajo. ¿Te acuerdas?

ÉL: No.

ELLA: Bueno, pero el caso es que lo dijiste. Dijiste: «Hacerse viejo es un trabajo».

ÉL: ¿Un qué?

ELLA: Un trabajo.

ÉL: ¿Eso dije?

ELLA: Sí, eso dijiste. Ahora que eres mayor que entonces ¿sigues creyendo que es un trabajo hacerse viejo?

ÉL: Creo que envejecer es un trabajo duro, difícil y muy poco glamuroso, con jornadas muy largas.

ELLA: Sí.

ÉL: Pero lo principal es… ¡Lo principal es…! Ciertas cosas son importantes, otras no lo son. La música, por ejemplo, se ha convertido en algo primordial para mí. Antes la música no me importaba un pepino, pero ahora me resulta esencial… Quiero quitarme la chaqueta. Me estoy poniendo nervioso.

ELLA: ¿Tienes calor?

ÉL: Sí, tengo calor.

ELLA: ¿Estás enfadado?

ÉL: No, enfadado no, pero me da la impresión de que estoy respondiendo fatal.

ELLA: Yo no lo creo…, creo que está todo bien.

ÉL: Qué bien que te lo parezca. Me alegro. Me está costando no posar y no aparentar.

Para la madre, creer en Dios era más fácil que para el padre. La madre tenía una fe infantil. La oración de antes de dormir. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Dios estaba en silencio, pero rara vez el silencio rodeaba a la madre, y ese silencio quizá quería decir que Dios escuchaba, no solo con media oreja, sino con una oreja tan grande como el espacio exterior, y en ese silencio la madre podía convertirse en quien ella quisiera y amar sin avergonzarse.

La madre se crió en Trondheim y vivió en un apartamento pequeño que compartía con la abuela y la tía Billy. En la pared, sobre el sofá Biedermeier de color azul, había un retrato del mismo color de un hombre apuesto con una gorra de oficial que miraba desde arriba a la madre de la niña con una sonrisa poco definida.

La niña debería haber escuchado a la madre cuando le hablaba, por ejemplo cuando le hablaba de su padre. ¿De verdad le golpeó la cabeza una hélice?

Pero, desde pequeña, la niña se resistía a escuchar las historias de la madre.

La niña no era guapa como la madre, su cara nunca se asentó del todo. No se parece a ninguna de sus fotos y todas las fotos que tiene son distintas unas de otras. En ese sentido, la historia de su nombre encaja con la historia de su cara. En las fotos hace algo con la boca —lo hacía de niña y lo sigue haciendo ahora—, pone morritos y entorna los ojos.

El otro día encontré un álbum de color marrón claro, encuadernado en un material que imitaba el cuero con fotos de cuando era pequeña. Muchas de las fotos las hice yo. Por ejemplo, dos fotos casi iguales de dos muñecas de trapo en una silla plegable azul. La foto es de Hammars. Tal vez me diera la cámara papá. No lo sé. Otra foto es del piso de Erling Skjalgssons Gate. Mamá y yo estamos sentadas en la cama grande de patas doradas. Ella lleva un camisón rojo y su melena nos cubre a las dos. Creo que se ha pasado rápido el cepillo por el pelo para la foto, que ha tomado con el temporizador. Yo llevo un aparato de diadema, además del aparato fijo de ortodoncia. Me pongo el aparato para dormir. Por las noches, tengo que hacer un montón de maniobras en la boca para ponerme el aparato en su sitio. Gomitas y ganchos y dedos hasta el fondo. Estamos sentadas en la cama de las patas doradas y mamá me rodea con el brazo.

Llevo una camiseta blanca y una falda de pana roja. Mamá se acaba de despertar y, aunque se ha cepillado el pelo, aún se le nota el sueño en los ojos.

Cuando papá era niño, iba en bicicleta por el paisaje escarpado de sus veranos de infancia en Dalarna. Su familia tenía una casa en Duvnäs. Våroms, se llamaba ese lugar. Mi padre ha escrito sobre mi abuelo. Era sacerdote y se llamaba Erik. A papá lo llamaban Pu. Suben y bajan colinas en bicicleta, Erik delante, Pu un poco más atrás. Van de camino a la iglesia donde Erik dará la homilía.

«Así daremos la vuelta al mundo mi padre y yo», dice Pu.

Tengo cinco cuadernos azules que pertenecían a papá. Están llenos de sus notas y de viejas fotografías familiares. Papá se inclinaba sobre las fotografías y las observaba a través de una lupa. Recortaba las fotos del álbum, las pegaba en sus cuadernos (tenía cientos de cuadernos de notas que él llamaba cuadernos de trabajo) y escribía donde tenía espacio. De vez en cuando garabateaba directamente sobre las fotos.

En uno de los cuadernos hay una fotografía de la abuela materna de papá. Su rostro ancho se asoma por encima de una blusa castamente abotonada, tiene un pecho generoso, una chaqueta blanca de punto sobre los hombros y en la cabeza lleva un sombrero primaveral de ala ancha con un elaborado y elegante tocado de flores y frutas. Trato de imaginármela en las horas previas a que se tomara esa fotografía, una mañana temprano hace casi cien años. Se dispone a salir. Toda su ropa está recién planchada, abotonada, bien puesta, bien colocada, como es debido. Me imagino como, casi por casualidad, ve el extravagante sombrero de paja con adornos de frutas y flores. Está en el estante de los sombreros. Es un poco demasiado grande, un poco demasiado juvenil, en definitiva: un poco demasiado en general. Los otros sombreros palidecen a su lado. En un segundo decide cambiar de planes. Los planes del sombrero. Cuando se lleva sombrero, al parecer siempre hay que tener un plan al respecto. Lo que ella hace es cambiarlo. Se pone de puntillas como una niña pequeña (el estante de los sombreros está mucho más arriba que el resto de los estantes) y coge el que quiere. Con un pequeño «aaah» se pone el sombrero con frutas y flores en la cabeza y con un simple movimiento de la mano deja el sombrerito que había elegido antes en su sitio.

En la foto, mi abuela paterna está flanqueada por el pequeño Pu a un lado y el hermano mayor de Pu al otro. Los dos se inclinan hacia ella. Pu mira directo a la cámara, con suspicacia. Tendrá unos cuatro años.

Debajo de la foto papá ha escrito: el sombrero de la abuela.

Las dos fotos urbanas, ciudades y tejados y viejas callejuelas en sombra, el atardecer, la torre de una iglesia, algunos árboles desnudos, fantasmagóricos. Ver las fotos de la ciudad en sus cuadernos de notas es como leer una novela de Sebald. Pienso en mi padre como alguien que tenía su sitio. Tenía Hammars, claro. Tenía el teatro. Era yo quien no estaba quieta, quien nunca encontraba su sitio, a pesar de que tenía una caja llena de mapas. Pero las fotos de sus cuadernos son muy solitarias y extrañas. En uno de los cuadernos ha escrito en mayúsculas: vivir en LAS ENTRAÑAS de la seguridad. Me pregunto a qué se referiría con eso. Parece un lugar seguro: en las entrañas de la seguridad. Suena como un lugar en el que no está permitido estar. Seguro que te echan de él a la primera si es que te dejan entrar. Hay guardas y alambre de espino por todas partes y tengo la sensación familiar de que no encajo en ese sitio ni con los demás.

Hay una foto de papá casi adulto. Ya nadie lo llama Pu. Es demasiado grande para que lo llamen Pu. Tiene el pelo engominado y lleva sus mejores galas. Se le ve el cuello blanco de la camisa, el nudo negro de la corbata y la chaqueta del traje, algo áspera. ¿Qué año sería? 1935, tal vez, o 1936, no estoy segura. No creo que le guste hacerse fotos. Tiene la boca cerrada, no sonríe, tiene los labios bonitos y sensibles como si se los hubiera tomado prestados a su madre para la foto. Tiene orejas grandes y de soplillo y la mirada pícara. Te mira con una mezcla de fingida indiferencia, suspicacia (reconozco la mirada del Pu doce años más joven) y devoción halagadora. No se puede saber a ciencia cierta lo que hará si se le da la espalda. ¿Te escupirá en la comida? ¿Te pedirá un beso? ¿Se levantará y se marchará para siempre?

Estoy encorvada sobre las fotos como se solía encorvar papá.

Me lo imagino frente a mí, el anciano de más de ochenta años que observa al joven de diecisiete, al que ya no llaman Pu, el de la mirada pícara. El hombre de ochenta años ha escrito algo al margen. Solo dos palabras. Pero para que todas las letras quepan sin tener que escribirlas sobre la cara del joven las ha escrito en vertical en vez de en horizontal, como siempre con un rotulador negro y sus versalitas grandes e infantiles:

EL
MAS-
TUR-
BA-
DOR

Durante mucho tiempo, la única imagen de mi padre que podía visualizar era la de él muerto. Está tumbado en la cama y está muerto. No existe ninguna foto de ese momento, pero, durante mucho tiempo, esa imagen ensombrecía todas las demás.

Está tumbado con la cabeza apoyada en una almohada blanca, en su propia cama de la casa de Hammars. Afuera está nublado, no sé si había empezado a salir el sol cuando exhaló el último aliento y si vio un rayo de luz entre las cortinas —cuando murió, las cortinas estaban echadas—. Murió a finales de julio, alrededor de las cuatro de la mañana, a la hora que él mismo llamaba «la hora del lobo» sin saber nada de los lobos ni de sus costumbres. Alguien le había atado un pañuelo a cuadros alrededor de la cara y había hecho un lazo en la parte de arriba, una de las seis mujeres que se ocuparon de él en los últimos tiempos, una que sabía qué se hacía con los muertos. Un pañuelo atado alrededor de la cara evita que se abra la boca y que se quede abierta cuando llega el *rigor mortis*. Alguien le había cerrado los ojos también. No se sube al cielo con la boca y los ojos abiertos. A mí me parece que está enfadado cuando lo veo tumbado en la almohada.

Me imagino el movimiento de desatar y soltar, todas las veces que he desatado y soltado los gorros, las bufandas, los cordones de mis hijos. Me siento al borde de la cama, estiro la mano hacia delante, quiero desatar y soltar ese absurdo lazo, papá no va a morirse con un lazo, pero no me atrevo, somos muchos los que vamos a entrar a despedirnos. Solíamos reunirnos todos los veranos para celebrar su cumpleaños. Invitaba a sus hijos a una opípara comida. Él no comía, pero se unía más tarde. Recogíamos a un ritmo frenético antes de que llegara. No podía haber ni un plato ni una copa en la mesa, ni vajilla sucia en el fregadero. Todo tenía que estar en su sitio. Ahora que había muerto nos organizábamos para entrar de uno en uno, y esa fue la primera de muchas procesiones. Yo me siento en el borde de su cama, me apoyo las manos en el regazo, ni desato ni suelto, el lazo se queda, como un chiste, como una mofa. No sé cuándo llega el *rigor mortis*. No sé si se le abrirá la boca si le desato el pañuelo.

ÉL: Creo en Dios, completa y plenamente, pero no espero comprender su voluntad. Dios está donde está la música. Estoy convencido de que los grandes compositores nos transmiten sus experiencias con Dios. No es ninguna tontería. Para mí, Bach es una constante.

ELLA: Pero antes tenías dudas.

ÉL: No sobre Bach.

ELLA: No, pero sí sobre Dios.

ÉL: Todo eso es una tontería, ya se acabó, ya pasó, ya no tengo energía para parlotear sobre la falta de fe, la incredulidad y todo eso.

ELLA: ¿Ocurrió algo en particular que te hiciera dejar de dudar?

ÉL: Sucedió de manera gradual, *peu à peu*. Diría que tras la muerte de Ingrid mi percepción de la voluntad de Dios se intensificó… Puedo estar aquí, en Hammars, rodeado del mar y de las nubes y sentir… su presencia.

De vez en cuando a la niña se le permitía tomar prestada una de sus chaquetas de punto marrones o verdes del padre, con sus coderas de cuero y sus zurcidos y remiendos. Las chaquetas eran demasiado largas y casi arrastraban por el suelo. Todos los días él recorría la orilla del mar con una bicicleta de paseo roja. La niña estaba en la puerta, envuelta en una de las chaquetas de punto del padre y lo veía desaparecer por el estrecho camino. En Fårö hay piedras por todas partes. En la playa. En los caminos de grava. Alrededor de las casas, en los muros. Las piedras más grandes y más antiguas se llaman *raukar*. Un verano, la niña fue en bici hasta el otro lado de la isla para verlas con su hermano, Daniel, que creía que su hermana pequeña era una cosa tan esmirriada y temblorosa y torpe que tenía miedo de que se cayera entre los postes de las vallas.

Los *raukar* son formaciones de piedra de cientos de millones de años de antigüedad que salen del mar y se elevan hacia el cielo. Parecen cabezas, extrañas y enormes cabezas humanas, y en verano les salen flores y hierba por encima y los niños trepan por ellas.

Daniel y la niña tenían un pequeño dormitorio cada uno, separados por una pared, en un extremo de la casa. El padre les dejaba pintar y escribir en la puerta. Compartían la ducha y el baño. Por la escasez de agua, no se les permitía ducharse más de una vez a la semana y no podían tirar de la cadena cuando hacían pis, pero la niña tiraba de todas formas, para que Daniel no viera que había ido al servicio. Daniel era cuatro años mayor que ella y escribió «¡follar!» en su puerta. A Ingrid le parecía que se había pasado. Una cosa era dejar que los niños dibujaran y escribieran en las puertas y otra muy distinta que les permitieran usar la palabra follar, pero papá opinaba que no pasaba nada, y no se habló más del tema. También les estaba permitido tenerlo todo patas arriba. No en la casa, allí estaba todo limpio y recogido, de eso se encargaba Ingrid, y todo estaba en su sitio y todo sucedía a su hora, pero los dormitorios de los niños podían revolverlos los niños. Nadie les pedía que recogieran su cuarto. Era una especie de resolución: cuando los niños vivían con el padre ningún adulto les diría: «Tienes que ordenar tu cuarto». El dormitorio de la niña era pequeño, con las paredes empapeladas con papel pintado de flores. Tenía su propia radio en la mesita de noche y una caja encima del armario con revistas antiguas que leía cada verano. En el suelo, medio metidas debajo de la cama, había dos maletas vacías.

Cuando la puerta del despacho del padre estaba cerrada, no se podía llamar. Normalmente porque estaba escribiendo. O porque le estaba dando clases de alemán a Daniel. La niña se preguntaba si Daniel habría dado cualquier cosa para librarse de las clases de alemán con el padre. «*Ich bin der Geist, der stets verneint! Und das mit Recht; denn alles, was entsteht, ist wert, daß es zugrunde geht*», decía el padre, y se reía a carcajadas. Y ahora está a punto de empezar la clase. Daniel se sienta en una silla del despacho, la misma en la que se sienta ella cuando está con el padre. Ha acabado aquí, no sabe muy bien cómo, tendría que estar en otro sitio, en el garaje, en su cuarto, fuera cogiendo fresas silvestres para el postre, pero ha acabado aquí y mira al hermano por la rendija de la puerta. Tiene la cabeza apoyada en las manos, y el pelo largo y oscuro le cae por la frente y le tapa los ojos. «*Ich bin der Geist, der stets verneint.*» La gramática alemana supera todo lo que es capaz de entender un niño. Y además en plenas vacaciones de verano. Tal vez eso sea lo peor. La niña cree que es la madre de Daniel quien ha insistido para que el padre le enseñe alemán al niño. Las madres a veces

tienen esas ideas —«lo justo es que el padre se haga responsable»—. Y ahora la niña está junto a la rendija de la puerta y ve al hermano sentado con la cabeza apoyada en las manos y debe de hacer un ruido, tal vez se rasque una de los cientos de picaduras de mosquito, porque el padre se vuelve y la mira a los ojos. El hermano levanta la cabeza y la mira también. Está en la rendija de la puerta, una rayita de piel y de azul que mira y se rasca y hace ruido y está a punto de decir algo, pero lo deja estar. Vestido corto, coleta tirante, piernas como limpiapipas. Nadie dice nada, no es su turno de estar en ese extremo de la casa y no es ella quien va a aprender alemán, y entonces el padre se levanta, cruza el cuarto y cierra la puerta, sin mirarla.

Papá y la niña tenían una cita. Estaba apuntada en su diario. O en su agenda personal, como también la llamaba. El diario estaba en el escritorio. Todo tenía su sitio y ocurría en su momento. Había un tiempo reservado para que la niña y el padre conversaran.

La niña llevaba su vestido. Era azul y se le había quedado pequeño a lo largo del verano. Estaba sentada en una silla. Él, en la otra.

Y después de un buen rato él la miró casi con desesperación y dijo:

—El problema es que nos llevamos demasiados años. No tenemos mucho de lo que hablar, eso es todo.

La niña no sabía qué responder a eso. Se agitó en el asiento. A medida que avanzaba la conversación había entendido que el padre estaba desesperado, pero no sabía qué hacer con eso, se llevaban cuarenta y ocho años, y cuarenta y ocho años es mucho tiempo y ella no podía ponerse las botas de siete leguas y correr para tratar de alcanzarlo, y la verdad es que esa observación de su padre no había sido muy perspicaz. Claro que se llevaban demasiados años, ninguno de los dos podía evitarlo ni solucionarlo. La niña le habló de una silla que quería, una silla que era más bonita que todas las demás sillas del mundo.

—¿Es una metáfora? —preguntó él.

—¿Qué?

—A veces una cosa no es eso mismo sino algo distinto. Eso es una metáfora. Lo que quiero decir es lo siguiente: ¿la silla simboliza algo dentro de ti? ¿Algo en lo que pienses? ¿Algo con lo que sueñes?

—No, creo que no.

—¿Se trata tal vez de una silla mágica?

—¡No! —suspiró la niña—. Solo es una silla.

Cuando la niña cumplió nueve años, le regalaron un tocadiscos. Lo pondrían en el viejo garaje que estaba en el bosque. Habían convertido el garaje en una sala de danza. La niña practicó *ballet* durante varios años, cosa que alegraba tanto al padre como a la madre. El padre dijo que si quería ser bailarina de *ballet* tenía que ensayar durante dos horas al día en el garaje. Puso un suelo de pino para que bailara e instaló una barra a lo largo de la pared. También pidió una caja de magnesio en polvo para las zapatillas. Esas cajas de magnesio las tienen en todos los estudios de danza para que las bailarinas no resbalen y se caigan. Cuando había viento, caían piñas al tejado del garaje y se las oía rodar y deslizarse hacia el canalón.

Papá dijo:

—Tal vez podrías escribirlo, ¿no?

—¿El libro?

—Sí.

—¿Sobre hacerse mayor?

—Sí.

—¿Estás pensando en una especie de... libro de entrevistas?

—Si hay que llamarlo de alguna manera, supongo.

—No hace falta que lo llamemos de ninguna manera.

—Tal vez deberíamos llamarlo de alguna manera.

—Siempre hay tiempo de darle una vuelta a este tema.

—Tengo un buen título.

—A ver.

—*Jodido en el valle de El Dorado*.

—hmmm.

—Siempre me ha apetecido titular una de mis películas *Jodido en el valle de El Dorado*, pero nunca he hecho una película que encaje del todo.

Todo tiene un nombre. Todos los días, a las cinco de la tarde, papá se sube al Volvo —también conocido como La Amenaza Roja— y conduce hasta el quiosco del otro lado de la isla para comprar los periódicos de la tarde. Los de la mañana los compra en Fårösund.

A Daniel siempre le dejan ir con el padre al quiosco. A veces también va la niña, pero normalmente se queda en casa con Ingrid y Maria y ayuda a poner la mesa o la mandan ir a buscar flores para la mesa o fresas silvestres para el postre, pero de vez en cuando la dejan ir con papá y con Daniel a comprar los periódicos de la tarde. Va en el asiento trasero. Daniel en el del copiloto. Ella tendrá unos nueve años. Daniel, doce. El padre conduce deprisa, mucho más rápido de lo que está permitido o de lo que resulta seguro en esas carreteras estrechas, pero cada vez que pasa una mujer andando o en bici reduce la velocidad para que él y Daniel puedan mirarla bien. Qué aspecto tiene, cómo se mueve.

La niña va en el asiento trasero. El asiento trasero es mucho más grande que ella y puede estirar los brazos y sacudirlos como un pájaro, pero nadie se da cuenta, tal vez se hayan olvidado de su presencia. Las chicas son distintas de los chicos.

—¡Un nueve! —dice el padre, y sonríe a la mujer que camina o pedalea por el borde de la carretera. La mujer le devuelve la sonrisa.

—¡Un ocho! —dice Daniel, y saluda con la mano.

Entonces el padre acelera de nuevo, rápido, rápido, tan rápido que se levanta una polvareda y la grava cruje a su paso y la niña dice cra, cra, cra, porque cuando van tan deprisa casi parece que van a echar a volar. El bosque desaparece a un lado del camino, el mar al otro, y avanzan deprisa por la carretera, por los campos que se abren, hasta que se les cruza otra chica u otra mujer caminando o en bicicleta. El padre reduce la velocidad.

—¡Un siete! —dice Daniel.

—No, un ocho —dice el padre.

Los jueves, Ingrid servía bacalao fresco. El pescado era lo que menos le gustaba del mundo a la niña. Ahora ya casi no hay bacalao en el mar Báltico, pero aún pasan mujeres en bici o caminando por la carretera.

ELLA: ¿Quieres sentarte un poco? ¿Te ayudo a incorporarte?

ÉL: ¿Cómo?

ELLA: ¿Quieres sentarte o prefieres estar tumbado?

ÉL: Prefiero estar como tú quieras que esté.

Hicieron una de las grabaciones en el dormitorio de él. No se encontraba bien y no era capaz de levantarse, pero no quería cancelar el trabajo.

(Ella se levanta y se dirige hacia la ventana, descorre las cortinas. Él se tapa los ojos con las manos. Ella se da la vuelta y lo mira.)

ELLA: ¿Hay demasiada luz?

ÉL: Tal vez un poco.

(Ella corre las cortinas. Vuelve a acercarse al borde de la cama.)

ELLA: ¿Prefieres estar tumbado o quieres incorporarte?

ÉL: Prefiero estar tumbado…

ELLA: ¿Así estás bien?

ÉL: No lo sé… He tenido tres días desapacibles.

ELLA: ¿Ah, sí?

ÉL: Tres días desapacibles con sus tres noches desapacibles…

ELLA: Cuéntame.

ÉL: ¿Puedes abrir las cortinas?

(Ella se levanta y se dirige a la ventana. Descorre las cortinas, se vuelve hacia él.)

ELLA: ¿Quieres ver el mar?

ÉL: No.

ELLA: ¿Quieres estar a oscuras?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Del todo?

(Ella corre las cortinas y regresa al borde de la cama. Se sienta.)

ÉL: *(Muy bajo.)* Podemos vernos aunque esté oscuro, ¿verdad?

III

A Múnich

Buscaba emociones y no paisajes.

Gustave Flaubert

El piso de mi abuela materna en Oslo, con dos habitaciones y una cocina, está amueblado como si viviera en un piso mucho más grande. Las paredes están llenas de pinturas grandes y pequeñas y de reproducciones. Lo que más llama la atención es el retrato azul del abuelo vestido de oficial que está colgado en la pared, encima del sofá Biedermeier, pero a mí me interesa más la pequeña reproducción casi escondida que hay detrás del aparador chino de color granate. La mujer del cuadro se encuentra en una playa azulada mirando al océano azul. No se le ve la cara, solo el vestido largo y blanco, el pelo largo y liso, tan largo que se lo ha atado con el cinturón del vestido para mantenerlo en su sitio. Año tras año, la mujer del pelo claro mira al mar desde la pared de la abuela sin volverse ni una sola vez para mostrar su rostro. Mira y anhela y espera. Sé que el cuadro representa a mi madre.

—No, no es ella —dice mi abuela—. Munch murió cuando tu madre era una niña. —Me encojo de hombros. Sé que tengo razón.

En la mesa del salón hay libros y junto a la ventana desde la que se ven las vías del tranvía y la parada de Skarpsno hay dos coquetas butacas tapizadas con una tela que imita el *rosemaling*, un tipo de pintura tradicional con motivos florales, en rojo y negro intensos. Es el lugar más luminoso del piso y me gusta sentarme allí. Hay macetas junto a la ventana, varias de las plantas trepan con todo su verdor por el marco y hacia el cristal, y entre ellas hay cajitas de música preciosas y carísimas. Para darles cuerda es importante hacerlo despacio y en la dirección correcta, hacia la derecha, como cuando se le da cuerda a un despertador. Si no se tiene paciencia y se hace en la dirección errónea o demasiado deprisa, se puede estropear el mecanismo y entonces la caja de música deja de funcionar. Varias de las cajas de música sirven de joyero. La más bonita es de caoba y tiene la tapa repujada. La favorita de la abuela es una cajita de madera clara forrada de terciopelo rojo en su interior. Al fondo de todo ese espacio rojo viven las dos figuras diminutas de porcelana, ella con su vestido rosa y él con su trajecito azul claro de príncipe, y cada vez que se abre la caja de música bailan el mismo bailecito al son de «Edelweiss». La abuela se sabe la letra de «Edelweiss» y a menudo la canta tan alto y con un *vibrato* tan sentido que acalla el leve tintineo de la caja de música.

Al lado de una de las butacas que están junto a la ventana, el costurero de la abuela se tambalea sobre sus largas y finas patas de madera de color marrón claro. La abuela tiene veintitrés dedales en el costurero y, si se quita la bandeja superior, la que tiene pequeños compartimentos para los carretes de hilo, las agujas y los botones, hay espacio al fondo para los ovillos de lana, las agujas de punto y las de ganchillo. El mobiliario del comedor es de madera brillante y oscura, y antes de cada comida la abuela me pide que ponga la mesa con manteles individuales que tienen el mismo estampado de *rosemaling* que las butacas. Enciendo unas velas blancas, saco los platos verdes, las servilletas de tela de color verde oscuro y la cubertería que pesa. En el dormitorio hay una cama de matrimonio pequeña con una colcha de retazos cosida a mano. Cuando me confirme, la abuela me regalará una colcha como esa. Las colchas más bonitas llevan muchos años de trabajo, dice la abuela. Por las noches, antes de acostarnos, dobla la colcha y la mete en un cajón, debajo de la estantería. A la abuela le gustaría que durmiera con ella, como cuando era pequeña, pero yo prefiero dormir en la cama plegable. Quiere que me acueste entre sus brazos, pero yo no quiero. Tiene los brazos delgados y llenos de nervios y es incómodo apoyarse en ellos y a veces hay

manchas en las sábanas. En la pared, sobre la cama, ha colgado un dibujo que le hice hace varios años. En él se ve a una chica que está bajo un árbol. Con mayúsculas grandes de color gris oscuro pone: la abuela y el árbol. Una de las dos paredes largas del dormitorio está cubierta de libros. También hay espacio para un pequeño tocadiscos en la estantería más ancha.

Cuando la abuela tiene visita, yo me tumbo en la cama y leo o escucho discos, bajito, para que no se oigan en el salón. De vez en cuando, una de las amigas de la abuela abre la puerta y se asoma a mirar. Las visitas tienen que pasar por el dormitorio para ir al baño. Una de las amigas lleva unas gafas grandes y los labios, grandes, pintados de rojo. Pasa a hurtadillas por el lado de la cama como diciendo: no me prestes atención, soy silenciosa como un ratoncillo, ¿ves?, no molesto, soy casi invisible, hola, hola. Le devuelvo el saludo. Otra amiga es alta, delgada, tiene el pelo gris como un abedul y habla con voz grave. Reconozco su voz a través de la pared. La abuela dice que fuma demasiados cigarros y que ha tenido una vida muy dura. Cuando cruza la habitación para ir al baño, se detiene a medio camino, se queda parada y erguida y mira hacia abajo y me mira a mí. Dejo el libro a un lado y me encojo en la cama. Ella cruza los brazos y me pregunta en qué curso estoy, me pregunta si me gusta el colegio. Le respondo que estoy en cuarto y que sí me gusta. Una tercera amiga, una mujer menuda como una muñeca con el pelo recogido, ropa bonita y recién planchada y un fuerte perfume que olía a jabón siempre se sienta al borde de la cama y me acaricia el pelo. No dice nada. Yo tampoco. Se queda allí sentada tanto rato que empiezo a pensar que se le ha olvidado que iba al baño.

No puedo vivir sola, y cuando mamá está de viaje, o bien vivo con la abuela, o bien ella se queda en casa conmigo. Si la abuela no tiene tiempo (la abuela nunca tiene tiempo, exclama mamá y se tira de los pelos, la abuela nunca tiene tiempo, ja, ja, ja, sabe la abuela lo que es el tiempo, sabe la abuela lo que es no tener tiempo), me quedo en el piso de mamá con una de tantas niñeras. Mamá las llama niñeras, aunque yo ya no soy una niña. Tengo diez años y acabo de empezar cuarto. Cuando viene a vivir una niñera, la otra se va.

La señora Berg toca el piano y cocina bien y lleva ropa suave y llora porque cree que se le da mal lo de ser niñera.

—Lo único que realmente quiero es que estés bien y que seas feliz.

Solloza sentada en una silla de la cocina con una taza de té intacta frente a ella. Yo me quedo de pie a su lado y le doy unas palmadas en el brazo y le digo que estoy bien.

—Pero sé… —hipa—, sé que echas de menos a tu madre y que preferirías que ella estuviera aquí.

Le digo que no echo de menos a mi madre.

Se suena los mocos y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Tú también me quieres un poco?

Me abraza muy fuerte. Tiene mal aliento y huele a col. Me encantaría saber taparme la nariz sin usar las manos. La única alternativa es dejar de respirar.

—Yo también te quiero.

Lo digo de manera que entienda que estoy mintiendo. Ella quiere oír las palabras, aunque sepa que no son ciertas.

Dibujo mapas, hago tablas y escribo listas. Estoy delgada y pálida y practico *ballet* y sonrío muy educada y no quiero tener más niñeras, quiero que las niñeras enfermen y mueran o que les ofrezcan otros trabajos, por ejemplo en Australia, lo más lejos posible. Quiero que mamá vuelva a casa y me abrace fuerte y que no se vaya más de viaje.

Cuando se va la señora Berg, empieza una nueva señora Berg. Es mayor y más corpulenta que la antigua señora Berg. Como un papel de mayor gramaje. Tiene pelos en el mentón e intenta quitárselos con pinzas. Le tiemblan las manos. Deja las pinzas en el vaso del cepillo de dientes del cuarto de baño. Sabe que soy yo quien se las roba, pero aun así compra unas nuevas cada vez que desaparecen las viejas. Lo que no entiendo es por qué sigue poniéndolas en el vaso del cepillo de dientes cuando sabe que las encontraré allí y se las quitaré. No quiere que vea que le tiemblan las

manos y, en la mesa, siempre apoya una mano sobre la otra. Por las noches jugamos a las cartas. Me deja ganar.

Si se quiere molestar a una niñera, hay que encontrar sus puntos débiles. El punto débil de la señora Berg es el actor alemán Horst Tappert. Cuando se sienta en el sofá verde la noche del viernes con una copa de jerez y unos cacahuetes, es como si todo el cuerpo se le relajara. Las manos acercan la copa de jerez a su boca sin temblar ni un ápice. Tres viernes seguidos me cuelo en el salón y desconecto el enchufe. Espero a que el inspector jefe Derrick aparezca en la pantalla. Espero un poco más. Espero a que el inspector jefe Derrick se vuelva hacia la señora Berg y la mire con sus grandes ojos tristes. Toda la inquietud del mundo se encuentra en esos ojos. Y justo cuando la señora Berg se lleva la copa de jerez a la boca, justo cuando esa sensación de bienestar se extiende por su cuerpo, la televisión se tiñe de negro y la señora Berg se queda sentada sola en la oscuridad. No sabe cómo devolver a la vida el televisor, sabe que yo tengo algo que ver con el apagón, pero desconoce los detalles. Un mes más tarde le escribe una carta a mamá y deja el trabajo. Quiere dejarlo e irse de casa de inmediato. La niña no está bien de la cabeza, escribe. Y después añade que, como madre, mamá debería pensar un poco menos en sí misma, dejar de dar vueltas por ahí haciendo carrera y empezar a ocuparse de su hija antes de que «el barco naufrague».

Cuando mamá está en casa, tenemos el enorme piso de Erling Skjalgssons Gate para nosotras solas. Mamá duerme hasta tarde por las mañanas y hace huevos fritos para cenar. Los huevos fritos no son una cena normal, y por eso me parece una fiesta cenar con mamá. Mamá y yo somos disidentes del amor y de la cena. Por las noches dormimos en la misma cama. Comemos cuando queremos. Ni a las cuatro ni a las cinco, sino cuando nos apetece. Mamá es capaz de preparar un guiso delicioso a partir de una lata de espaguetis a la Capri. El guiso de mamá consiste en salsa de tomate, salchichas, albóndigas, un poco de pimiento, sal especiada y azúcar. Si no tenemos huevos o espaguetis en la despensa, vamos en taxi al restaurante chino de Bislett. Me gusta cómo crujen el bambú y las castañas de agua. Me tomo un refresco con la comida y un helado de postre. Un helado de tres bolas, vainilla, fresa y chocolate, servido en una fuente decorada con sombrillas y barquillo. Lo mejor es reservar el barquillo para el final y comérselo sorbiendo el relleno de azúcar.

A veces viene la abuela a cenar con nosotras. La abuela se arregla cuando va a comer en un restaurante. Vestido y zapatos de tacón. Mamá lleva un caftán largo y está impaciente. Mamá tiene hambre. Quiere una copa de vino. Quiere otra copa de vino. Se le crispan los nervios. No hay ni un solo nervio que pueda sostener al resto. Un montón de gente exige cosas de ella. Me pregunto cómo será la cabeza de mamá por dentro. La camarera viene a tomarnos nota, siempre es la misma mujer la que toma nota de lo que pedimos, a mamá se le ilumina la cara con una gran sonrisa y le pregunta cómo está su marido. «¿Mejor? ¿Ya en casa?» «¡Qué bien! No es fácil estar sola con toda la responsabilidad. Dale recuerdos de nuestra parte.» Usa el último de los nervios que le quedan para eso. Cuando la camarera se va, la abuela le cuenta que ha ido y ha vuelto de Estados Unidos cuarenta y dos veces y que todo el mundo la conoce allí.

—¿En Estados Unidos? —pregunta mamá.

—¿Qué…? —la abuela parece confundida.

—Has dicho que allí te conoce todo el mundo —dice mamá—. ¿Quieres decir que todo el mundo te conoce en Estados Unidos?

—Mucha gente me conoce, sí —dice la abuela—. Se te olvida que he ido y he vuelto cuarenta y dos veces.

—¿Mucha gente o todo el mundo? —pregunta mamá.

—¿Qué…?

—¿Te conoce todo el mundo en Estados Unidos o te conoce mucha gente?

—Te voy a decir una cosa —dice la abuela, y me mira con lo que ella misma habría llamado una mirada pícara. Decide no prestar atención a mamá—. Te voy a decir una cosa. Cuando aterricé en el JFK hace unos años me reconocieron en el control de pasaportes. ¿Sabes lo que me dijo el hombre?

Niego con la cabeza y miro preocupada a mamá.

—Dijo... —dice la abuela, y se inclina hacia delante—. Dijo: Pero bueno, si es la mismísima señora Ullmann que vuelve de visita. ¡Bienvenida otra vez a Nueva York!

Mamá mira por la ventana.

—¿Por qué siempre tienes que exagerar? —dice en voz baja.

—No exagero —dice la abuela.

—Siempre exageras —dice mamá—. Estoy harta de que exageres.

Tengo muchos apodos cariñosos. Papá me llama Chinita porque soy educada y sonrío a los desconocidos. Dudo que papá sepa algo sobre China, más allá de lo que ha leído en el periódico. Nunca ha comido comida china, le duele el estómago cuando come cualquier cosa que lleve fruta, verdura, ajo, especias y salsa y que no haya cocinado Ingrid. Es 1977, tengo once años. Lo que papá sabe sobre China lo sabe porque ha leído poesía china. «La buena lluvia sabe cuándo llover.» Creo que papá me llama Chinita porque se imagina que las niñas chinas sonríen y son educadas y reservadas con sus sentimientos y yo puedo ser todas esas cosas cuando quiero. La abuela me ha enseñado casi todo lo que hay que saber sobre la buena educación y los buenos modales, a saber:

Hay que ceder el asiento a las personas mayores en el metro.

Hay que inclinarse y saludar y despedirse como es debido.

Hay que dar las gracias y terminarse la comida del plato.

Hay que hablar bien, lavarse la cara, las orejas, el cuello y las manos todos los días, cortarse las uñas, poner el cuchillo a la derecha y el tenedor a la izquierda, tratar de usted a los mayores («¿en qué callejón nos hemos visto para que me trate usted de tú, si se me permite la pregunta?»).

En las escaleras mecánicas hay que quedarse quieta a la derecha y caminar por la izquierda.

Al buscar la butaca en el teatro o en el cine hay que darle la cara a los que ya están sentados («a nadie le gusta tener el culo de otra persona en las narices»).

Hay que guardarse los sentimientos para una misma y ser educada en todas las circunstancias.

A papá no le gusta viajar, pero ahora se ha ido a Alemania, se ha instalado en Múnich, se ha llevado a Ingrid y se ha ido de Suecia definitivamente. Mamá me explica que no quería marcharse, pero que tuvo que hacerlo. No ha hecho nada malo, añade.

—Tu padre ha pagado sus impuestos como todo el mundo. No le des importancia a lo que dicen los periódicos.

—¿Qué dicen los periódicos?

—Que tu padre ha defraudado a Hacienda, pero no es verdad.

—¿Estás segura?

Mamá coge aire y mira al techo. Tres nervios, dos nervios, un nervio para responder a la pregunta.

—Por supuesto que sí.

Si mamá supiera que papá me llama Chinita seguro que protestaría. A ella no le parece que yo sea buena y educada o que me guarde los sentimientos para mí misma. Mamá me llama Bollito. Mamá y papá no saben nada de los apodos del otro. En realidad, me da lo mismo que papá se haya mudado a Alemania. Cuando está en Hammars no pienso en dónde se encuentra. Cuando mamá está de viaje la echo de menos todo el rato. La echo de menos desde el momento en que sale por la puerta hasta el momento en que regresa. La echo tanto de menos que necesito otro cuerpo: un cuerpo para mí y otro para toda esa nostalgia.

Cuando tenía dos años y me iban a bautizar, mi padre escribió una carta: «Te deseo nostalgia constante y esperanza, porque sin nostalgia no se puede vivir».

¿Qué quería decir con eso? «Sin nostalgia no se puede vivir.» No puede referirse a esta locura. A esta hambre. A este miedo. Yo siento nostalgia por mi madre todo el rato. Ahora se ha ido de nuevo. Esta vez a Estados Unidos. La próxima vez puedo ir con ella, me dice. Pero ahora quiere

que me quede en Oslo y que vaya al colegio. Me cuidará la abuela. Mamá estará fuera varios meses. Tengo miedo de perderla, miedo de que no regrese, miedo de que desaparezca. Pero no es el miedo al que papá se refiere con las palabras «nostalgia constante». Mamá y yo hablamos por teléfono y siempre, antes de colgar, acordamos una hora para su próxima llamada. Es hoy. Es enseguida. Media hora antes de la hora convenida estoy mareada y hago guardia junto al teléfono. Y suena, faltan tres minutos para la hora convenida, pero no es mamá. Es una mujer muy alegre que quiere hablar con la abuela. ¿Por qué no es mamá? ¿Por qué no llama mamá tres minutos antes de la hora convenida para evitarme así este temor? «Nostalgia constante.» ¿Y por qué está tan alegre esta señora que pregunta por la abuela? ¿No sabe que mi madre ha muerto? La abuela coge el teléfono, intercambia unas cuantas palabras con la mujer, pero terminan enseguida. Le dice que estamos esperando una conferencia desde Estados Unidos. Me quedo sentada en la silla de madera y me retuerzo en el asiento. La abuela cuelga el teléfono y me mira.

—Si te sientas a esperar, solo conseguirás ponerte nerviosa —me dice.

La abuela mira el reloj. ¿Por qué mira el reloj?

—¿Por qué miras el *reló*?

—Se dice reloj, no *reló*.

—¿Por qué miras el reloj?

—No sé. Lo miro y ya está. No hay ninguna razón.

—¿Estás inquieta?

—Claro que no. No tengo ningún motivo para estarlo. ¿Por qué iba a estar inquieta?

—Porque mamá no llama.

—Llamará enseguida.

Existen innumerables maneras de morir. Un accidente de avión. Un asesinato. Un trombo. La hora acordada ya ha pasado en todos los relojes de la casa. La gente desaparece de la faz de la Tierra. Mamá se desvanece, no es del todo parte de este mundo, tal vez esté cayendo por un precipicio. Me la imagino cayendo y cayendo y cayendo. Han pasado quince minutos de la hora acordada. ¿Nos sentaremos la abuela y yo de la mano en la iglesia en el funeral de mamá? Me echo a llorar. «Porque sin nostalgia no se puede vivir.» ¿Cuál es la probabilidad de que mamá quiera tenerme esperando cuando sabe que paso muchísimo miedo? ¿Cuál es la probabilidad de que le haya ocurrido algo? Han pasado cuarenta y cinco minutos de la hora convenida. Me levanto de la silla y me quedo de pie, me levanto, me levanto, estoy de pie y entonces empiezo a chillar.

—Está… histérica —susurra la abuela.

Estoy chillando de pie. Camino de un lado a otro y chillo. La abuela tiene el auricular del teléfono en la mano, me sigue con la mirada, ha llamado a la médica.

Ya ha pasado una hora de la hora convenida y voy de una habitación a otra del piso de mamá. No quiero dejar de caminar, no quiero dejar de chillar. Llevo andando mil años y puedo seguir haciéndolo mil años más. No se necesitan consonantes para lamentarse. Solo vocales. Solo un sonido. Voy a perforar el cielo con él. Hay una fuerza mágica en todo esto, en caminar y chillar, pero solo si no me rindo. El piso está lleno de cosas. Nadie tiene tantas cosas como mamá. Y entonces se va y deja sus cosas y se compra cosas nuevas y después se va y las deja y por todo el mundo hay pisos y casas y habitaciones de hotel llenos de las cosas de mamá. Jarrones, boles, muñecas, fotografías, sofás mullidos, mesas de comedor, sillas tapizadas de seda, más fotografías, cortinas de terciopelo púrpura, flores de tela, taburetes, vestidos, colchas, cuadros, escritorios, reposapiés, maletas, alfombras, platos… «No se puede vivir.»

Han pasado dos horas de la hora convenida y nadie puede decir si mamá está viva. Nadie me lo puede prometer. La abuela me pide que pare. Me dice:

—Mamá llega tarde. Todo el mundo puede retrasarse. Llamará cuando pueda y cuando encuentre un teléfono.

—¿Puedes jurarme que no ha pasado nada?

La abuela titubea.

—No puedo jurar nada, pero estoy bastante segura.

No es suficiente. Vuelvo a caminar y a chillar y maldigo a la abuela por haberme obligado a

parar.

Cuando la médica llama a la puerta, creo que es el sacerdote, que trae noticias. Lo he visto en las películas. Siempre es el sacerdote o un policía. Dios no se ocupa de esas cosas. Si sigo andando y chillando por todas las habitaciones de la casa, si no me rindo, si demuestro que puedo seguir caminando de una habitación a otra sin detenerme, tal vez pueda traerla de vuelta a casa. No puedo parar. Es la abuela quien ha llamado a la médica, la reconozco, es la mujer alta, delgada, de pelo gris y voz grave, la que ha tenido una vida muy dura y suele ponerse de pie en el dormitorio de la abuela con los brazos cruzados y preguntarme cómo me va en el colegio. Ahora está de pie negando con la cabeza.

—Esto no es normal —dice.

Tengo los brazos cruzados. No sé lo que dice la abuela. La médica saca el estetoscopio y quiere oírme el corazón y empieza a perseguirme por las habitaciones, pero se rinde.

¿Puede decirme la médica cuándo llamará mamá? ¿Puede decirme la médica lo que Dios quiere de mí? ¿Puede decirme la médica que mamá está viva? La médica se guarda el estetoscopio en el maletín y le dice a la abuela que no ve otra alternativa que darme algo que me tranquilice.

—Pero las pastillas no son la solución —dice la médica desesperada, y sacude los brazos.

Cuando se marcha la médica, la abuela se va a la cocina. Yo camino de una habitación a otra y no quiero detenerme. El camino empieza en la entrada, sigue por la cocina, el comedor, la biblioteca y el salón y vuelta a empezar. La abuela está en silencio en la cocina y susurra mi nombre cada vez que paso por allí. No cree que mamá esté muerta. No es raro que suceda algo que le impida a cualquiera llamar por teléfono. «Pero demontre —pensará tal vez—. Mi hija tendría que haber llamado, que ya sabe el lío que se arma cuando no llama.»

—Ven aquí, cariño —dice la abuela—. Ven, que te voy a contar una cosa. Dame la mano.

Le doy la mano, pero sigo chillando, solo que ahora más bajito. Estoy cansada de caminar y de chillar.

La abuela me sirve un vaso de agua. Parte en dos la pastilla del médico y me dice que me trague la mitad. Se guarda la otra mitad en el bolso.

—Vamos a cenar —dice— y enseguida llamará mamá. Te lo prometo.

Se asegura de que me trague la pastilla.

—Tal vez no llame esta noche, pero entonces seguro que llama mañana.

La abuela me acaricia el pelo, se enreda con los nudos.

—Igual hay que cortarte el pelo pronto —dice con una sonrisa, pero entonces me vuelvo a echar a llorar.

La abuela me tranquiliza, me abraza y hace shhh, shhh, shhh, shhh, como se hace con un recién nacido. Suave, bajito, una y otra vez. Estamos abrazadas en el suelo de la cocina, me abraza hasta que dejo de llorar.

—Seguro que hay una explicación de por qué no ha llamado —susurra, y me agarra de la mano y la aprieta cuatro veces.

Eso significa «*do you love me*».

Y entonces aprieto la mano de la abuela tres veces, que significa «*yes I do*».

Y ella me la aprieta dos veces, que significa «*how much*».

Y entonces le aprieto la mano tan fuerte que le hago daño, que significa «muchísimo».

—Ay —dice ella, y se lleva la mano al pecho, pero no está enfadada.

Hace unos sándwiches de plátano y los corta en triángulos y me pide que vaya a buscar el libro de cuentos de Asbjørnsen y Moe. Me siento a un lado de la mesa y ella se sienta al otro. La lámpara de la cocina es azul. Hace ya tiempo que ha pasado la hora de acostarse.

—El hipo dura más que el llanto —dice, y se inclina hacia delante en la mesa y me quita las migas de la comisura de los labios.

Mamá irrumpe en mi dormitorio con su camisón de seda largo y perfumado, el pelo despeinado, restos de maquillaje bajo los ojos. Ha visto un reportaje en la tele sobre chicas jóvenes y anorexia. Retira el edredón y suspira al verme las costillas. En la carta que me escribió papá con motivo de mi bautizo decía: «Por ahora te has criado con tu madre y todo lo demás te resulta interesante, pero incomprensible». Ya no es así. Ya no estoy unida a nadie. Me tapo con el edredón. Fuera. Largo. No es que mamá esté siempre inquieta, pueden pasar días y meses hasta que vuelva a inquietarse de nuevo. Es una inquietud del tipo «qué pasaría si mi hija se muere». Pero ahora que está en casa, se inquieta todo el rato. Día y noche y noche y día y día y noche. Creo que quiere recuperar toda la inquietud que no sintió cuando estaba fuera. Es difícil dividir la inquietud y repartirla equitativamente entre los días, los meses, los años. Nada es equitativo. Crezco, pero sin planes ni dirección. ¿Soy fea, soy guapa? ¿Soy una chica de verdad? Tengo los dientes y los pies demasiado grandes, las muñecas demasiado estrechas, la mirada infantil y no quiero ser una niña. ¿Y qué haría yo si muere ella? Cuando se levanta me dan ganas de clavarme una espada en el estómago, moverla de un lado a otro, dejar que brote la sangre y se me salgan las tripas, en blanco y negro para mayor virtud, hasta que la persona elegida levante la espada y me corte la cabeza. Sé cómo se hace. He visto la película *Harakiri* con papá en Dämba. Dos veces. No quiero morir, quiero vivir, pero si ella muere, ya no hay sitio para mí en este mundo.

*

Hay muchas fotografías de mamá y la abuela. Sonríen y posan ante la cámara, no como yo, que me agacho cada vez que alguien saca una cámara de fotos. Tengo la cara redonda, pálida y con mofletes rechonchos. Tengo un flequillo frondoso que me tapa los ojos y las piernas delgadas. Mamá cree que doy mucho trabajo. Tengo doce años y soy impertinente. Casi nunca sonrío. Me alejo de ella. Imposible. Pido y pido y pido. Me han dado mis primeras puntas de *ballet* y giro y giro y giro. Cintas de seda rosa se me enroscan en los tobillos, se cruzan, se me da bien atarlas, un poco peor recogerme el pelo, nunca me queda tirante. Bailo, bailo, bailo. No me queda tirante la coleta y se me sale el pelo, me dicen que tengo que recogérmelo bien, tengo que enderezar la espalda, acentuar la punta, levantar la cabeza, estirar los brazos, fijar la mirada, educar el corazón.

Mamá me tira del edredón. No puede entrar sin más en mi cuarto y tirarme del edredón. No quiero que todo el mundo me vea el cuerpo. Se me ha roto el camisón y ella toca la tela desgarrada. Me grita. A veces, cuando está en casa, desearía que estuviera otra vez de viaje. «Estás demasiado delgada, estás exageradamente delgada, tienes que comer más, no comes lo suficiente.»

Nací delgada, no hay nada que hacer al respecto. Heidi dice que ella también ha nacido delgada. Heidi y yo somos amigas. Todo el mundo dice que nos parecemos, pero yo no creo que nos parezcamos. Heidi es guapa. Tiene trece años y medio. Es mayor que yo. Tiene curvas. Gusta a los chicos. Podríamos ser hermanas por todo el tiempo que pasamos juntas. A ella no le preocupa su cuerpo. Ni su madre. Ni la falta de planes. Le preocupa lo que pasará si cruza una sala llena de

gente.

Tengo dos pantalones vaqueros en el armario, dos vaqueros iguales. ¿Y si... —pienso—, y si me pongo los dos, uno encima del otro? ¿Conseguiré crear la ilusión de que ocupo más, que tengo un poco más de cuerpo? Me pongo los pantalones y me los vuelvo a quitar y me los vuelvo a poner. Me aprietan y me siento pegajosa. ¿Me saldrán curvas? Hay bultos en lugares extraños. Camino con las piernas muy separadas. Camino como un ave zancuda. Camino como un niño que se ha hecho pis encima. Las chicas del colegio me miran raro. Los chicos no me miran. Cuando tengo que hacer pis, me encierro en el baño de chicas e intento bajarme los pantalones. No puedo, no soy capaz. Un vaquero se ha encajado en el otro, no consigo bajármelos. Soy más pantalón que chica. Y ahora tengo tantas ganas de hacer pis que, o bien me meo encima, o bien, o bien, o bien grito tan alto que hago estallar en pedazos el tiempo y a mí misma y este estúpido cuerpo infantil tan poco dispuesto a colaborar. ¡Ya está! Ya puedo hacer pis.

Voces de chicas y ruido de carreras. Alguien golpea la puerta del baño.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué gritas?

—Nada. Vete.

La profesora Figenschou entra en el baño de las chicas. Le toca vigilar. No la veo, me he encerrado en el baño, pero cuando la profesora Figenschou está cerca pasa algo en el aire, se oscurece, se vuelve más denso, como si fuera a aterrizar un Boeing 747 justo donde estás tú. Unas chicas confundidas se quitan la palabra de la boca.

—Está ahí dentro.

—Ha cerrado la puerta.

Tres golpes fuertes.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Puedes abrir la puerta de una vez?

Me pongo los pantalones, un solo par, y hago una bola con el otro y lo escondo lo mejor que puedo detrás del retrete. Abro la puerta.

La profesora Figenschou es alta y corpulenta y parece un rape. Su marido, Tank, también da clase en primaria. Es alto y delgado. Me pregunto si follan.

—¿Por qué gritabas?

Gruñe cuando habla.

—¿Gritaba?

—¿No te has encerrado en el baño a gritar?

—No. Yo no.

Heidi dice que hay gente que es gorda y gente que es delgada, y que eso es así. Dice que fue una idea estúpida ponerse dos vaqueros a la vez, que no hacen curvas, que lo que hacen es que parezca que se llevan dos vaqueros a la vez y ahora todo el mundo sabe que era yo la que gritaba en el baño y a la que mandaron al psicólogo.

Heidi es la única chica que sabe arreglar casetes. No se rinde hasta que no los desenreda y, con ayuda de un bolígrafo, gira la cinta con cuidado hasta volver a colocarla en su sitio. Cuando la cinta se atasca en el radiocasete o se sale de la bobina, todo ocurre muy deprisa, se oye un ruido quedo y sibilante cuando la cinta se amontona. Es tan irreversible como una picadura de avispa. Y si manipulo el casete, la cinta se rompe y se estropea para siempre. No es que Heidi tenga unas manos más delicadas que las mías, aunque no nos las comparamos, porque compararse las manos trae mala suerte. Somos chicas pálidas, nadie nos presta atención cuando pasamos por la calle, quién es quién, pelo rubio y manos pequeñas; lo que nadie sabe es que las manos de Heidi pueden deshacer nudos y enredos de una forma que las mías desconocen, ya sean los de una cinta, unos

cordones o una melena. Soy propensa a los enredos y Heidi sabe deshacerlos sin darme tirones y sin arrancarme los pelos.

Por las noches escuchamos nuestras cintas. Somos vecinas y podemos dormir una en casa de la otra siempre que queramos, y si no nos dan permiso nos escapamos después de que sus padres y mi niñera se hayan quedado dormidos. Si me está cuidando la abuela, no podemos. La abuela se levanta por las noches y se pasea de un lado a otro del piso. Pero por lo demás, Heidi y yo dormimos en su casa o en la mía siempre que podemos. Tal vez yo quiera dormir con ella más a menudo que ella conmigo. Yo soy la más entusiasta. A veces Heidi me dice que no tiene ganas, que quiere estar con otra persona.

Las paredes del dormitorio de Heidi son amarillas, las del mío son blancas. Por las noches todo se oscurece. A veces andamos de puntillas por las habitaciones. Yo vivo en un piso, ella vive en una casa, pero conocemos las paredes y el suelo y los rincones de la otra como si fueran los nuestros. Nada se ha cambiado de sitio, los muebles están donde suelen, pero aun así todo es distinto cuando los demás duermen. Por las noches es como si las habitaciones tuvieran fiebre.

La ventana de mi cuarto está oculta tras unas cortinas rojas, largas y gruesas. La tela la ha elegido mamá y también la ha llevado a la modista para que las cosa. Mi colcha es igual. Tengo un radiocasete negro del tamaño de una caja de zapatos. Tiene un asa en un extremo. Me lo llevo siempre que me quedo a dormir con Heidi.

Si Heidi no existiera, me la habría inventado.

Su padre y el mío tienen la misma edad. Tienen el pelo gris. En invierno, el padre de Heidi lleva un abrigo verde de paño y seguro que mi padre también. Se sientan inmersos en sus pensamientos, uno en Noruega y el otro en Alemania, tras una puerta entreabierta. El padre de Heidi tiene pesadillas. De vez en cuando, por la noche, oímos sus gritos, que retumban a través de las habitaciones. Las pesadillas tienen que ver con la guerra, dice Heidi, y cuando su padre duerme, los sueños se desbocan. No se puede hacer nada para evitarlo. Me da mucha pena.

—¿No puedes entrar y darle la mano o algo así?

Heidi niega con la cabeza.

La puerta de la habitación de sus padres está cerrada. Los gritos son como un rezo, pero no un rezo que yo haya oído antes. He oído rezar a la abuela antes de irse a dormir y esto es totalmente distinto.

Un hombre adulto con sueños desbocados.

¿Le pasará eso a mi padre? ¿Y a mi madre?

Aparte de las pesadillas, las noches transcurrían en silencio. Cuando dormíamos una en casa de la otra, el objetivo era quedarnos despiertas hasta que se hiciera de día. Colocábamos un bol de agua fría debajo de la cama para mojarnos la cara si notábamos que nos estábamos quedando dormidas.

Se acerca el verano y mamá ha vuelto a casa. Va a hacer una fiesta. Heidi se queda a dormir. Hemos decidido quedarnos despiertas y espiar a los mayores. Pasamos un rato en la fiesta, pero nos quedamos dormidas una junto a la otra, con el ruido de las risas y de la música y de las voces. No nos despertamos hasta la mañana siguiente. Ya no hay nadie en casa. El sol del mediodía ilumina lo que la noche ha dejado a su paso. Hay copas sucias y botellas de vino por todas partes. Las ventanas tienen manchas de grasa como si todos los invitados hubieran apoyado las manos en un intento de escapar. Heidi dice que deberíamos abrir las ventanas para que entre un poco el aire. Cuando mamá baila como bailaba en la fiesta, dando vueltas y más vueltas por el salón, me da miedo que se caiga. Correteo entre sus piernas por un rato e intento quitar todo lo que está en su camino, pero no puedo correr entre sus piernas el resto de mi vida. En algún momento hay que irse a dormir.

Heidi y yo nos levantamos juntas y nos vamos juntas a dormir, y a veces la abrazo tan fuerte que dice que casi la ahogo.

*

En clase de *ballet* las niñas se desmayan. Primero un ruido sordo. Un estruendo. Una caída. Podría recordar a una catástrofe natural. Se monta un escándalo. Cuando las chicas se desmayan, todo el mundo trae agua y trapos y toallas y tutús y revistas y folios blancos, todo aquello que pueda usarse para abanicar. Unas manos autoritarias de mujer levantan, salvan, acarician la frente, despiertan a la vida. Caída y resurrección. Ocurre constantemente. La ciudad vuelve en sí después del terremoto. Las niñas vuelven en sí, se incorporan tambaleándose con sus piernas largas y delgadas y la vida sigue.

A mamá le han ofrecido cantar y bailar en Broadway. Y eso que ella no sabe ni cantar ni bailar.

—¿Quieres que nos mudemos a Estados Unidos? —pregunta.

—¿Otra vez?

—Sí.

—En realidad no.

La primera vez que mamá y yo vivimos en Estados Unidos yo tenía cinco años. Nos fuimos a vivir a una casa grande en la ciudad de las estrellas de cine y yo aprendí a nadar gracias a un cuerpo de mujer como un alambre, con la nariz grande y un gorro de natación. Nunca sonreía, pero mamá siempre me daba un polo después de clase. Mamá tenía un novio que no quería usar jabón, el Francés, lo llamaba ella. Tampoco se quería cortar el pelo ni usar dentífrico, era una decisión política, me explicó mamá. Cuando me sentaba en su regazo, me ponía su melena alrededor de la cara. Era negra y lisa y olía como el fondo del mar y mamá decía que era el hombre más inteligente del mundo. También tuvo otro novio. Se llamaba Dick, creo, o John. No estoy segura. Los nombres son difíciles. Es difícil ponerlos, tenerlos, recordarlos, vivir con ellos, dejarlos. Bob, tal vez. Nos llevó a mamá y a mí a lo que él llamaba la juguetería más grande del mundo, y dejó que me llevara todo lo que quisiera. Vestía con camisas anchas y pantalones acampanados y me decía que me quería. Yo sabía que eso no quería decir que me quisiera de verdad. Mamá decía que en Los Ángeles todo el mundo dice «te quiero», aunque no lo sientan. Mamá se señaló su prominente nariz y dijo: «Hay que tener narices y no dejarse avasallar».

El novio de la tienda de juguetes se volvió hacia mamá y hacia mí. Sonrió de oreja a oreja. Le vi la boca y las dos orejas, pero no los ojos. Estaban ocultos tras unas gafas de sol grandes que nunca se quitaba.

Acabábamos de empezar.

—¿Y esto? —dijo, y nos enseñó una especie de sartén de papel de aluminio—. Se pone en el fuego y unos minutos más tarde, pop, pop, pop, pop, la sartén está llena de palomitas de maíz.

Mamá y yo miramos la sartén.

—Quieres una de estas, ¿verdad? —Su voz sonaba impaciente.

Introdujo seis sartenes de palomitas en el carro de la compra.

El novio de mamá fumaba sin parar. Cigarrillos, puritos, pipa, pipa de cristal. En la tienda de juguetes fumaba cigarrillos de regaliz, que parecían cigarrillos normales, pero eran dulces como el regaliz. A mamá y a mí nos dio uno a cada una. Era difícil seguirle el ritmo. Mamá me dio la mano.

—¿Y esto? —exclamó. Lo oíamos, pero no lo veíamos.

Un instante desaparecía y al siguiente volvía a aparecer. Volvió con una muñeca rubia en la mano. Tenía los ojos azules y largas pestañas negras que recordaban a los bigotes de un gato, brazos y muslos rechonchos y una cara que se transformaba en llanto si se le apretaba en la barriga.

La tienda de juguetes estaba dividida en pasillos largos y estrechos con estanterías que iban del suelo hasta el techo. De las lámparas del techo salía una luz verde. Llenamos dos carritos de juguetes, casi todo muñecas o ropa para las muñecas, pero también un pez grande que se podía meter en la bañera. Él me subió al carrito y corrió todo lo rápido que pudo por el pasillo de los tanques y las pistolas de aire comprimido. Era como navegar bajo el mar. Mamá también corría tras nosotros y se reía.

En los tiempos de la bella Helena, hace varios miles de años, se hacían listas con sus pretendientes. Una lista la hizo Pseudo-Apolodoro (treinta y un pretendientes), otra, Hesíodo (once pretendientes) y otra, Higino (treinta y seis pretendientes).

—Yo puedo tener a quien yo quiera con solo mirarlos —decía mamá con su voz de niña pequeña.

A menudo se refería a los hombres como «ellos» y a las chicas como «nosotras».

«A ellos les encanta que nosotras tengamos la voz aguda».
«No tenemos que entusiasmarnos demasiado, que ellos se asustan.»

Tengo cuadernos de notas con tapas duras de color rojo. No escribo un diario. Escribo listas. Entre otras cosas:

Cantidad de niñeras.
Cantidad de novios (de mamá).
Cantidad de veces que me he mudado de casa.
Qué compraré cuando tenga dinero.
Las chicas más guapas de la clase.
Libros que he leído.
Películas que he visto.
Cantidad de días que me faltan para cumplir trece años.
Cantidad de días que me faltan para cumplir dieciséis años.
Cantidad de días que me faltan para cumplir dieciocho años.
Cantidad de veces que he vivido en Estados Unidos (vivido, no visitado).

La segunda vez que mamá y yo cruzamos el Atlántico para irnos a vivir al otro lado, yo tenía diez años. Íbamos a vivir allí seis meses. El Ruso me regaló una lata de caviar de beluga que según mamá había sacado de tapadillo de la Unión Soviética. Estaba en la encimera de la cocina de una suite de un hotel de Nueva York. La suite era como un apartamento; yo tenía mi propio cuarto, pero al principio mamá me dejaba dormir con ella. Nos alojábamos en el hotel Navarro. Parece un nombre inventado, una ciudad que no existe en los mapas, pero no era así. La bailarina Margot Fonteyn se deslizaba por los largos, oscuros y enmoquetados pasillos, y era más guapa que mamá y me daba palmaditas en la cabeza y susurraba «*Very nice, dear, very nice*». La lata de caviar era azul y dorada y era solo mía.

A menudo, cuando mamá hablaba decía cosas inconexas que yo ordenaba de manera que terminaban siendo más inconexas todavía. Me hablaba del telón de acero. Yo ya sabía bastante sobre el telón de acero.

—Se puede observar desde la casa de papá en Hammars —le dije.

—No, no se puede —me respondió.

—Que sí —insistí.

—Lo que ves es el horizonte —replicó ella—, no el telón de acero.

Repitió la palabra varias veces.

—Horizonte. Horizonte. Horizonte.

El arte de seguir un razonamiento. Mamá enseguida perdía el hilo. La aparición del Ruso en su vida y su posterior desaparición fue un misterio. Mamá hablaba y hablaba. El camisón de seda azul era igual de azul que la lata de caviar. En la encimera de la cocina también había una botella de vodka. Eso es lo que hacen los rusos: luchan por cruzar el telón de acero y traen vodka a sus novias y caviar a las hijas de sus novias. Mamá dijo que el Ruso tenía miedo a la oscuridad y que por eso tenía que quedarse siempre a dormir y yo no podía dormir con ella. Pero como el Ruso era adulto y muy orgulloso, no quería que nadie supiera que tenía miedo. Yo no contesté, salí al pasillo del hotel para dejar de escucharla, después volví y luego me marché otra vez. A veces subía en ascensor a otro piso y era como viajar a otro país. Los anchos pasillos del hotel parecían idénticos, no lo eran, todos los pasillos tenían pesadas arañas de cristal en el techo y el suelo enmoquetado e infinitas puertas a ambos lados. Pero cada pasillo tenía su propio aire. Si se hubiera podido pesar el aire de cada planta, el de cada pasillo pesaría distinto.

Me comí todo el caviar de beluga, cada una de las huevecillas de pescado. Las unté en grandes rebanadas de pan que dispuse en fila sobre la encimera de la cocina del hotel. Mastiqué y tragué. Me gustaba el sabor salado, pegajoso, húmedo, del color negro.

Cuando mamá duerme, no está permitido despertarla. Si mamá se queda dormida y después la despiertan, no consigue volver a dormirse y entonces la noche se ha echado a perder, y no solo la noche, sino también el día siguiente y la noche posterior y así hasta el infinito.

Solía soñar con ella. Siempre era una variante del mismo sueño que terminaba cuando nos gritábamos tan fuerte que ella se disolvía y desaparecía. En el sueño me pongo a buscarla. Es una búsqueda febril por las estanterías y los cajones, bajo el sofá o en la bañera. Se habrá escondido detrás de las cortinas, tal vez, esas de color vino, en el viejo costurero de la abuela o entre los tenedores y los cuchillos en el cajón de la cocina.

Mamá está sentada en la cama leyendo *Madame Bovary*. Levanta la vista y me mira y dice que es una novela de un escritor francés.

—¿De qué trata?

—Trata de una mujer que se llama Emma.

Yo estoy en el umbral de la puerta, y asiento.

—¿Y si te vas a jugar un poco? —dice ella—. También puedes buscar un libro y venir a la cama a leer.

Asiento.

—Pero tenemos que estar en silencio —añade—. No se puede leer si no estamos en silencio.

Tiene el pelo suelto y un cerco muy negro alrededor de los ojos. El desmaquillante nunca le quita todo el maquillaje de los ojos. Por las noches y por las mañanas tiene los ojos completamente negros. Una vez me eché saliva en los dedos e intenté limpiárselos. Ella no dijo qué asco, aunque era un poco asqueroso, solo me dijo que no frotara tan fuerte.

Cuando yo misma, muchos años más tarde, leo la novela y trato de imaginarme el aspecto de Emma, estoy segura de que ella también tiene los ojos manchados de negro. Creo que Flaubert no escribió nada al respecto, escribió que lo más bonito que tenía eran sus ojos, «eran marrones, pero parecían negros bajo las oscuras pestañas», pero nada sobre las manchas negras que no desaparecen por mucho que una frote y frote.

Él llevaba un traje blanco y era mucho mayor que ella. Acababa de cumplir setenta. El tío Carl era conocido por ser un ligón y un charlatán, y mamá me ha contado que su madre, es decir, la abuela, esperaba asomada a la ventana a que ella volviera a casa. El tío Carl era educado y agradable de ver, pero no era de fiar. ¿Por qué tenía la hija que relacionarse con él? ¿Por qué no con otro? ¿Por qué justo con él?

Era una noche heladora. Era justo antes de Navidad. Fueron al cine. Tal vez comieran algo juntos. ¿Beberían vino? ¿Cuándo sentiría ella por primera vez la alegría de beber? ¿La sensación de libertad? ¿La falta de pudor? *Por fin, por fin, por fin. No se lo voy a decir a nadie, pero quiero hacer esto siempre.*

Cruzaron el parque de camino a casa y él quería que se sentaran en un banco a hablar un rato, a pesar de que había empezado a nevar y hacía demasiado frío para sentarse así. Él le metió la mano por debajo de la falda, jugueteó con la goma de las medias, le acarició el muslo, tenía la mano torpe y pequeña y fría. Cuando le agarró las bragas y quiso quitárselas ella dijo que no, pero él se las quitó de todas formas y después las puso en el banco. Era la primera vez. Ella recuerda el frío. El banco frío. La mano fría.

Cuando volvieron a casa —él insistió en acompañarla—, él le preguntó qué quería para Navidad. Era el año 1955, tal vez bailaran «Blue Suede Shoes», tal vez ella se imaginaba unos zapatos, unos zapatos azules de ante, solo que los quería rojos, sentía frío en la nariz, en la garganta, en la boca, en los ojos, entre las piernas, y temía ponerse enferma y que su madre, que estaba asomada a la ventana, se enfadara y la golpeara. No me puedo imaginar a mi abuela golpeando a nadie, pero lo hacía, no a mí, pero sí a mamá, siempre que se enfadaba y no conseguía controlarse.

Mamá dijo que quería unos zapatos rojos de tacón y cuando el tío Carl le preguntó qué número calzaba, mamá mintió y le dijo que el 37. Mamá siempre se ha avergonzado de sus pies, tiene los pies grandes, un delirante 39,5 con una pequeña protuberancia morada en el dedo gordo del pie derecho, pero no quería decirle todo eso al tío Carl.

La Nochebuena de 1955, mamá recibió un par de zapatos de tacón rojos de la talla 37. Se embutió los pies en ellos y no se los quitó en toda la noche a pesar de que le hacían daño. El tío Carl sonreía y ella no quería parecer desagradecida.

Los zapatos rojos fueron uno de los primeros regalos que se abrieron ese año, y la noche fue larga. Cuando por fin estuvo sola en su habitación y pudo quitárselos, tenía los pies rojos e hinchados y se había hecho un agujero en una media. Cuando sacó la caja de la costura y la zurció, ¿haría como Emma? ¿Se pincharía un dedo y se chuparía la sangre?

Le digo a mamá que si de verdad vamos a volver a mudarnos a Estados Unidos, tengo algunas condiciones. Tengo doce años y tengo condiciones.

Mis condiciones son: quiero seguir haciendo *ballet* y quiero tener un gato.

—Tendrás un puñetero gato —dice mamá—, lo que sea, no puedo más. Estoy agotada.

Es demasiado caro llamar a Heidi desde Estados Unidos, pero podemos escribirnos cartas, eso dice mamá. Eso por un lado. Por el otro, los niños tienen que vivir cerca de los árboles.

Las reglas de mamá para criar bien a los hijos son las siguientes:

1. Los niños tienen que beber leche.
2. Los niños tienen que vivir cerca de los árboles.

Mamá decide que yo voy a vivir en una casa grande y amarilla en una ciudad pequeña a casi dos horas en coche de Nueva York. En la pequeña ciudad hay muchos árboles. No sé qué tipo de árboles son. Una casa grande, árboles altos y hierba de color verde oscuro. Me doy cuenta de que mamá no va a vivir en casa conmigo, tendrá que ir alternando, me dice. A veces vivirá en Nueva York y a veces en la ciudad pequeña. Yo viviré con los árboles.

La casera es una mujer corpulenta de unos sesenta años, con gafas grandes y pies pequeños embutidos en unos zapatos de tacón alto. Va a enseñarnos la casa y a darnos información práctica antes de entregarle las llaves a mamá. Abre la puerta que da al porche y al jardín y se dispone a decir algo, pero mamá la interrumpe.

—Un jardín —dice, y deja escapar un suspiro de alegría—. ¡Un jardín con árboles!

Me agarra de la mano y quiere salir corriendo, entiendo que quiere que nos demos la mano y salgamos corriendo al jardín y que bailemos y le mostremos a la señora corpulenta y a los nuevos vecinos lo bonito que es todo. Retiro la mano, me pongo rígida y pesada, me convierto en cincuenta capas de grasa infantil. Susurro.

—No me toques.

Tengo una teta. El pezón izquierdo está de color morado claro y me duele cuando me rozan. Es como si tuviera una avispa dentro. El pezón derecho está hinchado, rosa y no es más grande que el hocico de un gato. Soy más delgada que una brizna de hierba. Odio Estados Unidos. Odio a mi madre.

Mamá corre y se pone a bailar en el jardín. No sabe bailar. No tiene tanto encanto como ella se cree. La señora corpulenta frunce los labios. Estamos la una al lado de la otra. Yo llevo unas zapatillas de deporte de color azul. Ella lleva unos tacones amarillos. Pienso que seguramente le guste el amarillo, ya que la casa es amarilla y las cortinas son amarillas y las cortinas del salón son amarillas y sus zapatos son amarillos. Quiere decir algo, duda, pero entonces toma aire y exclama:

—No se puede..., ¡no quiero que se pise el césped!

Mamá deja de bailar y respira para recobrar el aliento. ¿Qué había dicho la señora corpulenta? Mamá se sacude su hermosa melena y vuelve con movimientos exagerados hacia la puerta del porche, como si quisiera demostrar que domina el arte de caminar y de bailar en el césped sin tocarlo. No se atreve a decir que el jardín es el motivo por el que ha alquilado la casa, no se atreve a decir que ha dedicado mucho tiempo para encontrar justamente esa casa y ese jardín, que todo iba a ir bien esta vez, no se atreve a decir que le mandaron varios folletos, al menos veinte, tal vez más, con fotografías de casas y jardines y dormitorios, y ella miró todas las casas en la cama

de su piso de Oslo y cuando llegó a la fotografía de la casa amarilla rodeada de verde se dijo a sí misma: aquí viviremos. Tenía una hija, una niña, tendría que trepar a los árboles.

Mamá no se atreve a decirle nada de eso a la señora. Tiene miedo de su corpulencia, no quiere tener conflictos. Además, el contrato ya está firmado. *¿Tampoco se puede subir a los árboles?* No se atreve a preguntar. Todo va a salir bien esta vez. Los niños necesitan sosiego y orden y la seguridad que da lo previsible. Una casa bonita, un jardín bonito, un barrio bonito. Árboles, leche. Siente que está perdiendo a su hija. Algo se le escapa. Estaban muy unidas. *Pero ahora ella se aleja. Responde con desdén. Era tan cariñosa, tan llena de luz. El brillo del sol en el pelo. Ahora me mira y tiene mil quejas en la mirada. ¿No puede volver a ser pequeña?* La alfombra del salón tiene un brocado estampado, igual que el sofá. Los niños no pueden comer en el salón, dice la mujer.

La gata cuesta mil dólares. Es una gata persa de pelo largo con el pelaje fino, plateado, y con unos matices tan complejos como su carácter.

—Lo más importante es que le cepillen el pelo todos los días —dice la criadora.

La propia criadora parece un gato persa y no tiene uno, sino más de veinte gatos en su casa. Tiene la cara pequeña y chata, la nariz rosada, unas orejitas muy monas y ojos grandes y azulísimos que expresan asombro o resignación o agravio. Está delgada. Se ha recogido la media melena cana y rizada en una coleta alta. Por un momento me pareció que mamá había decidido dejar a la gata y llevarse a la mujer a casa en su lugar.

He decidido que la gata se llamará *Susy Jolie*. Lo decidí en el avión y ahora ya estamos aquí, aún con *jet lag* del viaje desde Noruega, madre e hija en el salón de la criadora, sentadas en sillas que crujen, tapizadas con una tela rosa de flores. La mesa y los alféizares de la ventana están decorados con distintas esculturas de gatos de porcelana blanca y verde y nuestra anfitriona nos ha servido un té Lipton tibio en tacitas negras en las que flotan las bolsitas. Mientras la criadora está en la cocina donde ha ido a buscar unas galletas, mamá se da cuenta de que no tiene cucharilla, así que coge la bolsita con el meñique, que gotea en el mantel, y busca desesperada un plato donde dejarla. No lo encuentra y vuelve a meter la bolsita en la taza, que hace plop. A mamá le gusta el té flojo, que abrase y que esté poco cargado, que no se lo sirvan con la bolsa en la taza sino en una tetera, yo me lo sé bien. Una de las cosas que solía hacer de pequeña era prepararle un té a mamá cuando estaba cansada o le dolía la cabeza. Té y un masaje en las sienes. «Qué manos tienes —solía decir mamá—. Calman los nervios cuando se crispan.»

El olor a pis de gato nos asalta en cuanto mamá aparca el coche de alquiler delante de la casa de la criadora. Mamá levanta la narizota en el aire —esa nariz que paradójicamente la avergüenza y realza su belleza al mismo tiempo—, inspira y dice:

—Nada huele tan mal como el pis de gato. ¿Estás segura de que quieres un gato?

Hablan, toman té. En una conferencia internacional de Estados Unidos a Noruega, la criadora dijo que quería conocer a mamá en persona. No le vende gatos a cualquiera. Una puede ser todo lo estrella de cine que quiera, pero a ella lo único que le importa es el bienestar de sus gatos, y por eso ha creado su propio proceso de selección. No es algo sistemático que alguien se lleve el gato después de la primera visita. Puede que no se lo lleve nunca, en realidad. No cría gatos por dinero, repite cuando estamos todas sentadas a la mesa bebiendo té y comiendo galletas.

—Un poco sí que es por dinero —murmuro en noruego. Sé que la gata cuesta mil dólares.

A mamá no le gusta que su hija se haya vuelto tan sarcástica. Y cada vez más. E impertinente. También cada vez más. Mamá le dice cosas bonitas a la criadora, sobre el salón y las esculturas de gatos, sobre su pelo largo y encrespado, sobre el gato que le ha saltado al regazo y se ha echado a dormir allí. No dice nada del pestazo ni del té tibio ni del mantel sucio. Mamá puede doblar una barra de hierro y hacer que se sienta querida y apreciada. Me quedo callada. Yo no produzco el mismo efecto en la gente que mamá. Tengo los dientes demasiado grandes y demasiada ortodoncia en la boca para que me merezca la pena decir lo que sea y, además, carezco de la capacidad de hacer que la gente se sienta apreciada y querida. Hay gatos persas en distintos estadios de su vida gatuna

tirados y arrastrándose por el salón lleno de muebles, en los sofás con cojines en el mismo tono rosa hocico de gato que las sillas del comedor, en las alfombras llenas de pelo de gato de debajo del sofá, en los alféizares de las ventanas, enroscados alrededor de las grandes figuras de porcelana, bajo el enorme radiador que sopla y resopla y crepita y exhala calor. La criadora le dice a mi madre que en general se opone a vender los gatos a familias con hijos. Echo al gato del regazo de mamá para sentarme yo. Soy demasiado grande para sentarme en su regazo, lo sé, pero ya estoy sentada.

—¿Podemos irnos pronto? —pregunto en noruego—. No quiero seguir aquí. Es muy rara.

La ira de mamá llega sin previo aviso. Sigue sonriendo a la criadora, pero yo siento su enfado en su piel erizada. *Esta niña que es demasiado grande y pesada y que se me ha sentado en el regazo y se queja y monta números y lo hace todo tan difícil*.

—No es fácil ser mujer —dice mi madre en parte para sí misma y en parte para que lo oiga la criadora de gatos. La criadora asiente con la cabeza.

Cada vez que mamá dice la palabra *mujer,* habla en cursiva. A todo el mundo le queda claro, a mí incluida, que cuando mamá habla de ser *mujer*, habla de algo mucho más complicado que la obviedad de que ella es una señora. Yo, por ejemplo, estoy muy lejos de ser una *mujer*. Yo soy lo contrario a una *mujer*. Yo soy una niña, pero no en cursiva. Recuerdo cuando estudié la destilación en el colegio y pensé que, si se cocinara a mamá a mil grados, lo que quedara de ella, el destilado, sería *la mujer*. Me levanto de su regazo y voy a la cocina. Tal vez encuentre al gato que voy a llevarme a casa. Mi gato. Ese era el trato. Mamá se encargará de ello. Normalmente cumple su palabra, salvo cuando quedamos para hablar por teléfono.

«Tu madre es la mentirosa más sincera del mundo», dice papá con cierta admiración.

Son como dos hijos pródigos los dos, mi madre y mi padre, cada uno a su manera, cada cual en su mundo, el hijo pequeño mimado que espera que le traigan el ternero cebado y lo sacrifiquen para él, y que se lo coman y celebren porque el hijo muerto ha vuelto a la vida, porque lo habían perdido y lo han encontrado y la fiesta no tendrá fin.

Y el trato con mamá era el siguiente: yo me separo de Heidi y me voy a vivir contigo a Estados Unidos si tú me dejas tener un gato. Tampoco quiero ser una niña, pero estoy obligada a serlo algunos años más.

El suelo de la cocina cruje bajo mis pies. Hay arena de gato tirada por todas partes y un gato persa gordo y blanco hace caca en su cajón junto a la puerta de la cocina y tira la arena fuera con las patas. En la encimera, hay un sándwich de jamón cocido a medio comer olvidado en un plato. Mamá y la mujer desconocida hablan en el salón. Voy de una habitación a otra, y tal vez sea el *jet lag*, tal vez el calor, tal vez el olor a pis de gato, pero siento que estoy viviendo una pesadilla a plena luz del día.

Unos años antes, mamá terminó de escribir su libro, algo que le costó conseguir. Se pasaba los días en el sótano de la casa de Strømmen y escribía y escribía y las pilas de papel se hacían más y más altas. Estaba de los nervios, compró una tele en color, bailaba y bailaba, y se cayó, y había que ayudarla a acostarse, y lloró y dijo que no podía más, hombres, cambio y corto; el teléfono no paraba de sonar y todo el mundo le exigía cosas y al final terminó el libro. Cuando salió en Estados Unidos, fui con ella a una librería grande de Nueva York y me senté a su lado detrás de una mesa durante varias horas mientras la gente hacía cola para comprar el libro y para que mamá se lo firmara en la portadilla. Algunas personas me daban palmadas en las mejillas, otras lloraban, otras hacían fotos. En el primer capítulo, mamá escribió: «Quiero escribir sobre el amor, sobre ser humana —sobre la soledad—, sobre ser mujer». Todos me parecen temas bonitos sobre los que escribir. Un día seré adulta, pero quedan muchos años para eso, por desgracia. Tengo doce años cuando nos mudamos a Estados Unidos. Me gustaría que la infancia pasara más deprisa, no me gusta ser una niña, no me caen bien los otros niños, no me gusta cómo miran, cómo susurran, su pelo, los secretos, echo de menos a Heidi, que es una niña, pero de una manera que entiendo. Llevo tres días en Estados Unidos y echo de menos a Heidi, ojalá hubiera algo que hiciera que el tiempo pasara más deprisa.

Abro la puerta de lo que debe de ser el dormitorio de la criadora. Seis gatitos se acurrucan en la cama de matrimonio deshecha. No se percatan de mi presencia hasta que estiro la mano e intento acariciarlos. El más pequeño, no más grande que un *lemming*, asoma la cabeza, bufa y me hinca los dientes en la mano. Creo que grito, pero solo hay silencio. Trato de soltar la mano, pero el gato vuelve a hincarme los dientes y esta vez me agarra bien. Duele. Es como cuando Heidi me clavó un trozo de cristal de una botella de Coca-Cola en la mano. Pero esa vez tenía que sangrar, teníamos que sangrar las dos, porque íbamos a mezclar nuestra sangre. Cuando levanto la mano, el gato se queda colgando en el aire. Los otros gatos se mueven un poco, casi no se dan cuenta de que el montoncito de gatos ha perdido un miembro. Heidi decía que el dolor amortigua el dolor. Tal vez sea cierto. El gato está hecho de pelo y también un poco de dientes, garras, corazón y huesos. Me lo sacudo de la mano.

Regreso a través de habitaciones apestosas y me sitúo en el umbral del salón. Mamá y la criadora de gatos están sentadas muy juntas en el sofá, inmersas en una conversación muy íntima, como si fueran amigas de toda la vida. Mamá levanta la vista y me ve.

—Uno de los gatos me ha mordido y me ha arañado —digo, y extiendo los dedos. Un poco de sangre brota de la piel blanda que une el pulgar y el índice.

—Pues ve a lavarte las manos, anda —dice ella.

—Igual me entra la rabia —replico—, o el tétanos. Me ha mordido muy fuerte.

Me acerco.

—¡Mira! ¡Me desangro!

Pongo los ojos en blanco.

La criadora me mira y después mira a mamá. No entiende lo que decimos. Mamá siempre me dice que tengo que acordarme de hablar en inglés cuando estamos en Estados Unidos. «*Remember to speak English, sweetie*.» Miro a los feos ojos verdes de la criadora. No creo que nos vaya a dar la gata, aunque mamá le pague mil dólares.

Con mi comportamiento he puesto en peligro el proceso de selección. ¡Siempre igual!

—Mi hija se ha pillado la mano con la puerta —susurra mamá.

O tal vez mamá lo consiga. Puede hacer que las nubes cambien de forma y que los corazones latan más deprisa.

Mamá me indica con la mano que me acerque y me siente sobre su regazo. Me sopla en los dedos, no sopla donde me duele, pero es agradable de todas formas.

Las niñeras vienen y se van de la casa amarilla. Su trabajo es cuidar de la niña. Despertarla por las mañanas, darle de comer, ayudarla con los deberes, llevarla a clases de *ballet* en Nueva York, llevarla de vuelta a la ciudad pequeña, al puto desierto, meterla en la cama por la noche.

La madre ha pensado que estaría bien contratar a dos niñeras esta vez. Si una de ellas sale rana, la otra podrá hacerse cargo. La niña es imposible, incorregible, ya no es un bollito, y la madre tiene que aprender qué debe hacer con ese montón de huesos y de boca y de rodillas y de ortodoncia y de gastos y de todo eso que se aferra a ella y que la rechaza y que es su responsabilidad. La madre de la niña, guapa y con el pelo largo, tiene mucho que hacer. Es 1978 y está a punto de cumplir cuarenta años. Está en medio de la sala con un vestido largo y fino, y todo el mundo viene y quiere algo de ella. Le dan besos, palmaditas, pellizcos, la empujan, la sacuden, le acarician el pelo, le tocan la barriga, la lamen, le retuercen la nariz, la cogen en brazos, la dejan en el suelo, aporrean la puerta, llaman al timbre, golpean el cristal, se asoman, aparecen en bandada, y el padre no mueve un dedo. Ni un solo dedo para ayudar. ¿Acaso alguien le escribe para advertirle del naufragio? ¿Alguien le pregunta dónde están sus hijos o dónde está él? ¿Alguien lo sacude o lo empuja? ¿Alguien se permite juzgarlo como padre? Ah, no. Él ya tiene suficiente con sus demonios.

La madre pone los ojos en blanco.

—Estamos solas tú y yo —le dice a la hija, y la acerca hacia sí.

Las dos niñeras son suecas, tienen veintidós y veinticuatro años y son rabiosamente guapas. Mamá les promete un montón de dinero para cuidar de la niña. No hay límites a la hora de asegurarse de que no ocurra un naufragio. Les pagará mil dólares al mes. Mamá quiso decir mil coronas, le confiesa a su hija, pero dijo mil dólares y no se atrevió a corregirse, sobre todo una vez que las chicas se le tiraron al cuello y la cubrieron de besos. Mamá no quiere decepcionar a nadie. *Es difícil, la verdad. No consigo no decepcionar a nadie.* De vez en cuando la niña es la única que escucha y la única que puede ofrecerle consuelo. Las amigas de la madre le dicen que tiene que dejar de hacerle confidencias a su hija. No se puede ser amiga de los hijos, hay que ser madre, dicen las amigas; la madre está de acuerdo en teoría y lo añade como un punto más a la lista de lo que contribuye a la buena educación de los hijos:

1. Los niños tienen que beber leche.

2. Los niños tienen que vivir cerca de los árboles.

3. Las madres no tienen que ser amigas de sus hijas ni confiarles cosas. Las madres tienen que recordar quién esla madre y quién es la hija, quién es la adulta y quién es la niña.

En las historias que contaba el padre, las chicas eran rabiosamente guapas, con el énfasis en la palabra «rabiosamente», y eso volvía las historias más interesantes. Cuando suena el teléfono (el teléfono de la casa amarilla es grande y negro y plano y suena tan alto que uno siempre da un respingo) y es el padre en una conferencia internacional desde Múnich, la hija le cuenta que se ha mudado a una pequeña ciudad a las afueras de Nueva York y que vive con dos chicas suecas rabiosamente guapas y que está muy bien.

Mamá cada vez viene menos a la casa amarilla. Por las mañanas camino hasta el final de la calle y

espero el autobús escolar. El colegio es para niñas y está rodeado de un parque muy grande. El uniforme escolar es un pichi verde oscuro, una camisa blanca, zapatos marrones, calcetines altos verdes, rodillas huesudas que se asoman por el borde inferior del vestido. Me ponen en una clase con niñas menores que yo, me degradan a una clase con niñatas, mocosas, onceañeras. Mi inglés aún no es lo suficientemente bueno, explica la directora, una mujer demacrada y famélica con pechos puntiagudos.

—Te sentirías perdida si te pusiera en una situación en la que tuvieras que compararte con las niñas de tu edad —sentencia.

—¿Perdida? —pregunta mamá sumisa, y me mira. Estamos sentadas en sendas butacas en el despacho de la directora.

—Sí —afirma la directora.

Yo me la quedo mirando.

—¿No es un poco excesivo? —susurra mamá.

—Lo más importante es que las alumnas se sientan seguras —responde la directora.

El aula es amplia y luminosa con ventanas grandes y abovedadas. Todas las niñas saludan muy educadas a la nueva alumna. La señorita se llama Miss French y da las clases en inglés. Es tan guapa que entiendo a qué se refiere papá con «rabiosamente», no es una palabra que se use para darle emoción a una buena historia, sino algo de verdad, algo que existe, algo que exhalan ciertas mujeres elegidas por Dios. Miss French aparece frente a la pizarra con toda su terrible belleza y está tan guapa y va tan bien vestida que cruje cuando se pasea por el aula. Habla en voz baja, casi susurrando, y las alumnas tienen que inclinarse hacia delante para oír lo que dice. Yo estoy en la fila de atrás y cierro los ojos para evitar mirarla.

Miss French y yo nos quedamos solas una vez. Es el primer día de clase. Salgo viva por los pelos. Eso no es del todo cierto. Pero me da fiebre.

Me lleva a un cuartito sin ventanas, donde están colgados los uniformes.

—No es que sea el vestido más bonito del mundo —dice en voz baja y con tono amistoso.

Estoy de pie en medias y en ropa interior, con una blusa blanca que pica. Me cuesta meter la cabeza por el cuello del vestido verde.

—Pero ya verás como pronto te acostumbras al uniforme y, además, así te ahorras el pensar qué ponerte por las mañanas.

Se ríe con una risita aterradora.

Me da unos calcetines largos hasta la rodilla. Me siento en el suelo y me los pongo encima de las medias.

—No, no —susurra ella—. No te puedes poner los calcetines encima de las medias. Tienes que quitarte las medias primero.

—Pero no quiero quitarme las medias. Me voy a morir de frío.

—Ya, pero no se puede llevar medias debajo de los calcetines.

Voz suave como la seda, piel cremosa como la nata. Le brillan las medias. Seguro que son de las que se sujetan con un liguero. Le brillan los pendientes y también el broche de plata de la solapa de la chaqueta. Me pregunto si Miss French odia a las niñas. Ella es tan guapa y nosotras tan feas. Sobre todo yo. En la pared del cuarto de los uniformes hay un espejo alargado. Me pongo delante de él. Miss French se pone detrás de mí como un humo helado, blanco como la leche. Me pican los calcetines. Miss French me apoya la mano en el hombro. Nos quedamos allí un rato y nos miramos en el espejo. Mis rodillas asoman por debajo del vestido y son grandes y azuladas como globos terráqueos.

Cada día lleva un traje a medida más bonito que el día anterior. ¿Es posible que lo haga a propósito? ¿Es posible que me necesite, que necesite mi fealdad, mi flacura, mi falta de experiencia, para brillar?

Mi gato vive en un cuartito con ventana. Meto el colchón en el cuartito y me acuesto allí. Estoy acalorada y aturdida. Digo que es porque tengo que ir en calcetines altos en pleno invierno. Me olvido de cepillar al gato y tiene nudos y enredos imposibles de deshacer. Las chicas suecas lo intentan. Una agarra al gato contra su regazo y la otra moja el cepillo y se lo pasa con todo el cuidado. Aun así, lo cepilla demasiado fuerte y grandes mechones de pelo se desprenden del cuerpo del gato. Cuando terminan, el gato está lleno de heridas y de calvas.

Una de las dos chicas suecas se enamora de un tipo con flequillo. Convierte la casa amarilla en un lugar lleno de humo que huele a algo dulce con muchas habitaciones y voces y música. El humo y el dulzor nos envuelven a todos. A los vecinos no les gusta lo que ocurre. Opinan que ni mamá ni las chicas suecas ni la niña esmirriada ni el gato descuidado encajan en el vecindario.

La madre soltera con el escote exagerado va y viene.
Las chicas suecas de dudosa reputación van y vienen.
La niña esmirriada (que cierra los ojos cuando hablas con ella) va y viene.

Por las tardes, las dos chicas suecas preparan un guiso raro y especiado que nadie se quiere comer. Yo no quiero, al menos. Unos huesitos blancos asoman entre la salsa. El guiso se va haciendo en el fuego. Un día nos invitan a casa de una de las vecinas: la señora Lyndon. En la ciudad de al lado han recibido a Alice Cooper y a Bette Davis, así que ¿qué son dos niñeras suecas ligeras de cascos y la hija esmirriada de una estrella de cine en comparación? La señora Lyndon tiene varios hijos. Su hija mayor es de mi edad y va al colegio público al que me gustaría haber ido yo.

—Esta es tu oportunidad de hacer amigas —dice mamá por teléfono.

Asiento con la cabeza. Ella no me ve asentir y se enfada al ver que no contesto. Dice que tengo que acordarme de peinarme y portarme bien. Asiento una vez más.

—¿Puedo hablar con una de las niñas? —dice mamá—. Quiero pedirles que te recuerden que tienes que peinarte.

—Puedo acordarme sola.

—Vale.

—¿Quieres hablar con ellas?

—No, no hace falta.

—Adiós. Creo que deberíamos colgar —le digo—. Tengo que hacer los deberes.

—Bollito… —vacila.

—¿Qué?

—Acuérdate de portarte bien.

—Siempre me porto bien.

Mamá titubea. Quiere protestar. A ella no le parece que yo siempre me porte bien y tal vez eso sea algo de lo que deberíamos hablar antes de que las cosas… se agraven…, naufraguen…, pero ella no tiene tiempo ahora, alguien la está esperando.

—Te portas bien cuando quieres portarte bien —dice.

La inseguridad ha desaparecido, y entonces nos despedimos y colgamos.

La señora Lyndon ha sacado queso y galletas y zumo, y café y té para los mayores. Hay cuatro sofás mullidos alrededor de la mesa del salón. Los sofás son de color rosa claro. Estiro el brazo y cojo una galleta. Espero que nadie lo vea, porque la señora Lyndon aún no ha dicho que podemos servirnos. En los sofás hay un montón de cojines decorativos. Hay que abrirse camino entre ellos y tomar impulso para servirse de la bandeja que está sobre la mesa del salón. Las galletas están muy ricas. Son finas y crujientes y saladas, como patatas fritas, pero se parecen más a la comida que las patatas fritas. Tal vez estén tan buenas porque llevan especias o harina integral. Cojo otra y le unto un poco de queso. La señora Lyndon me mira y sonríe y dice:

—Que aproveche. ¿Quién quiere té? —pregunta—. ¿Quién quiere café?

Las niñeras suecas responden que les gustaría tomar un té y yo pregunto si me puede dar un

vaso de agua. La señora Lyndon le ha pedido a la niña de mi edad que me haga preguntas sobre mi país.

—¿En Noruega tenéis aceras? —pregunta la niña sin quitarnos ojo a mí y a las niñeras suecas. Tengo la boca llena de galleta y no le puedo contestar.

Las niñeras suecas se ríen y dicen que tenemos aceras y carreteras y edificios y coches y veranos e inviernos y ciudades y campos y pájaros y cines igual que aquí.

—Nosotras somos suecas —dicen al unísono— y ella es noruega —añaden, y me abrazan.

—Ah —dice la niña de mi edad, y mira hacia el techo.

—Qué interesante —dice la señora Lyndon, y me da la impresión de que lo dice en serio—. Pero los idiomas son parecidos, ¿no? ¿Os entendéis?

—Sí, sí —responden las niñeras suecas, y vuelven a abrazarme—. Y esta señorita habla noruego y sueco, así que no hay ningún problema.

—Interesante —repite la señora Lyndon, y me sonríe—. Noruega y Suecia son países preciosos. Siempre he tenido ganas de viajar a Escandinavia.

Cojo otra galleta. La niña de mi edad, que se llama Ashley, le indica con un gesto a su madre que quiere marcharse. Tiene que irse enseguida a clase (¿gimnasia artística?, ¿baloncesto?, ¿equipo de animadoras?, ¿teatro?) y alguien (¿Lisa?, ¿Kimberley?, ¿Mary?, ¿Michelle?) la está esperando, y ella lleva ya mucho tiempo aquí sentada. La madre y la hija se creen que no las veo, pero sí. Cojo otra galleta y la unto bien con queso. He decidido que después de esta galleta contaré hasta mil antes de coger la siguiente.

—¿Te gusta estar aquí? —pregunta la señora Lyndon con una sonrisa.

Cuando sonríe, su boca se convierte en una joya de dientecitos blancos. Tengo la boca llena y no quiero hablar antes de tragar, así que sonrío a modo de disculpa y asiento y me señalo la boca como se hace cuando se quiere decir: «Un segundo, déjame tragar y te contesto sin comida en la boca». Para que todo vaya más rápido, apuro el vaso de agua y me trago el resto de la galleta, me seco los labios y me limpio las migas de la boca. Tengo una servilleta de tela. No sé dónde dejarla cuando termine. A veces, hablo inglés peor de lo que sé. A menudo, cuando me hace una pregunta un adulto que no conozco se me olvidan las palabras y empiezo a tartamudear. Para evitar ese problema (que aparece de pronto, como un pinchazo en el corazón) miro al suelo y murmuro. O más bien cierro los ojos.

—Sí..., gracias... por preguntar..., perdón por mi inglés..., me gusta mucho.

—Qué bien —dice la señora Lyndon—. Tal vez tú y Ashley podríais hacer algo juntas un día. Ashley va a clases de gimnasia artística. ¿Te gustaría ir con ella?

Ashley mira horrorizada a su madre. Sus ojos se convierten en dos finas rayas. Yo sé hacer lo mismo con los míos.

—No creo que tenga tiempo de hacer gimnasia artística —le respondo, ahora en un inglés fluido—. Hago *ballet*.

—Va a clases de *ballet* en Nueva York —dice una de las dos chicas suecas—. La llevamos y la traemos en tren tres veces a la semana.

—Ay, mira tú —dice la señora Lyndon, y da una palmada—. Entonces lo de la gimnasia artística con Ashley no ha sido muy buena idea.

Después de eso la señora Lyndon no tiene ni idea de qué decir, así que se hace el silencio alrededor de la mesa del salón.

Quiero otra galleta. He contado hasta doscientos treinta y cuatro. Voy a esperar hasta llegar a quinientos. Las galletas están saladas y especiadas, y el crujido es mejor si se consigue masticar de una forma determinada, ni demasiado fuerte ni demasiado flojo.

Hemos comido antes de venir. Las niñeras suecas prepararon unas tostadas para las tres y nos arreglamos un poco y dijeron que era emocionante conocer a los vecinos y que tal vez yo me haría amiga de su hija. Están saladas. Cuatrocientos setenta y cinco, cuatrocientos setenta y seis, cuatrocientos setenta y siete. No espero a contar a quinientos, sino que esta vez me levanto decidida y me arrodillo frente a la mesa del salón. Unto otra galleta. Espero a sentarme en el sofá para comérmela.

—¿Tienes hambre, cielo? —dice la señora Lyndon. Sonríe y señala el plato—. Puedo traer más.

Por las noches viene de visita el chico del flequillo. A veces trae a un amigo, otras veces viene solo, no quiere comerse el guiso especiado de la cocina y entonces las chicas suecas le preparan otra cosa. Una ensalada. Un bocadillo de queso. Una noche me ofrece una calada de lo que está fumando. Sé que es marihuana.

—No, no —dice una de las dos suecas—. Quita eso, John, eso no.

—Bueno, puede probarlo —dice él.

Se sienta en el borde del sofá y me hace preguntas sobre *Dos o tres cosas que yo sé de ella*, de Godard. Le digo que no la he visto, que solo he visto *Al final de la escapada*. Hablamos de *Harakiri*, porque esa la he visto dos veces y él nunca ha hablado con una niña que haya visto *Harakiri*, me dice.

Mamá vive en un piso en el centro de Manhattan, con vistas a Central Park y está a punto de interpretar el papel principal en un musical de Broadway que va sobre una madre, no mi madre, sino una madre. La madre del musical también es noruega. Se ocupa y cuida de su familia, la familia Hansen, que vive en Steiner Street, en San Francisco, a principios del siglo pasado. El padre ha perdido el trabajo, van mal de dinero, pero, gracias a la presencia de ánimo de la madre, nada puede hundirlos ni a ella ni al padre ni a los hijos. Mi madre no sabe cantar ni bailar, pero es una combinación de infinitas variables y ha aceptado el papel. ¿Por qué no iba a cantar y a bailar en Broadway? Una de las variables es una torpeza catastrófica; otra es la dulzura; la tercera es la arrogancia; la cuarta, la vulnerabilidad; la quinta, lo irresistible; la sexta, una nostalgia tan vasta que no tiene principio ni fin. Tiene varios solos y no afina ni una sola nota de una canción.

El pelo en los ojos, no tirante y recogido como es debido en un moño de bailarina, con una rotación de caderas insuficiente, tan delgada como las mejores bailarinas de la clase, pero no tan buena. Tan delgada porque nació así, no porque no coma o porque vomite lo que come. La niña no para de comer, de todo menos el guiso con los huesos que asoman por la salsa. Nunca se llena, pero sigue estando delgada, delgada como una oruga, sí, como la oruga del libro antes de comerse la manzana roja, las dos peras, las tres ciruelas, las cuatro fresas, las cinco manzanas, la tarta de chocolate, el helado, un pepinillo en vinagre, un trocito de queso suizo, una loncha de salami, una piruleta, una porción de pastel de cereza, una salchicha, un *cupcake*, una rodaja de sandía, una hoja verde, «pero un día se convertirá en una puta mariposa», suelta de pronto el chico del flequillo que está sentado en el sofá de seda de la casa amarilla fumando un porro y hablando sin parar de *Blow-Up*, de Antonioni. Las dos chicas suecas se ríen. El chico señala a la niña.

—¿No la has visto?

Ella niega con la cabeza.

—Antonioni es mejor que tu padre, ¿sabes?

—Vale.

—Se preocupa más por todo lo que lo rodea.

—Vale.

—Es más interesante.

—Vale.

—¿Y si vamos un día al centro a ver *Blow-Up*?

—Vale.

Pero aparte de él nadie dice nada de la niña ni de las mariposas ni la invita al cine.

El padre representó dos veces *Yvonne, princesa de Borgoña*, de Gombrowicz. La obra trata de un príncipe que se aburre y que, por pura desesperación (porque se aburre muchísimo), se casa con la fea y muda princesa de Borgoña. Los padres de la princesa están atónitos. Toda la corte está atónita. No sé qué es peor, que la princesa sea fea o que no diga nada. Al final la matan. No creo que el padre de la niña estuviera satisfecho con la función de Múnich, las críticas fueron malas, no le salió bien, dijeron que había perdido su empuje.

En *Diario*, Gombrowicz escribe sobre la diferencia entre hombres y mujeres. De la mujer dice lo siguiente: «A cada momento deja entrever su deseo de gustar, de manera que no es una reina, sino una esclava. Y en lugar de aparecer como una diosa digna de ser deseada, aparece como un ser horriblemente torpe que intenta conseguir una belleza inaccesible».

La madre se presenta como todo lo contrario a un ser horriblemente torpe. Es más, yo diría que se presenta como una diosa digna de ser deseada que trata de ocultar su horrible torpeza.

Para la madre, la apariencia de las cosas era importante. Su propia apariencia. La apariencia de lo que la rodeaba. Existía en la medida en que aparentaba.

La madre no es ninguna diosa, pero su belleza es de las que pertenecen a todos y a nadie, como un parque nacional. Cuando la niña se la imagina, ve muchas caras distintas, una detrás de otra o una encima de otra. Se pregunta si la madre tiene una belleza propia —un rostro propio— que solo existe para la niña. Cómo será la madre (se pregunta la niña) cuando me mira sin que nadie vea que me está mirando.

El ganador del Nobel dice que ha empezado a dudar de todo.

La madre y su nuevo novio comen espaguetis con salsa de carne en un restaurante italiano de Nueva York. La madre lleva un vestido largo rojo oscuro que se le ajusta al pecho. Tal vez él piense: no hace mucho tiempo era una de las mujeres más guapas del mundo.

El ganador del Nobel siente una afinidad con el padre de la niña de una forma que no es capaz de explicar. La madre ha tenido muchos novios, el padre de la niña fue uno de ellos, y el resto de los novios sentían curiosidad por él, le hacían preguntas sobre él, se sentían más cerca de él cuando estaban con la madre. El ganador del Nobel podría haber hablado de música con el padre de la niña, piensa, y se pone a contarle a la madre de la niña un recuerdo de infancia sobre el director Fritz Reiner y la *Sinfonía n.º 40* de Mozart, y después quiere hablarle de las manos de su hermana pequeña al piano de cola, pero antes de que lo consiga, la madre de la niña le dice con entusiasmo:

—Ay, ¡me encanta Mozart!

El ganador del Nobel se detiene, cambia el tema de conversación.

A la madre a menudo la llaman la musa del padre. El padre no llama musa a la madre. Él era un hombre, ella una chica, él era mayor, ella era joven, él buscaba, ella fue descubierta, él la vio, ella fue vista. Por resumir. Él creaba, ella inspiraba. El padre tuvo nueve hijos, pero a ninguno de ellos, ni a los chicos ni a las chicas, los llamó nunca musas. Los niños entorpecían el trabajo creativo, eso lo pensaban tanto las madres como el padre de los niños, pero eran las madres quienes se hacían cargo de ellos, por resumir. A casi todas las madres (había cinco madres para nueve hijos, además de la madre del padre, con la que hacían un total de seis) se las ha llamado musas. Ingrid, su última esposa, era una mujer práctica y por eso él la quería más que a ninguna. Y la lloró tras su muerte. La lloró tanto que quiso morirse él también. El padre pensaba que una condición para que el amor durase era que los asuntos prácticos estuvieran bajo control. No hay que subestimar el valor de lo práctico. Esto sirve para el amor y sirve para el trabajo creativo. El padre no se refería a las mujeres de su vida como musas. No creo que usara esa palabra. Se refería a las mujeres como Stradivarius, violines, instrumentos, pero nunca como musas.

En noruego, «musa» es una palabra un poco ridícula porque no podemos evitar pensar en *musa* (un ratón) y *musa* (el órgano sexual femenino). A principios del siglo XVIII, Petter Dass escribió varias cartas a la poeta Dorothe Engelsbretsdatter, en las que se puede encontrar, entre otras cosas, lo siguiente:

¡Señora! ¿Cómo se encuentra?
...
¿Qué es lo que ha ocurrido
con los temas de Minerva?
¿Tristes los días han sido?
¿Se fue la alegría plena?
¿Está el Parnaso florido
todo vacío y desierto?

¿Está la Musa indispuesta?
¿Es que las Ninfas han muerto?
¿Los amigos del poeta
del trabajo han renegado?
¿Están tinta, papel y pluma
huidos y abandonados?

Petter Dass esperó y esperó una respuesta. Admiraba a Dorothe Engelsbretsdatter y no se refería a ella como su musa. La rima nos deja claro que la veía como a una poeta, como a una igual. Al no recibir respuesta, empezó a pensar que tal vez su musa la había abandonado y que por eso ella no le escribía. Así se adelantó ciento cincuenta años a Baudelaire. Baudelaire, como ya se sabe, escribió un poema sobre la musa enferma.

De haberme escrito, creo que le habría respondido. Si yo recibiera una carta o, lo que es más probable, un correo electrónico en el que el remitente, en lugar de empezar con un absurdo «hola» y mi nombre de pila y tal vez incluso un emoticono, escribiera «¡Señora! ¿Cómo se encuentra?», me faltaría tiempo para responder.

El padre decía de la madre que ella era su Stradivarius. Nunca he oído a mi madre expresar descontento por el término musa o por lo del Stradivarius.

¿De verdad quiere ser un violín?

El rey Piero tenía nueve hijas y creía que eran tan hermosas que podían eclipsar a las nueve musas, pero se equivocó. La arrogancia siempre se castiga y las nueve hijas acabaron convertidas en urracas.

Existen peores destinos: la razón de ser de una musa es la de servir de espejo al gran artista. Sin el artista, no hay musa. Una urraca no es un espejo, no precisa de la ayuda de nadie para hacerse visible y, de hecho, las urracas reconocen su propio reflejo. Esto no es algo que puedan hacer muchos animales. Ciertos simios pueden, claro, por ejemplo los bonobos, algunos delfines y también un tipo concreto de hormiga. Parece que esa hormiga en cuestión se lava después de mirarse en el espejo y ver que tiene una mancha en la cabeza, pero no lo hace si no está manchada. También se han hecho algunos estudios con elefantes. Algunos elefantes se reconocieron en el espejo, pero no todos. Los estudios con elefantes se encontraron con el escollo de que los espejos no eran lo suficientemente grandes.

Tal vez ella también pueda ser mi musa, piensa el ganador del Nobel, y mira a la madre de la niña. Varios años más tarde, en un aeropuerto, mientras espera un vuelo retrasado, esboza una teoría sobre la naturaleza de la memoria, basada en una larga investigación en el campo de la inmunología. Lo habían dejado hacía muchos años, así que tal vez no necesitara una musa, sino un vuelo retrasado.

Por un lado, quiere que todo el mundo vea que puede conseguir una mujer como ella. Por otro, tiene una vaga sospecha de que ella no es lo que está buscando. Ella tiene cuarenta años. Hace el ridículo en el escenario (a él no le parece encantadora su forma de cantar y bailar; le resulta bochornosa). Hay un arco que va de la sensación de orgullo a la de vergüenza, y el ganador del Nobel nunca tiene claro en qué extremo del arco se encuentra. Y esa continua inseguridad es su mayor debilidad.

Se imagina los dedos de su hermana pequeña sobre las teclas, sus manos pequeñitas, pero se contiene. «Ay, me encanta Mozart» sigue flotando en el aire como un mal olor.

La madre le cuenta a la niña que el ganador del Nobel está intentando crear un cerebro. Un día la madre va con él al laboratorio. Lo único que recuerda de esa experiencia son las ratas que están por todas partes y su inseguridad sobre el futuro de la relación. Siente una gran compasión por las

ratas y, al mismo tiempo, le dan asco.

La madre de la niña lo llama enamoramiento, pero solo las primeras semanas. Muchos años más tarde dice que no fue más que «una mala persona» en su vida.

Cuando él era más joven, tocaba el piano. Para tener tiempo para ellos mismos, sus padres solían dejarlos a él y a su hermana en un palco del Carnegie Hall. Hermano y hermana se quedaban callados y escuchaban mientras Fritz Reiner dirigía piezas de Mozart. Le podría haber hablado a la madre de la niña sobre el vestido blanco de la hermana, su pelo largo y negro recogido en una trenza con un lazo al final, su manita agarrada a la de él, pero no lo hace. En lugar de eso levanta la mano y la saluda con el dedo índice.

—No sabemos qué pasa en el cerebro para que yo mueva este dedo —le dice.

La madre de la niña se fija en la uña, bonita y arreglada, y en la mano pequeña y suave. Tiene las uñas más cuidadas que ella.

Ella levanta su propio índice y le devuelve el saludo.

Se quedan así sentados un rato, saludándose con el dedo índice.

—Tengo la certeza de que yo no soy tú —dice él, un poco brusco tal vez, y la madre se sobresalta.

Ella sueña con un amor en el que ambas partes están tan implicadas la una con la otra que ya no saben quién es quién. Pero el ganador del Nobel no habla de amor, habla de lo difícil que es comprender exactamente qué parte del cerebro maneja la motricidad y de que somos la suma de nuestros movimientos.

—Nada es estático. Nada es firme. Todo es movimiento.

—Mmm —dice la madre, y se pregunta cuánto tiempo van a pasar ahí sentados, saludándose con el dedo.

Él retira la mano.

Bebe un poco de vino. Ella guarda silencio. Y entonces él dice:

—Imagínate el córtex cerebral…

Ella se imagina el retrato azul de su padre, todos los tonos de azul. Ella no quiere interrumpir, no quiere decir ninguna tontería, a veces se siente tonta. Tiene una forma característica de mirar a los hombres que les hace sentirse genios. Hasta los genios se sienten genios cuando la madre los mira.

—La complejidad de las cosas pequeñas —dice él.

—La complejidad de las cosas pequeñas —repite ella, y nota que le está entrando dolor de cabeza.

No es una migraña. No sufre de migrañas. Su dolor de cabeza es una especie de picor, una molestia más que un dolor, como si una especie de polvo se esparciera en su interior.

Los cerebros vivos son rosa chicle, no grises. Ella piensa que quiere decir que los cerebros vivos son rosa chicle y no grises, pero que él, que ha visto tantos cerebros, seguramente solo haya visto cerebros grises, porque se vuelven grises al morir, al fin y al cabo no puede haber diseccionado un cerebro vivo. Ella piensa que no puede decir nada de eso, que seguro que no viene a cuento. Hay una polvareda constante en su cabeza cuando se siente así. Se le crispan los nervios. Bebe más vino, suele ayudar, suele calmarle los nervios.

Le apetece decir que prefiere el silencio absoluto.

El vestido rojo le aprieta y le pica. Tiene miedo de que se note que le sudan las axilas.

Cuando el ganador del Nobel está de visita en la casa amarilla se pasa la mayor parte del tiempo sentado e inquieto en el sofá del salón y le susurra a la madre que se quiere marchar.

Una vez le pide a la niña que vaya a la cocina a buscar un vaso y azúcar, que eche el azúcar en el vaso y después calcule cuántas moléculas hay en un vaso de azúcar. Cuando lo haya calculado, puede volver al salón y decirle la respuesta. La complejidad de las cosas pequeñas. Puede que haya

un premio, no lo recuerdo. La niña va corriendo a la cocina, no encuentra el azúcar, llama a su madre a voces: «Mamá, mamá, dónde está el azúcar», la madre suspira y entra en la cocina. No sabe dónde está el azúcar, abre y cierra las puertas de los armarios, las dos chicas suecas tienen el día libre, ellas seguro que saben dónde está el azúcar, pero nunca están en casa cuando se las necesita, por no hablar de que les paga demasiado. El ganador del Nobel llama a la madre. Quiere que esté con él en el salón. Todo ese rollo de las moléculas era para que la bastarda (como llamaba a la niña cuando creía que ella no lo oía) tuviera algo que hacer para que él pudiera estar solo con su madre. Él tenía mujer e hijos y una casa grande y un Premio Nobel y una carrera profesional y muy poco tiempo para estar a solas con su amante. La bastarda no formaba parte del plan. Y ahora todo se ha ido al traste. La niña ha encontrado un vaso, pero no el azúcar, y la madre se pasea de un lado a otro de la casa amarilla quejándose de las niñeras. El ganador del Nobel mira el reloj.

Espío las conversaciones telefónicas de mamá. A veces ella se da cuenta de que lo hago. Así, después podemos hablar de ello, de lo tonta que puede ser la gente. El ganador del Nobel, por ejemplo. Cada vez más a menudo somos mamá y yo contra él. Para escuchar las conversaciones ajenas hay que levantar el auricular de una forma particular, hay que hacerlo despacio y con cuidado para que no haga clic. Si hace clic, te descubren.

—¡Eres mi mujer! —dice el ganador del Nobel por teléfono.

Tiene mucha fuerza. Tiene la voz grave y ronca. Mamá es la elegida, la más querida, él la ve y para él existe y todo tiene sentido, aunque él se comporte como un imbécil.

No pude calcular cuántas moléculas había en un vaso de azúcar, mamá y yo no encontramos el azúcar, pero lo que sí pude calcular o comprender fue que yo seguía siendo una niña pequeña y que nadie podría referirse a mí con la menor credibilidad como la mujer de alguien.

Estaba enferma en la cama y me negaba a levantarme. La primera vez me pasé tres días en la cama. La segunda vez estuve en la cama siete días. Y la tercera vez, fueron diez. Diez días estuve en la cama con el gato despeinado en los brazos.

—¿Por qué tiene siempre fiebre? —pregunta mamá por teléfono.

—No lo sabemos —susurra una de las dos chicas suecas—. Dice que tiene frío por culpa del uniforme. La verdad es que hace diez grados bajo cero. No me extraña.

Me traen té y mantas y palmaditas en las mejillas.

No voy a volver a poner un pie en la clase de Miss French. Ya no soporto su belleza. Los deseos se cumplen, pero no de la forma que una espera. Y al final, después de tres episodios de fiebre, empiezo las clases en un colegio público al que se puede asistir con ropa de calle. Allí conozco a un chico que se llama Adam. Somos de la misma estatura y lleva un jersey de punto igual que el mío. Un Marius rojo, azul y blanco. En Noruega todo el mundo tiene uno. En este pueblo de Estados Unidos no lo tiene nadie más que Adam y yo. Viene a la casa amarilla después de clase y jugamos al Monopoly y escuchamos discos de Village People y de Supertramp. Adam tiene un bigote incipiente. Un bigotillo negro que le cubre parcialmente el espacio que separa la nariz de la boca. A mí me gusta el bigote. Me parece masculino. Cuando nos besamos, me hace cosquillas en el labio de arriba. Me acaricia las tetas por encima del jersey a pesar de que no tengo tetas, solo un pezón hinchado y dolorido.

Durante un tiempo tengo un único amigo y ese amigo es Adam, pero entonces conozco a la vecina Violet, con su pelo largo y oscuro. Violet dice que lo peor del mundo son los chicos con bigote. Qué asco. El mostacho demuestra que Adam es un niñato. Está a años luz de poder afeitarse o de dejarse un bigote de verdad como, por ejemplo, el de Jeff, el hermano mayor de Violet.

Adam es menudo. Todo en él es pequeño y delicado. Hombros estrechos, manos pequeñas que tiemblan un poco cuando me dice que le gusta leer. Ahora mismo toda la clase está leyendo *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee. Puede ayudarme, me dice, podemos leerlo y debatirlo juntos. Dice que no es tan raro que no consiga seguir el ritmo del resto de la clase y que, además, yo soy de otro país y hablo otro idioma. Tardo días, semanas, meses en terminar de leer *Matar a un ruiseñor.*

Cada vez paso más tiempo con Violet. Un día le digo a Adam que deje de venir a casa. Ya no quiero jugar al Monopoly ni leer libros ni escuchar discos de Village People ni de Supertramp.

La canción preferida de Violet es «Stairway to Heaven» de Led Zeppelin, y también es la mía.

Adam está sentado en el sofá amarillo del salón amarillo donde suele sentarse el ganador del Nobel cuando viene de visita. Le digo que estoy decidida, que es definitivo, que se acabó, y cuando él se echa a llorar me resulta asqueroso, me da asco todo lo que hemos hecho juntos. Adam no es un ser horriblemente torpe, sino un ser pequeñito y un poco asqueroso que llora sentado en el sofá.

—Catherine está destrozada —dice mamá—. ¡Que no se te olvide! Destrozada. Y Catherine es quien va a llevar el timón a partir de ahora —dice—. Y prepárate si deja el trabajo por tu culpa. No sé lo que haría si pasara eso.

Los planes de mamá no han salido según lo esperado. El plan con las niñeras suecas era que si una de ellas abandonaba el barco, la otra podría hacerse cargo. Esa era la verdadera razón para contratar a dos niñeras. Pero ahora se quieren marchar las dos. Quieren viajar por Estados Unidos, dicen, solo se es joven una vez, y el novio del flequillo irá con ellas. Entre los tres han comprado un coche y lo que quieren hacer ahora es vivir, todo esto le dicen a mamá, «solo tienes que vivir y la vida te dará fotografías», dicen al unísono. Esto lo han sacado del novio con flequillo, que lo ha sacado de Henri Cartier-Bresson.

Mamá me cuenta que Catherine soñaba con ser monja y que llegó a vivir varios años en un convento, pero entonces se enamoró de un hombre y ya no pudo hacerse monja. Eligió el amor terrenal, dice mamá. Sí, y abandonó el convento y los votos que había hecho y todo aquello en lo que creía para estar con ese hombre. Mamá ha olvidado por completo el consejo que le dieron sus amigas de que no me utilizara como confidente.

Y poco después de que Catherine dejara el convento, el hombre dejó a Catherine.

—Destrozada —repite mamá—. Tienes que ser muy muy buena con ella, hacer lo que te diga.

Mamá está a punto de volver a irse de viaje, un viaje largo que acabará en Múnich. Es la ciudad de papá. Es donde vive papá. No va a ir a Múnich por que papá viva allí, dice, pero seguro que se ven. Y entonces suspira. Todo el mundo le exige cosas. Todo el mundo quiere algo de ella. Ojalá pudiera encerrarse en un sitio y dormir.

Estoy a punto de cumplir trece años. He escrito una lista de deseos que incluye: brillo de labios, rímel, pintalabios, lápiz de ojos.

—He invitado a Catherine a que venga a vernos antes de que se mude a casa —prosigue mamá—. Vendrá el día de tu cumpleaños.

—¿Por qué?

—Como te digo, creo que debería vernos antes de que se mude a casa.

—Vale, pero ¿por qué viene el día de mi cumpleaños?

—Porque de todos los días del año —dice mamá—, el día de tu cumpleaños es el único en el que no se te ocurrirá ser impertinente.

*

Papá y mamá van a verse. Mamá se cree que yo no me entero. Normalmente no me entero de lo que dice, pero cuando dice dónde va o cuánto tiempo va a estar fuera, me entero muy bien.

Mamá y papá van a verse y eso ocurrirá en Múnich. Yo no sé nada de Múnich, aparte de que papá vive allí.

La pregunta que se me plantea es: ¿cómo puedo llegar yo a Múnich?

No tengo permiso para viajar sola. Soy un montoncito de huesos. Una niña ridícula que depende de sus padres y de su dinero para ir de un lugar a otro, sobre todo si pretende cruzar el Atlántico. Un montoncito, una ruina. Las ruinas son bonitas. Yo no lo soy. La Venus de Milo sin brazos es más guapa que yo. La gente se pregunta qué fue de sus brazos. Es un misterio. Yo estoy a punto de cumplir trece años, soy un revoltijo de brazos y piernas escuálidos, una boca grande. Yo no soy un misterio.

Si llego hasta Múnich y entro en una habitación en la que están mi padre y mi madre, le pediré a alguien que nos haga una foto.

Quiero tener una foto de los tres juntos.

Quiero estar presente cuando mi día y mi noche se encuentren.

Levanto la vista y me encuentro con la cara de Catherine. No dice nada. Yo tampoco. Catherine le jura a mamá que se hará «total y absolutamente» responsable de la niña, pero ella no sabe que esta niña no puede dormir por las noches ni es capaz de levantarse por las mañanas. Para la niña todo es pleno día o plena noche. Mamá está a punto de marcharse. Catherine no sabe lo que es el pánico.

—Si naufraga el barco —dice mamá a Catherine con una sonrisa—, puedes llamar a Mr. P. Su número está en el cajón.

Me llevaba su itinerario a todas partes: una hoja escrita a máquina llena de manchas, fechas y lugares, nombres corridos de ciudades y de hoteles. Me lo sabía casi todo de memoria, incluso algunos números de teléfono que no tenía permiso para marcar, porque era demasiado caro llamar a otros países. De día, la hoja estaba en la mochila, dentro del libro de matemáticas. De noche, en la mesita de noche, debajo de la taza de leche con cacao.

Catherine, con su media melena negra y sus gafitas redondas, me preparaba una taza de leche con miel y cacao todas las noches y dejaba que la llevase a la cama.

Antes de dormir, el radiocasete, el libro, el itinerario y la taza de leche con cacao tenían que estar en el mismo lugar de la mesita de noche. Había cierta simetría en ello, cierta belleza. La coacción como disciplina. La coacción como coreografía.

En realidad, en la casa amarilla no estaba permitido apoyar tazas o vasos en las mesas. La señora corpulenta era muy estricta con eso. Las primeras semanas que mamá y yo vivimos en la casa, teníamos que recordárnoslo la una a la otra constantemente. Si mamá se olvidaba de poner un posavasos bajo su copa de vino, me daba un dólar. Si yo me olvidaba de poner uno bajo mi taza, le daba un dólar a ella. Cuando mamá se fue a vivir al piso de Nueva York yo me quedé en la casa amarilla, pero de vez en cuando me daba permiso para coger el tren hasta Grand Central Station e ir a verla. En el piso de Nueva York no pasaba nada por dejar cercos en las mesas. Cenábamos comida china para llevar en la cama de matrimonio, y yo me tomaba una Coca-Cola o una lata de *ginger ale* que podía apoyar donde me diera la gana. Cuantos más cercos dejara a mi paso por ese apartamento, mejor, decía mamá, y me daba un beso y me frotaba la nariz contra el cuello y me decía «Mi bollito, te quiero con locura y te echo muchísimo de menos cuando no estás», aunque estuviéramos solas y yo supiera que era demasiado mayor para que me llamara bollito. A veces veíamos tres películas seguidas en la tele y a menudo era yo quien se quedaba dormida antes.

Pero cuando mamá se va de viaje al extranjero, todas las noches saco la hoja de papel con su itinerario y la pongo en la mesita de noche, y entonces apoyo encima la taza de leche con cacao.

Con el tiempo, la hoja de papel se llena de cercos de la taza. Cuanto más tiempo lleva mamá fuera, más cercos hay en la hoja, como los anillos de los árboles.

Sé en qué justo momento se encuentra en Leningrado o en Moscú o en Belgrado o en Londres, y todavía queda mucho para que llegue a Múnich. Ahora mismo está en Moscú, tras el telón de acero, en el hotel Nacional, en la calle Mojovaya y le resulta difícil llamarme, así que no debo inquietarme si no tengo noticias suyas. Tiene que ver con la situación mundial y no con que no me quiera.

A Catherine se le ha dicho que evite situaciones en las que yo empiezo a esperar a que mamá llame por teléfono. Si empiezo a esperar una llamada de mamá, todo se complica. No soporto

esperar una llamada. Reacciono de forma exagerada, me entra miedo, me pongo histérica, me vuelvo imposible. Catherine siempre tiene que encontrar maneras de desviar mi atención para que no se den episodios desafortunados. Si hubiera una crisis y fuera imposible contactar con mamá, Catherine puede, como ya le ha dicho, llamar a Mr. P. Su número está en el cajón.

Una vez mamá llama y grita «Te quiero, cielo» y se empiezan a oír tantas interferencias en la línea que no le puedo contestar, me quedo de pie en la cocina con el auricular en la mano y asiento con la cabeza, yo también la quiero, la quiero tanto que me echo a llorar.

—Di algo, venga —susurra Catherine—. ¡Di algo!

Está de pie, inquieta. No sé quién de las dos está más aliviada por que haya llamado mamá.

—Ella no te ve asentir —susurra Catherine, y gesticula—. Solo te oye llorar. No llores. ¿Por qué lloras? Tienes que decir algo para que te oiga y no piense que te pasas todo el día triste.

Recuerdo el aspecto de las niñeras suecas y cómo se llamaban, recuerdo sus pechos, recuerdo su cara, su olor, pero de la que tal vez se llamara Catherine no recuerdo nada. Quiero decir que no recuerdo en absoluto su aspecto, su cuerpo, su cara, pero sí que recuerdo la atmósfera que la rodeaba: oscura, profunda, azul, triste. Si tuviera que compararla con una baya, diría que era una grosella negra. Tocaba el oboe y solía ensayar por las mañanas, antes de que yo me levantara. Solía despertarme tocando. Tocaba bien, pero era un poco aburrido, la misma estrofa una y otra vez. Una vez dijo: «Si puedo trabajar en el huerto, hacer la comida, tocar el oboe o dar un paseo por el bosque, espero ser capaz de vivir según lo que nos dijo el apóstol san Pablo: "Regocijaos siempre, orad y sed agradecidos"».

Esa fue la única vez que habló de su fe. Me apoyó la mano en el hombro y me sentó en una silla. Quería que dejara de llorar. «Regocijaos siempre, orad y sed agradecidos.» Sabía que era de la Biblia, papá citaba la Biblia, la abuela también, pero no de esa manera tan insistente. No lo entendía. «Regocijaos siempre.» Pero Catherine era la persona más triste que he conocido en toda mi vida.

Antes de que mamá se vaya, Catherine le dice:

—Tu hija necesita ropa. Algo que no sea este jersey de lana. Siente que no encaja en ninguna parte. Me la quiero llevar de compras.

Catherine hace la cena todos los días. Siempre pone posavasos bajo los vasos y las botellas. Me ayuda con la redacción que tengo que hacer sobre *Matar a un ruiseñor*. Me va a buscar al dentista cuando me quitan el aparato. Después me agarra la cara con las manos y me dice que soy guapa. Cepilla a la gata todos los días y le desenreda los nudos sin dejarle calvas.

Estamos a finales de otoño, pero aún hace calor y los fines de semana salgo por la ventana para encontrarme con Violet y con su hermano y sus amigos en la playa que está frente a la casa amarilla. En la playa escuchamos música y bebemos cerveza y mezclas de los licores del mueble bar de los padres de Violet. Sus padres han pintado una raya en las botellas para marcar cuánto queda en ellas, pero Violet saca un embudo de un cajón de la cocina y las rellena con agua. Es importante ser precisa, dice, y vuelve a guardar el embudo en su sitio.

Estamos sentados en círculo alrededor de la hoguera. Violet me ha prestado una blusa y unos pantalones largos. Violet es mayor, y su ropa es más bonita que la mía. Me vuelvo y veo a Catherine. Está un poco alejada de nosotros. El sol es redondo y dorado y molesto y está a punto de ponerse sobre el mar. Jeff ha subido el volumen de la música. Él decide lo que vamos a escuchar, el radiocasete es suyo. El pelo de Catherine vuela al viento. Lleva un vestido negro. Me llama. Grita mi nombre. No lo dice en alto, la palabra gritar no es la adecuada. Nunca me llama con otro nombre que no sea el mío. Me vuelvo de nuevo hacia los demás, la hoguera crepita, hago como que no la veo. Catherine sigue gritando o no gritando o lo que quiera que esté haciendo. Al final miro a Violet y digo que me han venido a buscar y pongo los ojos en blanco. Todos se dan la vuelta y miran

a Catherine. Ella no se acerca. El sol está a punto de ocultarse y sopla un viento frío desde el mar. Me encojo de hombros. Me tengo que ir. Siento náuseas, pero me acabo lo que queda de la mezcla en la botella de Coca-Cola. No me doy prisa. Catherine no me va a soltar nunca. He soñado que me lo decía: «Nunca te voy a soltar». Recojo mis cosas, cojo los zapatos y camino descalza por la arena. Ella me da la mano, pero yo me suelto. Llegó el día que cumplí trece años. Llegó con su tristeza y sus rezos y su soledad.

Le digo:

—Entiendo perfectamente que tu novio no quiera estar contigo. Eres fea. Yo tampoco quiero estar contigo. Te odio.

Soy yo quien al final llama a Mr. P. El número de teléfono está escrito en una hoja, en un cajón de la cocina, por si surge una emergencia. Esta es una emergencia. Mr. P. tiene una secretaria y la secretaria dice que Mr. P. está reunido. Le digo que tengo que hablar con Mr. P. de inmediato y que si sería tan amable de ir a buscarlo. Es urgente.

Hablo bien inglés. Hablo directamente al teléfono. Con voz clara. De pie.

—Buenos días —dice Mr. P. Me llama señorita, pero lo dice en broma—. ¿En qué te puedo ayudar?

Le digo que tiene que sacar dinero y comprarme un billete de avión. Me voy a Múnich.

—Mmm —dice Mr. P.

Le digo que son «instrucciones específicas de mis padres». La palabra padres es muy poderosa.

—Mmm —repite.

Le digo que no es posible hablar con ellos ahora mismo.

—¿Puedo hablar con la mujer que te cuida? —pregunta Mr. P.

—Catherine no está.

—¿Sabe esto? ¿Que me estás llamando? ¿Que tienes pensado ir a Múnich?

Mr. P. titubea. Eso está bien. No está seguro. Está dudando.

—¡Claro que lo sabe! Mamá ha hablado con ella.

Me tengo que morder la lengua para no decir que no soy una niña que necesite pedir permiso.

Es importante que haga lo que le pido, comprar un billete de avión a Múnich, no hace falta que sea de ida y vuelta, pero estaría bien que me pidiera un coche que me viniera a buscar y me llevara al aeropuerto.

—Mmm —dice por tercera vez.

Mamá está en Moscú, le digo, al otro lado del telón de acero, no es posible llamarla ahora, eso lo sabe muy bien Mr. P., y papá es un hombre a quien no se puede molestar bajo ninguna circunstancia, ni siquiera tengo su número de teléfono, él es en sí mismo un telón de acero, todo eso le digo. Tengo un plan. Está apuntado. No improviso. No le digo nada a Catherine hasta que el coche que me llevará al aeropuerto llega a la casa amarilla.

Entro en la cocina, arrastro la maleta tras de mí.

Catherine prepara la comida. Es sábado por la mañana.

—Me voy, ¿vale?

Ella levanta la vista y me mira.

—¿Qué?

Agarro la maleta, no puedo con ella, tengo que arrastrarla.

—He dicho que me voy.

—¿Y adónde vas?

Cojo aire y digo lo más claro posible:

—Me voy a Múnich.

Mamá lo dejó con el ganador del Nobel y Catherine se fue cuando me marché a Alemania. Después nos volvimos a Noruega al piso grande de Erling Skjalgssons Gate.

Mamá quería hacer algo por los demás.

Quería ser útil.

Mira el mundo y quiere hacer de él un lugar mejor.

Como Elisabet, no quiere quedarse callada.

Si me necesitas, dijo.

Si me echas de menos.

Si quieres que venga.

Si quieres hablar.

Si quieres que esté contigo.

Mamá se fue a Londres. No sé por qué, ya no me sentaba junto al teléfono a esperar que llamara. Pero tenía el mismo miedo de perderla. A veces me obligo a dar cien vueltas a la manzana o a subir y bajar corriendo las escaleras hasta que estoy tan cansada que me echo a llorar. Una vez eché sal en un vaso de agua y me obligué a bebérmelo. «¡Si no lo haces, ella morirá!» Sabía que lo que me obligaba a hacer esas cosas eran mis propios pensamientos y nada más, sabía que tenía que hacer caso omiso y seguir adelante. Necesitaba un cuerpo para la vida y otro para los pensamientos. Me saltaba las clases de *ballet*. Daba lo mismo. Dejé el *ballet*. También dio lo mismo. Tenía catorce años. Heidi y yo nos quedábamos a dormir la una en casa de la otra y nos preparábamos para una vida con hombres. Ella ya sabía un montón de cosas sobre la piel suave, la forma de moverse, las miradas que suscitaba cuando cruzaba una habitación o cuando bajaba una calle. Había superado sus viejos miedos y los había sustituido por unos nuevos. Yo me encontraba en algún lugar entre lo viejo y lo nuevo.

En Londres, una cadena de televisión yugoslava entrevistó a mamá. Bogdan es un nombre eslavo que significa regalo de Dios. Entrevistó a mi madre con un traje blanco de lino y se enamoró tanto de ella que hizo las maletas y la fue a buscar a Oslo. Creo que cogió un autobús desde el aeropuerto de Fornebu, no un taxi, hasta Olav Kyrres Plass. Creo que cargó con la maleta los ciento cincuenta metros escasos hasta el edificio blanco donde vivíamos mamá y yo en el tercer piso, tras unas gruesas cortinas granates. Ahí está, en el frío aire de Oslo, con las hojas secas que revolotean a su alrededor y su maleta y sus libros (en un maletín de cuero que lleva colgado al hombro) y la voz grave y su inglés torpe y pregunta si se puede quedar a vivir.

—Lo he dejado todo —dice.

Y entonces extiende los brazos como si tuviera alas y estuviera a punto de echar a volar. Mamá baja corriendo las escaleras y abre la puerta de la calle y cuando él extiende los brazos cree que la va a abrazar, pero él solo quiere mostrarle lo grande que es ese todo. Empieza a llover. Él da un paso hacia ella y dice:

—¿Puedo quedarme a vivir contigo?

Mamá tenía cuarenta y dos años. Él era un año mayor. En la primera parte de la entrevista de la televisión yugoslava, ella lleva el pelo recogido en una coleta tirante. En la segunda parte, lo lleva

suelto. El pelo no se lo ha soltado él. Ella está en pleno rodaje y la entrevista la están haciendo entre una toma y otra. En una escena de la película, ella lleva el pelo recogido; en otra escena, lo lleva suelto. En medio de la entrevista él le da las gracias por haber sacado tiempo para él.

La entrevista, que después se emitió en su totalidad en la televisión yugoslava, empieza con él dirigiéndose a los telespectadores y volviéndose después hacia mi madre. La cámara solo la enfoca a ella. No sé si ella piensa en la mirada de la cámara o en la de él o en las dos cosas. Él le hace preguntas, ella las responde. Él cita a Beckett. Ella se queda impresionada. Hace algo con los ojos, es un truco, vuelve locos a los hombres; los mira, fijamente, los atraviesa con la mirada y creo que siente como si ella los mirara como nadie los había mirado antes. Yo también he intentado hacerlo, frente al espejo, pero cuando lo hago, es como si cerrara los ojos. Él le pregunta si su belleza es una carga y ella se ríe un poco y no sabe qué decir. Y entonces él le pregunta si puede decirle las primeras palabras que recuerda de su infancia. Entonces mamá susurra con voz de niña que fue una nana que le cantaba su madre… y entonces empieza a cantar.

Canta tan bajito que es como si solo cantara para él y no para toda Yugoslavia, como si quisiera cantar hasta que él y ella misma se quedaran dormidos.

Duerme, duerme, mi niña,
en silencio y tranquila.
Angelitos te guardan.
Duerme bien, mi adorada.

A mí me dijo que él había «abandonado el barco», y que eso quería decir que no podía volver a subirse. No era la primera vez que el amor y el telón de acero se cruzaban en el camino. Por eso tenía que vivir con nosotras. Era difícil de explicar, dijo ella. Yo había dejado de escuchar. Ella se cansaba de que yo nunca escuchara. De que pusiera los ojos en blanco. De que nunca me molestara en contestar. Bogdan no se había imaginado que yo existía. Yo era un borrón en sus planes, él era un borrón en los míos. Él tenía sus propios hijos en Belgrado, pero los había dejado atrás para estar con mi madre. «Cuidado con lo que deseas.» Él y yo hicimos un pacto. Era un pacto de silencio. Él me dejaba robarle sus cigarrillos, y yo lo dejaba en paz. Mamá iba y venía. Llegó la primavera. Ninguno de los dos levantábamos la mirada cuando ella entraba en la habitación. Llegó el invierno.

Mamá dijo: «Nunca se hace de día del todo».

Bogdan hacía aros de humo por todas las habitaciones del piso.

Llegó la primavera.

Llegó el verano, y una noche él llamó a la puerta de mi cuarto y me dijo que fuera enseguida. Era de noche, yo no era yo, yo no era la niña, no era mi nombre. Era sueño. Era pesada y ligera e imposible de alcanzar, de despertar, bajo el cálido edredón, pero él me dijo que tenía que despertarme. Oí su voz, como si fuera un sueño, primero bajito y luego más alto.

—No sé qué hacer —dijo—. Yo… Ella…

Nunca había hablado tanto. En cualquier caso conmigo.

Hablábamos en inglés. El suyo quebrado y bello, como la madera vieja.

—Está allí tumbada.

Señaló la puerta del dormitorio. Estaba entornada.

—Dice que ha…, creo que solo quiere asustarme… —No terminaba las frases—. Pero luego dice que no lo ha hecho.

Él titubeó. Me miró.

—¿Puedes hablar con ella?

Fui al dormitorio de mamá y me tumbé a su lado en la cama de las patas doradas. Olía a cerrado, a humedad, a aguardiente. Papel pintado de color blanco con bordes de color rojo claro. Cuando era pequeña, me tumbaba con mamá en la cama y seguíamos los bordes con el dedo y mamá tarareaba una nana que no sabía cómo se llamaba.

Mamá murmuró algo.

Quería dormir. Quería que me fuera. Quería que la dejara en paz.

Me pegué a ella y susurré:

—Mamá, ¿has tomado pastillas?

—No, no..., solo he bebido algo más de la cuenta.

Había un bote de pastillas en la mesita de noche. Lo cogí y lo puse entre nosotras.

—¿Mamá?...

—No es porque me las haya tomado ahora... Ya estaba vacío de antes.

Su cuerpo seguía siendo el lugar más cálido del mundo. Me pasé su brazo por el cuello y ella suspiró, no de hartazgo, sino como una niña pequeña que se ha despertado en mitad de la noche con sed y con mimos y por fin se atreve a volver a dormirse. Cerré los ojos. Su sueño era tan amplio que en él cabíamos las dos, entraba una suave brisa por la ventana y mamá apenas se movía. Era difícil saber quién de las dos dormía y quién estaba despierta, pero entonces se echó a llorar y quedó todo claro.

—No quería hacerlo —lloró, casi en silencio. Y entonces susurró—: No sé qué hacer.

Bogdan se sentó a fumar a oscuras en una silla del salón. Si alguien quería saber dónde estaba, no tenía más que seguir el fino hilo de humo blanco que se arremolinaba por el piso.

Cuando los sanitarios subieron corriendo por las escaleras y entraron en el piso, me incliné sobre ella.

—Mamá.

Ella volvió la cara hacia el otro lado con un gemido.

—Mira —dijo ella—, mira la que has liado.

La levantaron de la cama y la subieron a una camilla y el enfermero o tal vez el conductor de la ambulancia dijo:

—Tal vez vosotros dos deberíais ir al hospital en coche.

Le conté a Bogdan lo que este había dicho. El sanitario añadió:

—Nosotros nos la llevamos ahora y vosotros nos seguís en el coche, ¿de acuerdo?

Y después me miró y repitió:

—Tenemos que irnos ya. Y vosotros venís después.

Asentí.

Yo seguía en camisón cuando Bogdan y yo nos subimos al taxi y nos fuimos al hospital.

—¿Crees —me preguntó—, crees que tu madre será alguna vez feliz con un hombre?

—No tengo ni idea. ¿Cómo voy a saber yo eso?

—Pero ¿por qué?

—No lo sé.

—¿Tú sabías qué...?

—No.

—Yo solo me pregunto si es posible que alguna vez sea feliz con un hombre.

Me volví y le miré a los ojos.

—No tengo ni idea, Bogdan.

El taxista nos miró varias veces por el retrovisor. No le dábamos buena espina. Yo tenía el camisón lleno de manchas. Bogdan olía a tabaco. Si yo vomitaba en el taxi, el taxista se enfadaría.

—¡Tienes que dejar de hacerme preguntas! ¡No lo sé! ¡Estoy mareada!

Bogdan me dio la mano. Me la apretó.

Los asientos del taxi eran negros y brillantes, me imaginé mi vómito encima. Olía un poco al líquido del limpiaparabrisas.

La médica me apoyó la mano en el hombro. Yo no quería que lo hiciera, traté de soltarme, pero ella la dejó apoyada allí, grande y húmeda e inerte, como una medusa.

—¿Ha estado muy triste tu madre últimamente?

Bogdan se puso de pie a mi lado, le agarró la mano y la retiró de mi hombro. Le dijo algo en inglés, pero ella no sabía inglés o fingió que no sabía. No quería mirarlo y buscó mi mirada para evitar la de él.

—¿Ha estado muy triste tu madre últimamente?

La médica llevaba trenzas. Era más joven que mamá. Pensé que no debería llevar trenzas. Parecía una niña.

—Puede —dije—. O puede que solo quiera vivir en Nueva York. Ni idea.

La fiesta se celebra en una *chambre séparée*. Quiere decir una habitación separada, dice mamá, es francés. Vale, digo yo, a pesar de que estamos en Alemania, bueno, es uno de los mejores restaurantes de Múnich, dice ella. El mayordomo se lleva nuestros abrigos y nos indica el camino hacia una escalera larga y ancha y mamá se agarra el vestido y sube corriendo las escaleras, corre y corre y corre, no podemos llegar tarde, dice, y se vuelve en mitad de un salto y el vestido de seda ondea sobre los escalones.

Mamá señala una puerta cerrada con ornamentos dorados y dice:

—Ahí es donde vamos.

Yo me sitúo junto a ella, se oyen voces y risas al otro lado de la puerta. Me vuelvo hacia mamá.

—¿Está allí papá?

—Sí, papá y algunas personas más.

—¿Entramos?

—Déjame recobrar el aliento.

—¿Sabe papá que estoy aquí?

Ella se ríe.

—¿Si sabe que te has escapado de casa y que has venido? Sí, lo sabe.

—No estaba en casa.

—¿Qué?

—Que no estaba en casa, así que no puedes decir que me he escapado de casa.

—No.

—Catherine no es mi madre.

—Catherine está triste. Siente que huiste de su lado y ahora ya no quiere ser niñera.

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿Está enfadado papá?

—No.

Tomo aire. Le doy la mano.

—¿Entramos entonces?

Mamá me mira y se pone colorada. El vestido de seda es tan fino y largo que parece un camisón.

—¿Estoy guapa? —pregunta.

—Sí —digo yo.

—Entonces entremos —dice ella, y se dispone a abrir la puerta.

Yo le aprieto la mano, quiero que espere un poco.

—¿Y yo estoy guapa?

Mamá me sonríe. Me suelta la mano, me agarra de los hombros y me mira. Llevo un vestido azul.

—Estás preciosa —me dice.

IV

Apiádate de mí

Se ve obligado a acuñar las palabras él mismo,
tomando su dolor en una mano y un grumo de
sonido puro en la otra (como tal vez hiciera el pueblo
de Babel al principio), de forma que al aplastarlos
juntos surge al fin una palabra nueva.

Virginia Woolf, «Estar enfermo»

ELLA: ¿Hablabais tu padre y tú de Dios?

ÉL: ¿Mi padre y yo?

ELLA: Me has hablado mucho de tu madre y de tu abuela y siento que las conozco, aunque fallecieron antes de que yo naciera, pero de tu padre sé muy poco. Era sacerdote.

ÉL: Sí, pero era una persona muy reservada, era muy callado y reservado. No se podían tener conversaciones profundas con él.

ELLA: ¿Nunca?

ÉL: No. Tenías que seguir una serie de reglas y aunque uno agradeciera las reglas era siempre lo mismo: reglas, reglas… ¡Joder! ¿Falta mucho para comer?

ELLA: Enseguida comemos. En un momento acabamos.

ÉL: *(Titubea.)* No…

ELLA: Sí, nos hemos pasado de la hora, pero mañana es sábado y nos veremos a las once, como siempre. ¿Lo ponemos en la agenda?

ÉL: Sí.

ELLA: Y el domingo descansamos.

ÉL: Eso.

(Él la evita con la mirada.)

ELLA: ¿Ponemos eso en la agenda?

ÉL: ¿Que descansamos mañana?

ELLA: No, mañana trabajamos, el domingo descansamos. ¿Lo ponemos en el libro?

ÉL: Sí, si quieres.

(Ella se levanta y se dirige hacia el diario, que está en el escritorio.)

Sé que lo hace porque su voz se aleja del micrófono. La voz de él se oye muy cerca. Esto crea una nueva disonancia entre ambas voces.

ELLA: *(De lejos.)* Oye…, cuando nos veamos mañana… ¿puedo preguntarte un poco más sobre el abuelo?

ÉL: *(Muy cerca, como si se inclinara para hablar directamente hacia el micrófono.)* No.

ELLA: ¿No puedo?

ÉL: No puedes, no.

ELLA: ¿Por qué no?

ÉL: Porque ya me has preguntado muchas cosas hoy. Estoy agotado y no quiero tener otro día como este mañana.

ELLA: ¿Prefieres que no trabajemos mañana?

ÉL: Sí.

ELLA: Entonces lo dejamos así. Mañana no nos vemos.

ÉL: ¿Te parece bien?

ELLA: ¿Trabajamos pasado mañana entonces? ¿El domingo?

ÉL: No.

ELLA: ¿Quieres que descansemos el sábado y el domingo?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Y el lunes trabajamos?

ÉL: Me parece bien.

ELLA: ¿Ponemos eso en la agenda?

ÉL: ¿Por qué no?

ELLA: Entonces lo escribo aquí. El lunes a las once..., ¿vale?

ÉL: Vale.

Antes de enfermar, escribía en su mesita de noche cuando no podía dormir. No en una hoja apoyada en la mesita de noche, sino en la propia mesita. Tenía un rotulador negro. La mesita de noche era blanca.

No solo escribía en la mesita de noche. También escribía en la pared, por ejemplo: «¡Apaga la luz!». Y en las mesas del estudio y del salón. Un nombre, un número de teléfono, una cita que no tiene que olvidar, tal vez un concierto de la radio.

Pero la mesita estaba reservada para la noche y cubierta de palabras sueltas, frases, apuntes, sueños. Desde lejos, la superficie de la mesita de noche parece un mapa de la luna.

En una parte ha escrito un poema de tres versos:

> La verdadera pesadilla
> saraband
> la maldita catarata del ojo se extiende

Una vez dijo que se imaginaba la zarabanda de la *Quinta suite para violonchelo* de Bach como una dolorosa danza para dos.

ÉL: ¡No puedo trabajar más! Se acabó.

ELLA: No..., no se acabó.

ÉL: Te digo que sí.

ELLA: Llevamos una semana entera hablando tú y yo... y nada indica que hayamos acabado.

ÉL: Si tú lo dices... *(Con vehemencia.)* Puede que la creatividad, las ganas de escribir, vuelvan de pronto como un ángel de Dios, que bajen del cielo y se sienten en mi hombro y me hablen. Y entonces me entrarán unas ganas locas de sentarme frente al escritorio con mis folios amarillos. Siguen en el cajón..., es divertido escribir..., es un jolgorio escribir..., lo que me pasa es que me entran ganas... y después... al día siguiente..., bueno, ya lo sabes, todo eso..., al día siguiente las ganas han desaparecido.

ELLA: Sí, pero tú me has dicho que lo que importa es la disciplina.

ÉL: Sí, antes.

ELLA: ¿Antes y ahora no? ¿Y por qué ahora no?

ÉL: No lo sé. Es que... el juego ya no es un juego... Uf, no, olvida lo que he dicho, es una gilipollez.

ELLA: ¿El qué?

ÉL: Todo eso del juego.

ELLA: ¿Era una gilipollez?

ÉL: Sí, te digo: era un juego al que jugaba... y que me parecía esencial y entonces desapareció.

ELLA: ¿Quieres decir que todo lo que tenía que ver con el teatro y con el cine era un juego?

ÉL: No, eso no, pero la escritura sí. El trabajo. Soy muy meticuloso..., como seguro que has oído de mis compañeros.

ELLA: Sí, y sobre todo te lo he oído a ti.

ÉL: Sí.

ELLA: Nunca te ha gustado improvisar.

ÉL: Qué va.

(Se ríe.)

ELLA: ¡Claro que no!

ÉL: *(Sigue riéndose.)* No. Ja, ja, ja. No me va nada. *La flauta mágica* fue un juego, cada día con la música de Mozart entre bambalinas, pero todo estaba pensado al milímetro. Precisión. Precisión. Precisión, corazón.

El doctor N. Es un hombre mayor, pequeño y distinguido con una chaqueta marrón de *tweed* y pajarita, dedos pequeños, dientes pequeños y largas pestañas. Viene a pasar consulta a casa como hacían los médicos antiguamente, solo que ahora no es antiguamente, ahora es ahora o, bueno, no ahora, sino hace siete años, que debería contar también como el presente. Una de las seis mujeres que se ocupan de papá le sirve al doctor N. una taza de café en la cocina. Después lo llevan hasta el salón donde papá lo espera en la silla de ruedas. Yo estoy en el sofá. Cuando el doctor N. ya nos ha saludado a los dos —todo es tan formal que parece que estamos en una recepción—, me levanto y me voy. Digo algo así como «Dejo la conversación en manos de los señores». No me he alejado mucho cuando oigo a papá decirle al doctor N. que está rodeado de desconocidos.

Baja la voz y susurra:

—Creo que es una pariente, no estoy seguro.

—Es tu hija —dice el médico, y se ríe con una risita avergonzada—. Ja, ja, ja. La pequeña, creo.

—Claro, sí, puede ser —dice papá.

Se quedan sentados un rato, sin decir nada.

Y entonces papá dice:

—¿Cuántos años tiene?

—Bueno, eh, no sé —dice el doctor N., y murmura algo parecido a que un hombre sabe que no le conviene adivinar la edad de una mujer.

—A lo mejor setenta —dice papá.

—Qué va —dice el doctor N.

—¿No? ¿No tiene setenta? —pregunta papá.

—Creo que me estás tomando el pelo —dice el doctor N.—. Yo diría que tendrá unos cuarenta.

—Claro, claro —dice papá—. Puede que tengas razón.

ELLA: ¿Me puedes hablar de Ingrid? Mira, aquí tienes una foto suya. ¿La ves a ella? ¿Ves la foto?
(En la pared del dormitorio hay una foto de Ingrid de joven. Ella la descuelga y se la enseña. Él la mira. El pelo grueso y castaño le cae en una trenza por la espalda. Cuando ella le pone la foto delante, como si fuera un espejo, Ingrid lo mira. Con una sonrisa sutil.)

ÉL: *(Casi inaudible.)* Para ella la vida era una carretera ancha y recta que podíamos recorrer juntos con total seguridad.

ELLA: ¿Seguridad para los dos? ¿O solo para ti? ¿Ella también estaba a salvo?

ÉL: Sí, así era.

ELLA: ¿Hablas con Ingrid?

ÉL: Sí, hablo con ella. Siempre está cerca.

ELLA: ¿Crees que te encontrarás con Ingrid cuando mueras?

ÉL: Estoy convencido de ello.

ELLA: ¿Crees que te encontrarás con más gente además de con ella?

ÉL: Eso no lo sé, pero de que me encontraré con Ingrid estoy seguro. Estoy completamente convencido. ¿Sigue funcionando el altavoz?

(Dice «altavoz», pero quiere decir «micrófono».)

ELLA: Sí, ¿te parece bien? Terminamos enseguida.

ÉL: Ya hemos terminado.

ELLA: ¿Estás cansado?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Quieres descansar un poco antes de comer?

ÉL: No lo sé. ¿A qué hora se come?

ELLA: Dentro de cuarenta y cinco..., bueno, no *(mira el reloj de pulsera)*... Dentro de cuarenta minutos.

ÉL: ¿La comida?

ELLA: Sí. Dentro de cuarenta minutos.

ÉL: ¿A las doce?

ELLA: Ahora son las doce y veinte. Comemos a la una. Faltan cuarenta minutos para la comida.

ÉL: ¿Voy a comer a la una?

ELLA: Sí. Tortilla a la una.

ÉL: Tortilla a la una.

ELLA: O sea, dentro de poco más de media hora.

ÉL: ¿Estás segura?

ELLA: Segurísima.

ÉL: ¿Segurísima?

ELLA: Sí, estoy segurísima.

ÉL: ¿Cómo?

ELLA: Segurísima.

(Pausa larga.)

ÉL: Oye, creo que deberíamos dejar los ejercicios por hoy.

ELLA: Vale, apago la grabadora. ¿Te has puesto triste cuando te he hablado de Ingrid?

ÉL: Sí.

ELLA: Lo siento.

ÉL: No, no podías saber que me haría daño, pero me ha hecho daño. ¡Uf!

ELLA: Lo dejamos por hoy.

ÉL: Sí.

ELLA: Pero una cosa..., ¿busco la agenda para apuntar la cita de mañana?

ÉL: Sí, pero lo veo complicado.

ELLA: ¿Por?

ÉL: Porque tendría que venir a ayudarnos una de las señoras que trabajan aquí... y no podemos hacerlas venir a cualquier hora.

ELLA: Pero ¿no podemos coger la agenda y apuntar la cita sin ayuda?

ÉL: No, no se puede.

ELLA: Ya veo..., pues entonces quedamos mañana a las once, ¿te parece?

(Pausa interminable.)

ÉL: Sí.

ELLA: Te lo has pensado un poco, ¿no?

ÉL: Sí, bueno, ya sabes que soy un hombre ocupado.

ELLA: Sí, está claro.

ÉL: Un hombre ocupado tiene derecho a pensarse las cosas.

ELLA: Por supuesto.

ÉL: Yo te propondría que nos viéramos a la una.

ELLA: No, que esa es tu hora de comer.

ÉL: Sí, pero podemos comer juntos. Creo que habrá tortilla y tal vez podríamos beber un poco de vino. ¿No te apetece?

Estaba sentado con la cabeza gacha y pelada, y pinchaba la tortilla con el tenedor. Levantaba la cabeza y me miraba, bajaba la cabeza y comía un bocado, volvía a levantar la cabeza. Al final abría la boca, no para comer, sino para decir algo.

Llevábamos una eternidad allí sentados, así que cuando por fin iba a decir algo me sentí aliviada y me incliné hacia delante. Él se había encogido, palidecía, su mirada transmitía una dulzura involuntaria, pero tenía las mejillas sonrosadas.

Anne Carson ha escrito unas palabras que no consigo sacarme de la cabeza: «¿Por qué nos sonrojamos antes de morir?».

Señaló el bote de kétchup que estaba entre nosotros en la mesa, también colorado, y feo, junto al jarrón de cristal con flores silvestres que alguien se había tomado la molestia de recoger. La mesa de la cocina era familiar, de madera de pino, las flores silvestres también, pero el bote de kétchup era un error, un error grande y feo y rojo en la casa de papá.

Tras un largo silencio, papá me preguntó si yo había probado el kétchup alguna vez. Me di cuenta de que trataba de conversar. Si esto fuera una fiesta, él sería el anfitrión y yo la invitada. Me dijo que si no había probado el kétchup corría el peligro de perderme una de las mejores experiencias de la vida. ¿Qué iba a responderle? ¿Debería decirle algo sobre el kétchup?

He organizado fiestas desde los dieciséis años y siempre con la sensación de que iba a ocurrir algo espantoso.

Un día me reconocía. Al día siguiente no. Cada mañana yo esperaba que se encontrara en el primer estado y no en el segundo. Poco después vi que existía un tercer estado, más complejo que cualquiera de los otros dos. A menudo sabía quién era yo, pero dudaba de si lo que sabía era real.

Morir llevaba su tiempo, era un proceso, y si alguien me hubiera preguntado ese verano: «¿Qué hace tu padre?», habría respondido que estaba acostado en la cama muriéndose, aunque no habría sido del todo cierto, porque, aunque pasaba gran parte del tiempo tumbado en la cama, también se sentaba o se encorvaba. De vez en cuando unas manos bienintencionadas o entrometidas de mujer lo levantaban y lo sentaban en la silla de ruedas y lo empujaban hasta la cocina y le servían una tortilla.

Yo tenía miedo de que su cabeza se volviera demasiado pesada para su cuerpo, que se rompiera, se rasgara, se desmadejara como una muñeca de trapo. No pesaba más que un saco de manzanas.

Las ventanas de su dormitorio no se abrían para que no se colaran las moscas y otros insectos, pero aun así había mariposas en las paredes (¿sentadas?, ¿de pie?, ¿pegadas?). Transmitían una sensación pesada e invernal, manchas negras sobre superficies blancas. Si me tumbaba en la cama y entornaba los ojos de manera que todo se viera borroso, veía otras cosas en lugar de las mariposas. Veía manchas de sangre, probablemente porque acababa de leer un artículo sobre los análisis de las manchas de sangre en las investigaciones de un crimen y cómo esas manchas podían desvelar lo que había ocurrido en el lugar de los hechos. Veía grava sobre la nieve. En la habitación hacía calor y el aire estaba cargado, calor fuera y calor dentro, echaba de menos la nieve.

Estaba tumbada junto a mi padre en la cama grande y echaba de menos la nieve, al menos un soplo de aire frío, a veces hablaba con él, a veces cantaba, tal vez él no quisiera tenerme a su lado en la cama, hablando, cantando. Tal vez quisiera que lo dejara en paz, morir en paz, pero estaba demasiado débil para decirlo.

Las mariposas eran una forma de presencia que no se podía llamar corpórea, ni siquiera física. Conté una, dos, tres, cuatro. Una mariposa es bonita, se cuela en la habitación, puede que le busques un significado, te maravillas con su belleza, vives con agradecimiento que algo tan bonito se haya mostrado ante ti, pero muchas mariposas al mismo tiempo —en un dormitorio caluroso y casi en total oscuridad— es algo completamente distinto. Es lo que es, son lo que son. No quieren nada de ti, no se quieren mover. Me levanté de la cama, descorrí las cortinas y abrí la ventana.

—No, eso no —murmuró papá cuando la luz le dio en la cara.

Una pensaría que la mariposa habría apreciado que la dejaran salir, que habría sacudido las alas y volado hacia la luz, pero no. Yo estaba de pie titubeante y sacudía los brazos y susurraba fiu, fiu, pero se quedaron pegadas a las paredes.

La casa era una extensión de él. No estaba permitido moverse libremente por ella, había reglas para todo. Yo nunca me habría llevado un vaso de agua de la cocina al salón, por ejemplo. Nadie me lo había dicho. Nadie había dicho: No se puede llevar un vaso de agua al salón. Era algo que yo sabía. Lo sabía tan bien (y lo sabía desde hacía tanto tiempo) que ya ni lo pensaba. La casa alargada de un solo piso con vistas a la playa de guijarros y al mar Báltico mantenía un orden púdico en el que todos los que vivían en ella, niños y adultos, hacían sus cosas, pasaban el rato y evitaban el chapoteo emocional. Un pequeño mundo trazado y decidido de antemano.

En los tiempos de Ingrid, no habría habido mariposas dentro. Fui a buscar la escoba que estaba en el armario del pasillo, entre la entrada, la cocina y el salón. Si el rey Salomón hubiera visitado esa casa, no solo habría dicho que hay un momento para todo, sino un lugar para todo.

Todas las mañanas Ingrid recorría la casa con un sacudidor de alfombras y sacudía todos los cojines de las butacas y del sofá, las almohadas de las camas, y si alguien se sentaba en el sofá después de que Ingrid hubiera sacudido los cojines, todo el sofá se hundía y se quedaba hundido y desordenado. Aunque Ingrid murió muchos años antes que papá, era como si todavía se paseara de una habitación a otra sacudiendo cojines y almohadas.

Cuando estaba sentado en la silla de ruedas, en lo que me fijaba era en sus piernas delgadas, sus piernas de bailarina. En los pies llevaba unas pantuflas de cuero de oveja. En una de las pantuflas había escrito la letra I y en la otra la letra D. Con un rotulador negro. Había escrito una I y una D en sus zapatillas hacía años. Ahora no podría escribir nada en absoluto.

El camisón de rayas le colgaba sobre las rodillas, era demasiado grande, como si perteneciera a un hombre mucho más grande que él, un hombre más grande que daba vueltas en busca de su camisón, porque el que llevaba puesto era demasiado pequeño y estrecho. Cuando llevaban a papá del dormitorio al salón en la silla de ruedas, gritaba «¡NO!» y después se encogía y trataba de hacerse pequeño, como si quisiera desaparecer, fundirse con la silla de ruedas, convertirse en la silla de ruedas. Se tomó su tiempo para morir. No es que se tumbara en la cama y se muriera o se sentara y se muriera o se encogiera y se muriera o exclamara «¡NO!» y se muriera. Mascullaba y gritaba y susurraba y jadeaba, y una vez yo me tumbé a su lado en la cama y le canté una nana, la misma nana que les cantaba a mis hijos, las cortinas opacas estaban echadas (como siempre), así que aunque fuera pleno día y el sol brillara afuera, la habitación estaba a oscuras. Antes él solía decir que todas sus pesadillas y pensamientos sobre la muerte se desarrollaban bajo la luz brillante del sol, y protestaba siempre que yo intentaba descorrer las cortinas, esas cortinas gruesas, de un beis amarillento que arrastraban por el suelo, cogiendo polvo. A mí me parecía que estaba demasiado oscuro y que el aire estaba demasiado enrarecido en esa habitación y no me gustaba tener que vigilar las mariposas de las paredes y del techo, pero yo estaba ahí tumbada en la oscuridad y le cantaba la misma canción que tanto les gustaba a mis hijos. No lo veía del todo bien y él no me veía a mí. Éramos dos sombras tumbadas juntas en la cama, una sombra cantaba y la otra sombra estaba en silencio, llevaba mucho tiempo sin decir nada y cuando yo estaba en mitad de la canción me pregunté si estaría muerto, tal vez esperara que lo estuviese, que se hubiera dormido para siempre, como se suele decir. La canción tenía muchas estrofas, por eso les gustaba tanto a mis hijos. Se tardaba un buen rato en cantarla y ellos querían que pasara el mayor tiempo posible desde que yo empezaba a cantar hasta que les daba las buenas noches y apagaba la luz y cerraba la puerta. Eva tiene miedo por la noche, vive aterrorizada por que llegue la hora de acostarse y dormir, trata de postergar ese momento, pide pan, pide agua, pide un beso, pide que le cantemos la canción larga con todas sus estrofas, y cuando me tumbé en la cama junto a mi padre, en medio de la tercera o cuarta estrofa, pensé: «¿Y si está muerto?».

Pero entonces, después de otra estrofa más, se oyó un leve susurro:

—Qué bonito.

Su voz sonaba clara, como si viniera de otro tiempo. Este era un tiempo nuevo.

Siempre éramos muy educados el uno con el otro. Le dije:

—¿Tú crees? —No obtuve respuesta. Y entonces añadí—: ¿Quieres que te cante otra canción?

—No, gracias.

La educación es importante, me gusta la buena educación. Nos esforzamos hasta el final.

ELLA: Pero tú siempre has escrito sobre personas que piensan sobre la muerte. La muerte está siempre presente en las películas y en las obras de teatro y en todo lo que escribes.

ÉL: Bueno, ¿tú crees?

ELLA: ¿Me equivoco? ¿No te has preocupado mucho por la muerte?

ÉL: Sí, puede, de alguna manera, pero no tanto. Me he preocupado discretamente por la muerte, de hecho.

ELLA: Me sorprende que digas eso.

ÉL: La muerte como leyenda, la muerte como fantasía, sí, pero nunca me he tomado en serio la muerte. Eso lo he tenido que hacer ahora.

ELLA: ¿Qué quieres decir con eso?

ÉL: ¡Pero qué preguntona eres!

ELLA: ¿Te molesta que te pregunte?

ÉL: No, no, no.

ELLA: Si quieres que lo dejemos, dímelo.

ÉL: No, no.

ELLA: ¿A qué te refieres cuando dices que te tienes que tomar algo en serio?

ÉL: Tomarse algo en serio es ser concreto.

ELLA: ¿Ser concreto?

ÉL: Lo concreto me asusta.

ELLA: ¿Y eso?

ÉL: Bueno, ya sabes: porque es real. No se puede cambiar..., es tangible... Es algo que hay que llevar a cabo hasta el final..., no se puede hacer de cualquier manera. La verdad es que nunca me he tomado nada en serio.

(Silencio.)

ELLA: ¿Crees que eres el tipo de persona que no se toma nada en serio?

ÉL: A veces lo pienso, sí. Y no. También soy todo lo contrario.

ELLA: ¿Alguien que se lo toma todo en serio?

ÉL: Sí... No sé quién prefiero ser.

Las mujeres que se ocuparon de él durante los últimos años trabajaban por turnos. Iban y venían, y hacían mucho más que correr y descorrer las cortinas del dormitorio. Una de las mujeres escuchaba la radio por la noche, otra planchaba en el salón, la tercera se probaba vestidos en la cocina, la cuarta mujer cantaba, la quinta mujer decía: «Dice que le recuerdo a su madre», la sexta mujer iba de aquí para allá con un manojo de llaves que tintineaba, y poco a poco la casa iba cambiando. Era una casa en la que todo ocurría de acuerdo con unas reglas que se aceptaban en ciertas estancias en momentos determinados, nadie había escuchado la radio de noche a excepción de papá, nadie había planchado en el salón ni se había probado vestidos en la cocina.

Si trato de imaginarme la cara de las mujeres, todo se vuelve borroso. Cuando pienso en ellas, lo que veo son sus manos.

Había dejado todo preparado para la muerte. Moriría en su propia cama, en su propia casa, mirando la playa de guijarros, los pinos retorcidos, el mar y la luz siempre cambiante. «Cada cual tiene que cargar con su propio universo —escribe el historiador Henry Adams—, y la mayor parte de la gente no siente más que un ligero interés por comprender cómo ha hecho su vecino para cargar con el suyo.»

Las mujeres que se ocuparon de él habían cuidado a niños y a ancianos antes. Eran manos expertas, manos curtidas, pero dudo si llamarlas cuidadosas. Pero él había decidido lo que quería. «No quiero ir a una puta residencia. Quiero morir en mi propia casa. No quiero quedarme indefenso y a cargo de mis hijos. No quiero estar expuesto a chapoteos emocionales.»

Las mujeres hacían lo que siempre habían hecho, en cualquier caso desde que eran adultas. No puedo imaginármelas de jóvenes. Ese verano todo tenía que ver con morirse, la última gran obra, la muerte se inclinaba sobre la vida, la vida se inclinaba sobre la muerte, él se levantaba por las mañanas y se quedaba dormido al caer la tarde, pero aun así moría cada día. Su corazón latía, pero su ausencia era abrumadora. Las mujeres de la isla se ocupaban de él y hacían lo que siempre habían hecho: acompañaban y levantaban y alimentaban y lavaban y sacudían y limpiaban y planchaban.

Fui a buscar la escoba y volví a la habitación de papá. Cuando era pequeña, contaba los pasos de la habitación de Ingrid y papá, en un extremo de la casa, a mi habitación, y a la de Daniel en el otro.

Antes era Ingrid quien limpiaba, aspiraba y planchaba, zurcía la ropa y pasaba a máquina los manuscritos, tendía las sábanas y la ropa de cama en el armario secador y las escurría y hacía la cama de forma que nada quedase abultado o arrugado, hacía la compra y la comida, recogía, archivaba y llevaba las cuentas y respondía la correspondencia.

Me puse de puntillas y empujé con cuidado una de las mariposas con el palo de la escoba, tenía miedo de empujar demasiado fuerte, no quería matarla, habría matado una mosca sin problemas, pero no una mariposa, no sé por qué, estas ni siquiera eran bonitas y no se movían por mucho que las empujara. Se quedaron pegadas a la pared una, dos, tres, cuatro y una quinta que no había visto antes, estaban ahí pegadas con sus alas, sin ir a ninguna parte, sin ninguna intención en especial.

Me rendí, dejé la escoba en un rincón y me volví a tumbar en la cama al lado de papá.

No es cierto que pesara menos que un saco de manzanas, también podría haber escrito que pesaba más que un árbol grande. No podría decir si pesaba mucho o poco.

No pude levantarlo para que se sentara. Iba a darle agua. Pesaba una tonelada por lo menos. ¿Cuánto pesa un árbol grande? ¿Un olmo, por ejemplo? Acabó medio sentado, medio tumbado en la cama, en una postura incómoda y completamente inapropiada para beber agua, a pesar de que yo me había puesto en el borde de la cama, medio sentada, medio tumbada también, con un brazo alrededor de sus hombros y el otro buscando a tientas el vaso de agua que estaba en la mesita de noche, ambos atascados en esa postura, una escultura inconclusa de origen incierto. Cuando por fin agarré el vaso y se lo llevé a los labios, conseguí que nos colocáramos mejor. Ya no estábamos atascados, podíamos movernos, pero papá no conseguía abrir la boca para beber. Le acerqué el vaso a los labios con cuidado. No sé por qué se me ocurrió que papá tendría sed y querría beber agua, él no había dicho: «Tengo sed». No había señalado el vaso. Llevaba muchos días sin decir ni una palabra. Tal vez había decidido no volver a beber agua.

Más tarde he pensado que tendría que haberme limitado a mojarle los labios. Nunca había estado en el lecho de muerte de nadie, pero he leído muchos libros y tendría que haber sabido que eso es lo que hay que hacer. Mojar los labios. «Apiádate de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua.» El hombre rico no pide un vaso de agua. Le pide al hombre pobre que se moje la punta de los dedos en agua y le humedezca los labios. El hombre rico, que no está muerto ni tampoco vivo sino algo intermedio, tiene sed y sabe lo que necesita y cómo pedirlo.

Salió mal. Salió mal por mi torpeza, mi horrible torpeza. Las mujeres de mi familia —por parte de madre, no de padre— son horriblemente torpes. Yo me tropiezo al andar, choco contra los árboles, derramo el vino por el suelo. Esta vez le eché el agua por encima a papá. Se derramó, se derramó fría por su cuello y por el cuello de la camisa hasta el pecho y por la almohada y la sábana. Dio un respingo cuando el agua entró en contacto con su piel, era el agua más fría que le había caído encima nunca, y qué iba a saber yo de su piel y del agua fría o caliente que le había caído encima alguna vez, lo que sí sé es que hacía mucho tiempo que nadie le tocaba donde el agua le estaba tocando entonces —por el cuello, la clavícula, el pecho— y creo que por eso abrió la boca y habló, o más que hablar murmuró lo que habrían de ser sus últimas palabras hacia mí.

—Puta vieja —dijo.

Yo le respondí:

—Lo siento, papá.

Y él me dijo:

—Qué puto frío..., puta vieja.

Envejecer es un trabajo. Convencer al cuerpo para que obedezca al cerebro y después convencer al cerebro para que se obedezca a sí mismo, pedir a Dios misericordia. Papá había pasado una vida entera entre la fe, la falta de fe y la duda. Una vez dijo: «Por un lado, creo que volveré a ver a Ingrid. Por otro, creo que morir es como apagar una vela».

Dijo: «Levantarse de la cama, ducharse, ponerse los calcetines y los zapatos, ropa limpia, desayunar, ir en bici, trabajar».

Atarse los cordones, por ejemplo, requiere un esfuerzo físico, destreza en los dedos y maña. Eso lo saben todos los niños de seis a nueve años. Atarse los cordones es una cosa seria, la lazada es el mayor misterio, los dedos, las manos, los cordones, todo es un problema aparentemente irresoluble. Cuando aprendemos a atarnos los cordones se nos olvida lo difícil que es, pasan los años hasta que un día estás en calcetines y te miras los pies.

Papá solía sentarse solo, sobre todo de noche, en una habitación pequeña, con el objetivo de pensar en otras personas. Sobre este ritual decía: «Me la imagino ante mí, su boca, su mirada, sus formas, digo su nombre en voz alta, me oigo decir su nombre, la miro volverse hacia mí, tal vez haya algo incómodo en sus movimientos, tal vez se ría, y entonces pienso en su risa, o en algo que diga..., sí, ya sabes, no tiene por qué ser una mujer, puede ser un hombre o un niño... Pienso en otras personas, vivas y muertas, y entonces enciendo una vela para ellas».

(Él le pide a ella que descorra las cortinas.
Ella se levanta, se dirige a la ventana y las descorre.)

ÉL: Así entrará más luz.

(Ella se queda de pie junto a la ventana.)

ELLA: Ahora podemos ver el mar.

ÉL: Yo no.

ELLA: ¿Abro más?

ÉL: No.

ELLA: ¿Tienes frío?

ÉL: No.

ELLA: ¿Quieres otra manta?

ÉL: No.

ELLA: Bien, entonces me siento aquí a tu lado.

ÉL: Si alguien me pregunta dónde vivo, responden antes de que yo diga nada y dicen que vivo en Hammars.

ELLA: Pero es que es aquí donde vives.

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Echas de menos Estocolmo?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Echas de menos el teatro?

ÉL: Sí.

Cuando tenía veinticinco años, él quería que yo leyera *Fröknarna von Pahlen*, una novela en siete partes de Agnes von Krusenstjerna. Empecé la primera parte, pero me aburrí a las pocas páginas y volví a dejar el libro en la estantería. Cuando se dio cuenta de que no lo había leído, no consiguió disimular su decepción y su enfado. Unos años más tarde le conté que había leído un poema que Hedvig Charlotta Nordenflycht escribió en 1741, pero parece que eso no compensó que nunca hubiera leído *Fröknarna von Pahlen*. Varios años más tarde le construyeron su biblioteca, y la casa de Hammars se hizo aún más larga. La biblioteca era de pino, luz y cristal, según los bocetos que él mismo había ayudado a diseñar. En la biblioteca encontré *Den sörgande Turtur-Dufwan*, de Hedvig Charlotta Nordenflycht, que escribió ese poemario cuando murió su segundo marido, el sacerdote Jacob Fabricius, después de tan solo nueve meses de matrimonio. El título completo es: *Den sörgande Turtur-Dufwan, eller Åtskilliga bedröfweliga Sånger, under wackra melodier sammansatte och samlade af en medlidande Åhörare*, es decir, *La tórtola afligida, o varias canciones lastimosas con bellas melodías compuestas y recopiladas por un oyente compasivo.*

Él tenía miles de libros, leía sin parar y subrayaba cosas que le parecían importantes.

En la época en la que Ingrid estaba en su lecho de muerte, leyó *Boken om E*, de Ulla Isaksson, que trata de la pérdida de la pareja por demencia. Papá perdió a Ingrid por el cáncer. Me pidió que lo leyera. Él lo había leído con su rotulador negro en la mano. Tomando notas al margen. Subrayando frases. Leer un libro que él había leído y en el que había escrito y garabateado era como hablar con él sin miedo a decir algo inadecuado.

Unas semanas después del entierro de Ingrid nos sentamos en el sofá una noche entera, mirando hacia los pinos retorcidos, la playa de guijarros y el mar. Nos dimos la mano y miramos el rabioso y rojo sol de la mañana que asomaba poco a poco por encima del mar Báltico.

«Junto a las olas de este lugar solitario ella mira las olas», escribió Hedvig Charlotta Nordenflycht.

Me dijo que tenía que volver a Oslo, que no quería tenerme allí con él. No me soltaba la mano. A lo largo de la noche se nos habían quedado azules los nudillos.

—Soy un anciano de setenta y cuatro años —dijo— y Dios acaba de decidir sacarme del cuarto de los niños.

En *Boken om E*, Ulla Isaksson cita a la poeta sueca Elin Wägner: «Hay que amueblar hasta el infierno». Aquí papá había escrito un signo de exclamación al margen.

Cuando yo tenía siete años, papá me dijo que no se debían usar signos de exclamación al escribir. Yo había escrito un cuento que trataba sobre tres gatitos. El cuento se titulaba «¡Tres gatitos!».

Su letra me resulta más ilegible a medida que se hace mayor. Le tiembla el pulso, ha perdido la vista de un ojo, las letras se le juntan.

En el signo de exclamación del margen se ven todas esas cosas. Una rayita y un punto. Una vela encendida. Una ramita rota. La tierra firme y una isla.

ÉL: Y de vez en cuando salgo al salón y digo: Quiero que hagamos algo con el cuadro de la pared…, y entonces me vuelvo hacia el que está en la habitación…, es una persona anónima. Le digo: Este cuadro llegó aquí antes que yo, y entonces la persona anónima dice: Entonces aquí no había nada, eres tú quien ha colgado aquí el cuadro, construido y diseñado y amueblado todas las habitaciones, todo esto es tuyo… Y a esa réplica —todo esto es tuyo— regreso cada vez con más variaciones… Soñé que iba de camino al Palacio Real y entonces llegó un hombre, una persona completamente anónima, y dijo: De dónde vienes tú, y entonces le dije: Vengo de Hammars, en Fårö, y entonces respondió el sujeto: Ya iba siendo hora de que supiéramos quién vive aquí, y entonces repliqué, con cierta inseguridad, que sí, que creo que soy yo quien vive aquí.

V

Tu hermano en la noche

The only thing we knew for sure about Henry Porter is that his name wasn't Henry Porter.

Bob Dylan / Sam Shepard

Para escribir sobre personas reales como padres, hijos, parejas, amigos, enemigos, tíos, hermanos y transeúntes casuales es necesario volverlos ficticios. Creo que esa es la única forma en la que se les puede insuflar vida. Recordar es mirar alrededor una y otra vez, siempre con la misma sorpresa.

«Una autobiografía se inicia cuando uno tiene la sensación de encontrarse solo», escribe John Berger.

Quería ver qué pasaba si nos dejaba crecer en un libro como si no encajáramos en ningún otro lugar. Para mí fue así: no recordaba nada, pero entonces encontré una fotografía de Georgia O'Keeffe que me recordó a mi padre. Empecé a recordar. Escribí: «Recuerdo», y me sentí mal porque enseguida comprendí cuánto había olvidado. Tengo algunas cartas, algunas fotografías, algunas notas desperdigadas que he guardado, pero no tengo claro por qué guardé justo esas notas y no otras. Tengo grabadas seis conversaciones con mi padre, pero cuando las grabamos él era tan mayor que había olvidado la mayor parte de su historia y de nuestra historia compartida. Recuerdo lo que sucedió, creo que recuerdo lo que sucedió, pero seguro que me he inventado algunas cosas, me encuentro con algunas cosas que me contó una y otra vez, y con otras que solo me contó una vez. A veces escuchaba y a veces escuchaba a medias, dispongo todo eso en fila, lo amontono, dejo que unas cosas colisionen contra otras, trato de encontrar una dirección.

Estos dos últimos años he pasado mucho tiempo despierta en la cama por las noches. Durante un tiempo tomé pastillas para dormir para evadirme, no era capaz de aprovechar las noches, me quedaba tumbada mirando al techo.

No hace mucho, mi marido encontró mi grabadora en el desván. Pulsé *play* y ahí estábamos. Papá y yo. Las voces se oían lejanas. Las grabaciones llevaban tanto tiempo guardadas que había empezado a pensar que las había soñado.

Cuando mi padre no podía dormir, escribía en la mesita de noche. He hecho una foto a la mesita, tengo la foto en el móvil, puedo hacer *zoom* en diversas partes de la superficie:

DIEZ AÑOS

Busco frenéticamente
a Ingrid
miedo
miedo
miedo
miedo
miedo
He hecho una película
bastante gris y aburrida; quería
describir el espíritu de nuestro tiempo
Ingrid también tiene miedo

Un fiasco espantoso
Y reseñas maliciosas
noche de mierda.

La cama en la que yacía cuando escribió estas palabras está muy bien hecha, lo ha estado desde hace ya muchos años. Una colcha blanca de ganchillo cubre las almohadas y el edredón. El último verano de su vida, había cosas escritas en la pared también, pero las han borrado. No las había escrito él, sino una de las mujeres que lo cuidaban. Lo hizo porque él se lo pidió. Con letras grandes y el mismo rotulador negro que usaba él había escrito su nombre seguido de los nombres de los siguientes lugares: Hammars, Fårö, Suecia, Europa, el Mundo, el Universo. Su dormitorio era un sobre, el cuaderno de un niño.

Todo está igual a como estaba cuando él vivía. La casa de Hammars se ha conservado para la posteridad, como se suele decir. Personas desconocidas van de una habitación a otra. Algunas hacen fotos. Otras se sientan en las sillas y en el sofá, y se inclinan sobre las mesas y apagan las luces y se tumban con cuidado en su cama para probar el colchón.

Una noche enciendo la televisión aquí en Oslo y veo a un director de cine de mediana edad sentado en la butaca verde de la estancia que llamábamos la videoteca. Había dos butacas verdes en esa sala, una para Ingrid y otra para papá. Siguen allí. El director de cine de mediana edad está sentado en la butaca de Ingrid y habla mirando a la cámara.

La videoteca: sinopsis de una estancia. Cuando Daniel y yo crecimos tanto que ya no necesitábamos nuestras habitaciones infantiles, papá reconvirtió los dos cuartitos y el baño en una sala para ver la tele. Tenía una enorme colección de cintas de vídeo. Todas las cintas estaban catalogadas y colocadas por orden alfabético en estanterías hechas a medida. Entre las once y las tres se podía entrar a pedirlas prestadas.

Cada vez que se tomaba prestada una cinta, se escribía el título de la película, la fecha y la firma, y cuando se devolvía, se escribía la fecha de devolución. En una mesita había un bolígrafo y un cuaderno amarillo donde se podía anotar esa información.

A veces entra mientras estás buscando una película.

—¿Qué tal *La rodilla de Clara*?

—No, no creo. No esta noche, papá. Ya la he visto muchas veces.

—Es de Rohmer.

—Sí, lo sé.

Da vueltas de un lado a otro, mirando las estanterías.

—¿Y *Un corazón en invierno*, de Sautet?

Te das cuenta de que ha pintado una I bien grande en una zapatilla y una D igual de grande en la otra. Estás a punto de decir: ¿Cuándo empezaste a escribir en tus zapatillas?, pero en lugar de eso dices: «*Un corazón en invierno* es bonita, me gusta mucho…».

En realidad, lo que quieres es que se vaya y te deje en paz. Tal vez elijas *Un corazón en invierno* para conseguirlo y luego vuelvas y cojas una película distinta.

—He visto *Un corazón en invierno* muchas veces, así que había pensado ver algo de Woody Allen hoy.

Papá se queda mirando el techo. Los cristales de sus gafas son gruesos, a veces tiene la boca tan fina y prieta y larga que podría llegar de un extremo a otro de la casa.

—Claro, claro, adelante. Uno le recomienda cosas, pero al parecer ella ya ha visto todas las películas del mundo. Pero por supuesto, Woody Allen es uno de los grandes. *Delitos y faltas* es una obra maestra, pero te llevas *Manhattan*, por lo que veo. Muy bien, haz lo que quieras.

Y muchos años más tarde enciendo la televisión aquí en Oslo y el famoso director de mediana edad

dice que siente una especie de afinidad con el «maestro».

Está sentado en la butaca verde de Ingrid, rodeado de cintas de vídeo y dice que siente afinidad. Tiene unas pestañas largas y oscuras y rizos oscuros también. Hay un vaso de agua en la mesa. Es la misma mesita en la que solían estar el cuaderno amarillo y el bolígrafo. De vez en cuando da un sorbo al vaso de agua, no tiene la espalda recta, está reclinado en el respaldo y gesticula.

No se puede entrar con agua aquí, idiota. El vaso deja cercos en la mesa.

El director de cine dice que siente la presencia del «maestro» en la sala, se saca un reloj del bolsillo interior de la chaqueta. Dice que el reloj es un péndulo mágico y si el péndulo se mueve, el maestro está presente. «Ah, sí —susurra, y mueve el reloj de un lado a otro—. Se mueve, ¿ves? Se mueve, está aquí.»

Todas las habitaciones —el estudio, el salón, la cocina con las dos mesas de pino, la videoteca, la biblioteca e incluso el dormitorio— están intactas.

La muerte empezó cuando él llegó diecisiete minutos tarde. Siete, no, ocho años más tarde intento describirlos. Los minutos. ¿Cómo debería llamarlos? Un archivista pregunta: ¿Qué se conserva, qué se tira, qué se ordena, dónde?

Todas sus pertenencias se subastaron. Así lo había decidido él. Dejó un testamento con instrucciones precisas: Quiero que me entierren con mis pantalones marrones, la camisa roja de cuadros y el chaleco de punto granate. No se tolerarán «galimatías sentimentaloides» bajo ninguna circunstancia.

Establecía que cada uno de los ocho hijos que aún vivía podía elegir una cosa por un valor de 5.000 coronas o menos «como recuerdo de su padre».

Todo lo demás se venderá al mejor postor, a poder ser en una subasta.

Me imaginé todas sus cosas en procesión, de Hammars a la casa de subastas de Estocolmo: las sillas de madera, las mesas, el sofá naranja, las butacas verdes, la cama, las mesitas de noche, el escritorio, las fotos, me imaginé que las cosas flotaban una tras otra en un largo río.

Como recuerdo de su padre.

Yo elegí un retrato de la bailarina y coreógrafa Pina Bausch, un póster enmarcado y firmado de *Café Müller*. Cuando Ingrid murió y fui a Hammars para hacer compañía a mi padre, él no tenía ganas de ver películas en el cine de Dämba. Unos días más tarde solo quería ver ópera o danza en la tele grande. La videoteca estaba repleta de vídeos de danza y de ópera. Pasamos varios días viendo a Pina Bausch. *Café Müller* es sueño y noche, olvido y recuerdos. Los padres de Pina Bausch tenían una pequeña cafetería en Wuppertal que ella recreó en el escenario: las sillas, las mesas, los sonámbulos. Un hombre se apresura a mover las sillas para que los sonámbulos no se tropiecen con ellas. Pina Bausch es alta y delgada y pálida como el agua, miro la foto cada vez que bajo las escaleras en mi casa de Oslo, lleva un camisón suelto, blanco, casi transparente, está medio escondida tras una puerta o una pared, con los ojos cerrados. Es delgada y frágil y fuerte, no es vieja y no es joven, el camisón le cuelga tan suelto que casi se le ve el pecho izquierdo. Cada vez que paso junto a ella pienso que si la rozo se le disolverá el camisón.

Junto a la foto de Pina Bausch hay una fotografía de mi madre y mi padre. Me la dio mi hijo. Están sentados el uno junto al otro, ya no son novios, sino amigos, compañeros de trabajo. Él mira directamente a la cámara, ella lo mira a él y pone caras, bizquea y hace muecas. Están muy juntos. Ola dijo que había encontrado la imagen en internet y que quería dármela porque parecían felices, libres, juguetones.

—Parece que se lo estaban pasando bien —me dijo.

Cuando murieron los padres de mi padre y él se hizo mayor, se puso a escribir sobre ellos.

En una de sus novelas dice:

> Miro las fotografías y siento una atracción muy fuerte hacia esas dos personas, que de casi todas las formas posibles son tan distintas de las criaturas medio ausentes, míticas y sobredimensionadas que dominaron mi infancia y mi juventud.

Miro las fotografías de mis padres y me pregunto quiénes son y quiénes fueron. ¿Los llevaré dentro de mí? ¿Obtendrían alguna respuesta sobre las cosas que ellos mismos se preguntaban? ¿Sentirían que el tiempo se les escapaba como se me escapa a mí?

El hombre que compró la casa de mi padre compró también todas sus cosas. Decidió que las volvieran a colocar justo donde estaban antes. Los muebles —los pesados muebles— no habían estado fuera el tiempo suficiente para que desaparecieran sus huellas en las alfombras que cubrían el suelo de pared a pared. Un grupito de personas competentes, armadas con una cinta métrica y documentación (fotografías y descripciones del aspecto que tenían todas las habitaciones antes de que las vaciaran), colocaron los muebles justo donde estaban antes. Se fijaron en que las sillas de madera no estuvieran junto a la mesa que no era en la casa equivocada y se aseguraron de que el reloj de pared de un extremo del salón siguiera justo enfrente del viejo armario que se hallaba en el otro extremo. Se puede trazar una línea recta entre la puertecita del reloj de pared y la puerta del armario. Estos dos muebles eran heredados, el reloj por parte de padre, el armario por parte de madre. ¿O era al revés? Y ahí estaban, cada cual en un extremo del salón, mirándose con el ceño fruncido. El reloj sonaba, el armario crujía. El resto de los muebles los había comprado él. Mucho pino, mucha tapicería de lana de color verde y rojo óxido desteñida por el sol, sillas de cuero en el estudio y la biblioteca que un día fueron negras y ahora eran marrones, desteñidas también. Cuando mi madre y yo nos mudamos en 1967 todo estaba listo.

Cuando murió, todas sus cosas salieron flotando en un río hacia Estocolmo y después volvieron en ese mismo río a Hammars. Caminé por la casa. Todo estaba en su sitio. Ni un solo mueble estaba fuera de lugar. Todo era igual a sí mismo. Me habría gustado que las dos mesitas del salón estuvieran cambiadas de sitio. Que la mesa alta y estrecha estuviera frente al sofá en lugar de entre las dos grandes butacas, donde había estado siempre. Me habría gustado que algo estuviera donde no debía. Todo estaba bien y reinaba el silencio. Abrí las ventanas del salón y me senté en el suelo. La ceniza revoloteaba en la chimenea. Aquí ya no vivía nadie. Las cosas habían perdido su *cositud*. ¿Cómo era eso que escribió Rilke?: *Oh, noche sin objetos.*

*

Me despiertan las mariposas. Bueno, en realidad no. Ya ha pasado mucho tiempo. Estaban en la pared y en el techo. No consigo dejar de pensar en él. Si me levanto ahora, puedo hacer café. Puedo bajar las escaleras, entrar en la cocina y hacerme un café. Tal vez sentarme a escribir. Mi marido respira profundamente. Mi hija respira profundamente. Esta noche dormimos en la cama los tres juntos. El perro respira profundamente. Está tumbado en el suelo. Si presto atención, oigo los coches en la carretera, aún es de noche, o muy temprano, depende de cómo sea cada uno, de cómo lo hayan educado, de qué experiencias relacione con qué momentos del día. Son las cuatro menos cuarto de la madrugada. ¿Tú lo llamas noche o mañana? Yo lo llamo mañana, pero es demasiado temprano para levantarse. Miro la hora en el móvil, después miro el móvil, me levanto y me vuelvo a acostar, algún que otro coche pasa por delante de mi ventana, allí y allí y allí y más lejos, en un flujo más regular, los coches que cruzan la noche suenan distinto de los coches que cruzan el día. Hoy es uno de diciembre.

Virginia Woolf escribe que leemos de otra manera cuando estamos enfermos, no somos tan responsables y razonables como quienes están «en el ejército de los erguidos». Así es como llama a los sanos: «soldados en el ejército de los erguidos». Los enfermos, los que están en la cama o, si tienen suerte, sentados a la sombra con una manta en las piernas, son más descarados, más decididos en sus lecturas, tambaleantes, arrogantes, febriles, hipersensibles en lo que se refiere a las palabras, las frases, las imágenes, los sonidos. «Las barreras caen, los nudos se deshacen, el cerebro suena», escribe ella, y así es en mitad de la noche y por la mañana temprano, cuando el corazón late con fuerza y nada está en su sitio, tengo miedo y estoy cansada y no soy del todo yo misma, en inglés se diría que estoy *beside myself*. Si me levanto ahora, estaré de pie y caminando a mi lado.

El mundo es distinto para quienes están de pie y caminan en comparación con quienes están tumbados. Una persona tumbada que mira al techo, como por ejemplo yo ahora, o el anciano sin nombre de *Compañía*, de Beckett, o la paciente sin nombre (lectora, escritora) del ensayo sobre la enfermedad de Virginia Woolf, se fija en otras cosas. Las manchas, las moscas, la pintura, el borde del papel pintado, la ventana, el cielo, las nubes que cambian todo el tiempo. Como un cine perpetuo, escribe Virginia Woolf.

*

Nuestra casa está en silencio de noche. Me parece oír las patas del perro por la escalera, pero el perro está durmiendo en el suelo, al lado de la cama. ¿Puede que esté oyendo el perro que teníamos antes que este? No creo en las presencias humanas, pero no estoy tan segura de que las perrunas no existan. Y que podamos oír sus pasos muchos años después de que mueran.

Últimamente me levanto de la cama en vez de tomarme una pastilla para dormir. Me levanto y bajo las escaleras. Son casi las cuatro. Voy al salón y me siento en el sofá y miro la cocina abierta. La cafetera reluce. El ordenador brilla. El frigorífico vibra. La casa tiene tres pisos. Las habitaciones son bastante pequeñas. A menudo (cuando es de día y todos están levantados) se oye un ruido de uno de los pisos. Ahora vivimos aquí cuatro personas. Los dos hijos mayores se han ido de casa. Somos cuatro y el perro. Siempre hay alguien a quien se le cae algo al suelo o que se da un golpe con algo o que se tropieza y se cae. Y entonces quienes no han ocasionado el ruido dicen: ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? Y normalmente no pasa nada y la respuesta llega enseguida: Sí, sí, estoy bien.

*

El 17 de agosto de 1969 mi padre le escribió una carta a mi madre y la firmó como «tu hermano en la noche». Le escribía cartas cuando se acababan de enamorar y volvió a escribírselas cuando rompieron.

Tengo una copia de todas las cartas que se escribieron. Esta es la historia de las copias: Cuando murió mi padre, mi madre me dio las cartas que él le había enviado para un archivo, una fundación que gestiona su legado, que consiste en grandes cantidades de material documental, que incluyen correspondencia privada. El archivo se creó en vida de mi padre, por su propia iniciativa, y para ello nos pidió a una de mis hermanas y a mí que nos ocupáramos de supervisarlo todo en su nombre, algo que hicimos al formar parte de la junta directiva de la fundación. La recién creada fundación se reunía en la Filmoteca de Estocolmo, en el segundo piso, creo. El propio archivo —miles de documentos y fotografías— estaba ubicado en el sótano. Y entonces murió él. La junta directiva prosiguió con sus reuniones en el segundo piso y el archivo siguió en el sótano. Era como

vigilar un animal grande e informe. Yo casi nunca bajaba. Era imposible descifrar su letra. Había un montón de cosas. Ahora les correspondía a los investigadores.

Antes de que mi madre donara su colección de cartas al archivo, el padre de mi marido, bibliotecario en la universidad, propuso ordenar y hacer copias de todas las cartas para que pudiera leerlas cuando quisiera. No sé qué se dijeron mi madre y mi suegro cuando ella le dio las cartas. En ese momento a mí no me importaban demasiado las cartas, lo que más me importaba era que mi madre se las diera a la fundación lo antes posible. Cuando murió mi padre, me convertí en una persona que insistía en que todo tenía que hacerse con precisión y cumpliendo al pie de la letra las reglas que establecen los escritos que se habían convenido y acordado. Si tuviera que imaginarme —y lo hago a regañadientes— cómo era yo los primeros años después de la muerte de mi padre, veo a una mujer convulsiva en sus movimientos, que habla en voz alta y camina deprisa y con la que nadie quiere tener nada que ver. A mí no me habría gustado tener nada que ver con ella. Tiene una voz estridente y envía correos demasiado largos a demasiadas personas y por las mañanas no para de hablar de la casa de su padre. «¡Y qué va a pasar con las casas!», exclama antes de que su marido tenga ocasión de abrir los ojos y despertarse.

Cuando mi suegro terminó de ordenar y de copiar las cartas, las metió en dos carpetas marrones grandes con el lomo rígido y de color negro, un lazo negro y el logo de la colección de manuscritos de la biblioteca de la universidad en la portada. Muchos años más tarde, mucho después de que él también muriera, mi madre encontró las carpetas en un armario del enorme piso de Erling Skjalgssons Gate (donde ella y yo y la abuela y varias niñeras y Bogdan vivimos antes de mudarnos a Estados Unidos aquella vez que yo creía que sería para siempre) y me las trajo.

Sé que estás escribiendo un libro sobre papá, me dijo. De vez en cuando, cuando dice papá, no sé si se refiere al suyo o al mío o si quiere decir que mi padre es también el suyo. En ese caso somos hermanas. Es más fácil relacionarse con las cosas. Un reloj de pared. Un póster con una fotografía de Pina Bausch. Una cama. Una ventana. Una mesa de cocina. Sillas. Un papel pintado con flores que bostezan al caer la noche.

Tu hermano en la noche. Un día me senté a leer todas las cartas que él le escribió. Tardé muchas horas y tuvo que ayudarme mi marido, porque la letra era casi imposible de descifrar.

Cuando mi madre se fue del lado de mi padre en 1969, se llevó a la niña consigo. Era primavera y la niña iba a cumplir tres años en verano. Mi padre se quedó en Hammars.

Para administrar su ruptura hicieron un registro. Escribo registro porque creo que tenían la ambición de crear un sistema, un catálogo de reglas que les ayudaría a salir del caos en el que se encontraban y a entrar en el caos que los esperaba. El registro consiste en un conjunto de notas y listas esparcidas escritas a mano —como catálogo resulta un documento bastante inacabado—, pero me atrapa la ambición de todo ello: ¿qué puedo esperar de ti ahora que ya no vamos a vivir juntos? ¿Quién eres? ¿Qué historias vamos a contar el uno del otro y sobre nosotros mismos?

Me los imagino sentados el uno junto al otro escribiendo, tal vez sentados frente a su escritorio de Hammars. Me los imagino en una sentada de las de mi padre. La niña está en casa de Siri o de Rosa o de otra niñera que hayan contratado para la ocasión. Me imagino que las notas, que yo solo he visto impresas en un libro, están escritas en un folio de papel rayado de color amarillo de su puño y letra. Hablan dos idiomas diferentes, noruego y sueco, y su forma de comunicarse es completamente distinta. Ellos dicen que son muy parecidos y que por eso no pueden vivir juntos. Pero para mí son como la noche y el día. A veces cuando pienso en cómo soy o en lo que he llegado o no he llegado a ser, una voz me susurra: «En esto sales a él». «En esto sales a ella.»

En el registro de separación (la expresión es mía, no suya) mi madre escribió: «Nunca podremos darnos una vida pura, una vida fiel, eso no existe. Pero mientras nos demos la mano y no nos soltemos —y no importa que la mano esté a quince mil kilómetros de distancia o en la cama de al

lado—, cada uno podrá decidir cómo vivir su vida. También su vida secreta y solitaria».

Aquí, cuando escribe la palabra solitaria, creo que le pasa el bolígrafo a él. Ahora le toca escribir a él. Pero entonces él se lo devuelve. Tal vez diga algo como que la letra de ella es más clara que la de él. (En la carpeta encontré una carta en la que él se pregunta si ella lee sus cartas o si solo finge hacerlo; en otra carta le escribe en mayúsculas para asegurarse de que entienda su letra.) Me pregunto si se ríen un poco mientras se dedican a esta tarea, esta planificación del resto de su vida ahora que la ruptura es un hecho. Yo no creo que lo llamaran ruptura, la palabra ruptura la asocio a mi propia vida de pareja, no a la suya. Creo que ellos usaron la palabra separación. También creo que fue mi madre quien decidió lo que debían decir las notas.

1. Consideración. No tomar decisiones que afecten a la vida de la otra parte sin escuchar lo que la otra parte tiene que decir.
2. No vivir una doble vida.
3. Sinceridad en las situaciones difíciles.

Los puntos no están numerados. Escribían en notas que no están sistematizadas como podría parecer por mi manera de contarlo. Se sentaron el uno junto al otro y anotaron algunas ideas sobre cómo querían que fueran las cosas ahora que ya no iban a vivir juntos. Soy yo quien sistematiza y numera, cataloga y registra. De esa manera puedo participar en la conversación, hablar con ellos.

Estamos en 1969, estoy a punto de cumplir tres años, mis padres se van a separar. Estamos en Hammars, es primavera, la decisión está tomada. Es definitiva, pero por ahora hacen como si se mantuviera el *statu quo*, como si separarse fuera distinto a que te dejen, como si estar juntos fuera casi lo mismo que no estarlo, «pero mientras nos demos la mano y no nos soltemos —y no importa que la mano esté a quince mil kilómetros de distancia o en la cama de al lado—». Yo tengo mi habitación, mi cuna, un perro que tolera que le tire de las orejas. El perro es pequeño, más pequeño que yo. Justo delante de la ventana de mi dormitorio hay unos cuantos pinos. El viento entre los árboles es lo primero que oigo cuando me despierto por las mañanas y también lo último que oigo antes de quedarme dormida por las noches. Me convenzo de que recuerdo los sonidos de cuando tenía dos años, el sonido de las olas, el sonido de las piedrecitas contra los zapatos, el sonido del ventilador de la nevera en la cocina, el sonido del reloj de pared en el salón, el sonido del zumbido de las moscas contra el marco de las ventanas porque mamá siempre las abre, el sonido de las flores adormecidas en el papel pintado florido, «las flores del papel pintado bostezan cuando es de noche y es hora de dormir», no recuerdo si era mamá o papá quien decía eso, el sonido de las sábanas recién lavadas cuando doy vueltas en la cama, el sonido de la noche y del sueño de todos y de los pasos de mamá y papá por la casa, sus voces, estoy tumbada en la cama y los oigo moverse de una habitación a otra, la casa es baja y alargada, como una fortaleza. Cuando nos vamos de allí hace un día cálido y mamá deja mi jersey de punto y algunas camisetas de manga larga y no se lleva tampoco toda su ropa. No quiere que sea definitivo, a pesar de que sabe que lo es. Cuando mamá me da la mano y me sienta en la parte de atrás del taxi, papá está en la puerta con el ceño fruncido. En esos tiempos solo había un taxi en la parte norte de Gotland y mamá saluda al taxista con una amabilidad exagerada para que no se enfade o piense que es una estirada. El perro corretea de un lado a otro. El perro era muy sensible al clima y por eso mamá recuerda que el día era claro, cálido y tranquilo; si llega a ver algún atisbo de lluvia o tormenta o viento fuerte —a veces el viento sopla con fuerza en Hammars—, el perro no habría salido a corretear. Era un perro salchicha. Se quedó con papá.

Y después hay un punto que leo como una queja disfrazada de acusación disfrazada de súplica:

4. No destroces su seguridad casera y échale algo de sustancia.

Es una frase rara. En primer lugar, me sorprende el concepto de «seguridad casera». Nunca he oído a mi madre o a mi padre usar esa expresión. Reconocemos a nuestros padres a través de las palabras y expresiones que utilizan. Las cosas que solían decir. Mamá solía decir «se me crispan los nervios». Papá solía decir «cabreado como una morcilla envenenada». Pero «seguridad casera» no lo había oído nunca. ¿Casera en lugar de qué? ¿Industrial? Ninguno de los dos sabía cocinar. Tal vez una de las razones por las que ya no podían vivir juntos fuera que ninguno de los dos sabía cocinar. Seguramente esté exagerando, lo sé, pero ninguno de los dos sabía planchar o fregar el suelo, ninguno sabía ocuparse de un niño y no me refiero al amor, amor tenían, me refiero al trabajo, me refiero a lo que conlleva llevar una casa y una familia. Eran hijos de la burguesía, pero no estaban capacitados para vivir esa vida escandinava moderna de la clase media. Y tampoco querían hacerlo. Querían ser libres. Querían ser niños. Hablaban de la libertad y del arte, pero volvían corriendo a la seguridad cuando lo desconocido los abrumaba. Eran hijos de ese mundo pequeño. Mi madre y mi padre querían ser hijos pródigos los dos y cuando terminaba la fiesta querían volver a casa. O marcharse lejos. O volver a casa. O marcharse lejos. El hijo pródigo es el más querido. Siempre es bien recibido. Su padre sale corriendo a recibirlo, su padre mata un cordero para él y al hijo responsable le deja las migajas. «Hijo mío, tú siempre has estado conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este, tu hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.»

Tal vez lo que tanto mamá como papá necesitaran fuera un padre. Alguien que los recibiera y se ocupara de ellos cuando se hubieran perdido y echaran de menos su hogar.

O tal vez necesitaran una esposa. Los artistas necesitan esposas. Y cuando ella o ellos definen la palabra seguridad, recurren a una palabra que está relacionada con la comida y el hogar. «Casera.» Y entonces mamá añade: «Échale algo de sustancia». Mi padre no debe destrozar la seguridad casera que ella ha conseguido construir y ha de echarle algo de sustancia, como una pastilla de caldo en una sopa de pollo.

No hablaban mucho de la niña ni en las cartas que el padre le escribía a la madre ni en el «registro de separación». Cada uno de ellos ha desempeñado un papel importante en la vida de la niña y quiero creer que ella también lo ha hecho en la de cada uno de ellos, pero no en su vida en común. Nunca fueron tres. La madre y el padre conversaban a menudo y siguieron trabajando juntos, pero no creo que hablaran de su hija. *¿Qué ha hecho hoy? Espera, que te cuento.* Esas cosas.

Tenían demasiado con lo suyo, con sus propios juegos, con su propio lenguaje secreto. En varias de las cartas de mi padre, escribe sobre un puma negro que creo que significa peligro y de vez en cuando aparece la palabra «*piiiiiitsjjjhhhhh*», que no sé qué significa. Tenían señas secretas, referencias secretas, lugares secretos en la isla. Y tenían su trabajo. Su hija —yo, ella— no formaba parte de eso. Ellos mismos eran niños, y como los niños se sentaban muy serios a planear las reglas de los juegos a los que jugarían juntos.

Bueno, un punto está dedicado a la niña:

5. No más de un mes (30 días) sin la niña.

La puntualidad es importante. Cuándo suceden las cosas y cuánto tiempo van a durar. Empezamos aquí y terminamos allí. No llegamos tarde. Tampoco llegamos antes de tiempo. Cuando era pequeña, papá me explicó que llegar tarde solo era un poco peor que llegar antes de tiempo. La improvisación no existe.

Pero ¿qué quiere decir eso? ¿Quiere decir que ninguno de los dos estará lejos de mí durante más de un mes, o quiere decir que mamá no estará lejos de mí durante más de un mes? A la niña no se la nombra. Aunque aún no me habían bautizado ni me habían dado un nombre definitivo, me

llamaban con un nombre, así que creo que tal vez este punto no se refiriera a mí en absoluto. Tal vez sencillamente signifique que no iban a estar separados durante más de un mes. Una forma más de asegurarse de que la separación no es una separación, que lo definitivo no es definitivo y que lo que ha terminado siga como de costumbre.

Con cuidado, abro la puerta del despacho de papá, todo está como siempre, la butaca de cuero negro con el reposapiés está junto al ventanal que da al mar y a las rocas y a los pinos retorcidos, deformados por el viento. Bajo la ventana hay un banco con asientos acolchados. Cuando era un bebé, mi madre se sentaba en ese banco conmigo en el regazo. Seguro que solo ocurrió una vez. Él quería nuestra compañía mientras trabajaba. En el banco hay una piel de oveja y una manta de lana gris. Por las tardes, cuando ha terminado de trabajar en el escritorio, se sienta a leer en la butaca de cuero con las piernas en alto. Llega a Hammars a finales de abril y se va a finales de septiembre. Cuando levanta la vista del libro y mira por la ventana, ve los pinos y la playa de guijarros y el cielo, y sabe con exactitud el día y la hora que es, la luz no miente, por supuesto que sabe qué día y qué hora es, con luz y sin ella, hay relojes por todas partes en esta casa y en el escritorio, en medio del despacho, hay un diario o una agenda, como también lo llama, en el que escribe cada día. De vez en cuando hay pilas de libros en el banco, el tocadiscos está en la estantería con los altavoces. Puede que ponga un disco. *La flauta mágica* de Mozart. Tamino pregunta si pronto se hará de día y el coro responde: «¡Pronto, pronto, joven, o nunca!».

No hay cuadros en las pareces, solo dos notas pegadas con cinta adhesiva.

Abro la puerta del todo y ahí están mamá y papá, sentados el uno junto al otro, al lado del escritorio. Están muy juntos, se ríen, susurran, escriben, se besan, y entonces mamá se vuelve y me mira. Yo estoy en el umbral, mamá me mira y ya no se ríe o puede que solo sea que la luz cambia mucho. Es uno de esos días, un típico día de primavera nórdico, soleado un instante y nublado al siguiente. La primavera de 1969 es templada, pero con ráfagas heladoras. Mamá tiene una cara que captura todos los cambios de la luz y es tan joven que podría ser mi hija. Tengo cuarenta y ocho años. Mamá tiene treinta y uno. Creo que se preocupa por qué será de nosotras. Mi padre podría dejar que la cámara descanse sobre su rostro durante toda la eternidad.

6. Seis semanas en Fårö cada verano, en familia.

Esto no sucedió. Ella no. Nosotros no. La familia no. Pero yo iba a Hammars todos los veranos y me quedaba muchas semanas, puede que no seis, pero suficientes, y durante mucho tiempo no supe nada del amor grande y revolucionario que me había llevado hasta allí.

*

En las grabaciones de mayo de 2007, dudaba y titubeaba y le costaba decir las frases como a un niño pequeño le cuesta levantar la cabeza del suelo. Cuando era una niña pequeña, nos mirábamos con una especie de curiosidad espantada.

Para que una relación de amor funcione, me dijo un día, hay que saber combinar ser un adulto con ser un niño. No se puede ser un niño todo el rato, por muchas ganas que se tengan.

*

Cuando papá murió, no fui capaz de escuchar las cintas: su titubeo, su lentitud, cómo le costaba encontrar las palabras. Y mi voz como un flautista sobreactuado en medio del réquiem.

*

Recuerdo lo que ocurría a menudo y lo que ocurría raras veces. Recuerdo lo habitual y lo extraordinario. No siempre sé a qué categoría pertenecen ciertos recuerdos. ¿Recuerdo esto porque ocurría todo el rato o porque solo sucedió una vez?

Recuerdo que papá me leía en voz alta por las noches, he escrito sobre ello muchas veces, recuerdo que abría la puerta de mi habitación, se sentaba en el borde de la cama, se sacaba un papel amarillo del bolsillo o abría el libro de la mesita de noche, me sonreía y decía ¡AHORA!, y recuerdo que había tanta expectación que las florecitas del papel pintado se abrían y exclamaban ¡SÍ! ¡SÍ! ¡SÍ! Es raro pensar en todas las cosas que viven y que pueden escaparse del papel pintado.

> … que las estrellas estallaron
> escucho mi corazón
> mi corazón es.

Se me olvidan los nombres, las caras, las palabras, las fechas, los lugares, las conversaciones, los hechos, los novios, las citas, los libros que he leído, las canciones que he escuchado, las películas que he visto. Se me olvidan los artículos que yo misma he escrito. Una vez olvidé el título de uno de mis propios libros. Un hombre me preguntó cómo se titulaba mi último libro y durante un instante no supe qué contestarle. Pedí una consulta con mi médica y le pregunté si me pasaba algo. Ella me dijo que no, pero que seguro que estaba cansada, agotada y tal vez deprimida. Siempre he desconfiado de las personas con memoria fotográfica. Yo tengo lo contrario a ese tipo de memoria, no sé si lo mío tiene nombre, por eso no me gustan los juegos de preguntas, no los soporto. La única vez que jugué a uno vi cómo mi marido se enamoraba de otra mujer, fui testigo de ello, pero tardé en comprenderlo. Éramos muchas personas alrededor de una mesa y la pregunta era sobre una cita de la Biblia. La mujer de pelo oscuro y muñecas finas —era mucho más joven que yo, claro — se sabía la respuesta y la susurró de inmediato. No recuerdo si fue la propia cita lo que susurró o si la cita era parte de la pregunta y ella sabía en qué parte de la Biblia estaba. No recuerdo la pregunta en sí, solo que tenía que ver con una cita de la Biblia y que mi marido más tarde esa misma noche dijo: ¿Te has fijado en cómo dijo la respuesta? No, le dije yo. No me he fijado. Sí, dijo él, todo el mundo hablaba muy alto y nadie lo oyó, todo el mundo hablaba al mismo tiempo, pero ella estaba allí y sabía exactamente cuál era la respuesta. Tendría que haberme dado cuenta entonces. Pero seguro que era tímida, añadió, o se sentía cohibida por toda esa gente que hablaba al mismo tiempo y lo único que pudo hacer fue susurrar.

*

La cita de la Biblia era: Me echaste a lo profundo, en medio de los mares. Y me rodeó la corriente. Todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí.

*

Corría el año 1981. Él era un fotógrafo americano y yo me lo encontré en el ascensor de un edificio en la calle Cincuenta y siete Oeste de Nueva York. Me dijo que tenía que cortarme todavía más el pelo. Yo tenía quince años. Recuerdo que nos sentamos uno frente al otro con una mesa en medio. Había comida en la mesa, estábamos en un restaurante chino y recuerdo que su rostro lo iluminaba una gran lámpara roja y que golpeaba los palillos contra el vaso.

Escucha esta, me dijo, y puso un disco de Jimi Hendrix. Estábamos en su estudio. Sabes quién es, ¿no? Sí, le dije, porque había visto *Apocalypse now* un par de años antes con papá y reconocí la canción. Y cómo se llama, a ver, me dijo. No lo sé, le respondí. Es sorprendente que no sepas más de música, me dijo, y puso otra canción, y esta qué, sorprendente, y más siendo hija de tu padre, y tu padre, que yo sepa, es un hombre que sabe de música. Tendría que tener más conocimientos, más habilidades, tendría que haber escuchado más cosas. Que te den, le dije, era lo que decía siempre cuando alguien se ponía a hablar de mis padres. Yo no era hija de nadie. Tenía quince años y no era hija de nadie.

Durante un tiempo, hice todo lo que decía el fotógrafo: me ponía el vestido blanco de verano que a él le gustaba tanto, me compré *Are You Experienced*, aunque yo no tenía experiencia (¿me lo estaría preguntando Jimi Hendrix?), escuché el disco una y otra vez, iba a su estudio después de clase y me sentaba en el sofá de cuero de la esquina con el montón de ropa y de bolsos y de sombreros, bisutería, mecheros, y bebía Coca-Cola mientras él fumaba y sacaba fotos a chicas y hablaba sin parar. Una noche me llevó al restaurante chino de la esquina, estábamos solo él y yo, no sé por qué quería que fuera con él, pero me sentía halagada y él golpeó la copa con los palillos y dijo: Hoy es mi cumpleaños, cumplo cuarenta y cuatro, soy un puto viejo, podría ser tu padre, tu abuelo, al menos en teoría, soy tan viejo que me acuerdo de la llegada a la luna, ¿tú te acuerdas de la llegada a la luna? Y entonces se rió y dijo: Ay, joder… Vio la llegada a la luna por la tele y nunca lo superó. Hacía tiempo que planeaba viajar a Ohio y fotografiar a Neil Armstrong, tomarse una cerveza con él, conversar con él, hacer algo en condiciones por una vez, nada de esas putas gilipolleces que hacía en Nueva York y París, ya no le funcionaba nada, ni el alcohol ni las drogas ni el sexo ni los viejos amigos con quienes antes se divertía ni un puto viaje. Las modelos iban y venían de su estudio, medio desnudas, jóvenes, solícitas, intercambiables como los soldaditos de hojalata con los que jugaba de niño, pero, dijo, si una mujer normal y corriente sube corriendo las escaleras y se le levanta la falda y le veo la rodilla o un trocito de muslo, puedo pasarme el día pensando en eso, en esa mujer, ¿sabes?

Era un fotógrafo de moda muy quemado y muy solicitado, espástico, insomne, siempre eufórico o deprimido o colocado con una droga nueva o de las de toda la vida y a quien sin duda le habría venido bien salir al bosque a coger setas, no alucinógenas, setas normales, rebozuelos tal vez. Y podría haberle dado un descanso a Hendrix y escuchar «4'33''» de Cage, aunque dudo que tuviera la paciencia o el tiempo o las ganas de sentarse en silencio a escuchar la nada durante cuatro minutos y treinta y tres segundos. Todo esto lo pienso ahora, no entonces. A los quince años no sabía quién era John Cage, el fotógrafo tenía razón cuando dijo que no sabía mucho de música, así que hablábamos de cine, de Godard, de Chabrol, «que es diez mil veces más interesante que las cosas que hace tu padre», podemos ir al cine juntos, dijo, y sacó un mechero. Ahora tiene casi ochenta años, lo busqué en Google hace poco y me sorprendió que siguiera vivo, quiero decir, cuando pienso en todos los muertos, los que murieron a pesar de ser demasiado jóvenes para morir, los que tuvieron una muerte repentina e inesperada o los que murieron viejos y cansados y enfermos, hambrientos o demasiado llenos, muertos en una de las muchas guerras que tuvieron lugar entre entonces y ahora, muertos en un incendio, en una avalancha, en el agua, muertos porque querían morir o porque no pudieron hacer otra cosa, muertos porque se exigieron demasiado, muertos de soledad. Cuando pienso en todos ellos, en todos nosotros, se me hace raro que él siga vivo. He pensado en escribirle, en mandarle un correo electrónico, «¿te acuerdas de mí? —podría preguntarle—. ¿La chica del pelo corto?». Era propenso a la ternura y a los ataques de ira. Al principio dijo que deberíamos ser amigos, él era adulto, yo era una niña, por qué no pueden ser amigos un adulto y una niña. No nos tocábamos, la idea de tocarlo no me atraía nada, él era un viejo, yo me había acostado con chicos, con dos, pero más que nada para quitármelo de encima, porque tenía ganas de cruzar todos los umbrales que conducen a la vida adulta. Él vio algo bonito en mi cara que nadie había visto antes, en cualquier caso yo no. La del espejo y la de la foto eran dos chicas distintas. Tal vez él hubiera descubierto una nueva forma de mirarme la cara, un ángulo secreto, no lo sé, creo que tanto él como yo nos enamoramos un poco de las fotos que me sacó, de esa otra chica, como la llamábamos, algo mayor que yo y con una claridad en la mirada que no

coincidía con la mía. No había ninguna claridad en mí, nada encajaba del todo en mi cara. Él era alto y tenía el pelo largo y una piel que recordaba a algo que un guarnicionero podría tener en la trastienda, viejo, marrón, ajado, y enseguida me llevaría a París para un encargo con una revista francesa. Me iba a hacer fotos con el pelo aún más corto y casi sin maquillaje, iba a estar muy bien, tal vez fuera lo mejor que había hecho en mucho tiempo. Habló por teléfono con mi madre, le explicó que quería llevarme a París y ella dijo que no, solo tiene quince años, no puedo dejar que vaya a París y yo insistí y ella dijo que no y él la llamó otra vez y le explicó qué tipo de fotografías quería hacer y lo bonitas que iban a ser y cómo la valoraba como actriz en las películas de mi padre, era la musa de un gran artista, le dijo a mi madre, y ella dijo que no, te digo que no, dijo.

El humo del cigarrillo de Bogdan recorría las habitaciones del piso grande y oscuro de la calle Ochenta y uno Oeste donde vivíamos juntos mamá, Bogdan y yo. Recorría las habitaciones junto con la *Suite para violonchelo n.º 5* de Bach que Bogdan ponía una y otra vez. Tardaba lo mismo en fumarse un cigarro, dijo una vez, que Casals en tocar la gavota. Qué sola estoy, le oí decir a mamá, lo buscaba, pero no lo encontraba en ninguna de las habitaciones. El humo estaba allí, la música del disco también, sabes que el chelo es el instrumento que más se parece a la voz humana, dijo él una vez, mamá no lo sabía, y ahora no lo encontraba, qué sola estoy, dijo, tal vez él se había esfumado, se había convertido en el humo de su cigarro, qué sola estoy, por qué no me contestas... Mamá no quería que yo fuera a París, dijo que sí, pero bajo presión, en realidad no quería que yo fuera, lo repitió varias veces, fue de una habitación a otra, qué sola estoy y no quiero que se vaya a París, fue de una habitación a otra como si albergara la esperanza de recibir el apoyo de las paredes, las alfombras, las sillas, las lámparas, el humo del cigarro que se enroscaba en las paredes como un borde infinito y gris del papel pintado. Siempre tenía que tomar estas decisiones sola, nunca tenía a nadie a quien pedir consejo, al padre de la niña le daba lo mismo, a Bogdan le daba lo mismo, dónde estaba Bogdan, cuándo lo había visto ella por última vez, cuándo había oído su voz, no solo el humo interminable que recorría las habitaciones, el sonido chirriante del chelo. Aún se pueden decir muchas cosas bonitas en do mayor, dijo Bogdan una vez; era muy dado a decir citas. A mamá le habría gustado hablar de su relación, tenía cuarenta y tres años y ella sola mantenía a una hija y a un hombre y no sabía qué hacer, nadie la ayudaba con las decisiones, el dinero, las comidas, las cartas del colegio de la niña que le informaban de que su hija se había ausentado más de lo normal y tenía muy malas notas, ahora no estaba en ninguna parte y entonces ella repitió que había dicho que sí, pero quería decir que no, se había sentido presionada y, vamos a ver, ¿quién era ese fotógrafo?

El día antes del viaje a París, mamá me llevó de compras a Macy's.

—Tenemos que comprar ropa que puedas ponerte durante el viaje —dijo ella.

Pero tú no quieres que vaya, no, yo no quiero que vayas.

Una falda elegante. Dos jerséis abrigados. Dos camisetas. Medias. Una maleta para mí sola. Yo quería unas botas de tacón.

—No hasta que cumplas diecisiete.

Mamá se acababa de cortar el pelo y se había dejado flequillo, un bonito peinado, lo llamó, y se tocó el pelo y se echó a llorar en medio de los grandes almacenes, rodeada de maniquíes y vestidos y sombreros y cinturones y dependientas delgadas que iban y venían y estanterías y perchas y espejos y mamá lloraba y decía que echaba de menos el pelo largo y que también le pasaban muchas cosas que no podía explicarme en ese momento y entonces me dio la mano y me la apretó fuerte. No sé cuándo le empezó a temblar el pulso, pero aquel día en Macy's fue la primera vez que me di cuenta. Nos quedamos allí de pie un buen rato en medio de una de las diez plantas, no recuerdo en cuál, con las bolsas de la ropa y la maleta nueva en el suelo. Mi mano en la suya.

Con el tiempo, los temblores se volvieron más evidentes. Mamá no puede enviar un mensaje de texto por culpa de los temblores, no acierta a pulsar las teclas, y cuando bebe té se oye el tintineo de

la porcelana.

Cuando mamá dejó de llorar encontramos un sitio para tomarnos un *banana split*, en Macy's tienen de todo, los plátanos siempre consuelan, solía decir mamá. Cuando era pequeña me enseñó a poner chocolate con leche y un plátano en un plato al sol o a la luz de una bombilla. Cuando el chocolate se empieza a derretir y el plátano se pone blando y caliente, se coge un tenedor y se revuelve con cuidado. Es importante que el chocolate no se derrita del todo y no remover con demasiada fuerza.

Más tarde ese mismo día, mamá compró una americana para mí y otra para ella, y le pedimos a la cajera que metiera nuestras viejas chaquetas de punto en una bolsa para poder estrenar nuestra compra enseguida. Las americanas eran marrones y de vestir, con bolsillos a los lados, solapas bien marcadas y unas hombreras tan grandes que parecían tortugas, y estaban hechas de una tela tan gruesa y densa que producía una sensación húmeda y pegajosa. Las escaleras mecánicas de Macy's no funcionaban ese día y subíamos y bajábamos con la sensación de que no estábamos llegando a ninguna parte, como si estuviéramos pisando el aire. Mamá tenía la cara colorada y dijo: «No creo que subamos ni bajemos más por hoy» y también «Oye, qué calor da esta chaqueta» y entonces nos vi de reojo en uno de los grandes espejos, había espejos por todas partes y parecíamos dos niños muy crecidos, hermanos tal vez, a quienes se les habían quedado pequeños los trajes de la Confirmación.

Cuando llegué a París perdí el sentido de la orientación. Siempre se me había dado bien orientarme y dibujar un mapa de donde fuera que me encontrara, pero en París me perdí enseguida, no hablaba francés y cuando traté de pedirle ayuda a una pareja joven, y el hombre joven se volvió hacia la joven mujer y dijo *elle est stupide* me eché a llorar allí mismo, delante de ellos, al anochecer. El crepúsculo duró toda la semana según lo recuerdo, el crepúsculo o la noche, y ellos se dieron la vuelta y bajaron por la ancha avenida cuyo nombre yo ignoraba, y desde entonces me pegué al fotógrafo, que conocía la ciudad como la palma de su mano y hablaba francés con fluidez. La primera vez que nos acostamos vomité después. No fue él quien me revolvió el estómago, ni su cuerpo ni el mío, sino el propio tacto, el placer, cómo me tocó, me besó, me lamió, se me metió dentro y yo quería más y así se lo dije, más, le dije, y cuando me corrí me sorprendió la violencia de todo ello y él también se sorprendió y se rió un poco, no para burlarse, sino porque no se lo esperaba, yo todavía era pequeña y delgada y cuando me corrí hice que él quisiera más y más fuerte y me volví a correr y nos corrimos juntos y su pelo, que era muchísimo más largo que el mío, me caía sobre la cara como miles de hilos y cuando todo acabó y me besó en la boca le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé como abrazan las niñas pequeñas. Entonces se me revolvió el estómago y corrí al baño y vomité. Me mareaba acostarme con él y me mareaba vomitar después. Eran dos caras del mismo movimiento. Yo no sabía que podían ser así las cosas, quería estar con él y al mismo tiempo quería dejar de estarlo, quedarme y desaparecer y volver a quedarme. Una vez me preguntó qué hacía en el baño y le dije que echarme crema. Desde entonces me pregunto si me oiría vomitar y si se preguntaría por qué. El cuarto día me hizo las fotos que me prometió que me haría.

*

Ver, comprender. Todo depende de dónde te encuentres. Fue el astrónomo renacentista Giovanni Battista Riccioli quien les puso nombre a los mares lunares, a los cráteres y formaciones. *Mare Tranquillitatis*, el mar de la Tranquilidad, se le ocurrió a él.

Los mapas de la luna, con todos esos nombres nuevos, los dibujó un compañero de Riccioli más joven: Francesco Maria Grimaldi. Su vida era poner nombre a las cosas. Trato de imaginarme a esos dos hombres, quiénes eran. Trato de imaginarme cómo trabajaban.

Me imagino que Riccioli y Grimaldi eran amigos, me imagino que eran muy eruditos —Grimaldi renunció a su cátedra en Filosofía y la sustituyó por una cátedra en Matemáticas porque la Filosofía se volvió demasiado exigente para su salud—. Me imagino que trabajaban todo el rato, escribían y calculaban y hacían experimentos y construían y utilizaban instrumentos avanzados. Grimaldi, por ejemplo, construyó un instrumento que podía medir la altura de las nubes.

De vez en cuando, seguramente, estarían de pie mirando a la luna. Se conocían desde hacía mucho, ambos vivían en la ciudad universitaria de Bolonia, seguramente estarían en algún lugar de la ciudad, tal vez hubieran salido fuera, tal vez encontraran una llanura desierta desde donde poder mirar el cielo en paz. ¿Estarían callados? ¿Sería su norma guardar silencio mientras trabajan?, ¿o conversarían? Y si conversaban, ¿sería sobre lo que veían en el cielo o sobre otras cosas, cosas cotidianas como...? Eso, ¿como qué? ¿Cuál es un tema de conversación cotidiano entre dos astrónomos católicos del siglo XVII?

Gran parte del trabajo debía llevarse a cabo de noche, y creo que entre amigos, hermanos, compañeros, padre e hijo —no sé cómo definían esos dos hombres su relación— se tienen conversaciones distintas de noche que de día.

Una copia del mapa de la luna de Grimaldi decora la entrada de The National Air and Space Museum de Washington, que fui a ver con Ola cuando aún era un niño, pero no nos detuvimos a mirar el mapa, teníamos hambre y frío los dos, ese día llovía en Washington y estábamos ocupados buscando un sitio para comer y entrar en calor.

Me pregunto si los hombres y las mujeres que dedican su vida a cartografiar, clasificar —tanto quienes dirigen la mirada hacia el cielo como los que la dirigen hacia la tierra, tanto quienes miran algo que se encuentra justo a su lado como quienes miran algo que está muy lejos de ellos—, más tarde o más temprano se sienten abrumados por esa tarea.

*

Cuando Eva iba a la guardería, mi suegro se paseaba a veces por allí —la guardería estaba en Frognerparken, con sus tres mil árboles—, y se quedaba un rato bajo un roble y miraba a la niña que corría de aquí para allá. Mantenía la distancia, era un hombre alto y robusto con bastón y pelo blanco que no podía esconderse tan fácilmente y no quería molestar.

Una vez, en uno de esos paseos, Eva lo vio y le dijo al resto de los niños: «Mirad, ahí está el abuelo bajo el árbol».

Eva empezó a insistir en que quería pendientes a los seis años, le habíamos dicho que tenía que esperar a cumplir los diez, pero cuando murió su abuela paterna le dimos permiso, aunque solo tuviera ocho. Cuando tenía tres años, murió su abuelo materno, cuando tenía cuatro, el paterno, y cuando tenía ocho, murió su abuela paterna y esta vez corría prisa, no sé muy bien por qué corría prisa, pero cuando murió su abuela paterna, en los días posteriores a su muerte, a Eva le parecía muy importante hacerse agujeros en las orejas, a ser posible antes del entierro. Llamamos a una peluquería del barrio y hablamos con una mujer que se llamaba Liv. Le dije a Liv que la abuela paterna de Eva había fallecido y que el entierro sería la semana siguiente, y entonces Liv me dijo que le daría una cita a Eva antes, como si hubiera una relación evidente entre esos dos ritos de paso: una señora mayor muere y la van a enterrar y una niña va a hacerse agujeros en las orejas. Eva y yo fuimos al centro y compramos una camiseta y una falda que pudiera ponerse ese día. Los entierros siempre van unidos al hecho de ir de compras, incluso el duelo plantea una pregunta sobre la ropa y qué ponerse, escribió Proust. Cuando murió mi padre, mi única hermana y yo fuimos a NK, unos grandes almacenes de Estocolmo, y compramos dos vestidos de luto. Yo me compré un vestido caro y ajustado de terciopelo que, tal vez con cierta cursilería, pensé que a papá le habría gustado. No recuerdo qué compró mi hermana. Le gustan la cachemira y la seda, las cosas

suaves, pero recuerdo que nos probamos muchos vestidos distintos y que estábamos animadas y alegres. Nunca he vuelto a llevar ese vestido de terciopelo, creo que no me favorece, lo he sacado varias veces del armario, me lo he puesto y me lo he vuelto a quitar. El día antes del entierro de su abuela paterna, fui con Eva a la peluquería de Liv. Le habíamos untado los lóbulos de las orejas con crema anestésica, había que hacerlo al menos media hora antes del pinchazo. Una chica de pelo largo que Eva conocía se había hecho agujeros en las orejas sin crema anestésica y le había hecho tanto daño que se había pasado varios días llorando agarrada a la oreja, se le había infectado, se le había inflamado tanto una oreja que había doblado su tamaño. Le dije que seguro que toda esa historia era una exageración.

Cuando Eva y yo estábamos a punto de llegar, ella se detuvo de repente. Teníamos que cruzar una plaza muy grande para llegar a la peluquería y Eva se había parado en seco. Era otoño y las hojas caían de los árboles y ella estaba en la plaza, como envuelta en el otoño y el viento y las hojas que volaban por todas partes, como si estuviera en medio de su propia tormenta, y entonces dijo: «No me atrevo».

Cuando se despierta por las mañanas, nos quedamos un rato de pie en el baño, y eso hacemos hoy también. Le cepillo el pelo, es difícil deslizar el cepillo, ay, grita, mamá, para. Tiene el pelo muy fino, enredado, como tallos largos y delgados de flores que se astillan y se retuercen. Cuando va a la piscina, se le queda el pelo de un color verduzco. Agarro los tallos y tiro de ellos, me inclino, tal vez, y nos miro a las dos en el espejo; pregunto si le recojo el pelo, te queda muy bien, le digo, ella sacude la cabeza y dice que no, que quiere llevarlo suelto. El pelo se le reseca cuando llegan el frío y la nieve. El otoño ha sido cálido este año, también lo fue el año pasado, cálido y oscuro, cada mañana una oscuridad grande y envolvente, espero que pronto empiece a nevar, las rosas del jardín han florecido por tercera vez a principios de noviembre, las moscas despiertan a la vida en el alféizar de la ventana, en el lavabo, se habían acostado para morir, pero ahora suben por las tuberías, una mosca zumba despacio y sola por la habitación antes de que encendamos la primera vela de Adviento. Si las moscas pudieran cantar, seguramente habrían cantado sobre el frío que hace cuando te despiertas de lo que creías que era la muerte, vivimos en el antropoceno, le digo a la mosca, no es algo de lo que enorgullecerse eso de que una era nos deba su nombre, miro a Eva en el espejo del baño, nos miramos en el espejo, mucha gente nos dice que nos parecemos, le digo que igual ya va siendo hora de cortarse las puntas, me responde que se acaba de cortar las puntas y luego añade:

—Mamá, es un mito que haya que cortarse el pelo para que crezca más.

—Puede ser —le digo yo.

A veces se pega a mí y me reclama, pero entonces se da cuenta de que no tengo tiempo o lo que sea que le diga, enseguida, le digo, ahora no, o finjo que la estoy escuchando, pero en realidad estoy pensando en otra cosa. Por las noches tiene el cuello húmedo y levanta los edredones y se destapa. Su padre y yo tenemos dos edredones cada uno, así que ella también quiere dos, dos edredones, aunque le entra calor por la noche. El perro está en el suelo y respira, casi en silencio. De vez en cuando el perro sueña y gime tan alto que tengo que gritar su nombre para que deje de gemir. De vez en cuando toma aire y hace un ruido parecido a un hipo, un ruido que recuerda al que hace un bebé cuando deja de llorar. El perro duerme sobre una alfombra de piel de oveja en el suelo, a mi lado de la cama. Está en la mitad de la vida, tal vez viva seis o siete años más, no ha descubierto lo que significa ser un perro, se pasa la vida intentando adivinarlo. Visto así se parece a mi marido y a mí. Tenemos en común con el perro que no sabemos cómo ser nosotros mismos, vivimos en un perpetuo juego de adivinanzas. A menudo el perro nos recuerda a otros animales, una foca, un caballito negro, una oveja, tal vez porque se pasó su primer año de vida correteando libre entre las ovejas de Hammars. Mi marido dijo una vez que el perro le recordaba a un ornitorrinco australiano. Cuando se hace un ovillo en el sofá parece un caracol gigante, tiene el hocico grande en comparación con la cabeza, le gusta que se lo acaricie despacio con los dedos. Cuando come lo hace con muchísimo cuidado, tiene las orejas de una suavidad y un brillo lujosos,

como una tela cara, me recuerdan a mi vestido negro del entierro, el que le habría gustado a mi padre, creo que le habría gustado porque realza mi figura y, al mismo tiempo, es discreto, «clásico», habría dicho él. Mucho antes de que él falleciera, casi treinta años antes, viajé a Múnich para ver a mamá y a papá. Mamá llevaba un vestido de seda ajustado, era largo y azul, el pelo también lo llevaba largo y azul, así es como la recuerdo —azul—, como si alguien hubiera encendido una bombilla azul en el techo y la hubiera puesto a ella debajo. Papá abrió la puerta, le señaló el escote y dijo: «Ay, Dios. Pero ¿cómo vas así vestida?».

No le gustaban los perros. Le daban miedo, eso decía, pero mi madre y mi padre tenían un perro salchicha cuando vivían juntos; cuando se separaron, mi madre se quedó conmigo y mi padre con el perro. Mi padre decía que no le gustaban los animales, pero después era capaz de pasarse horas hablando de las liebres y de los pájaros de Hammars.

Cuando se despierta en nuestra cama, Eva siempre se acuerda de dar la vuelta, acostarse en el suelo y abrazar al perro. Es lo primero que hace al despertarse y después camina como si fuera sonámbula hasta el baño, se mete en la ducha, abre el grifo y apoya la cabeza contra el alicatado y se queda inmóvil, inaccesible. El agua de la ducha le cae por el cuerpo, no levanta la cabeza, aunque la llame por su nombre, no abre los ojos, se duerme de pie, como un potrillo, y le digo:

—Tienes que abrir los ojos, lavarte y no quedarte así. —Y más tarde añado—: Se acabó la ducha. Ven a desayunar.

Tengo que tener cuidado a la hora de describirla. Lo podría hacer ella sola. De vez en cuando me asombra con una mirada llena de sí misma, es completamente otra, en mitad de su infancia, una mirada fuerte que la acompañará toda su vida, incluso cuando la haya abandonado, cuando se hayan abandonado mutuamente.

*

Papá y yo no avanzábamos con el libro que íbamos a escribir juntos. Grabé seis conversaciones largas, claras y ensoñadoras y después se volvió tan demente (¿es ese el término correcto?) que me pareció que no procedía seguir grabando. Y entonces él falleció y yo no era capaz de escuchar las grabaciones durante más de cinco minutos, y más tarde extravié la grabadora, me avergüenzo de haberla extraviado, de no tener las cosas ordenadas, escribiré otro libro, pensé, sobre el último verano, sobre él y yo, sobre padre e hija, sobre los padres y las hijas, sobre el viejo, sobre ese lugar, creo que sentía un duelo mayor por el lugar que por el hombre: las cosas, las piedras, las sombras bajo los pinos retorcidos.

Mientras vivía, nunca había mariposas en su dormitorio. Pero estaba vivo. Y había mariposas. Vivía mientras estaba tumbado en la cama con la mirada fija en el techo. No sé si las veía, pero estaba vivo.

¿En qué momento exacto de ese verano empecé a hablar de él en pasado?

Los insectos no se colaban en casa. Él era muy estricto con las ventanas. Había que mantenerlas cerradas. Cuando era pequeña y tenía mi propio cuarto en Hammars, podía ir corriendo por el largo pasillo que separaba mi dormitorio del suyo y tumbarme entre él e Ingrid. El mismo cuarto, la misma cama, las mismas sábanas de color amarillo pálido, la misma ventana, los mismos pinos, la misma playa de piedras, el mismo mar.

Las mariposas se posaban en la pared, se aposentaban en ella. Yo me tumbé en la cama, a su lado, y miré fijamente el techo. Él también miraba el techo. O quizá, no.

Él miraba hacia dentro.

De vez en cuando me contaba dónde estaba. No hablábamos mucho, pero a veces él decía algo. Yo había dejado de grabar. Las mariposas me recuerdan a la nieve. Bolitas de nieve. Nieve sucia. Nieve que no se derrite. Nieve que se queda en la cuneta cuando el resto ya se ha derretido,

nieve alpina, nieve de mayo, nieve que se niega a desaparecer, montoncitos de nieve, nieve que es suciedad, grava y humo en la misma medida que nieve, nieve que la gente ha pisado y en la que los animales han defecado. Ni siquiera sé si lo que yo estaba mirando eran mariposas. Eran negras y feas, tal vez una especie de polilla, pero más pesadas, más compactas, con las alas más grandes y negras, sin dibujos.

*

Date tiempo, me dijo una conocida que también había perdido a su padre. Era como estar embarazada, una busca otras embarazadas, ve embarazadas por todas partes, se reconoce en ellas, una hermandad de embarazadas, y cuando una pierde a su padre busca a otros huérfanos de padre, lee libros y artículos de escritores que han perdido a su padre o a su madre, y en el proceso me encuentro a más personas que han escrito sobre su padre que sobre su madre. No sabía cómo llevar el duelo por mi padre, pensaba que lo estaba haciendo mal, no solo cuando murió, sino en los años posteriores, y por tanto leí muchos libros de escritores que habían perdido a su padre o a su madre o a ambos, y después leí libros de escritores que habían perdido a su pareja. No me cansaba de los libros sobre el duelo, sobre distintos tipos de duelo.

Cuando el pequeño Vánechka, también llamado Vania, murió de escarlatina en 1895, su madre dejó de escribir en su diario durante dos años.

Pero antes de eso escribió sobre noches inquietas, sobre la alegría y el alivio cuando el niño daba señales de recuperación. Después hay días con preocupaciones cotidianas antes de que volviera a enfermar y muriera.

Su madre se llamaba Sofía Tolstaia. Su padre era Lev Tolstói. En el diario de Tolstói no hay pausas. En lugar de eso hay una bicicleta. Tolstói tiene sesenta y siete años y nunca ha montado en bicicleta. Escribe sobre la bicicleta en el diario y hace una lista de todas las buenas razones para darse el gusto de comprar una. Entre otras cosas, se refiere a la obra *Comentarios científicos sobre el uso del velocípedo para el ejercicio físico*.

Cuando Chéjov visitó a Tolstói en su adorada Yásnaia Poliana, Tolstói quería que se bañaran juntos en el río, algo que a Chéjov no le apetecía hacer. Su admiración por Tolstói era infinita, pero no tenía ningún interés particular en bañarse con él, lo cual resulta comprensible.

Hay una fotografía en la que Tolstói posa junto a su nueva bicicleta. Sofía también sale en la foto, vestida de negro y con una expresión en la cara que me resulta indescifrable. ¿Duelo por su hijo? ¿Hartazgo de su marido? Está decidida a mantener el tipo y hacer su papel. Pienso en el vacío de su diario. Dos años de silencio. Dos años sin nada. Tolstói lleva una camisa o túnica amplia y blanca de lino blanco y una gorra blanca con visera y su larga barba blanca. Tiene cara de ofendido. Se aferra con decisión a su bicicleta, tal vez algo temeroso.

La fotografía de Tolstói y la bici me recuerda a mi padre. Ves una cosa y piensas en otra. Tolstói no se parece a mi padre, salvo por esa imagen de hombre mayor que ambos destilaban en sus últimos años de vida. Mi padre no tenía barba, por lo menos no una barba larga y blanca, y, aunque se bañaba desnudo todas las mañanas en la piscina helada de la que estaba tan orgulloso, prefería bañarse solo.

Cuando miro la fotografía lo que más me hace pensar en mi padre es la bicicleta de Tolstói.

Mi padre en su gran bicicleta roja de paseo.

Unos días antes de que muriera en 1910, Tolstói huyó de casa y le dejó la siguiente carta a su mujer, Sofía: «Hago lo que normalmente hacen los hombres de mi edad: dejo el ruido y el estruendo del mundo para pasar mis últimos días en silencio y en soledad».

Papá no dejó una carta semejante, pero también deseaba abandonar el ruido del mundo en silencio y en soledad. No lo consiguió. Hubo ruido y estruendo hasta el final, pero de una manera distinta a la de Tolstói. Esperamos que la muerte sea pacífica, ordenamos las cosas y hacemos planes, pero entonces todo ocurre de una manera completamente distinta. Cuando murió encontré dos notas escritas a mano en la pared de su despacho. Estaban detrás de la puerta. Llevaban allí algún tiempo. Las despegué. El listón de madera de pino era más claro donde habían estado las notas.

En la de la izquierda ponía:

> «Es terrorífico caer en manos del Dios viviente. Pero solo entonces el hombre encuentra la reconciliación».

En la de la derecha ponía:

> «Tal vez sea esto lo que buscamos durante toda la vida: el mayor duelo posible para al fin convertirnos en nosotros mismos antes de morir».

*

24 de diciembre de 1998. Cuando me desperté, estaba nevando. La nieve entraba en los cuartos casi vacíos del aparta.mento de Sorgenfrigaten donde vivía entonces. Nevaba cuando salí a la calle y fui corriendo al autobús, nevaba cuando el avión despegó en Gardermoen con destino a Arlanda.

Papá y yo íbamos a celebrar juntos las Navidades y él había esbozado el siguiente plan para la celebración:

> 15.00: Llegas al apartamento de Karlaplan.
> 15.30: Vamos dando un paseo a la iglesia Hedvig Eleonora en Östermalmstorg de la que tu abuelo Erik Bergman fue sacerdote durante treinta años.
> 16.00: Misa de Navidad.
> 18.00: La cena. Hay albóndigas. Puedes beber vino si quieres.
> 18.30-22.30: Sentada.
> 22.30: Fin.

Yo tenía treinta y dos años y estaba divorciada. Mi hijo iba a celebrar la Navidad con su padre y yo iba a celebrar la Navidad sola. Era la primera vez que lo hacía. ¿Tal vez podría tomarme una pastilla y dormir toda la noche? ¿O ir a misa? Pero no había suficientes misas para tenerme entretenida toda la noche. Mi padre tenía ochenta años y estaba viudo. Fue él quien tuvo la idea, no de que escribiéramos un libro, eso llegaría muchos años más tarde, sino de que celebráramos juntos la Navidad. Escribir un libro entraba en la categoría de trabajo, y por obra de esa palabra tenía una legitimidad. Celebrar juntos la Navidad entraba en una categoría completamente distinta.

Estar frente a la ventana, arreglada, la comida hecha, el árbol encendido y poder decirle a quien está al lado: «Mira. Ahí viene mi pequeña familia».

Una semana antes, papá y yo habíamos hablado por teléfono, y a lo largo de la conversación nos habíamos topado con la soledad del otro. O así es como lo he pensado siempre. He pensado que estuvimos presentes el uno para el otro esa Nochebuena. Pero hay algo que no encaja en este razonamiento. Cuando vivía Ingrid, él no quería ningún tipo de celebración de Navidad. Creo que

ella celebraba la Nochebuena con los hijos y los nietos, no con él. Y cuando ella murió, él siguió pasando la noche en soledad. Así que tal vez no nos topáramos con la soledad del otro como yo creía. Él no me necesitaba. Era yo quien lo necesitaba a él y él me dijo: «Vente a Estocolmo».

Este es mi primer recuerdo de Navidad: tenía poco más de un año y por eso es mentira decir que se trata de un recuerdo. Alguien me lo debe de haber contado, alguien me debe de haber dicho: tu padre no quería celebrar la Navidad y había prohibido las cenas, los regalos, los dulces, el árbol, las decoraciones y las velas. Para desesperación de tu madre. Al fin y al cabo, esas eran sus primeras Navidades juntos como padres. Ella era muy joven y vivía con él en Hammars, en un lugar muy remoto. Nevaba y estaba oscuro y era él quien tomaba las decisiones. Pero ella quería celebrar las Navidades. No quería hacer como que la Nochebuena era un día como otro cualquiera. Tenían una hija. La niña se merecía al menos que hicieran un esfuerzo. Que la niña no tuviera la edad suficiente para distinguir la Nochebuena de cualquier otro día era un asunto completamente distinto. Él exigía silencio absoluto en la casa cuando trabajaba y no se dio cuenta cuando ella cogió el coche y al bebé y se fue a la tienda a comprar velas. La tienda estaba lejos. El ferri que iba de Fårö a Fårösund solo pasaba una vez cada hora. Era la Nochebuena de 1967. Ella compró una cesta llena de velas, tal vez incluso fueran dos. El caso es que eran muchísimas velas. Velas gruesas y blancas en bonitos cilindros de vidrio. También compró tarros de chucrut, jamón congelado (que no sabía que estaba congelado) y mostaza. Entonces emprendió el camino de vuelta a casa. Él seguía trabajando y ella se movía despacio y en silencio de una habitación a otra. Colocó las velas en el alféizar de las ventanas y en las mesas, en el salón y en la cocina y en la nieve, justo delante de la casa, donde el cielo estaba oscurísimo, pero la nieve que caía daba algo de claridad y cuando hubo colocado las luces en su sitio todo parecía casi como un cuento. Lo que ella no sabía, y que él tal vez le contara o tal vez no, era que las velas que había comprado eran velas de cementerio. Ella había escogido las velas más bonitas de la tienda. No sabía que eran para los muertos. Y cuando él por fin salió del despacho, listo para la cena, pero no para celebrar la Navidad, lo recibieron velas de cementerio encendidas en todas las habitaciones y también en la nieve.

Y un jamón congelado del tamaño de una cabeza humana goteando en la mesa de la cocina.

Cuando llegué a su apartamento de Karlaplan, los dos estábamos tan nerviosos que nos quedamos en el recibidor, moviéndonos como pingüinos. Me quité el abrigo y él lo colgó en el perchero y yo me senté y me dispuse a quitarme las botas, y entonces él dijo:

—Pero nos vamos enseguida. A misa, quiero decir. Igual no deberías haberte quitado el abrigo.

—No, tienes razón —le respondí. Y me calcé la bota que me acababa de quitar, me levanté y me puse el abrigo.

—Pero quedan veinte minutos para la hora de irse —dijo él entonces—. Tal vez deberías quitarte el abrigo y entrar y sentarte un rato.

Había parado de nevar, pero cuando veinte minutos más tarde volvimos al recibidor y nos pusimos el abrigo —esta vez iba en serio—, empezó a nevar muchísimo. Lo veía desde la entrada, a través de la ventana del salón.

—Está nevando —dije.

—Sí, lleva nevando casi todo el día.

Abrió un armario y sacó un abrigo verde de paño y un jersey verde de lana. Yo me puse los pantalones térmicos de lana, el abrigo y el gorro. Entonces nos sentamos cada uno en una silla del pequeño recibidor y nos calzamos, él los zapatos y yo las botas. Nunca nos habíamos sentado juntos a calzarnos. En Hammars solo hay que quitarse los zapatos de verano antes de entrar en casa. Yo llevaba unas botas de tacón que había que embutirse. Cuando él ya se había puesto los zapatos y los chanclos, yo solo me había calzado la bota derecha y él se quedó sentado mirándome mientras yo me peleaba con la bota izquierda.

—¿No es una idiotez llevar tacones con este tiempo? —me preguntó.

Cuando estuvimos listos para marcharnos, subimos al ascensor y salimos a la nieve. Había empezado a oscurecer, pero las farolas estaban encendidas y había luz en las ventanas. Pude intuir árboles de Navidad decorados y personas que se preparaban para la velada, y me fijé, mientras miraba una ventana tras otra, que los árboles de Navidad eran mucho más grandes en Estocolmo que en Oslo, pero tal vez solo lo pareciera porque estábamos fuera y ellos estaban dentro. Yo caminaba por esas calles tan anchas y oscuras, rodeadas de edificios grandes y antiguos y la nieve le caía encima a mi padre, que caminaba a mi lado. Caminábamos a la misma velocidad, con pasos idénticos, él no tenía que esperarme, yo no tenía que esperarlo a él, yo llevaba tacones y él llevaba bastón, pero andábamos a paso ligero, la nieve se le posaba en el abrigo de paño y en el gorro y el verde se teñía de blanco y no nos decíamos gran cosa mientras caminábamos. Cuando nos acercábamos a la iglesia, me acarició brevemente la mejilla, como si me estuviera despertando con cuidado, y entonces señaló algo y se dirigió a mí y ahí estaba la iglesia, grande y amarilla con su enorme cúpula en la que se arremolinaba la nieve.

—Hedvig Eleonora tiene tres campanas —dijo—. La campana pequeña, la campana mediana y la campana grande, que pesa casi cinco toneladas y se forjó en la ciudad de Hamlet.

—En Elsinor.

—En Elsinor, sí, para el castillo de Kronborg en el siglo XVII.

Y entonces no dijo nada más. ¿Iba a decir algo sobre el abuelo? ¿Sobre sí mismo? ¿Sobre el niño al que llamaban Pu? No, ahora no. Lo que dijo fue:

—La misa empieza en diez minutos. Nos da tiempo a quitarnos el abrigo y a que los ojos se nos acostumbren a la luz.

Me volví hacia él y le sacudí la nieve del hombro. Fuera era casi noche cerrada. Él conocía esas calles y ese lugar y esa iglesia y esa nieve. Para mí todo era nuevo. Nunca había caminado con él por allí, nunca lo había visto en la nieve.

Cuando llegamos a casa, comimos albóndigas, patatas cocidas y una ensalada. Una mujer que se llamaba M. ayudaba a mi padre un par de días a la semana. Limpiaba, hacía la compra y la comida, lavaba y planchaba la ropa. Mi padre se llevaba bien con M. Era una mujer mayor, diez años más joven que él, cocinaba bien y era fría y puntual. ¿Qué habría hecho sin ella? M. tenía llaves y entró a hacer la cena mientras nosotros estábamos en misa. Había puesto la mesa y había sacado vino para mí. Cuando vio que todo estaba en orden y que ya estábamos sentados a la mesa, dijo adiós y feliz Navidad y le dijimos feliz Navidad y ella dijo que tenía ganas de celebrar las fiestas con sus hijos y sus nietos y papá dijo que sí, que parecía que volvía a ser Navidad, y ella dijo que la casa de su hija estaba muy cerca, pero que tenía que darse prisa y volvimos a decir feliz Navidad y papá dijo:

—Abrígate bien, está nevando, no te vayas a resfriar.

La nieve siguió cayendo durante el resto de la noche. El reloj de pared sonaba en el salón, daba las horas y las medias.

Recuerdo que le dije que, para mí, Nochebuena eran los niños. Él me dijo que para él eran los recuerdos. Los dos nos quedamos sentados con nuestra nostalgia. La nostalgia del hogar. La nostalgia del pasado. Más tarde pensé en lo tonta que había sido por pensar en lo que echaba de menos aquella única vez que celebramos la Navidad juntos. Desde entonces, antes de que él lo olvidara todo, solíamos reírnos de lo torpes que nos habíamos sentido aquella noche y de lo despacio que había pasado el tiempo. Había pedido el taxi para las diez y media y no nos atrevíamos a decir: «Bueno, creo que es hora de darse las buenas noches» antes de lo previsto.

Recuerdo que pensé que me sentía sola, que él se sentía solo, que estábamos llenísimos de nostalgia pero no el uno por el otro. Ya no pienso mucho en ello. Ahora pienso en que caminamos el uno junto al otro en la nieve y papá me acarició la mejilla y señaló la gran cúpula cubierta de blanco y dijo: «Mira, corazón, enseguida llegamos».

*

ÉL: No estoy nada seguro... Tengo que pedirle... Tengo que pedir... a una de las mujeres que van y vienen... ¿Cómo se llama la que está aquí hoy?

ELLA: Ann Marie.

ÉL: Sí, Ann Marie. Me cae bien. Canta con tanto gusto... Es cantante de ópera, ¿lo sabías?

ELLA: Sí, ya lo sé.

ÉL: Pero bueno, el caso es que le tengo que pedir a Ann Marie que venga y mire... ¿Cómo demonios se llama...?

ELLA: ¿Tu diario? ¿Tu agenda? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Que tiene que venir Ann Marie a ayudarte a mirar la agenda? ¿La que está en el escritorio?

ÉL: Sí..., donde he escrito... Donde has escrito..., donde tú has escrito tu nombre y yo he escrito el mío y hemos apuntado fechas..., y es que... aunque he esperado aquí... puntual... a que vinieras, ahora tengo que pedirle a... ¿Cómo se llama?

ELLA: Ann Marie.

(Intenta levantarse de la silla de ruedas. Se agarra a los reposabrazos e intenta impulsarse hacia arriba. Resuella y vuelve a sentarse.)

ÉL: No hay manera. No puedo levantarme.

(Golpea las ruedas.)

ÉL: No he tenido ocasión de aprender esto... Soy un tipo patético.

ELLA: No, papá, no digas eso.

ÉL: No puedo andar. No veo.

(Se apoya las manos en el regazo y no dice nada más en un buen rato.)

ÉL: Es terriblemente incómodo y me siento afectado a nivel psicológico, me da vergüenza, ¿sabes? Me siento como si estuviera entre bambalinas o atrapado en un mismo plano, siempre con el mismo fondo, siempre con esos sueños... Lo veo enseguida cuando sucede... ¿Entiendes lo que te digo? Y entonces es demasiado tarde para retirarse... No quiero seguir con esto.

ELLA: De pequeña te contaba mis sueños y tú me explicabas qué significaban. Si te vieras un segundo desde fuera, ¿qué te dirías de esos sueños que tienes todo el rato?

ÉL: Sí, pero ¡escúchame, corazón! Tú y yo tenemos formas muy distintas de ver las cosas, formas completamente distintas de entender... Tú tienes cosas de tu madre..., mías..., yo tengo..., no sé lo que es...

(Mira el tocadiscos, pero no pone ningún disco.)

ÉL: Estoy tan enredado en un sistema de sueños del que no puedo salir, que ya no me hace gracia, ya no tengo sueños divertidos, ni un puto sueño divertido. Esto..., estos sueños no tienen nada que ver con la realidad.

ELLA: ¿Y qué es real para ti estos días?

ÉL: Tú.

ELLA: Sí, yo soy real.

ÉL: Antes de que llegaras, me pasé veinte minutos aquí sentado y estaba preparado para trabajar y de repente me dio mucho miedo que te hubiera llamado por error para cancelar la cita y que no fueras a venir, así que tuve que llamar a...

ELLA: Ann Marie.

ÉL: Sí, Ann Marie... Tuvo que ayudarme a llegar al escritorio para que pudiera consultar la agenda. Me puse tan contento. Lo que yo creía que era un sueño o algo incierto era totalmente cierto... Y entonces oí tu voz afuera. Dios mío. Estás aquí, yo estoy aquí. Sí, es posible, es posible.

(Él le agarra la mano.)

ELLA: Tengo la mano fría.

(Él le frota la mano y se inclina hacia delante y apoya la frente contra la de ella.)

ÉL: Yo tengo la nariz fría.

ELLA: Sí, está fría. Es buena señal.

(Él vuelve a reclinarse.)

ÉL: ¿Ah, sí?

ELLA: Sí, al menos para los perros y los gatos. *(Le pone la mano en la frente.)* No tienes la frente caliente, pero tampoco fría. No tienes fiebre.

ÉL: No, creo que me encuentro bien y que ya estoy listo para trabajar.

*

Ha empezado a nevar aquí también. Miro por la ventana, nieva tanto que cuando tengamos que despertar a Eva dentro de dos horas, no nos costará nada sacarla de la cama, bastará con susurrar: «Despierta, está nevando», y ella pegará un brinco para ver la nieve recién caída.

Subo las escaleras y me acuesto a su lado.

—¿Dónde has estado? —susurra mi marido desde su lado de la cama.

Eva está en medio de la cama y ocupa mucho espacio, a pesar de que es la más pequeña y la más delgada.

—Abajo. Con las cintas.

—Ha empezado a nevar.

—Ya lo sé.

Eva se revuelve.

—Quiero dormir, mamá —dice—. Aún no es de día, habla más bajo.

—Estaba susurrando —susurro.

Su respiración es más rápida que la nuestra, más húmeda, menos forzada. Si le acaricio la cabeza me transmite su calor. Tiene el pelo liso y enredado y pegajoso al mismo tiempo y es como pasar los dedos por un montón de azúcar glas. Se lo está dejando largo, nunca está lo suficientemente largo a su parecer.

Le retiro el pelo de la cara y la beso en la mejilla.

Eva se ha hecho un ovillo como una caracolilla en la cama.

VI

Giga

Me sería muy fastidioso morir
antes del final del asunto.

De las últimas palabras de Swann

Los portadores del féretro han vivido toda su vida en la isla. Son chicos de Fårö. Mi padre también diría de sí mismo que es un chico de Fårö. Busca a los hombres de uno en uno y les pregunta: «Cuando yo muera, ¿llevarás mi ataúd hasta mi tumba?».

Hablaba continuamente del epílogo, pero como si con la palabra epílogo se refiriese a los últimos años en un exilio escogido en Hammars, cuando estaba sano y todavía daba vueltas con su *jeep* a toda velocidad o como si se refiriese al último medio año, a estar postrado en la cama, la silla de ruedas, el ojo ciego o como si se refiriese al propio trabajo que supone morirse y al entierro, no lo sé. En cuanto al entierro, se planeó con la misma minuciosidad que todo lo demás, el último capítulo, la última representación. Escribió y revisó su testamento. Buscó y encontró un lugar para su tumba. Se paseó por el cementerio de Fårö solo y con el sacristán, y hablaron de las ventajas y desventajas de estar enterrado bajo un árbol o junto a un muro, rodeado de todos los demás o en un rinconcito para él solo. Él quería que Ingrid descansara a su lado cuando él muriera y comenzó la tarea de pedir permiso para trasladar su tumba desde otro lugar de Suecia. Había hablado con la sacerdote sobre lo que diría en el funeral. Como siempre, le preocupaba que fuera a improvisar, algo que le pasaba también con los actores, cuando se alejaban de lo que él les marcaba. Hay varios motivos por los que improvisar: querer que el público se ría o que llore o que te quiera o sencillamente que te aplauda. Una vez canceló una producción de Molière, porque su aclamado Alceste decidió improvisar y ahora se enfrentaba a una situación en la que las posibilidades de cancelar la celebración eran cuando menos limitadas.

Mi padre conocía a varios carpinteros y ebanistas locales. La casa de Hammars se fue ampliando hasta el final, crecía en longitud, nunca en altura, la biblioteca en un extremo, un cuarto de silencio en el otro. Lo de «cuarto de silencio» lo digo yo. Él lo llamaba «el cuarto de meditación». Ese cuarto, el último que encargó, era el más pequeño de la casa, casi como una caja de madera con una ventana que daba al mar y solo equipada con un catre, una vela y una radio. Antes de que tuviera que depender de la silla de ruedas, iba allí por las noches cuando no se podía dormir y encendía la vela.

Tiene ochenta y cuatro años y se muda a Hammars para siempre. Ya no va a hacer más películas. Ya no prepara más producciones teatrales. Va a vender el piso de Estocolmo, en Karlaplan. Va a vivir en la casa de Hammars, vivirá aquí hasta su último día, escuchará discos en el gramófono y verá el paso de las estaciones. Ese es el plan. Él y la casa tienen un trato. «Cuando termines con tus obligaciones, ven aquí, ven tal cual estás, ven solo y enciérrate en mí.» El invierno es la verdadera cara de la isla. En invierno todo está oscuro y en silencio. Todo lo rojo se sonroja con su propia rojez, se sonroja hasta que palidece y se marchita, las amapolas desaparecen, los atardeceres encendidos también, hasta el *jeep* rojo y la bicicleta roja palidecen en la luz invernal. El *jeep* está aparcado bajo el gran pino de delante de la casa, la bici está en la caseta. Por la mañana el *jeep* y la bici están cubiertos de rocío y de escarcha y de nieve si ha nevado. Cuando abre la puerta y sale, todo está cubierto de blanco.

Ya no ve películas todos los días, y cuando no ve películas aprovecha la tarde para coger el ferri hasta Fårösund y comprar el periódico. A veces, cuando va en el coche, queda tanto tiempo para que salga el ferri que gira a la derecha junto a la iglesia, junto al viejo supermercado, hacia Sudersand, en lugar de a la izquierda, hacia el muelle. Una vez, hace muchos años, compró una casa no muy lejos de Sudersand, en Karlberga. Seguramente se trate de la casa más bonita de todas, una granja de piedra caliza blanca con un exuberante jardín y un granero grande. La vendió poco después de morir Ingrid. Puede que ahora esté pensando en ir hasta Karlberga para ver la casa.

El granero era oscuro. Y grande. Con un techo altísimo. Y estaba lleno de cosas. Los muebles se amontonaban unos sobre otros. Los sofás sobre las mesas, las sillas sobre los sofás, las alfombras sobre las sillas, sobre las camas. Un día, hace muchos años, fui con Ingrid a Karlberga. Ingrid dejó la puerta del granero abierta y la fuerte luz del sol lo iluminaba entero. Se notaba la respiración húmeda del ambiente. Era como moverse entre cuerpos de animales grandes. Ingrid buscaba una lámpara para la mesita de noche. Estaba encajada entre una mesa y un colchón, con un cuello largo y fino y una pantalla amarilla de un material indeterminado. Una decena de abejas que se habían instalado en la pantalla de la lámpara huyeron hacia la puerta abierta. Cuando Ingrid retiró las manos sobresaltada, la lámpara cayó al suelo. No le picó ninguna abeja. Se recogió el pelo en un moño y se agachó a recoger la lámpara rota.

De camino, mi padre pasó por delante de la escuela primaria y de la guardería. La escuela de Fårö la van a derribar pronto, la isla se va despoblando con el paso de los años. La guardería aún sobrevive un poco más y por la tarde los niños miran por la ventana y esperan a que los vayan a recoger. Él los intuye con la luz del atardecer, las caras en las ventanas, tres en una ventana, dos en otra. La escuela es un edificio alargado de piedra caliza. Son algo más de las tres. Los niños están decepcionados. No era su coche lo que estaban esperando, lo supieron en cuanto oyeron el ruido del motor. Los niños saben reconocer los distintos sonidos que hacen los coches en la carretera, aunque estén dentro y las ventanas estén cerradas. Antes de que el *jeep* pasara por delante sabían que el coche que estaban esperando no era ese, que no era ese sonido. Que el viejo de las gafas de sol que parecen alas de murciélago no saluda. Nunca saluda. No a ellos. Mira hacia delante, hacia la carretera. Los corderos están en silencio en el campo. No se vuelven hacia él. No balan. No se mueven. Parece que lleven allí mil años y que vayan a quedarse allí mil años más. Solo los turistas más tontos sacan la conclusión de que la isla se llama Fårö porque hay muchas ovejas, que en sueco se llaman *får*. En un principio la isla se llamaba Farøø, y ese «*far*» venía de pasar deprisa por un sitio. Justo en ese momento, quien fue mi padre, quien se refería a sí mismo como un chico de Fårö, estaba pasando deprisa por la carretera y se preguntaba si le daría tiempo a llegar a Karlberga y volver al muelle antes de las tres y media. Mira la hora en el reloj del salpicadero. Son las tres y diez. No, no le da tiempo. Frena, da marcha atrás, gira el *jeep* y se aleja a toda velocidad en dirección contraria. Pasa otra vez por delante de la guardería, las caras pálidas en la ventana, la iglesia, el supermercado, los prados y el molino hasta el final de la carretera. En el muelle lo recibe un cartel grande de color amarillo con letras negras y gruesas: «Los conductores de vehículos que transporten mercancías peligrosas deben ponerse en contacto con el capitán del ferri antes de embarcar». Él no sabe que cuando era niña y estaba tumbada en la cama haciendo listas y

jerarquías de los hombres que mandaban en el mundo, mi padre salía muy arriba, pero el capitán del ferri salía arriba del todo.

Llega a tiempo, a las tres y veintiocho. La barrera se levanta y papá deja que el *jeep* avance despacio por la pasarela. En el puente está el capitán del ferri con su gorro y su chubasquero amarillos. Levanta la mano y saluda.

En abril de 2005 está sentado solo frente al gran televisor de la videoteca viendo el entierro de Juan Pablo II.

Se sabe realmente de memoria los fragmentos de la Biblia que leen.

«En verdad, en verdad te digo que, cuando eras más joven, tú mismo te ceñías e ibas donde querías; pero cuando seas viejo extenderás tus manos, otro te ceñirá y te llevará donde tú no quieras.»

Papá ha adelgazado tanto que se tiene que atar los pantalones con un cordel para que no se le caigan. Una vida en soledad. No come casi nada. Una rebanada de pan tostado y una taza de té para desayunar, leche agria para comer y un trozo de carne o de pescado (sin especias ni verduras) para cenar. Cada día va una mujer y le prepara la cena y recoge y limpia y plancha la ropa. Con el tiempo serán más. Cecilia va varias veces a la semana y lo supervisa todo. A papá no le interesa demasiado la comida. Nunca le ha interesado. La comida es el germen de todo mal y del dolor de estómago. El vino también. Puede que tome una cerveza con la cena. Las ventanas tienen que estar cerradas, la comida (que da dolor de estómago) debe evitarse, el vino no sabe bien y da dolor de cabeza. Ningún exceso. Hay que mantener los horarios.

—Tengo que atarme una cuerda alrededor de la cintura para que no se me caigan los pantalones —me dice por teléfono—, pero la cuerda me la ato yo solo.

El funeral del Papa es un espectáculo grandioso. Grandes procesiones. Suntuosas alfombras, mantos de color púrpura, mitras blancas. Los colores recuerdan a una película que hizo mi padre hace mucho, la de la habitación roja con las mujeres vestidas de blanco. «A veces ocurre —escribió aquella vez— que las imágenes regresan por sí solas, sin que yo sepa qué quieren de mí. Entonces desaparecen y vuelven a aparecer y son idénticas. Cuatro mujeres vestidas de blanco en una habitación roja. Se mueven y susurran entre ellas y son de lo más misteriosas.» Vuelve a mirar las imágenes de la televisión. Cuando entierran al Papa, todo el mundo sabe lo que tiene que hacer. No hay improvisación. La coreografía es simétrica y bella. Él piensa en sus últimas representaciones. *El misántropo. Cuento de invierno*. Echa de menos el teatro. A los actores. Echa de menos levantarse por la mañana y acostarse por la noche y entre una cosa y otra ir a trabajar. Es más divertido que esto. Tiene ochenta y seis años, en verano cumple ochenta y siete, y de vez en cuando se pregunta si la soledad está sobrevalorada. Tal vez vuelva a mudarse a Estocolmo, tal vez rompa con su exilio autoimpuesto, escriba un manuscrito, dirija una obra. Lo que desde luego hará es ir a conciertos, estar donde estén los músicos. Mi padre se queda mirando el ataúd del Papa, una caja sencilla de madera en medio de tanta pompa y boato. «Yo quiero una igual», se dice a sí mismo. Unos días más tarde se monta en el *jeep* y busca un carpintero en Slite. El carpintero es un viejo amigo suyo. Uso la palabra amigo en su sentido más amplio. Conocido sería una palabra más adecuada, mi padre se rodea de lo que Strindberg llama «un círculo impersonal de conocidos». Gente a la que ves y a quien tal vez saludes con la cabeza cuando pasas andando o en coche por su lado, gente que, como tú, se preocupa por la intimidad. Eso es lo que quiere. Ese es el plan. Quiere estar tranquilo. Quiere ir de una habitación a otra de su casa alargada y no decirle nada a nadie. Pero entonces, en los días cálidos de primavera, después del entierro del Papa, se encuentra eufórico e inquieto. Va a ver al carpintero de Slite y le enseña fotos del periódico y le explica. El carpintero da un sorbo al café, negrísimo y sin azúcar. No dice gran cosa. Deja que el viejo le cuente lo que quiere. Mi padre no quiere café. Quiere agua con gas y el carpintero se la da. El carpintero se inclina sobre las imágenes

del periódico. El ataúd del Papa. Una caja sencilla de madera, dice papá. Sin ornamentos. Ya, dice el carpintero. Apura el resto del café, se levanta, saca un bloc de dibujo y un lápiz, se sienta de nuevo a la mesa, se estira y boceta. «Ya sabes que en Gotland no tenemos cipreses —murmura sin esperar respuesta—. Tendrá que ser de pino o de abeto.» Entonces desliza el bloc por la mesa para que papá lo vea. Papá se inclina hacia delante y observa el boceto. Asiente con la cabeza.

—Sí —dice, y vuelve a deslizar el bloc hacia el otro extremo de la mesa—. Justo así.

En la casa de Hammars no había escaleras, y los últimos meses tampoco había marcos en las puertas. Cuando mi padre empezó a depender de la silla de ruedas, Cecilia quitó los marcos de madera para que, al menos en teoría, pudiera moverse de una habitación a otra.

No le gustaba la silla de ruedas. No entendía por qué tenía que moverse en ella y con ella.

Echaba de menos ponerse sus deportivas blancas y pasear por la playa o dar un paseo en bici por el pinar.

Echaba de menos el *jeep* rojo y el ruido que hacía cuando pisaba el acelerador y bajaba deprisa por las estrechas carreteras, por ejemplo de Hammars a Dämba para ver una película, o de Hammars a la iglesia para encender una vela para Ingrid, o de Hammars al muelle del ferri para comprar el periódico en Fårösund.

Hacia el final no tenía una palabra para la nostalgia. No decía «echo de menos» ni «extraño». Que echara de menos el *jeep*, la bici y los zapatos solo es algo que yo me imagino. Y cuando digo «hacia el final» me refiero a las últimas semanas de verano, antes de morir. Varios de sus hijos estábamos en Hammars, hablábamos con él, de uno en uno, pero yo ya no grababa las conversaciones. Él tampoco recordaba la palabra cinta. Ni trabajo. Ni hijos.

En la penúltima grabación que hicimos —fue en primavera— se preguntaba si debería calzarse y subirse al *jeep* y salir de viaje. Toda su vida había deseado estar en Hammars. Poder quedarse allí. No tener que hacer las maletas en otoño y regresar a Estocolmo o a Múnich. Quedarse allí. Pero ahora que estaba allí, se preguntaba si debería marcharse. Tal vez volver a la ciudad. A Estocolmo.

No le gustaba viajar, le daba dolor de estómago, odiaba la idea de moverse de sitio, pensar en calles desconocidas, habitaciones desconocidas, caras desconocidas, voces desconocidas. Viajar les robaba tiempo a las rutinas bien planeadas y trabajadas y, sobre todo, a lo que él llamaba su práctica profesional.

A mucha gente le gusta viajar, pero para quienes no les gusta es algo así: un viaje no es solo el viaje en sí, es todo el tiempo que dedicas a pensar en él, tanto antes de salir como después de volver a casa. No sé si «pensar» es la palabra adecuada en este contexto. Puede ocurrir que consigas no pensar en el viaje, pero no podrás evitar sentirte impregnado de él. El viaje se ha instalado dentro de ti y has de vivir con él mucho antes de emprenderlo y mucho después de que termine. Es como una gripe.

Sin embargo, al final de su vida, cuando aún recordaba la palabra, anhelaba viajar. Lejos de la isla y de vuelta a la ciudad.

*

ÉL: Sí, me encantaría comprarme un pisito de tres habitaciones en algún sitio, cerca de la iglesia

de Hedvig Eleonora, en Storgatan, Jungfrugatan, Sibyllegatan… Tengo ganas de ir al teatro, ir a conciertos. Me resulta difícil renunciar a todo eso.

(Coloca las manos en las ruedas de la silla para mostrarle que las ruedas se quedan quietas por mucho que él mueva los brazos.)

ÉL: Me encantaría vivir en ese pisito… ¿Te acuerdas de Grev Turegatan? Ese era un lugar ideal para mí. Me imagino perfectamente viviendo allí durante el atardecer de mi vida. Pero eso no va a ocurrir, ¿verdad?

(Exhala un suspiro exagerado.)

ELLA: No lo sé… Quizá sí.

ÉL: ¿Quizá sí?

ELLA: Sí, ¿por qué no?

ÉL: No lo sé… Asistir al ensayo de una orquesta, no sé si te lo puedes imaginar, no hay nada igual. Abres la puerta y entras en un auditorio…

*

Siete años más tarde, estoy en el sofá del salón de mi casa de Oslo. Mi marido y mi hija duermen en el piso de arriba. Es de noche, o muy temprano por la mañana, y hace tiempo que hay luz. Escucho las cintas. Son las cuatro. Estoy tumbada con el Mac en el regazo y transcribo todo lo que decíamos, y mientras transcribo traduzco del sueco al noruego. Es liberador. Tal vez porque me convierte en propietaria de las voces. He tomado prestados los cascos grandes y azules de Eva. En la cinta, mi padre dice que tiene ganas de regresar a Estocolmo, irse a vivir a un pisito de tres habitaciones cerca de la iglesia de Hedvig Eleonora. Le quedan dos meses de vida y, a pesar de que no recuerdo esta conversación, me noto en la voz que estoy valorando protestar (sí, pero papá, no puedes mudarte ahora, aquí era donde querías estar) o darle la razón para no discutir (pues claro que te irás a Estocolmo a vivir en un piso) y termino haciendo una mezcla de las dos cosas. «No lo sé —le digo —. Quizá sí.» Y después le digo: «Sí, ¿por qué no?». No hablamos mucho de la muerte, él ya tiene bastante con entender la vida que lleva entonces. El olvido. Los sueños que vienen y van. Todas las ventanas están abiertas de par en par. Las mujeres no saben que las ventanas tienen que estar cerradas. Cecilia no les ha dicho nada al respecto. Es primavera y brilla el sol. Las moscas zumban en el alféizar de la ventana. Él habla a menudo de su ojo. Le da terror la operación del 18 de junio a las tres en el hospital de Visby. Le da terror el viaje en coche. La intervención. El hospital de Visby. Hay más o menos una hora y media de viaje de Hammars a Visby. Él solía decir que ningún chico de Fårö se dejaría ingresar voluntariamente en el hospital de Visby.

«Si te ingresan en el hospital de Visby, no saldrás de allí con vida. Mejor morir en casa que en el hospital de Visby.»

*

Mapa de los inicios del corazón:

El tubo cardiaco primitivo se alarga durante la mitad de la quinta semana de gestación, al principio en la forma de la letra C y después en la de una S comprimida.

Cuando estaba embarazada de Eva, mucho antes de saber que se llamaría Eva, me desperté una noche con espasmos y hemorragias. Estaba de tres meses. Había perdido dos embarazos el año anterior. Uno en la semana doce. Otro en la diez. Era como la mayoría de las embarazadas. Sabía exactamente en qué punto me encontraba y esa noche estaba en la semana once.

Era el verano de 2003 y llevábamos unos días en la isla. Vivíamos en la casa de Ängen. Habíamos llevado al perro. No es el que tenemos ahora, sino uno que se llamaba *Brando*, por Marlon. Era un perro grande. No me había atrevido a decirle a mi padre que nos lo habíamos llevado. Cuando venía de visita a Ängen encerrábamos al perro en una de las habitaciones del piso de arriba con la esperanza de que no se pusiera a ladrar o a gemir. No quería que papá se enfadara, que dijera que teníamos que mandar el perro a casa o irnos nosotros también, elegir entre el perro y él, porque él no quería un puto bicho correteando de acá para allá. Yo tenía náuseas todos los días y a menudo no era capaz de levantarme por las mañanas. Mi marido escribía por las mañanas y se llevaba a los niños a la playa por las tardes. Ese verano no escribí ni una palabra y casi nunca fui al cine de tarde en Dämba. Me daba miedo vomitar en las butacas verdes y que me echaran de allí para siempre. Mis hermanas decían que eso no iba a ocurrir. Ingmarie también había tenido náuseas cuando estaba embarazada, me dijo. Es una cosa de familia. Me gustó que dijera que era «una cosa de familia». Nadie te va a echar del cine, pero si tienes ganas de vomitar tan a menudo, tal vez lo mejor sea que te quedes en casa de todas formas. Cuando me quedaba sola en casa, el perro se subía a la cama y se tumbaba contra mi vientre y me calmaba las náuseas. Mi marido había puesto una tele y un vídeo en el dormitorio y el perro y yo nos pasamos día tras día en la cama y nos tragamos la primera y la segunda temporada de *Los Soprano*.

Mi padre me llamó y él también me habló con delicadeza:

—¿No vienes hoy? Te pondremos una manta en la barriga. Te irá bien para las náuseas. Vamos a ver la de Gregory Peck.

—¿Cuál?

—Sí, ¿cómo se llama? Una de esas dos..., la de Gregory Peck.

Ese verano éramos cinco en Ängen. Mi marido, mi hijo, el hijo y la hija de mi marido y yo. Me desperté y me dio miedo que pudiéramos perder el bebé. Mi marido despertó a los dos mayores y les dijo que nos íbamos al hospital y que los mayores tenían que cuidar de la pequeña y ocuparse de que desayunara, y que no se olvidaran de pasear al perro, pero no cerca de Hammars, sino en el bosque o en el campo junto al muro, les dijo, y entonces nos fuimos al hospital de Visby. En el coche dije:

—Mejor morir en casa que en el hospital de Visby.

Y él me respondió:

—A veces le das demasiada importancia a lo que dice tu padre.

Los trabajadores del ferri estaban prevenidos. Sabían hacia dónde nos dirigíamos y por qué motivo, así que esa mañana el ferri nos esperó. Los pasillos del hospital estaban en silencio, la matrona estaba en silencio, susurraba —así lo recuerdo—, me susurró que teníamos que hacer una ecografía y nos envió a mí y a mi marido hacia el final del pasillo, con el médico.

Me tumbé y me tapé la cara con las manos. Mi marido estaba de pie a mi lado. No era la primera vez que estábamos así. Hemorragia. Espasmos.

Después de un rato, el médico me tocó el brazo con delicadeza.

—Mira —me dijo.

Mi marido me retiró las manos de la cara.

El médico señaló la pantalla y movió el dedo despacio por ella, como si nos estuviera mostrando un mapa raro, y entonces, cuando no nos podíamos creer lo que veíamos y lo que nos contaba, subió el volumen para que pudiéramos oír que el corazón latía.

*

En la penúltima grabación, mi padre dice que quiere vivir en un piso de tres habitaciones, después dice que quiere vivir en un piso de una habitación y después abre la puerta y entra en un auditorio tan grande que hay pájaros revoloteando por todas partes.

ÉL: Y abro la puerta y hay ciento cincuenta músicos y sé que entonces me espera una experiencia enorme e inanalizable..., no analizable..., inexplicable. Una sinfonía de Beethoven. O la *Pasión según san Mateo* con coro y orquesta. Es abrumador. E imposible de describir. Es lo mejor de la vida.

ELLA: ¿Es eso lo mejor de la vida?

ÉL: Así es. Sí. Es lo mejor que tenemos.

Dämba consiste en una vivienda principal, un anexo, un cine y un molino convertido en apartamento con una minicocina en la planta baja, una escalera empinada y un pequeño dormitorio con una cama grande en el piso de arriba. Cuando mis hermanos y yo éramos más jóvenes e íbamos a Fårö con nuestros novios, el molino se reservaba para los recién enamorados.

—Si se folla con ganas —decía mi padre, y señalaba las cuatro aspas del molino, que llevaban cien años sin moverse—, las aspas volverán a girar.

En los viejos tiempos, la escalera del anexo estaba en la parte exterior de la casa, así que para subir a la planta de arriba había que salir, subir y volver a entrar. Más tarde se hicieron obras en el anexo y se metió la escalera.

En el cine hay cuatro escalones anchos y bajitos en el lado izquierdo, uno por cada fila de asientos verdes, y en la sala de proyecciones hay una escalera estrecha y empinada que conduce a lo que antes era la sala donde se cortaban las cintas y después se convirtió en un archivo y el despacho de Cecilia.

En el edificio principal hay una escalera vertiginosa en el recibidor. Y fuera, en línea recta desde el cine, la finca, la puerta y el jardín, hay una escalera sencilla de madera con una barandilla pintada de azul.

En los cuarenta años que han pasado desde que mi padre tiene una casa en la isla, ha trabajado con arquitectos locales, constructores, carpinteros y ebanistas. Nunca le ha dado pereza renovar y ampliar las casas. He leído que los carpinteros que hacen ataúdes en Slite vinieron a construir varias de las escaleras.

Mi marido, nuestra hija, el perro y yo nos mudamos a la isla a finales del verano de 2008 y vivimos un año allí. Ahora que mi padre había muerto, teníamos que supervisar las casas hasta que estuviera claro lo que iba a ocurrir con ellas. El primer otoño e invierno vivimos en Ängen. Eva iba a la guardería. Le dije a mi marido y a Eva que éramos isleños y no protestaron, pero nadie en la isla nos veía como tales. Éramos forasteros. No encajábamos allí.

El primer otoño, cuando aún vivíamos en Ängen, Eva recibió una carta del padre de mi marido, su abuelo, bibliotecario de la universidad, que murió unas semanas más tarde. Eva tenía casi cinco años y recibió la carta con alboroto porque era la primera vez que recibía algo a su nombre. En el sobre había una postal, una imagen brillante de un gatito marrón grisáceo en una bolsa de terciopelo azul. En el reverso podía leerse:

> Queridísima Eva:
>
> Aquí viene un gatito noruego desde Noruega a saludarte. ¿Ves que tiene los bigotes blancos? El abuelo y la abuela tienen ganas de volver a verte. Hoy he pasado por delante de tu guardería en Frognerparken, pero todos los niños se habían escondido dentro, así que solo he oído sus voces.

Tras un largo invierno nos mudamos a Dämba. El verano también fue largo y silencioso y demasiado cálido y húmedo. Por las noches bajábamos los colchones y la ropa de cama al salón, donde estaban los dos pianos de cola. Käbi solía tocarlos, ensayaba con uno y tocaba con el otro. Ahora estaban tapados con una funda negra, como los caballos en invierno.

El salón de los pianos de cola era la habitación más fresca de la casa. Nos tumbábamos en el suelo todos juntos: mi marido, Eva, el perro y yo.

Una mañana de agosto, mi marido cogió el coche y se fue a Oslo. Tardó dos días y pasó la noche en Örebro. Allí iba a encontrarse con la mujer de las muñecas finas. Llevaba mucho tiempo planeándolo, pero yo por entonces no lo sabía. Recuerdo que cuando se fue cruzó el camino de grava deprisa, demasiado deprisa, pensé, pero era cierto que tenía que coger dos ferris. Nos íbamos a mudar de nuevo a Oslo. Él se había llevado al perro y parte de las cajas en el coche. Eva y yo y los mayores íbamos a ir en avión dos días más tarde. Cuando dejé de oír el coche salí y me senté en el banco que estaba delante del cine. Llevaba las llaves del cine en el bolsillo. Ese año tenía todas las llaves de todas las casas y una vez paseé por todas las habitaciones de Hammars y me senté en todas las sillas y me tumbé en todas las camas, curioseé en todos los armarios de la cocina, me tomé un vaso de agua en el despacho y abrí todas las ventanas.

Las casas estaban a la venta y yo pensaba que todo ese pasearse por las habitaciones y estar tan triste como una casa abandonada terminaría enseguida.

Abrí la puerta de color rojo óxido del cine. En la pared había un tapiz con todos los personajes de *La flauta mágica*. Cuando Ola era pequeño y le dejaban venir a ver una película, se acercaba al tapiz y señalaba los personajes y decía todos sus nombres: Sarastro, Monostatos, Pamina, Tamino, Papagena, Papageno y la Reina de la Noche. Subí la escalera hasta la sala de proyección y de allí al antiguo despacho de Cecilia. Cuando murió mi padre, Cecilia se fue para siempre de la isla. «Mi tarea ha terminado», dijo antes de marcharse. El despacho estaba desordenado. Papeles y carpetas que ninguno de nosotros se había atrevido a revisar. Tenemos que juntarnos y dedicar un día a poner orden. Cogí el aspirador y lo bajé y aspiré las butacas y la moqueta verde. Había moscas muertas por todas partes. Después volví a subir el aspirador al despacho, apagué la luz, salí, cerré con llave y me senté en el banco.

En cuanto me senté, un hombre joven se acercó en bicicleta. Le costó cruzar la última verja y me di cuenta de que no era de la isla. La bicicleta era blanca, el hombre tenía el pelo oscuro, pantalones cortos marrones y una camiseta amplia y negra. Entró en la finca y dio una vuelta para mostrarme que estaba allí y después frenó, pero no se bajó de la bici.

—Hola —dijo en inglés, pero con acento.

—Hola —respondí, y miré hacia otro lado.

Él frenó justo delante de mí. Si extendía los brazos podría tocarlo o, aún mejor, tirarlo de la bicicleta.

—¿Esto es el cine? —preguntó.

—Sí —le respondí—. En realidad, es un granero.

—El cine del maestro —dijo, casi sin aliento.

Yo miré hacia otro lado. No dije nada.

—He venido desde Alemania —añadió él.

—En bici —apunté.

Él soltó una larga y sonora carcajada. Entonces dejó de reírse tan bruscamente como había empezado.

—No, la bici la he alquilado en Fårösund. Pero he venido desde Alemania... para conocer al maestro.

—¿De qué parte de Alemania?

—Hamburgo.

—La persona a quien has venido a conocer ha muerto, lamentablemente —le dije—. Murió hace dos años.

—Lo sé, pero siento su presencia por todas partes. Este viaje es una especie de peregrinación, ¿sabes?

El hombre se bajó de la bicicleta, la dejó caer en la hierba y se sentó a mi lado en el banco.

—Te he visto salir del cine —me dijo—. Tienes las llaves. ¿Me puedes dejar entrar a verlo?

—No —respondí.

Se quedó pasmado. Y lo sabía. Como si en vez de decirle que no le hubiera dicho: «Muéstrame qué aspecto tienes cuando te quedas pasmado».

—¡¿No?! —exclamó.

—No —repetí.

Se me quedó mirando.

Me levanté, me metí las manos en los bolsillos y miré la bici que él había tirado en la hierba. Volví a sacar las manos de los bolsillos, levanté la bici y la apoyé contra el muro de piedra caliza.

—Pero si te he visto salir de allí ahora mismo —me dijo—. Tienes las llaves.

—Puede ser —le respondí—. Pero no tengo ganas de volver a entrar. Ha sido un poco raro…

Me corté a mí misma. No quería darle explicaciones.

Él se levantó.

—¿Que no tienes ganas? —exclamó—. ¿No tienes ganas de perder cinco minutos de tu valioso tiempo en enseñarme su cine?

—No.

—¿No? —Se sentó y se volvió a levantar y me miró, casi rogándome—. Pero vengo desde muy lejos.

—Lo siento.

Se fue hacia la bici, se montó y se puso a pedalear. Enseguida se dio la vuelta.

—No eres una persona muy agradable —exclamó—. He conocido a mucha gente en este viaje y todo el mundo es amable, pero tú no lo eres.

Después cruzó la finca hacia la carretera.

—Espera —exclamé.

Sus piernas pálidas contrastaban con los pantalones cortos de color marrón.

—Espera —exclamé de nuevo, y eché a correr tras él.

Él se detuvo y se dio la vuelta. Apoyó los pies en el suelo. Corrí por el camino. Estábamos cada uno a un lado de la verja. Él tendría veintipocos años.

—Ven —le dije ya más tranquila—. Te abro para que veas el cine.

—No —dijo, y se cruzó de brazos.

—Que sí, no pasa nada —dije, y me acerqué un poco más—. Es que se me ha hecho raro que vinieras. Estaba aquí sola y de repente has aparecido y…, pero vuelve y te lo enseño.

—No —dijo él—. Ahora es demasiado tarde. Ya no me apetece.

Se dio la vuelta, apoyó los pies en los pedales y se marchó. Yo me quedé en el camino mirándolo hasta que se volvió y exclamó por última vez:

—No quiero. ¡Me has fastidiado la experiencia!

Ese verano subí y bajé corriendo las escaleras varias veces para ver durante cuánto tiempo podía hacerlo sin parar. Le hablé a Eva del fantasma de las lilas. El abuelo, a quien ella casi no recordaba, solía decir que, si no querías que te visitara el fantasma, había que dejar tenedores y cuchillos en los escalones. Eva pensó que eso teníamos que hacer nosotros, y por la noche me preguntó por qué le había contado esa estúpida historia de los tenedores y los cuchillos, que tenía miedo y no podía dormir.

«Enséñales la belleza del olvido», canta Lou Reed en una canción sobre todas las cosas que tienes que recordar enseñarles a tus hijos. No recuerdo casi nada del entierro de mi padre. Recuerdo que la sacerdote tenía una rosa en el pelo, que era largo y abundante, y que cantó una canción en un dialecto que me resultaba incomprensible. Recuerdo que el violonchelista tocó la zarabanda de la *Quinta suite para violonchelo* de Bach. Recuerdo que el actor que una vez hizo de Hamlet se echó a

llorar y lloró tanto que terminó hipando. Recuerdo las flores rojas sobre el ataúd. Y recuerdo que el día consistió en procesiones infinitas, entrando y saliendo del coche, entrando y saliendo de la iglesia y después, al final, el largo camino a través del cementerio y hasta la tumba, que estaba preparada para recibirlo.

Al final del sexto y último día de grabaciones, mi padre y yo hicimos un plan. Íbamos bastante bien con el trabajo —o el proyecto— o el libro, y cuando se va bien con algo surgen preguntas inconscientes sobre cómo continuar. *How to proceed*. Es el 10 de mayo de 2007. Me voy a ir a Oslo.

—Bueno —le digo.

—Bueno —me dice.

—Bueno —repito—, volveré dentro de poco más de dos semanas y entonces retomaremos el hilo.

Ese era el nuevo plan. Me marchaba, pero iba a volver. Retomaríamos el hilo.

Pero cuando regresé, él estaba tan enfermo que ya no pudimos seguir viéndonos a la hora convenida ni grabar las conversaciones en una cinta. Él lo había olvidado todo. El proyecto. Las cintas. A mí.

Sobre el trabajo que ya estaba hecho se puede decir lo siguiente: cada vez que nos reuníamos, terminábamos el día con un ritual. Primero repetíamos varias veces que ya era hora de terminar. Después hablábamos un poco de la comida del día y después lo acercaba en la silla de ruedas al escritorio. Ahí estaba la agenda, también llamada diario. Pasaba las páginas y buscaba el siguiente día que íbamos a vernos y anotaba una hora. De vez en cuando hablábamos de si deberíamos quedar a una hora distinta de las once. Pero la conversación siempre terminaba con que nos veríamos a las once. Y entonces, como para sellar el acuerdo, escribíamos nuestros nombres en la agenda. Yo escribía su nombre y él escribía el mío. Este ritual duraba alrededor de veinte minutos. Él escribía despacio, mi nombre tiene cuatro letras. Él estaba en la silla de ruedas, yo estaba de pie a su lado y él escribía mi nombre en la agenda. Le temblaba el pulso, yo tenía que meterme las manos en los bolsillos para evitar quitarle el bolígrafo y terminar la tarea, una ene y otra ene más, así, ya está.

Necesita cuidados o ayuda o atención las veinticuatro horas del día. Seis mujeres se turnan para ocuparse de él, pero es Cecilia quien toma las decisiones. Cecilia quien ponía las películas cuando él aún veía películas. Cecilia quien lo encontró en la cuneta cuando se salió del camino. Cecilia quien sacó los cartuchos de las escopetas cuando murió Ingrid.

El plan de mi estancia en Hammars —que terminaría pronto porque tenía que irme a Oslo— era que papá y yo nos viéramos todos los días. No fue así. Tampoco nos vimos cada dos días. Esa primavera papá se deterioró muy rápidamente. No sé si deteriorarse es la palabra adecuada. Hacerse mayor es una coreografía compleja, una combinación complicada de rápido y lento. No hay pausas. Ni de día ni de noche. De vez en cuando escuchábamos música en lugar de hablar. Una vez le pregunté si le apetecía escuchar algo de *blues* o de *jazz*, o tal vez un poco de góspel. Mahalia Jackson, por ejemplo. Pero él me dijo *shhh*. O me dijo *Bach*. Y después negó con la cabeza.

Cuando le preguntaron a Pau Casals por qué seguía ensayando todos los días con el chelo después de cumplir noventa años, él respondió: «Porque creo que estoy mejorando».

De vez en cuando no podía levantarse por las mañanas, y entonces yo me sentaba junto a él al borde de la cama. De vez en cuando llamaba una de las mujeres que se ocupaban de él y decía: «Hoy no te puede recibir». O: «Hoy no puedes venir». O: «No quiere que vengas hoy». Yo no sabía si

los recados provenían de él o de las mujeres o de Cecilia. Yo no sabía si él sabía quién era yo cuando yo no estaba allí. Los días y las caras y las voces se mezclaban y se confundían. Una niebla se extendía sobre Hammars y sobre todos los que iban y venían.

Cecilia con su melena larga y oscura y su bello rostro escribió una nota que dejó en la mesa de la cocina: «Quiere estar tranquilo y hay que dejarlo tranquilo. ¡Mañana no vengas!».

Cecilia tenía su propio plan y su propio acuerdo que no coincidía en absoluto con el mío.

*

Mi padre tenía la rara cualidad de hacer que los demás se sintieran únicos. Te daba la mano y decía: ven conmigo, y durante un instante o incluso un ratito sentías que tal vez eras la primera persona del mundo a quien se lo decía. Que estabais los dos solos contra el mundo. Aun cuando estaba muy mayor y tuerto y escuálido y se olvidaba de las cosas y la úlcera de la boca era tan grande que casi no podía mover la lengua, cuando no era más que un hombrecito en una silla de ruedas encerrado tras siete puertas, incluso entonces tenía esa cualidad.

«Quédate conmigo. No te vayas de mi lado. Eres la única persona a quien le permito entrar en mí.»

Tal vez dijera: Somos iguales tú y yo. Hijos pródigos. Hermanos en la noche.

Te quiero, no te quiero, te podría querer, te quería, eres lo que más quiero. Si papá hubiera sido una canción, sería —si pensamos en todas las mujeres, todas las rupturas, todos los remordimientos, todas las palabras— una canción con elementos del *blues* y del *country*, dos géneros que no cultivó.

Estoy tratando de entender algo sobre el amor y sobre mis padres y sobre por qué la soledad tuvo un papel tan importante en la vida de ambos y por qué los dos, más que nada en el mundo, tenían tanto miedo a que los abandonaran.

Esto es un párrafo de una carta de amor escrita en 1958 (dirigida a Käbi, la cuarta de las cinco mujeres):

> Hoy he recibido cuatro cartas encantadoras de una persona queridísima. En una de esas cartas me pregunta por qué la quiero tanto y por que «justo a ella».
>
> ¿Trato de responder o evito hacerlo con una niebla de bellas palabras que fluyen desde mi pluma?
>
> Lo que pasa con el amor es que es una palabra tan peculiar, maltratada y triste que no quiero amarte. Pero tal vez intente de todas formas explicar algo que me llena y crece y se hunde en mí como un lago.

Cuando se mudó a Hammars definitivamente, Cecilia le hizo una promesa a su jefe. Nunca había sido como un padre para ella, no creo que lo vieran así, ni un novio tampoco, ni un hermano ni un amigo. ¿Qué era entonces? Solían reunirse por las mañanas, se escribían notas el uno al otro que estaban vacías de sentimientos, pero llenas de abreviaturas —máx., min., ej., etc.—. Mensajes cortos sobre asuntos prácticos. Tareas domésticas, economía, relaciones laborales, reparaciones. Mi padre no era un hombre práctico. A diferencia de mi suegro, no podría salir al bosque y buscar mangos para cuchillos y hachas, pero entendía el significado de las cosas prácticas. Una buena pieza de artesanía. Las cosas bien hechas.

«Si no se tiene en cuenta lo práctico, corazón, si no estableces unos cimientos prácticos cuando construyes tus relaciones, ya te puedes ir olvidando. El amor sin sentido práctico está condenado a morir. No se puede..., a ver cómo lo digo... No se puede construir una casa con un puñado de arena y un millón de palabras bonitas.»

Mi padre exigió promesas a las mujeres durante toda su vida. La primera fue su madre, Karin, la de los ojos oscuros. La última fue Cecilia.

¿Qué le pasaría cuando fuera tan viejo que no pudiera cuidarse a sí mismo?

Está lleno de energía, ha vendido el apartamento de Estocolmo, por fin va a vivir en Hammars todo el año, es primavera, todo está cubierto de anémonas del bosque y él tiene ganas de empezar su nueva vida como un chico de Fårö. Entonces, ¿a qué viene esto ahora?

> Hay una chica junto a la barandilla, está de espaldas, mira hacia abajo, al mar, como si quisiera saltar. La lluvia arrecia. Él va de camino a Fårösund para comprar los periódicos. La chica se queda quieta. Quiero que se vuelva y lo mire. Es joven, él se da cuenta al mirarla de espaldas. El ferri retumba. La lluvia arrecia y él pone..., ¿cómo se llaman? Algo se detiene. Todo sigue su ritmo, pero algo se detiene dentro de él. La chica no se da la vuelta. Llueve y la chica mira al mar, se inclina sobre la barandilla y él se pregunta si va a saltar y pone los..., pero ¿cómo se llaman? Lo que se pone en un coche cuando llueve y se mueve de un lado a otro y hace flis, flis, flis.

Estaba montado en el *jeep*, la lluvia arreciaba y a él se le había olvidado la palabra «limpiaparabrisas» y ¿qué va a pasar cuando no pueda ocuparme de mí mismo, cuando la cadera y el ojo me fallen, cuando todas las palabras desaparezcan de mi mente?

Durante toda su vida mantuvo una lucha con el idioma, con la escritura. Las hojas amarillas y los bolígrafos. La puerta tras la cual se encerraba. Las estrictas reglas que le habría gustado romper, pero que no se atrevía a romper, no en la escritura, solo cuando rodaba, rodeado de actores, fotógrafos, técnicos de sonido y técnicos en general. Gente que sabe hacer su trabajo. Colegas. *Arbetskamraterna*. La palabra más bonita de la lengua sueca. Pero la escritura sucede sin ellos. Los únicos que se encuentran en el despacho cuando escribe son los fantasmas. Los vivos y los muertos. Y algún que otro maldito crítico *(te desprecio y te odio y te deseo todo lo malo y además deseo que al menos una vez en la vida tengas que enfrentarte a tu propia vileza)*. El silencio de la sala de escritura no es amigable que digamos. Las palabras no llegan o lo hacen en el orden equivocado. Las frases se enrollan sobre sí mismas y no tienen ni principio ni final. Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo, escribió Wittgenstein, pero ¿qué ocurre ahora?, pregunta el chico de Fårö. ¿Qué ocurre ahora que estoy perdiendo el lenguaje? Dentro de poco solo quedarán astillas.

Se incorporó en la cama y dijo: Vivo en una perplejidad babilónica.

Y todo lo que puede decirse sobre el trabajo de escritura también se puede decir sobre hacerse mayor. Citando de nuevo a Strindberg: «Esta discrepancia entre yo y mi paisaje me tensa tanto que quiero romperme y escapar». Pero no, no es del todo cierto. Resulta que es divertido escribir. Es fácil escribir. Resulta que puedo escribir sobre lo que sea y donde sea, que puedo hacer el pino y escribir. Que el mundo se vuelve grande. Que el mundo se vuelve nuevo. Es en situaciones como esa, habría dicho él, cuando uno se atreve a decir una palabra como «misericordia». Cuando el día y la luz y la escritura parecen fáciles.

Pero hacerse mayor no es así.

«Creo que envejecer es un trabajo duro, difícil y muy poco glamuroso, con jornadas muy largas.»

Strindberg lo mira con desdén desde la pared cada vez que se levanta del escritorio y pasa por todas sus habitaciones vacías como si fueran una sala de baile con mil ventanas, piensa.

«Muchas cosas se vuelven decisivas cuando uno intenta examinar un suceso en retrospectiva, con el plano delante —escribió mi padre en una de sus novelas, una de las tres que tratan sobre sus padres—. Un suceso que, además, está hecho de astillas sueltas. Hay que complementarlo con

sentido común e imaginación. A veces oigo sus voces, pero muy bajito. Me animan o me llevan la contraria diciéndome que las cosas no fueron así para nada. Que no fueron así de verdad.»

Un día citó a Cecilia. Escucha, Cecilia. Confío en ti. No me quedan muchos años. Y resulta que se me olvidan las cosas. Las palabras. Limpiaparabrisas, por ejemplo. Bueno, no es nada de lo que preocuparse. Sucede con la edad. No me quejo, tengo ochenta y cuatro años, no me quejo, pero estoy un poco sorprendido: en fin, estoy envejeciendo. Todo me resulta un poco cómico, el cuerpo no colabora, los achaques. Existen muchas formas de asombro y esta es una de ellas. El asombro me hace compañía. Pero... (apoya su mano, grande, sobre la estilizada mano de Cecilia)... Tienes que prometerme que harás lo que te pido y que no te marcharás hasta que todo acabe. Y lo que te pido es lo siguiente:

No quiero ir a una puta residencia. Quiero morir en mi propia casa, en mi propia cama. No quiero quedarme indefenso y a cargo de mis hijos. No quiero estar expuesto a chapoteos emocionales. Quiero estar rodeado de paz y de orden. Y tener una muerte amable.

La primera vez que dijo que quería ir a ver a su madre a Våroms le respondí: Pero tu madre está muerta, papá, ya lo sabes, murió hace muchos años. Él se enfadó y no quiso hablar más conmigo y le pidió a Cecilia que llamara un taxi. No sé si el taxi iba a ser para él o para mí, y Cecilia se encogió de hombros, siguió con lo que estaba haciendo y después de un rato él ya se había olvidado de todo. La segunda vez que dijo que quería ir a ver a su madre a Våroms le dije: Pero no sé muy bien cómo podemos llegar hasta allí, no estamos seguros de que ella esté allí, y él me miró un buen rato, qué estás diciendo, y le pidió a Cecilia que llamara un taxi. La tercera vez que dijo que quería ir a ver a su madre, yo no quería que llamara a Cecilia y no quería saber nada del taxi, prefería irme con él a Våroms.

Aquí podría yacer yo, dijo, o algo parecido. Sí, pero espera, le dijo al sacristán. En primer lugar, es la familia quien elige la tumba, pero esto no se lo dijo a mi padre. ¿Quién tiene la potestad sobre un cadáver, los vivos o el muerto? ¿Somos nuestro cuerpo muerto? En caso de que así sea, no lo somos durante mucho tiempo. El cuerpo se vuelve tierra y entonces le da lo mismo dónde esté enterrado, mientras esté enterrado. O incinerado. O perdido en el mar, como tantos en la isla durante siglos. En la iglesia hay dos cuadros. Uno más grande, de 1618, y uno más pequeño, de 1767. Ambos representan a cazadores de focas, a la deriva en placas de hielo. Me imagino que el sacristán piensa en los hombres que hace siglos murieron de frío muy juntos sobre una placa de hielo. Es primavera, la luz del sol baña a los dos hombres mayores, pero ninguno de ellos se quita la chaqueta. Bendita sea la tierra que nos acoge una y otra vez desde el principio de los tiempos. Mi padre mira las lápidas y el cementerio, que está rodeado de árboles de hoja ancha. Los dos hombres no hablan mucho. Ven, dice el sacristán, si caminamos un poco más te enseñaré un lugar aún más bonito.

Si se cruza el cementerio, como hicieron ellos aquella vez en 2005 o 2006, se llega a un muro de piedra y, detrás del muro, hay un prado donde pacen los corderos en verano.

¿Aquí, en una esquina contra el muro de piedra?

Mi padre y el sacristán se quedaron allí un buen rato. Una suave brisa acariciaba las copas de los fresnos. Ninguno de los dos dijo nada. ¿Cuánto tiempo estuvieron allí de pie? El suficiente para que mi padre, según cuenta la historia, se decidiera.

Cada verano dejaba una nota de bienvenida en la mesa de la cocina de Ängen o de Dämba o de Karlberga.

LUNES A LAS 19 H
¡Querida
Hija
Pequeña!
Recibe Una
Cálida
Bienvenida
TU ANCIANO PADRE

Mañana hablamos sobre las once, si te apetece.

Cuando yo tenía diecinueve años, él se fue de viaje a Grecia. Decía que era un viaje en el tiempo, de vuelta a la Antigüedad. Se enfrentó a su miedo extremo a viajar —el miedo a la libertad, a lo desconocido, a la ingravidez— y voló de Estocolmo a Atenas, donde lo recibió una comitiva de personas importantes con bandas cruzadas sobre el pecho, trajes y corbatas y vestidos, cámaras de televisión y de fotos y flashes y una voz ronca de mujer que gritaba más alto que el resto de las voces: «¡Bienvenido, Maestro!». Iba a dirigir *Las Bacantes* de Eurípides en el Dramaten de Estocolmo y viajó con su propia *troupe* de asistentes, técnicos, coreógrafo y dramaturgo. Iban para aprender. Iban para ver. Iban para visitar el oráculo de Delfos y trepar por el gran teatro de Epidauro.

Ingrid estaba allí y le daba la mano. Yo también estaba. Papá y yo no habíamos hablado demasiado en los últimos años. Yo vivía en Nueva York, había viajado a Estados Unidos, Francia y Oslo, e iba a Fårö en verano, donde pasaba el tiempo con novios y hermanos. Él vivía en Estocolmo, yo era adolescente, él era «tu anciano padre», como se refería a sí mismo las pocas veces al año que hablábamos por teléfono, nos separaba (como ya había señalado cuando yo era pequeña) una gran diferencia de edad, pero una vez sugirió —para sorpresa de ambos, creo— que debería ir con ellos a Grecia. Que fuera a Estocolmo y viajara a Atenas con Ingrid y con él. Yo estudiaba Literatura en la universidad y podía participar en conversaciones sobre Eurípides, por ejemplo. «Sí, mírala, ahora estudia y se da aires. Dentro de nada se hará crítica. Yo no quiero saber nada, ya te lo digo ahora. La desheredo. Dos cosas, corazón: no quiero que te hagas crítica y no quiero que hables mal de la casa real. Silvia es toda una reina. Solo hay que ver con qué elegancia se mueve.»

Iba a ser un viaje hacia el tiempo de los grandes teatros, dijo. Una peregrinación.

En el coche de camino al aeropuerto de Arlanda, Ingrid estaba alterada porque yo llevaba unos vaqueros rotos.

A mi padre: ¿No tiene ropa decente para viajar?

A mí: ¿No tienes ropa decente para viajar? ¿No podrías al menos haber elegido unos pantalones sin agujeros?

Papá estaba aterrorizado por el viaje y se había tomado un valium. Llamaba la atención lo tranquila que sonaba su voz. Era como si él se hubiera quedado en casa, en Karlaplan, y hubiera mandado a otra persona en su lugar equipada con su ropa y con su cuerpo y con sus rasgos característicos y una voz pregrabada. Dijo que estaba de acuerdo con Ingrid, pero que ella no sabía que las chicas de hoy en día se compraban los vaqueros con los agujeros ya hechos, que mis vaqueros no estaban viejos, todo lo contrario, que estaban por estrenar, y que los rotos y los agujeros y los cortes del muslo, la rodilla y el resto de la pierna no eran un símbolo de desaliño, sino una prueba de que había intentado arreglarme.

Se volvió hacia mí y sonrió.

Íbamos en primera. Ingrid y papá se sentaron en la segunda fila. Yo en la primera. A mi lado iba un hombre de negocios corpulento y arrogante. Era británico. Bebía whisky y leía el *Financial Times*. Miraba con desdén mis vaqueros rotos. Se me helaban las rodillas, se me helaban los brazos.

Los asientos eran grandes, pero yo me pegué a la ventana y deseé poder colarme por ella y

desaparecer. Veía las nubes debajo de mí y oía a papá respirar detrás. El hombre de negocios abrió el periódico y se ensanchó más aún. Me quedé sentada con su periódico en la cara y su codo clavado en el costado. ¿Tal vez no había visto que yo estaba sentada a su lado? ¿Tal vez no había visto mis vaqueros rotos y mis rodillas heladas? ¿Tal vez yo era invisible? ¿Qué era peor? ¿Vista o no vista? ¿Visible o invisible? Fuera como fuera, tenía el codo del hombre de negocios en el costado y la portada del periódico en la cara. Mi padre debió de ver todo eso por la rendija que separaba los asientos, porque se levantó, se inclinó hacia delante, extendió los brazos como un águila real extiende las alas y le dijo al hombre de negocios en su inglés medio alemán medio ruso:

—Quita el puto brazo de su asiento. Y el periódico también. Esa chica que tienes al lado es mi hija. Mi hija.

Y el hombre de negocios se puso como un tomate y se quedó mudo. Cerró el periódico, movió el codo. Todo esto con mi padre inclinado sobre nuestros asientos como una nube negra del cielo que se veía a través de la ventanilla.

El hombre de negocios me miró a los ojos. Casi sentí pena por él. Me sonrojé cuando me dijo:

—*I apologize, Miss.*

Mi padre profirió un sonido, una especie de mezcla entre un carraspeo y un relincho, y se volvió a sentar y no dijo ni una palabra durante el resto del vuelo.

En el año 340 a. C., el arquitecto Policleto construyó el gran teatro al aire libre de la ciudad de Epidauro, ciudad natal de Asclepio, dios de la curación y la medicina. El teatro era el lugar más importante para quienes estaban enfermos y querían curarse. Tenía el tamaño suficiente para albergar a más de trece mil espectadores. La acústica del teatro es tal que puedes oír a los actores desde cualquier asiento. Antes se pensaba que el viento era lo que llevaba el sonido al público de la fila de arriba o que las máscaras que llevaban los actores funcionaban como una especie de caja de resonancia. Pero más tarde se ha descubierto que los asientos, o los escalones, funcionan como trampas acústicas que filtran el ruido, por ejemplo el del viento, de manera que los espectadores experimentan un fenómeno neurológico que se llama «*virtual pitch*», en el que el oyente rellena los sonidos que faltan.

La noche antes de viajar de Atenas a Epidauro cenamos en un restaurante. Papá y yo nunca habíamos ido a un restaurante fuera de Suecia y nunca con personas desconocidas, salvo aquella vez que yo era pequeña y nos esperó a mamá y a mí en un restaurante en Múnich y no quiso abrazarme porque yo había estornudado. No estornudé porque estuviera resfriada, como él creía, sino porque llevaba casi un año sin verlo y cuando me miró me empezó a picar la nariz. ¿Se fijaría en que me habían quitado el aparato? ¿Pensaría que estaba más guapa? Pero ahí estábamos, en Atenas, en un restaurante, con gente sueca y griega del ámbito universitario y del mundo del teatro y papá estaba ahí con su camisa de cuadros de franela y aceptó que le sirvieran vino a pesar de que no le gustaba el vino y que le dieran pan a pesar de que no acompañaba con pan las comidas, y me fijé en que se había peinado el pelo tan pegado a la coronilla que parecía que se hubiera puesto una cortina y en que su pronunciación en inglés resultaba cómica, y me pregunté si el resto de la gente pensaría lo mismo y me pregunté también si era cierto eso que solía decir de sí mismo, que en muchas situaciones se sentía como su propio primo.

Levantó la copa de vino y señaló el pan y, con una voz que sonaba como si hubiera ido al guardarropa del teatro y la hubiera tomado prestada de alguien que se pasaba el día de paseo por los grandes bulevares de todo el mundo, dijo lo siguiente: «Quiero brindar por los maravillosos inventos que son este vino y este pan».

Todos brindaron. Yo también. Y luego él se encogió un poco. Y cuando llegó la comida le preguntó al camarero si le podía traer una cerveza.

Llevábamos un largo día de visitas guiadas y charlas cuando mi padre y yo subimos hasta la última fila del teatro de Epidauro y nos sentamos. Ahí abajo, en el escenario, los turistas daban vueltas y

hablaban unos con otros. Oíamos sus voces, lo que decían, pero no entendíamos todas las palabras. Algunos hablaban sueco, otros, inglés, otros, griego. Un poco más lejos de los demás había una chica. Yo no le alcanzaba a ver la cara, era joven, unos años mayor que yo, quizá. Estaba muy quieta y levantaba la vista hacia el cielo. Llevaba una pamela negra y gafas de sol negras también. El sol había empezado a bajar, la luz era cálida y gris y roja al mismo tiempo.

—No podemos recrear una luz así en un escenario por mucho que lo intentemos —dijo papá señalando con el dedo.

Dejé de mirar a la chica y levanté la vista hacia los cipreses verdes y más allá, hacia las cimas marrones de las montañas. Empezó a soplar el viento. La pamela de la chica se le voló de la cabeza y cayó al suelo.

Las voces cesaron. Todos se volvieron hacia las montañas, como si se preguntaran de dónde venía el viento.

—Lo entiendo perfectamente —dijo mi padre, y me apoyó el brazo sobre los hombros.

Se quedó callado.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Nada, no lo sé. Pienso en muchas cosas aquí sentado.

—Ya.

—Pienso en que hace varios miles de años había gente aquí sentada, más o menos como nosotros ahora. Es un puto auditorio gigante esto.

Aún tenía el brazo apoyado con fuerza sobre mis hombros. Me acerqué un poco más a él.

—Lo que quería decir —añadió— es que entiendo perfectamente que creyeran que los dioses estaban aquí al lado.

Estamos en el banco marrón de Hammars mirando hacia la finca. El *jeep*. La bici. Los pinos. Me pide que le traiga los zapatos.

—¿Qué zapatos, papá?

—Mis zapatos, los que están en el armario del dormitorio.

—¿Las zapatillas de deporte?

—Las blancas.

—Pero si las llevas puestas.

—Muy bien. Porque ya nos vamos.

—¿Y dónde vamos?

—A ver a madre en Våroms.

—¿Puedo ir yo también?

—Pues claro. Estaba pensando si íbamos en tren, pero he decidido que iremos en el *jeep*.

—Pero papá, no tengo carné. No sé conducir.

Se revuelve malhumorado en la silla de ruedas.

—¡Si no vas a conducir tú!

—Qué bien.

—¡Conduzco yo!

—Ya, eso me parecía.

—Nos vamos en un ratito. A Våroms. ¿Has estado alguna vez?

—No, nunca.

—¿Has estado en Dalarna?

—No.

—Ay, corazón… ¿Y dónde has estado?

—No he estado en Dalarna.

—Bueno, pero escucha. Primero vete a buscar mis zapatillas y luego nos montamos en el *jeep* y nos vamos. ¿Crees que deberíamos parar en la iglesia? Yo creo que no. Hoy no es sábado y no tocan las campanas. No hay campanas. Una vez me senté a esperar a que sonaran, el campanero no vino y dieron las seis y luego las seis y cinco y las seis y diez y yo ahí esperando como un idiota… Quería ponerle una vela a Ingrid… Quería encender una vela…, y cuando fueron las seis y cuarto cogí el bastón y subí las escaleras del campanario y toqué yo mismo las campanas. El sacerdote salió hasta la escalera y me dijo que no podía estar ahí arriba y que tenían problemas con la electricidad y que por eso no habían sonado las campanas, pero entonces le dije que para eso estaba la puta cuerda. Puntualidad, corazón, puntualidad. Pero no nos vamos a quedar aquí de charla, tienes que traerme las zapatillas y tenemos que coger el ferri. Cogeremos dos. Primero el pequeño y después el grande. ¿Te importa que nos desviemos hacia Uppsala? Es un rodeo, pero quiero enseñarte dónde viví de pequeño. ¿Has estado en Uppsala?

—No.

—No, claro, contigo no hay manera. Y entonces comemos. Sé de un sitio en el camino donde podemos parar a descansar un rato. Es un buen lugar para pasar la noche, tiene unas vistas muy bonitas al mar y se come bien, pero no quiero que pasemos allí la noche, me niego, tenemos que llegar hoy mismo. Nos podemos sentar un rato afuera y disfrutar del buen tiempo y tú puedes

beber vino si quieres. Yo me tomaré un agua con gas. ¿Sabes que te puedes deshidratar si solo bebes agua con gas? Tiene algo que ver con las burbujas. Con el ácido carbónico. La sal. El médico me ha dicho que no puedo beber tanta agua con gas. Debería tomar agua sin gas. ¡Me dijo que estoy deshidratado! Bueno, ¿de qué estábamos hablando? Las burbujas me hacían compañía..., tengo que reconocerlo.

—Bueno, pero puedes beber agua con gas cuando estemos de viaje, papá. No pasa nada. No se lo diré a nadie.

—¿Dónde estamos?

—De camino a Våroms.

—Vamos al norte.

—¿Al norte?

—Un buen trecho hacia el norte. Duvnäs no está muy lejos de Borlänge, no sé si eso te dice algo. En Dalarna.

—Nunca he estado en Dalarna.

—No, no has estado. ¿Y aquí?...

—¿En Duvnäs?

—En Duvnäs, sí... En Duvnäs... Un poco más arriba de la colina, justo enfrente de las vías del tren está Våroms. Creo que madre estará mirando por la ventana por si nos ve. Es tarde. Mira hacia el camino. El abedul grande proyecta una sombra y el tren de mercancías cambia de vía y el río fluye oscuro hasta en los días más luminosos.

Cecilia se vuelve hacia mí y exclama:

—Vienes aquí a deshoras y molestas. Se pone nervioso. ¿Entiendes?

Me pide que le dé la llave de la casa. Es su responsabilidad que esté tranquilo. Así lo quiere él. No puedo ir y venir cuando yo quiera.

—Pero él me ha pedido que venga —replico.

Cecilia se encoge de hombros.

—Él le ha pedido a alguien que venga. No creo que se refiriese a ti.

El verano en que murió hacía fresco. Tengo algunas fotos de los dos de la última vez. Estamos sentados en el banco marrón. Llevamos chaquetas de lana. Él tiene una manta sobre las piernas. Yo llevo un sombrero un poco raro, él lleva su gorro verde de punto.

Käbi aún vive en Dämba en verano. Han ido a verla dos amigos músicos, que nos han invitado a cenar a mí y a mi marido. Ahí planeamos el último concierto.

Nos hemos aliado con una de las seis mujeres, una que también quiere que papá oiga a Käbi tocar el piano por última vez. Ahora ya casi no habla. Se pasa la mayor parte del día en la cama, mirando al techo. Por las noches desvaría. La mujer dice que está ocupado con una traducción importante, cree que le vendrá bien salir y esta semana ella trabaja de día. No podemos decirle nada a Cecilia. Ha organizado los días con un horario planificado al milímetro que seguro que había acordado con él hace tiempo: levantarse, vestirse, desayunar, sentarse en el despacho, sentarse en el banco marrón, comer, cenar, escuchar la radio, acostarse y repetirlo todo al día siguiente. Lo que ya no consigue hacer (por ejemplo, levantarse) lo va quitando de la lista. Lo único que no quita de la lista es la tortilla. Nada de ocurrencias. Nada de improvisaciones. Y ahora, unas semanas antes de que muriera, planeamos una improvisación de vértigo. Lo vamos a buscar en el turno de esa mujer, la llamo Anna. Lo sacamos de Hammars con la silla de ruedas y todo. Somos muchos. Vamos en dos coches. Ya en Dämba lo sacamos del coche entre todos y lo sentamos en la silla de ruedas. Es Anna quien empuja la silla de ruedas por el césped. Lleva todos los enseres que un hombre muy viejo y enfermo puede necesitar cuando sale de casa. Los enseres están en un bolso grande y negro que llevo yo. Él va el primero de la fila, en la silla de ruedas. Ella va detrás, empujándolo, y yo voy tras ella, con el bolso. Detrás de mí va mi marido y detrás de él, los amigos músicos de Käbi, que también son amigos de papá. Caminamos y caminamos. En la parte de arriba de la escalera con la barandilla azul, a lo lejos, nos espera Käbi. Tiene más de ochenta años. Se ha arreglado y se ha recogido el pelo. Sonríe. Una belleza femenina se intuye en su manera de estar y de moverse. Mi padre se vuelve hacia atrás y le pregunta a Anna dónde estamos y adónde nos dirigimos.

—Vamos a Dämba —digo, y me acerco a su lado—. Käbi va a tocar para ti.

Hemos caminado un buen rato, esta finca y este jardín nunca habían sido tan grandes. Somos una pequeña comitiva con un recorrido muy largo por delante. Nos dirigimos a Dämba, vamos a la sala con dos pianos de cola, vamos al auditorio más pequeño del mundo y Käbi va a tocar.

Se produjo una confusión momentánea cuando llegamos. Estábamos frente a la escalera con la barandilla y nos preguntamos cómo iríamos a maniobrar para subir al viejito y entrar en el edificio.

—Vamos —dijo uno de los amigos músicos—. Esto lo arreglamos enseguida.

La comitiva cambió de formación. Anna se puso atrás del todo, yo me puse a su lado, los hombres se situaron alrededor de la silla de ruedas y entonces contaron hasta tres y levantaron a mi padre y lo subieron por las escaleras, paso a paso, y lo llevaron hasta el salón.

Cuando todo el mundo estaba en su sitio, Käbi se sentó al piano, levantó los brazos y abrió el programa con una mazurca de Chopin. Mientras tocaba miré a mi padre, su perfil. No sé si quería estar allí, no sé si quería estar en ningún sitio justo entonces, estaba completamente solo, estaba en una placa de hielo, mar adentro, y Käbi tocaba Chopin y el sol se colaba por las ventanas, eran las

dos y después fueron las dos y cinco, ella tocaba como lo había hecho miles de veces antes, para él y para muchos otros, y tenía mucho que ofrecer, el programa estaba planeado al detalle, pero cuando acabó la mazurca y retiró las manos de las teclas y se volvió hacia el público para decir algo, tal vez presentar la siguiente pieza, el que fue mi padre levantó la cabeza y miró por la ventana.

—Gracias por esta bella velada que hemos pasado juntos —dijo.

Se dirigía a todos y a nadie, al día y a la noche, a la luz de la tarde que caía sobre las tablas de madera del suelo que parecían tangentes.

Contuvimos la respiración. No lo habíamos oído hablar tanto y tan claro en mucho tiempo. Y entonces añadió:

—Este chico ya está cansado y se quiere ir a casa.

Todo estaba preparado. No había nada más que hacer. La hora estaba fijada. Los invitados venían en camino. La sacerdote había terminado de escribir su homilía y estaba ensayando la canción y cortando la rosa que se pondría en el pelo. El programa estaba impreso. El organista sabía qué iba a tocar. El violonchelista también. Los portadores del ataúd se habían vestido de traje y los familiares más cercanos se preparaban para decir su último adiós.

Ingmarie, la mayor de los hermanos, había llamado a todas las floristerías de Visby y había dejado claro que la familia solo quería flores rojas en el ataúd y alrededor de él. Si alguien quería enviar flores amarillas o rosas o violetas, por ejemplo, los floristas debían evitarlo.

La madre de Ingmarie, Else, era la primera mujer del difunto. Había fallecido y, por lo tanto, no podía asistir a la misa. Ellen, la segunda mujer del difunto y madre de cuatro de sus hijos, también había muerto. Else y Ellen habían sido coreógrafas, bailarinas, actrices y directoras. Gun, la tercera mujer del difunto y madre de mi hermano el piloto, había sido profesora de lenguas eslavas y trabajaba como traductora de teatro ruso y yugoslavo y de narrativa y había traducido, entre otras cosas, una comedia de Tolstói que se había retransmitido en la radio. Ella también había muerto. La cuarta mujer del difunto, Käbi, madre de Daniel, estaba en la iglesia. También estaba mi madre.

Mi madre y mi padre no se habían casado, ella estaba entre la cuarta y la quinta mujer, pero fueron amigos durante toda su vida, compañeros de trabajo, y una vez él le dijo a ella que estaban dolorosamente unidos.

A su quinta y última esposa, Ingrid, madre de mi hermana Maria, la iban a trasladar de su primera tumba y enseguida iba a estar junto a él en el cementerio.

El difunto deseaba un entierro pequeño y discreto, solo con la familia y los amigos más cercanos y algunos compañeros de trabajo y conocidos de Fårö, las mujeres que lo habían cuidado y los hombres que lo habían ayudado.

Había dado instrucciones respecto a la lista de invitados y quería que asistieran los actores, no todos, pero muchos. Los echaba mucho de menos desde que dejó el teatro y se mudó a Hammars. Y los actores llegaron, de uno en uno y de dos en dos. Llegaron el señor y la señora Vogler y también la señorita Åkerblom. Llegaron Alma y Elisabet. Llegó el tío Carl. Llegaron los suicidas, los caballeros, los chivos expiatorios, los músicos y los payasos. Llegó la burguesía. Llegaron las reinas y al menos un príncipe. Cuando enterraron el ataúd en la tierra, el príncipe lloró con tanto ímpetu que la mujer rabiosamente guapa que estaba a su lado tuvo que sujetarlo.

Los periodistas y los fotógrafos llegaron también, pero no pasaron del muro de piedra. No entraron ni en la iglesia ni en el cementerio. La familia había contratado a tres guardias que se ocuparían de mantener la paz y el orden durante la ceremonia, y los guardias se tomaron muy en serio su tarea y la llevaron a cabo con tal maestría que podría pensarse que llevaban una armadura y un casco y que custodiaban las puertas que conducen al agua y al fuego. Los periodistas que se habían puesto un calzado elegante se arrepintieron con ganas, porque alrededor del muro de madera la hierba crecía sin mesura y pisaran donde pisaran, siempre acababan pisando

excrementos de oveja. Los corderos casi ni se molestaron en levantar la vista cuando empezaron a llegar los coches, la mayoría mucho tiempo antes de que comenzara la ceremonia.

Como manda la tradición, los invitados entraron en la iglesia y se sentaron, y al final llegaron los más allegados, en pequeña procesión hasta sus asientos en la primera fila.

*

Unos días antes llamó mi madre. Llevábamos un tiempo sin hablarnos, no habíamos intercambiado más que un par de palabras sueltas. Yo le iba a hablar del funeral y de lo que iba a ocurrir, asuntos prácticos, horarios y todo eso. Lo que no le conté es que papá se estaba muriendo en la cama y que de vez en cuando los desvaríos se convertían en gritos. No le conté que Anna, que lo cuidaba de noche, se inclinaba sobre él y le preguntaba qué era lo que intentaba decir y él le respondía que estaba enfrascado en una traducción importante.

Cuando estuve en su casa esos últimos días no le oí decir la palabra traducción. Supongo que se le había olvidado esa palabra. Pero si era cierto lo que decía Anna, era una palabra precisa para terminar todo esto. Buscar un nuevo idioma para lo viejo, un idioma viejo para lo nuevo. Hacerse mayor, hacerse muy mayor, como él, era en esencia una tarea de traducción. Tenía que traducir lo que fue con lo que estaba por venir.

*

En una de las novelas sobre sus padres escribió:

«No quiero afirmar que siempre he sido tan cuidadoso con la veracidad de mi relato. He empalmado, añadido, quitado y cambiado cosas, pero, como suele ocurrir con este tipo de juegos, es probable que el juego se haya vuelto más claro que la verdad».

*

Hay una costumbre muy sueca en los funerales que tiene que ver con la indumentaria masculina y que solo afecta a los más allegados. Los hombres tienen que llevar corbata blanca. No estoy segura, pero que yo sepa Suecia es el único país en el que se practica. Los entierros son el teatro de la muerte, creo que fue Proust quien lo escribió.

Esta vez fuimos en avión. Primero de Oslo a Estocolmo. Los vestidos y los trajes iban en la maleta. Los vestidos en una y los trajes en la otra. Éramos seis: mi marido, yo y cuatro niños. Eva, de tres años, era la menor. No vestimos a los niños más pequeños de negro, así que ella llevaba una falda vaquera blanca que le gustaba y una camiseta rosa.

Cuando llegamos al aeropuerto de Arlanda, la maleta de los hombres había desaparecido. No se había quedado en Oslo, no había llegado a Estocolmo y no se podía rastrear. No nos quedaba más remedio que comprar trajes nuevos. Teníamos que coger el último avión a Visby y solo teníamos unas horas. Esa sería mi segunda visita de ese mes a los grandes almacenes NK. La primera vez fui con mi hermana a comprar el vestido para el funeral y ahora iba con mi marido y nuestros hijos a comprar unos trajes.

Una mujer con las pestañas tan grandes y pesadas y negras y falsas que tenía que utilizar toda la fuerza que le cabía en su delgado cuerpo para mantenerlas en su sitio nos dio la bienvenida a la sección de caballeros y le dije que necesitaba tres trajes.

—¿Perdón? —dijo la mujer.

Le volví a decir que necesitaba tres trajes. Me dirigí a ella en noruego, no en sueco. La voz se me aflauta cuando hablo sueco y bastante aflautada la tenía ya.

—¿Perdón? —repitió la mujer.

No paraba de pestañear y mi hijo le miraba fijamente las pestañas y le preguntó a su hermano si creía que le hacían daño.

—¿Perdón? —dijo la mujer por tercera vez—. No entiendo... ¿Trajes de mujer? Estamos en la sección de caballeros.

—Un traje —exclamó mi marido. Tomó aire y repitió, más tranquilo, pero no mucho—: Necesitamos un traje para cada uno. Vamos a un funeral. Tenemos que coger un avión. Hay prisa. ¿Está claro?

Un hombre mayor con un pañuelo de seda en el bolsillo de la chaqueta y unas enormes fosas nasales oyó la conversación y se acercó decidido. Apoyó la mano en el hombro de la joven y le indicó con un gesto de la cabeza que se marchara. Tenía una cinta métrica colgada del cuello, un alfiletero en el bolsillo de la chaqueta y una voz en la que me habría gustado acurrucarme.

—Un entierro. Cuánto lo siento. Cuánto lo siento. Los trajes los tenemos aquí. Hugo Boss. Armani. Kenzo. Tenemos más, de otros precios. No hace falta gastarse muchísimo dinero para llevarse un buen traje. No pasa nada. ¿Tenéis que coger un avión? ¿Sois parientes cercanos? ¿Quién era el difunto? ¿Un padre, un suegro, un abuelo? Entonces sacó una corbata blanca para cada uno. Veamos, aquí está el taburete. De uno en uno, para que pueda tomar medidas.

*

Vamos a llegar tarde. Es el funeral de mi padre y yo voy a llegar tarde. «Puntualidad, corazón, puntualidad.» Y todo por culpa de las corbatas blancas. Eva y yo estamos listas y arregladas en el coche, esperando. La hija de mi marido, de dieciocho años, da vueltas por el prado, también lista y arreglada. Se tardan diez minutos en llegar a la iglesia desde Dämba. Hemos quedado en llegar a las doce menos cuarto y son las once y media. Mi plan era llegar con tiempo, aparcar junto al viejo supermercado y quedarnos un rato en el coche, pero se va acercando la hora y tenemos que marcharnos si no queremos llegar tarde. Saco el móvil y llamo a mi marido.

—¿Venís? —digo con tono cortante.

—Vamos —responde él—. Nos está costando hacer el nudo de la corbata.

—¿Que os está costando...?

Me pongo a gritar. No porque haya muerto mi padre, sino porque no sabe hacer el nudo de la corbata y vamos a llegar tarde.

—Yo me he hecho el mío —dice mi marido—. Ahora estoy ayudando a los niños. Todo va a salir bien.

—No va a salir bien —exclamo—. No va a salir bien. No va a salir bien. No va a salir bien. No digas que todo va a salir bien.

—Enseguida vamos —dice mi marido—. Te lo prometo. No llegaremos tarde. Tenemos tiempo.

—No va a salir bien —lloro.

Cuelgo y me vuelvo para mirar a Eva, que está en el asiento trasero. Tiene los ojos azulísimos. Está sentada en una silla por la que tuvimos que pagar aparte cuando alquilamos el coche en Visby. La silla es azulísima también y un poco demasiado grande. Eva me mira. Le paso la mano por el pelo y quiero decirle algo. «Lo siento. No es nada. Mamá no quería gritar tan alto.» No quiero gritar y pelearme y montar un espectáculo delante de mis hijos, pero se me olvida todo el rato. No le digo nada a Eva. Me doy la vuelta y miro hacia fuera. Hace sol, a mi padre le gustaba la lluvia.

—Mamá —dice Eva. Me vuelvo hacia ella. Se quita una pelusa de la falda vaquera blanca y me mira con sus ojos azulísimos—. Mamá —repite—. Todo va a salir bien.

Y allí, al fondo de la finca, tres hombres vestidos de negro o, mejor dicho, un hombre y dos chicos, se acercan corriendo hacia mí. Corren y corren, pero van terriblemente despacio y el viento sopla y ellos corren y tres corbatas blancas se elevan como las alas extendidas de una gaviota y cuando por fin llegan, mi marido se sube al asiento del conductor y los niños y mi hijastra se sientan detrás y nos alejamos a toda velocidad por las carreteras estrechas que conducen a la iglesia para enterrar a quien era viejo y ahora está muerto.

ELLA: Llevamos mucho rato hablando.

ÉL: Pero podemos hablar un poco más... No tengo nada que hacer.

ELLA: Entonces me gustaría preguntarte un poco más sobre tus producciones teatrales.

ÉL: Claro, adelante. El teatro es mi tema principal.

ELLA: ¿Tu tema principal?

ÉL: Sí.

(Él suelta una carcajada.)

ÉL: En serio. En todos los sentidos. Lo puedo demostrar. El teatro... y el cine... e Ingrid. Y todo lo que me importa. Pero no hay grados ni estructura en lo que a uno le gusta. Es así.

ELLA: ¿No te parece un poco raro ocuparte de un mundo tan pequeño como el teatro?... Quiero decir teniendo en cuenta que el mundo en general es el que es.

ÉL: No es nada raro. Es como un corazón que no para de latir. Todo se pone en movimiento. Y si no, te puede importar una mierda tranquilamente.

ELLA: Sí, no sé.

ÉL: La misericordia... puede manifestarse de las formas más peculiares, por ejemplo en un sueño..., y es lo mismo para ti que para mí.

ELLA: ¿Qué quieres decir con que es lo mismo para ti que para mí?

ÉL: Hay que ver. No paras de hacer preguntas. Sabes lo que quiero decir. Ven, vamos a comer.

ELLA: Sí, enseguida acabamos.

ÉL: ¿Vamos a comer?

ELLA: Vamos a comer dentro de cuarenta y cinco minutos.

ÉL: ¿Cuarenta y cinco minutos?

ELLA: Sí, dentro de cuarenta y cinco minutos. Y, oye, papá, tengo que contarte algo. Tengo que irme a Oslo y no volveré hasta finales de mes.

ÉL: ¿Dónde vas?

ELLA: A Oslo, a mi casa. Y después vuelvo... y seguimos con nuestro trabajo. He pensado que podemos apuntar una nueva cita en la agenda.

ÉL: No.

ELLA: Claro que sí.

(Ella empuja la silla hasta el escritorio. Hojea la agenda. Señala.)

ELLA: Yo vuelvo este día. Y podemos ponernos a trabajar inmediatamente. El lunes veintiocho de mayo podemos retomar el trabajo.

ÉL: No lo sé.

ELLA: Voy a buscar un boli y lo apuntamos.

ÉL: Solo hay una cosa que... Me van a operar de la vista.

ELLA: Sí, pero eso es el dieciocho de junio. Yo vendré mucho antes.

ÉL: Sí.

(Ella pasa las páginas de la agenda y vuelve a señalar con el dedo.)

ELLA: La operación es este día. Y nos vemos este otro.

ÉL: ¿El veintiocho de mayo?

ELLA: Sí. ¿Lo escribo?

ÉL: Sí.

ELLA: Mira, el veintiocho de mayo. A las once.

ÉL: ¿Ese día nos vemos?
ELLA: Sí.
ÉL: ¿Escribo tu nombre aquí?
ELLA: Sí.
(Largo silencio mientras él escribe.)
ELLA: Y yo escribo tu nombre aquí.
ÉL: Sí.
ELLA: Tenemos una cita.
ÉL: ¿Hemos terminado ya?

Desde lejos podría parecer que avanzan bailando. Los portadores del féretro van delante, con el ataúd entre ellos. Después el sacerdote, después la familia, después los actores, después los amigos, después los vecinos y los conocidos de la isla y por último los tres hombres de la funeraria con los brazos llenos de rosas rojas. Una niña con una falda blanca de tela vaquera se cuela entre la gente y avanza hacia la tumba abierta y el muro de piedra y los fotógrafos y los corderos del otro lado. Una mujer corre tras ella y la trae de vuelta en brazos. «Tenemos que caminar con los demás», susurra. La procesión es blanca y negra y roja bajo la luz brillante del sol. Abajo en la carretera, entre la iglesia y el mar, pasan los coches, no muchos, la temporada turística está llegando a su fin y la mayoría son vecinos que van o vienen del ferri. Algunos reducen la velocidad junto al viejo supermercado y echan un vistazo rápido a la iglesia y el cementerio. Da la impresión de que quienes componemos la procesión fúnebre nos damos la mano y nos ayudamos a avanzar en una fila muy muy larga. Nadie habla, nadie dice nada, pero hay miles de sonidos. Las campanas de la iglesia repican, las cámaras hacen clic y una ráfaga de viento sacude los bajos de los vestidos y las perneras de los pantalones, las corbatas, los fulares de seda, las solapas de las chaquetas y la sotana blanca de la sacerdote. La niña da vueltas en el viento y se ríe.

En *Los inquietos* aparecen citas de las siguientes obras:

HENRY ADAMS, *La educación de Henry Adams*, traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Alba, 2001.

SAMUEL BECKETT, «Mal visto mal dicho», en *Manchas en el silencio*, traducción de Jenaro Talens y Juan V. Martínez Luciano, Tusquets, 1990.

—, *The Letters of Samuel Beckett, Volume III: 1957–1965*, Cambridge University Press, 2014.

JOHN BERGER, «Mother», en *Selected Essays,* Vintage, 2003.

ELLEN HOLLENDER BERGMAN / LINA IKSE BERGMAN, *Tre frågor*, Leopard förlag, 2006.

INGMAR BERGMAN, *Imágenes,* traducción de Juan Uriz Torres y Francisco J. Uriz, Tusquets, 2001.

—, *La buena voluntad*, traducción de Marina Torres, Fulgencio Pimentel, 2021.

—, *Niños del domingo*, traducción de Marina Torres, Tusquets, 1997.

GUNNAR BJÖRLING, *Skrifter, band IV*, Eriksson förlag, 1995.

ANNE CARSON, *NOX*, traducción de Jorge Esquinca, Vaso Roto, 2018.

—, *Glass, Irony and God*, New Directions, 1995.

JOHN CHEEVER, *El nadador*, traducción de José Luis López Muñoz, Bruguera, 1982.

JEAN COCTEAU, *Poética del cine*, traducción de Nicolás Gómez, El cuenco de plata, 2015.

NIELS FREDRIK DAHL, *Norsholmen*, Flamme forlag, 2010.

PETTER DASS, *Samlede verker*, Gyldendal Norsk Forlag, 1980.

BOB DYLAN Y SAM SHEPARD, «Brownsville Girl», del álbum *Knocked Out Loaded*, 1986.

GUSTAVE FLAUBERT, *Madame Bovary,* traducido por Consuelo Berges, Alianza Editorial, 2005.

WITOLD GOMBROWICZ, *Diario*, traducido por Bozena Zaboklicka y Francesc Miravitlles, Alianza Editorial, 1988.

KÄBI LARETEI, *Vart tog all denna kärlek vägen*?, Norstedts, 2009.

BIRGIT LINTON-MALMFORS, *Karin – åldrandets tid. Karin Bergmans dagböcker 1952–1966*, Carlsson Bokförlag, 1996.

WILLIAM NICKELL, *The Death of Tolstoy*, Cornell University Press, 2010.

NORSK HELSEINFORMATIKK, «Hjertets utvikling», NHI.no.

PLUTARCO, *Preceptos conyugales,* José Olañeta Editor, 2010.

FERNANDO PESSOA, *Libro del desasosiego,* traducido por Perfecto E. Cuadrado, Acantilado, 2013.

MARCEL PROUST, *El mundo de Guermantes 2* y *Sodoma y Gomorra 1*, *En busca del tiempo perdido*, traducido por Pedro Salinas, Consuelo Berges y José María Quiroga Plà, Alianza Editorial, 2016.

RAINER MARIA RILKE, *Elegías de Duino*, versión de Juan Rulfo, Sexto Piso, 2015.

—, *Los apuntes de Malte Laurids Brigg*, traducido por Juan de Sola, Alba, 2016.

ALBERT SCHWEITZER, *J. S. Bach In Two Volumes*, Dover Books on Music, 1967.

AUGUST STRINDBERG, *Solo*, traducido por Manuel Abella, Mármara, 2015.

MIKAEL TIMM, *Lusten och dämonerna*, Norstedts, 2008.

TU FU (DU FU), *Selected Poems*, traducido por David Hinton, New Directions, 1989.

LIV ULLMANN, *Senderos*, traducido por María Pilar Donoso, Pomaire, 1978.

VIRGINIA WOOLF, *Estar enfermo. Notas desde las habitaciones de los enfermos*, traducido por María Tena, Alba, 2019.

Linn Ullmann
(Oslo, 1966) es novelista y crítica literaria. Conduce el podcast bimensual «How to Proceed», en el que entabla diálogos literarios con autores de prestigio internacional.

En nuestra lengua se han publicado sus novelas *Antes de que te duermas* (2000), *El adiós de Stella* (2002), *Hasta que amanezca* (2004), *Retorno a la isla* (2010) y *La canción helada* (2014). En 2007 recibió el Premio Dobloug de la Academia Sueca por el conjunto de su trayectoria.

Él es un prestigioso cineasta sueco, un hombre obsesionado con el orden, la puntualidad y el control de los sentimientos. Ella es su hija, la menor de nueve hermanos. Cada verano, desde que era una niña, ha visitado a su padre en la remota isla de Fårö. Ahora que ella es una joven escritora y él un anciano, proyectan hacer un libro sobre la vejez que se basará en una serie de conversaciones grabadas. «Envejecer —dice el padre— es un trabajo duro, difícil y muy poco glamuroso.» Y, en efecto, su declive físico y mental, preludio de una muerte cercana, dejará el proyecto a medias.

La escritura de *Los inquietos* da inicio siete años después, cuando Linn Ullmann reúne el valor para escuchar las cintas que habían quedado arrumbadas en una caja. Ante el carácter elíptico y fragmentario de dicho material, acude a sus recuerdos de infancia y juventud para recrear una de las constelaciones familiares más fascinantes del siglo XX, en cuyo origen está el «amor grande y revolucionario» que unió a sus padres. Intercalando el relato autobiográfico con la transcripción de las grabaciones, Ullmann evoca la relación zigzagueante entre dos artistas absorbidos por el trabajo y una niña que tiene prisa por ser adulta, y se asoma a uno de los grandes misterios de la condición humana: «No se puede saber mucho de la vida de otros, especialmente de los propios padres».

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío
Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d' Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye